


STEPHEN KING

BAJO EL SEUDÓNIMO

RICHARD BACHMAN



BLAZE

Con la ayuda de un muerto, Blaze ha logrado perpetrar el crimen del siglo.

Clay Blaisdell, llamado Blaze por todos, mide dos metros y pesa ciento treinta y seis kilos. Es un verdadero gigante. Sin embargo, hasta conocer a George Rackley nunca había hecho nada grande. George le enseñó cien maneras de estafar a la gente e ideó para él un plan ambicioso: secuestrar a un niño rico.

La familia Gerard es multimillonaria y el nuevo retoño del clan valdrá muchos de estos millones. Solo hay un problema: cuando llega el momento de ponerlo todo en marcha, George, el cerebro de la operación (y de todo lo que hacen), muere.

O quizá no.

Por eso Blaze se encuentra huyendo desesperado de una tormenta y de la policía. Ha conseguido raptar al bebé, pero el secuestro se ha convertido en una carrera contrarreloj a través de los bosques infernales de Maine...

Stephen King
(Bajo el seudónimo de Richard Bachman)

Blaze

ePub r1.4

Titivillus 08.07.2020

Título original: *Blaze*
Richard Bachman, 2007
Traducción: Javier Martos Angulo

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1



*Para Tommy y Lori Spruce
Y pensando en James T. Farrell*

Estos son los barrios bajos del corazón.

JOHN D. MAC DONALD

NO LE VUELVAS LOCO

Glen sonreía con descaro.

—Niño de acogida —dijo.

Luego golpeó a Blaze en el centro de su frente hundida y su sonrisa se transformó en un dolor que explotó en su brazo. La frente de Blaze, hundida o no, era muy dura.

Durante un instante olvidó retroceder y Blaze soltó su primer puñetazo. No usó el cuerpo; únicamente empleó su brazo como un pistón. Sus nudillos conectaron con la boca de Glen, que gritó cuando sus labios se cortaron contra los dientes y comenzaron a sangrar. Los chillidos se intensificaron.

Glen probó su propia sangre y olvidó retirarse. Olvidó lo que significaba burlarse del chico feo con la frente abollada. Solo quería avanzar y soltar ganchos a diestro y siniestro.

Blaze fijó los pies en el suelo y le hizo frente.

PLENA REVELACIÓN

Querido Lector Constante:

Esta es una novela de baúl, ¿de acuerdo? Quiero que sepas esto mientras aún tienes en tu poder el ticket de compra y antes de que la ensucies con un poco de salsa o helado, lo que complicaría o haría imposible su devolución^[1]. Es una novela de baúl revisada y actualizada, pero eso no cambia su concepción básica. El nombre de Bachman aparece en ella porque es la última novela del período 1966-1973, los años de mayor productividad de este caballero.

Durante aquellos años fui en realidad dos hombres. Stephen King fue quien escribió (y vendió) varias historias de terror para vulgares revistas eróticas como *Cavalier o Adam*^[2], pero Bachman fue quien escribió una serie de novelas que no se vendían en absoluto. Entre ellas se incluían *Rabia*^[3], *La larga marcha*, *Carretera maldita* y *El fugitivo*^[4]. Las cuatro fueron, al final, publicadas directamente en formato de bolsillo.

Blaze es la última de esas novelas primerizas; el quinto fragmento, si lo quieres así. Quizá, si insistes, solo se trate de otra novela de baúl de un escritor conocido. Fue escrita entre finales de 1972 y comienzos de 1973. Pensaba que era genial mientras la escribía y una mierda cuando la releí. Lo que recuerdo es que no llegué a enviarla a ninguna editorial, ni siquiera a Doubleday, donde había encontrado a un buen amigo llamado William G. Thompson. Bill fue quien más tarde descubrió a John Grisham, y fue Bill quien adquirió los derechos del libro que siguió a *Blaze*, un cuento retorcido pero bastante entretenido sobre un baile de graduación en el centro de Maine^[5].

Olvidé *Blaze* durante años. Luego, después de que las otras obras de Bachman se publicaran, lo rescaté y examiné detenidamente. Cuando llevaba leídas las primeras veinte páginas, concluí que mi primera impresión había sido la correcta, y volví a colocarle el chador. Me parecía que la redacción estaba bien, pero la historia me recordaba lo que Oscar Wilde dijo una vez. Él apuntaba que era imposible leer *Almacén de antigüedades* de Dickens sin llorar de risa^[6]. Por lo tanto, *Blaze* quedó olvidado pero nunca se llegó a extraviar. Solo permaneció relegado en un rincón de la Biblioteca Fogler de la Universidad de Maine con el resto del material de Stephen King/Richard Bachman.

Blaze terminó pasando los siguientes treinta años en la oscuridad^[7]. Entonces publiqué un escueto libro de bolsillo titulado *Colorado Kid* en la editorial Hard Case Crime. Esta línea de libros (idea original de un fantástico colega muy inteligente llamado Charles Ardai) estaba dedicada a resucitar viejas novelas *negras* y publicar nuevas historias de crímenes en formato de bolsillo. *Kid* era decididamente indulgente, pero Charles decidió publicarla de todas formas, con una de esas geniales portadas antiguas^[8]. El proyecto completo fue un gustazo, salvo por lo lentas que fueron las liquidaciones^[9].

Cerca de un año más tarde, pensé que me gustaría volver al redil de Hard Case, posiblemente con algo más fuerte. Mis pensamientos se volvieron hacia *Blaze* por primera vez durante años, pero siempre se me aparecía la maldita cita de Oscar Wilde sobre *Almacén de antigüedades*. El *Blaze* que recordaba no era una dura novela negra, sino un drama lacrimógeno. Aun así, resolví que no dolería echarle un vistazo. Siempre y cuando pudiera encontrar el libro. Recordaba la caja de cartón, y recordaba el característico tipo de letra del texto (el de la vieja máquina de escribir que mi esposa Tabitha poseía en la facultad, una invencible Olivetti portátil), pero no tenía ni idea de lo que había sido *del* manuscrito que supuestamente estaba dentro de esa caja de cartón. Por lo que yo sabía, se había perdido, *baby*, perdido^[10].

Pero no. Marsha, una de mis dos estimadas asistentes, lo encontró en la Biblioteca Fogler. Ella no me dejaría el manuscrito original (yo, bueno, pierdo las cosas), pero me hizo una fotocopia. Cuando redacté *Blaze*, en la máquina de escribir debí de utilizar una cinta cercana a la muerte, porque la copia era difícilmente legible, y las notas en los márgenes eran poco más que borrones. Aun así, me senté y empecé a leer, preparado para sufrir las punzadas de la vergüenza que solo la versión joven de uno mismo puede proporcionarte.

Pero me pareció bastante buena, claramente mejor que *Carretera maldita*, la cual, en su momento, había considerado la definitiva ficción americana. No era una novela negra. Era, más bien, un intento de escribir una novela naturalista con crímenes como las que escribieron M. Cain y Horace McCoy en los años treinta^[11]. Pensaba que los *flashbacks* eran realmente mejor que las historias lineales. Me recordaban la trilogía *Young Lonigan* de James T. Farrell y la olvidada (pero sabrosa) *Gas-House McGinty*. Sin duda, contenía las tres P^[12], pero había sido escrita por un hombre joven (tenía veinticinco años) que estaba convencido de que ESCRIBÍA PARA LA ETERNIDAD.

Pensé que *Blaze* podía ser reescrita y publicada sin demasiado rubor, pero probablemente no sería idónea para Hard Case Crime. De ninguna manera podría pasar por una novela policíaca. Pensaba que si la reescritura era despiadada, llegaría a ser una tragedia, aunque menor, sobre la vida de un pobre desafortunado. Por eso adopté los tonos planos y secos que la mejor ficción negra suele utilizar, incluso usé un tipo de letra llamada American Typewriter para recordarme a mí mismo en qué estaba metido. Trabajé rápido, sin mirar nunca atrás o adelante; quería capturar la impetuosa energía de esos libros (estoy pensando más en Jim Thompson y Richard Stark que en Cain, McCoy o Farrell). Decidí hacer las correcciones al acabar, a lápiz

en lugar de en el ordenador, como dicta la moda actual. Si el libro iba a ser una vuelta al estilo del pasado, prefería adoptar totalmente la manera de escribir de aquellos años. También decidí desnudar cualquier sentimiento que pudiera haber en la narración, quería que el libro terminado fuera tan austero como una casa vacía sin ni siquiera una alfombra en el suelo. Mi madre habría dicho: «Quiero verle la cara de frente y desnuda». Solo el lector podrá juzgar si tuve éxito.

Por si te interesa (no tiene por qué; lo que tú esperas es una buena historia, y yo espero poder ofrecértela), todos los royalties e ingresos subsidiarios generados por *Blaze* se destinarán a The Haven Foundation, creada para ayudar a los artistas independientes que no han tenido mucha suerte^[13].

Otra cosa, ahora que te tengo sujeto por la solapa. He intentado mantener el marco temporal de *Blaze* lo más ambiguo posible, de manera que no parezca demasiado anticuado^[14]. No obstante, resultó imposible actualizar todo el material; algunas cosas eran importantes para la trama^[15]. Si piensas que el marco temporal de esta historia es «América, No Hace Tanto Tiempo», creo que tienes razón.

¿Podría cerrar el círculo donde comencé? Esta es una novela vieja, pero creo que me equivoqué en mi afirmación inicial de que era una mala novela. Puedes no estar de acuerdo... aunque no respecto a *Almacén de antigüedades*. Como siempre, Lector Constante, te deseo lo mejor, agradezco que leas esta historia, y espero que la disfrutes. No te diré que quiero que llores un poco, pero...

Bueno, sí, lo diré. Siempre y cuando esas lágrimas no sean de risa.

Stephen King (por Richard Bachman)

Sarasota, Florida

30 de enero de 2007

George estaba en algún lugar en la oscuridad. Blaze no podía verle, pero la voz llegaba alta y clara, áspera y un poco afónica. George siempre parecía resfriado. Había sufrido un accidente cuando era niño. Nunca contó lo que le había ocurrido, pero tenía una singular cicatriz en la nuez.

—Ese no, bobo, tiene pegatinas por todas partes. Consigue un Chevy o un Ford. Azul oscuro o verde, de dos años. Ni uno más ni uno menos. Nadie los recuerda. Y nada de pegatinas.

Blaze dejó atrás el pequeño coche de las pegatinas y continuó caminando. Notaba el débil latido de un bajo incluso ahí, en el extremo más alejado del aparcamiento del edificio de la cerveza. Era sábado por la noche y el lugar estaba a tope. Hacía un frío de muerte. George le había embaucado para dar un paseo por la ciudad, pero llevaba unos cuarenta minutos al aire libre y tenía las orejas heladas. Había olvidado su gorro. Siempre se olvidaba de algo. Comenzó a sacar las manos de los bolsillos de su chaqueta para cubrirse las orejas, pero George se lo prohibió. Dijo que sus orejas podían congelarse pero no sus manos. No necesitas las orejas para hacer un puente a un coche. Estaban a tres grados bajo cero.

—Allí —dijo George—. A tu derecha.

Blaze miró y vio un Saab. Tenía una pegatina. No parecía en absoluto el coche adecuado.

—Esa es tu izquierda —dijo George—. A tu derecha, bobo. Hacia la mano con la que te hurgas la nariz.

—Lo siento, George.

Sí, estaba siendo un bobo otra vez. Podía hurgarse la nariz con ambas manos, pero sabía que la derecha era con la que escribía. Pensó en ella y miró hacia ese lado. Allí había un Ford verde oscuro.

Blaze caminó hacia el Ford de manera exageradamente despreocupada. Echó una mirada por encima del hombro. El edificio de la cerveza era un bar universitario llamado La Bolsa. Era un nombre estúpido, la bolsa y las pelotas eran lo mismo. Estaba calle abajo. Los viernes y los sábados por la noche actuaba

una banda. Dentro estaría a tope, haría calor y habría un montón de chicas con minifalda bailando como locas. Estaría bien entrar, solo para echar un vistazo...

—¿Qué se supone que estás haciendo? —preguntó George—. ¿Paseando por Commonwealth Avenue? No engañarías ni a la ciega de mi abuela. Manos a la obra, ¿de acuerdo?

—De acuerdo, solo estaba...

—Sí, ya sé en qué estabas. Concéntrate en tu trabajo.

—De acuerdo.

—¿Qué eres, Blaze?

Bajó la cabeza y se sorbió los mocos.

—Soy un bobo.

George siempre le decía que no debía avergonzarse por ello, pero que ese era un hecho sabido y había que admitirlo. No se puede engañar a nadie pensando que eres inteligente. Te mirarían y sabrían la verdad: las luces estaban encendidas pero no había nadie en casa. Si eras un bobo, tenías que limitarte a cumplir tu trabajo y salir huyendo. Y si te atrapaban, lo confesarías todo salvo el nombre de quienes te acompañaban, porque al fin y al cabo ellos se librarían de ti. George decía que los bobos mentían fatal.

Blaze sacó las manos de los bolsillos y las flexionó un par de veces. Sus nudillos chasquearon en el aire gélido.

—¿Estás preparado, hombretón? —preguntó George.

—Sí.

—Entonces iré a tomar una cerveza. Ten cuidado.

Blaze sintió el comienzo del pánico. Las palabras se le agolparon en la garganta:

—Oye, no, nunca he hecho esto antes. Solo te he visto hacerlo a ti.

—Bueno, esta vez vas a hacer algo más que mirar.

—Pero...

Se detuvo. No sabía qué era lo que seguía a continuación, salvo que deseaba ponerse a gritar. Podía oír el duro crujido de la nieve compacta mientras George se dirigía hacia el edificio de la cerveza. Al poco, sus pisadas se perdieron en los latidos del bajo.

—Jesús —dijo Blaze—. Oh, Jesucristo.

Se le estaban congelando las manos. A esa temperatura solo podría tenerlas fuera de los bolsillos cinco minutos. Tal vez menos. Se colocó junto a la puerta del lado del conductor y pensó que estaría cerrada. Si lo estaba, el coche no sería el adecuado, pues él no tenía la varilla de acero, era George quien la tenía. Pero la puerta estaba abierta. La abrió, entró, encontró la palanca que buscaba y tiró de

ella. Luego salió y se puso frente al coche, tanteó el seguro, lo encontró y levantó el capó.

Llevaba una pequeña linterna en el bolsillo. La sacó, la giró y enfocó el haz hacia el motor.

Encontrar el cable del contacto.

Pero aquello era una maraña. Cables de batería, manguitos, conectores de bujías, el cable del acelerador...

Se quedó allí parado, el sudor se deslizaba por su cara y se congelaba en sus mejillas. Aquello no era bueno. Aquello nunca había sido bueno. Pero para una vez que había tenido una idea... No era una idea muy buena, pero como no tenía muchas no era cuestión de desaprovecharlas. Regresó a la puerta del conductor y la abrió de nuevo. La luz se encendió, pero eso no le ayudaría. Si alguien lo veía trasteando, pensaría que tenía problemas para arrancar. Seguro. En una noche tan fría como aquella tenía sentido, ¿no? Ni siquiera George podría discutirsele. No mucho, al menos.

Bajó el parasol con la tonta esperanza de que cayera una llave de repuesto; a veces la gente las guardaba ahí, pero lo único que había era un viejo rascador para el hielo. Lo intentó en la guantera contigua. Estaba repleta de papeles. Se arrodilló en el asiento y, resoplando, arrastró los papeles hasta el suelo del coche. Había muchos, y también una caja de Júnior Mints, pero ninguna llave.

—Eh, bobalicón —le oyó decir a George—, ¿ya estás satisfecho? ¿Estás preparado para intentar hacer un puente?

Supuso que lo estaba. Pensó que al menos podría arrancar un par de cables y unirlos como hacía George y ver qué ocurría. Cerró la puerta y caminó hacia la parte delantera del Ford con la cabeza agachada. Entonces se detuvo. Una nueva idea le había golpeado. Regresó, abrió la puerta, se inclinó, levantó la esterilla y allí estaba. En la llave no ponía Ford en ningún sitio, no ponía nada porque era una copia, pero tenía la típica cabeza cuadrada y todo eso.

Blaze la cogió y besó el frío metal.

El coche abierto —pensó, y luego—: El coche abierto y la llave debajo de la esterilla. —Entonces pensó—: Después de todo, no soy el tipo más bobo de la noche, George.

Se puso al volante, cerró la puerta, insertó la llave en el contacto —encajó bien—, y se dio cuenta de que no podía ver el aparcamiento porque el capó aún estaba levantado. Echó una rápida mirada alrededor, primero a un lado y luego al otro, asegurándose de que George no había decidido regresar para ayudarle. George nunca le habría permitido terminar el trabajo si hubiera visto el capó levantado. Pero George no estaba allí. No había nadie. El aparcamiento era la tundra llena de coches.

Blaze salió y cerró el capó. Luego regresó al interior y se detuvo mientras echaba mano a la llave del contacto. ¿Y George? ¿Debía entrar en aquella granja cervecera y avisarle? Blaze, con la cabeza gacha, frunció el ceño. La lámpara del interior irradiaba luz amarilla sobre sus grandes manos.

¿Sabes? —pensó, levantando por fin la cabeza—. Que le den.

—Que te den, George —dijo.

George le había hecho hacer autoestop solo para reunirse con él en aquel lugar, y luego lo había abandonado otra vez. Le había dejado el trabajo sucio, y solo por la más estúpida de las suertes Blaze había encontrado la llave. Así pues, George podía irse al infierno. Que regresara andando a tres grados bajo cero.

Blaze cerró la puerta, metió primera, y avanzó por el aparcamiento. Una vez en la carretera, aceleró bruscamente; el Ford dio un brinco y la parte trasera del automóvil coleteó sobre la nieve congelada. Pisó el freno de golpe, agarrotado por el pánico. ¿Qué estaba haciendo? ¿En qué estaba pensando? ¿Irse sin George? Lo atraparían antes de que hubiese recorrido ocho kilómetros. Probablemente lo atraparían en el primer semáforo. No podía marcharse sin George.

Pero George está muerto.

Eso era una tontería. George estaba allí. Había entrado a por una cerveza.

Está muerto.

—Oh, George —gimió Blaze. Estaba encorvado sobre el volante—. Oh, George, no estés muerto.

Se quedó ahí sentado durante un rato. El motor del Ford sonaba bastante bien. No traqueteaba ni nada, y eso a pesar del frío. La aguja de la gasolina marcaba tres cuartos de depósito lleno. El humo del tubo de escape ascendía en el retrovisor, blanco y helado.

George no salía del edificio de la cerveza. No podía salir porque no había entrado. George estaba muerto. Había ocurrido hacía tres meses. Blaze comenzó a temblar.

Al poco, recobró el control. Comenzó a conducir. Nadie lo detuvo en el primer semáforo, tampoco en el segundo. Nadie lo detuvo en todo el trayecto hacia las afueras de la ciudad. Cuando cruzó la línea fronteriza, ya circulaba a ochenta kilómetros por hora. A veces el coche patinaba un poco en las placas de hielo, pero eso no le preocupaba. Se limitaba a girar en la misma dirección. Había conducido por carreteras heladas desde que era joven.

Fuera de la ciudad, aceleró el Ford hasta cien kilómetros por hora y se dejó llevar. Los amplios haces de luz bañaban la carretera como dedos brillantes y rebotaban en los montones de nieve de los arcenes.

Pensó en la cara de sorpresa del universitario cuando regresara con su novia universitaria a la plaza de aparcamiento vacía. Ella lo miraría y le diría: «Eres un

bobo, no voy contigo nunca más, ni aquí ni a ningún sitio».

—No iré —dijo Blaze—. Si es una universitaria, dirá «No iré».

Eso le hizo sonreír. La sonrisa le transformó todo el rostro. Encendió la radio. Estaba sintonizada en una emisora de rock. Blaze giró el dial hasta que encontró música country. Cuando llegó a su cabaña, cantaba a voz en grito junto a la radio y se había olvidado completamente de George.

Pero lo recordaba a la mañana siguiente.

Esa era la maldición de ser un bobo. La pena siempre te sorprendía porque no eras capaz de acordarte de las cosas importantes. Lo único que se te quedaba en la cabeza eran las chorradas. Como el poema que la señora Selig les hizo aprenderse en quinto curso: «Bajo un frondoso castaño, se alza la herrería del pueblo»^[16]. ¿Para qué servía eso? ¿Para qué servía cuando te veías a ti mismo pelando patatas para dos aun sabiendo perfectamente que ni siquiera necesitabas pelar dos patatas porque el otro tipo nunca se había comido ninguna?

Bueno, quizá no era pena. Tal vez esa no era la palabra correcta. No si eso significa llorar y golpearse la cabeza contra la pared. No hacías eso para agradar a George. Sino por la soledad. Y el miedo.

George diría: «Dios mío, ¿podrías cambiarte esos jodidos calzoncillos? Ya casi se tienen de pie. Dan asco».

George diría: «Vas a coger una infección, guarro».

George diría: «Anda, joder, date la vuelta y yo te los cambiaré. Como a un bebé».

Cuando se levantó a la mañana siguiente del robo del Ford, George estaba sentado en la otra habitación. Blaze no podía verlo pero sabía que estaba sentado en el viejo sillón, como siempre, con la cabeza tan ladeada que la barbilla casi le descansaba sobre el pecho. Lo primero que dijo fue:

—La cagaste de nuevo, Kong. Felicita-mierda-ciones.

Blaze sintió un escalofrío cuando sus pies pisaron el frío suelo. Luego se enfundó sus zapatillas. Estaba desnudo, salvo los pies; corrió a la ventana y se asomó. No había ningún coche. Suspiró con alivio. Resopló por lo que podría haber visto.

—No, no la cagué. Lo oculté en el cobertizo, como tú me dijiste.

—Pero no borraste las malditas huellas, ¿verdad? ¿Por qué no pones un cartel, Blaze? POR AQUÍ SE VA AL COCHE ROBADO. Podrías cobrar entrada. ¿Por qué no lo haces?

—Oh, George...

—Oh, George, oh, George. Sal y barre las huellas.

—De acuerdo. —Se dirigió hacia la puerta.

—¿Blaze?

—¿Qué?

—Primero ponte los jodidos pantalones, ¿vale?

Blaze sintió que se le incendiaba el rostro.

—Como un crío —dijo George con resignación—. Un crío que ya puede afeitarse.

George sabía muy bien cómo molestar a alguien. Solo que al final resultó que molestó al tipo equivocado y fue demasiado lejos durante demasiado tiempo. Así era como acababas muerto, sin nada inteligente que decir. Ahora George estaba muerto, y Blaze reproducía su voz en su cabeza, dándole las líneas de diálogo más importantes. George llevaba muerto desde aquella mierda de juego en el almacén.

Debo de estar loco si pretendo seguir adelante con esto —pensó Blaze—. *Un bobo como yo.*

Sin embargo, se puso los calzoncillos (comprobó primero si tenían manchas), luego una camiseta térmica, una camisa de franela y por último unos pesados pantalones de pana. Sus botas de trabajo Sears estaban debajo de la cama. Su parka del ejército colgaba del pomo de la puerta. Buscó sus manoplas y las encontró sobre la estantería del destartado horno de la habitación que hacía las veces de salón y cocina. Recogió su raído gorro con orejeras y se lo puso, inclinando ligeramente la visera hacia la izquierda para la buena suerte. Luego salió y cogió la escoba que estaba apoyada contra la puerta.

Era una mañana despejada y gélida. La humedad bajo su nariz se heló inmediatamente. Hizo una mueca cuando una ráfaga de viento le azotó en la cara con una nieve tan fina como el azúcar glas. Todo eso era por culpa de las órdenes de George. Él estaba dentro bebiendo café junto al hornillo. Como la noche anterior, que se fue por una cerveza y dejó que Blaze se las apañara con el coche. Y aún seguiría allí si no hubiera tenido la puñetera suerte de encontrar las llaves en algún sitio, bajo la esterilla o dentro de la guantera, ya no se acordaba. A veces le parecía que George no era tan buen amigo.

Barrió las huellas con la escoba, pero antes se detuvo varios minutos y las admiró. La mayoría permanecían marcadas y formaban sombras, eran perfectas. Era curioso que algo tan pequeño pudiese ser tan perfecto y que nadie se diera cuenta. Las contempló hasta que se cansó de mirar (no porque George le dijera que se diera prisa) y luego barrió las huellas en el corto sendero que conectaba con la carretera. La máquina quitanieves había pasado por la noche y había apartado las dunas de nieve que el viento amontonaba en las carreteras comarcales, donde se extendían campos abiertos por todas partes, por lo que cualquier otra huella también habría desaparecido.

Blaze regresó a la cabaña. Entró. Dentro hacía calor. Al salir de la cama hacía frío, pero en ese momento hacía calor. Eso también era divertido, cómo tu percepción de las cosas podía cambiar. Se quitó el abrigo, las botas y la camisa de franela y se sentó a la mesa; llevaba la camiseta y los pantalones de pana. Encendió la radio y le sorprendió no oír la música rock que George solía escuchar sino aquella animada música country. Loretta Lynn cantaba que tu buena chica iba a volverse mala. George se reiría y diría algo como «De acuerdo, cariño, puedes volverte mala delante de mis narices». Y Blaze también se reiría, pero en el fondo esa canción siempre le hacía sentirse triste. Muchas canciones country lo hacían.

Cuando el café estuvo caliente, se levantó de un salto y sirvió dos tazas. Colmó una de ellas con nata y gritó:

—¡George! ¡Aquí tienes el café! ¡No dejes que se enfríe!

No hubo respuesta.

Bajó la mirada hasta el café con nata. Él siempre bebía el café solo, así que ¿qué iba hacer con esa taza? ¿Qué iba a hacer? Algo le subió por la garganta y a punto estuvo de lanzar la maldita taza de café con nata de George a la otra punta de la habitación, pero no lo hizo. La llevó al fregadero y la vació. A eso se le llamaba controlar el temperamento. Cuando eras un tipo grandote, o hacías eso o te metías en problemas.

Blaze estuvo rondando por la cabaña hasta después del almuerzo. Luego sacó el coche robado del cobertizo y se detuvo junto a la escalera de la cocina el tiempo justo para apearse y lanzar varias bolas de nieve a las matrículas. Eso era muy inteligente. Así sería difícil leerlas.

—Por Dios bendito, ¿qué estás haciendo? —preguntó George desde el interior del cobertizo.

—No importa —dijo Blaze—. De todas formas, solo estás en mi cabeza.

Volvió a meterse en el Ford y fue hasta la carretera.

—Eso no es muy brillante —dijo George. Ahora estaba en el asiento trasero—. Estás conduciendo un coche robado. No has cambiado la pintura, ni las matrículas, ni nada. ¿Adónde vas?

Blaze no dijo nada.

—No irás a Ocoma, ¿verdad?

Blaze no dijo nada.

—Oh, joder, sí, vas a Ocoma —dijo George—. Que me den. ¿No tuviste suficiente con la otra vez?

Blaze no dijo nada. Había enmudecido.

—Escúchame, Blaze. Da la vuelta. Lo has robado, salta a la vista. Está claro. Es una completa locura.

Blaze sabía que tenía razón, pero no regresaría. ¿Por qué George siempre tenía que darle órdenes? Incluso muerto, no podía parar de dar órdenes. Sí, se trataba del plan de George, ese gran golpe con el que sueña cualquier ladrón de poca monta. «Solo nosotros podríamos hacerlo realidad», decía, pero normalmente lo decía cuando estaba borracho o drogado, nunca parecía que creyera realmente en ello.

Habían dedicado la mayor parte de su tiempo a hacer pequeñas estafas, y George casi siempre parecía satisfecho, no importaba lo que decía cuando estaba borracho o fumado. Quizá para George el golpe en Ocoma Heights no fue más que un juego, o lo que llamaba masturbación mental cuando veía a tipos con traje discutiendo sobre política en la televisión. Blaze sabía que George era inteligente. De lo que nunca había estado seguro era de sus agallas.

Pero ahora que él estaba muerto, ¿tenía elección? Blaze no era bueno en solitario. La única vez que intentó llevar a cabo un golpe después de la muerte de George, tuvo que correr como un cabrón para que no lo atraparan. Consiguió el nombre de la señora en la columna de las necrológicas, como George había hecho antes; soltó el mismo rollo que George; mostró los formularios (había una bolsa repleta de ellos en la cabaña, y de los mejores establecimientos); le dijo a la señora lo apenado que se sentía por tener que aparecer en un momento tan triste, pero los negocios eran los negocios y estaba seguro de que ella lo comprendería. Ella dijo que lo comprendía. Le pidió que aguardara en el vestíbulo mientras iba por su billetera. En ningún momento sospechó que había llamado a la policía. Si ella no hubiera regresado apuntándole con un arma, probablemente aún seguiría ahí de pie esperando a que la policía apareciese. Su sentido del tiempo nunca había sido bueno.

Pero ella había regresado con una pistola y le apuntaba. Era una pistola plateada de señora, con pequeños dibujos a los lados y perlas en la culata.

—La policía está en camino —dijo—, pero antes de que llegue, quiero que me expliques algo. Quiero que me digas qué tipo de maleante es capaz de estafar a una mujer cuyo marido aún no se ha enfriado en su tumba.

A Blaze le traía sin cuidado lo que ella quería que le contase. Se volvió y corrió más allá de la puerta y cruzó el porche y bajó la escalera hasta la calle. Una vez que le cogía el ritmo, corría bastante rápido, pero ese día le estaba costando, el pánico le hacía ir mucho más despacio. Si ella hubiera apretado el gatillo, podría haberle metido una bala en la parte de atrás de su cabezota, haberle destrozado una oreja o haber fallado el tiro completamente. Con un arma de cañón tan corto como aquel, era imposible saberlo. Pero no disparó.

Cuando llegó a la cabaña, medio gemía de miedo y tenía el estómago revuelto. No temía ir al calabozo o a la cárcel, ni siquiera temía a la policía —aunque sabía que podrían confundirle con sus preguntas, siempre lo hacían—, lo que le había asustado era la facilidad con que la mujer lo había calado. Como lo más fácil del mundo. A George rara vez lo calaban, y cuando lo hacían, él siempre sabía lo que estaba pasando y se escabullía.

Y ahora esto. No iba a salir impune de todo aquello, lo sabía, y seguía adelante de todos modos. Quizá lo que él quería era regresar. Quizá eso no sería tan mala idea, ahora que George estaba tan desmejorado. Deja que otro haga los planes y proporcione la comida.

Quizá lo que pretendía era que lo atraparan en ese instante, mientras conducía el coche robado por el centro de Ocoma Heights. Dejó a la derecha la casa Gerard.

En el invierno helado de Nueva Inglaterra, parecía un palacio congelado. Ocoma Heights era un barrio aristocrático (eso era lo que decía George), y las casas eran auténticas mansiones. Durante el verano las rodeaban de grandes extensiones de césped, pero ahora solo había gélidos campos de hielo. Estaba siendo un invierno muy duro.

La casa Gerard era la mejor de todas. George la llamaba la Reciente Mierda Robada Americana, pero a Blaze le parecía bonita. George dijo que los Gerard hicieron dinero con el transporte marítimo, la Primera Guerra Mundial los hizo ricos y la Segunda Guerra Mundial los beatificó.

La nieve y el sol reflejaban un fuego helado en las numerosas ventanas. George dijo que debía de haber más de treinta habitaciones. Él había hecho el trabajo preliminar como lector de contadores para la Central Valley Power. Eso fue en septiembre. Blaze conducía la camioneta, en lugar de robarla la habían tomado prestada, pero supuso que si la policía los atrapaba lo denominaría robo. La gente jugaba al croquet en el césped. Había algunas chicas, universitarias o quizá colegialas, muy monas. Blaze las observó y empezó a sentirse cachondo. Cuando George volvió y le ordenó que avanzara, Blaze le habló de esas chicas tan monas que ya habían dejado atrás.

—Las he visto —dijo George—. Se creen mejor que los demás. Piensan que su mierda no apesta.

—Aun así, son guapas.

—¿Y a quién le importa un carajo? —preguntó George de mal humor al tiempo que cruzaba los brazos sobre el pecho.

—¿No te ponen cachondo, George?

—¿Unas niñas como esas? Estás de broma. Ahora cállate y conduce.

Ahora, recordando aquello, Blaze sonrió. George era como la zorra que no podía alcanzar las uvas y le decía a todo el mundo que estaban verdes. La señorita Jolison les leyó esa historia en segundo curso.

Formaban una gran familia. Estaban los ancianos señor y señora Gerard; él tenía ochenta años y todavía era capaz de beberse una jarra de whisky al día..., eso era lo que decía George. Después estaban el señor y la señora Gerard de mediana edad. Y luego los jóvenes señor y señora Gerard. El joven señor Gerard se llamaba Joseph Gerard III, y era realmente joven, solo tenía veinticinco años. Su esposa procedía de Armenia. George dijo que era una latina de mierda. Blaze pensaba que solo los italianos podían ser latinos de mierda.

Giró al final de la calle y volvió a pasar por delante de la casa; se preguntó qué se sentiría estando casado con veintidós años. Continuó la marcha, rumbo a casa. Ya había sido suficiente.

Los adultos Gerard tenían otros hijos aparte de Joseph Gerard III, pero esos no importaban. Lo que importaba era el bebé. Joseph Gerard IV. Un gran nombre para un niño tan pequeño. Solo contaba dos meses cuando Blaze y George completaron la lectura del contador de la casa en septiembre. Eso significaba que tenía... mmm..., habían pasado uno, dos, tres, cuatro meses entre septiembre y enero. Tenía seis meses. Y era el único bisnieto del primer Joe.

—Si vas a raptar a alguien, que sea un bebé —dijo George—. Un bebé no puede identificarte, así que puedes salir vivo. Tampoco puede joderte intentando escapar o enviando notas o cualquier otra mierda. Lo único que puede hacer un bebé es estar ahí tumbado. Ni siquiera se dará cuenta de que lo has raptado.

Eso había sido en la cabaña, sentados frente al televisor y bebiendo cerveza.

—¿Cuánto piensas que estarían dispuestos a dar?

—Lo suficiente para no volver a pasar otro día de invierno con el culo helado mientras vendes suscripciones falsas de revistas o falsificas tarjetas Red Cross —dijo George—. ¿Cómo suena eso?

—Pero ¿cuánto pedirías?

—Dos millones —contestó George—. Uno para ti y otro para mí. ¿Para qué ser avariciosos?

—A los avariciosos los atrapan —dijo Blaze.

—A los avariciosos los atrapan —convino George—. Eso es lo que te enseñé. Pero ¿qué puede esperar un trabajador, Blazecito? ¿Qué te he enseñado sobre eso?

—Su salario —dijo Blaze.

—Exacto —contestó George, y dio un sorbo a su cerveza—. Lo que le importa a un trabajador es su jodido salario.

Así que ahí estaba, conduciendo de regreso a la miserable cabaña donde él y George habían vivido desde que arribaron desde el norte, de Boston, en realidad planeando llevar a cabo aquella tarea. Él pensaba que lo atraparían, pero... ¡dos millones de dólares! Podrías ir a cualquier sitio y no volver a pasar frío nunca más. ¿Y si te pillaban? Lo peor que podrían hacerte era encerrarte en una celda para el resto de tu vida.

Y si eso ocurría, nunca más volverías a pasar frío.

Cuando el Ford robado estuvo de nuevo en el cobertizo, se acordó de barrer las huellas. A George eso le alegraría.

Luego cocinó un par de hamburguesas para la comida.

—¿De veras vas a hacerlo? —preguntó George desde la otra habitación.

—¿Bromeas, George?

—No, no estoy tomándote el pelo. Te he hecho una pregunta.

—Voy a intentarlo. ¿Me ayudarás?

George suspiró.

—Supongo que no me queda otro remedio. Ahora tengo que cargar contigo. Pero, Blaze...

—¿Qué, George?

—Pide solo un millón. A los avariciosos los atrapan.

—Vale, solo un millón. ¿Quieres una hamburguesa?

No hubo respuesta. George estaba muerto otra vez.

Estaba preparándose para llevar a cabo el secuestro aquella noche, cuanto antes mejor. George lo contuvo.

—¿Qué haces, tonto del culo?

Blaze se disponía a ir a arrancar el Ford. Pero se detuvo.

—Estoy listo para hacerlo, George.

—Hacer ¿qué?

—Raptar al niño.

George se rio.

—¿De qué te ríes, George?

Como si no lo supiera, pensó.

—De ti.

—¿Por qué?

—¿Cómo vas a raptarlo? Cuéntamelo.

Blaze frunció el ceño. Su rostro, feo de por sí, se convirtió en el de un *troll*.

—Como lo planeamos, supongo. Lo sacaré de su habitación.

—¿De qué habitación?

—Bueno...

—¿Cómo entrarás?

Esa parte la recordaba.

—Por una de las ventanas del primer piso. Solo tenían aquellos pestillos tan simples. Tú los viste, George. Cuando fuimos como trabajadores de la compañía eléctrica, ¿te acuerdas?

—¿Te llevarás una escalera?

—Bueno...

—Cuando cojas al niño, ¿dónde lo meterás?

—En el coche, George.

—¡Ah, malditas palabras! —George solo decía eso cuando tocaba fondo y no era capaz de encontrar otra expresión.

—George...

—Ya sé que lo meterás en el puñetero coche, en ningún momento he pensado que te lo traerías a casa auestas. Me refiero a cuando regreses aquí. ¿Qué harás

entonces? ¿Dónde lo meterás?

Blaze pensó en la cabaña. Miró alrededor.

—Bueno...

—¿Y los pañales? ¿Y los biberones? ¿Y la comida para bebé? ¿O crees que cenará una hamburguesa y una botella de cerveza?

—Bueno...

—¡Cállate! Como vuelvas a repetir eso vomitaré.

Blaze se sentó en una silla de la cocina con la cabeza gacha. El rostro le ardía.

—¡Y apaga esa mierda de música! ¡Esa mujer canta como si le saliera la voz del coño!

—De acuerdo, George.

Blaze apagó la radio. El televisor, un Jap viejo que George se agenció en un mercadillo, estaba estropeado.

—¿George?

No recibió respuesta.

—George, vamos, no te vayas. Lo siento. —Podía oír cuan asustado estaba. Casi temblaba.

—Vale —dijo George justo cuando Blaze estaba a punto de desistir—. Esto es lo que vas a hacer. Tendrás que marcarte un tanto. Ese supermercado en el que solíamos pararnos en la carretera 1 para comprar jabón probablemente estaría bien.

—¿Sí?

—¿Aún tienes la Cok?

—Debajo de la cama, en una caja de zapatos.

—Úsala. Y cúbrete la cara con una media. Si no, el tipo del turno de noche te reconocerá.

—Sí.

—Ve el sábado por la noche, a la hora de cerrar. Digamos, diez minutos antes. No aceptan cheques, así que conseguirás entre doscientos y trescientos dólares.

—¡Claro! ¡Es genial!

—Blaze, hay una cosa más.

—¿Qué, George?

—No lles la pistola cargada, ¿vale?

—Claro, George, ya lo sé, así es como trabajamos.

—Así trabajamos, exacto. Golpea al tipo si tienes que hacerlo, pero asegúrate de que solo aparezca en la tercera página de los sucesos locales cuando salga en los periódicos.

—De acuerdo.

—Eres un gilipollas, Blaze. Lo sabes, ¿verdad? Nunca lo conseguirás. Tal vez lo mejor sería que te pillaran en un golpe pequeño.

—No me cogerán, George.

No hubo respuesta.

—¿George?

No hubo respuesta. Blaze se levantó y encendió la radio. Para la cena ya lo había olvidado y preparó dos platos.

Clayton Blaisdell, Jr., nació en Freeport, Maine. A su madre la atropelló un camión tres años más tarde mientras cruzaba Main Street con una bolsa de comestibles. Murió al instante. El conductor estaba borracho y conducía sin licencia. En su defensa arguyó que lo sentía. Lloró. Dijo que regresaría a Alcohólicos Anónimos. El juez lo multó y lo condenó a sesenta días. El pequeño Clay comenzó así su Vida con Papá, que sabía un montón del bebercio y nada acerca de Alcohólicos Anónimos. Clayton Sénior trabajaba para Superior Mills en Topsham, donde se ocupaba de cargar y reponer artículos. Sus compañeros de trabajo decían que nunca lo habían visto hacer su trabajo sobrio.

Clay ya sabía leer cuando comenzó el primer curso, y captó el concepto de dos manzanas más tres manzanas sin problemas. Ya entonces era demasiado grande para su edad, y aunque Freeport era una ciudad peligrosa, no se metía en problemas en el patio de la escuela, a pesar de que rara vez se le veía sin un libro entre las manos o debajo del brazo. Su padre era más grande, por supuesto, y a los otros chicos siempre les parecía interesante ver qué zonas del cuerpo tenía vendadas y cuáles contusionadas cuando Clay Blaisdell acudía al colegio los lunes.

—Será un milagro si llega a la adolescencia sin que lo hiera gravemente o lo mate —declaró un día Sarah Jolison en la sala de profesores.

El milagro no sucedió. Un sábado de resaca por la mañana, cuando no había mucho que hacer, Clayton Sénior salió tambaleándose de su habitación del segundo piso del apartamento que él y su hijo compartían. Clay, sentado en el suelo del salón con las piernas cruzadas, miraba dibujos animados y comía Apple Jacks.

—¿Cuántas veces te he dicho que no comas esa mierda aquí? —inquirió Sénior a Júnior, luego lo levantó y lo lanzó por la escalera. Clay aterrizó sobre su cabeza.

Su padre bajó, lo agarró, lo cargó escalera arriba y lo lanzó abajo de nuevo. La primera vez Clay permaneció consciente. La segunda, las luces se apagaron. Su padre volvió a bajar, lo agarró, cargó con él escalera arriba y le echó una ojeada.

—Jodido hijodeputa —dijo, y lo lanzó una vez más—. Eh —le dijo al indolente ovillo que yacía al pie de la escalera y en el que se había convertido su hijo comatoso—. Quizá te lo pienses dos veces antes de comer esa jodida mierda en el salón.

Por desgracia, a partir de entonces hubo un montón de cosas que Clay no pudo pensar por dos veces. Permaneció en coma durante tres semanas en el Hospital General de Portland. El médico a cargo de su caso afirmó que sería un vegetal humano hasta el día de su muerte. Pero el muchacho despertó. Lamentablemente, sufrió daños en la cabeza. Sus días de llevar libros debajo del brazo habían terminado.

Las autoridades no creyeron al padre de Clay cuando les dijo que el chico se había hecho todo aquello al caerse por la escalera. Tampoco le creyeron cuando dijo que las cuatro quemaduras de cigarrillos a medio cicatrizar que el muchacho tenía en el pecho eran el resultado de «algún tipo de enfermedad de la piel».

El chico nunca volvió a ver el segundo piso del apartamento. Quedó bajo la protección del estado, y fue directamente desde el hospital hasta una casa de acogida, donde comenzó su nueva vida de huérfano. En el patio, dos niños que corrían bamboleándose como un par de *trolls* golpeaban las muletas en las que se sostenía. Clay se levantaba por sí mismo y recuperaba las muletas. No lloraba.

Su padre elevó alguna protesta en la comisaría de policía de Freeport, y muchas más en los bares de la zona. Amenazaba con acudir a la justicia para recuperar la custodia de su hijo, pero nunca lo hizo. Clamaba que amaba a Clay, y tal vez le amara, un poquito, pero de ser así, su amor era de ese que muerde y arde. El muchacho estaba mejor fuera de su alcance.

Pero no mucho mejor. Hetton House, en South Freeport, era poco más que una pobre granja para niños, y Clay tuvo una adolescencia desgraciada, aunque mejoró un poco cuando su cuerpo sanó. Al menos entonces podía mantener alejados a los abusones en el patio de juegos; él y los pocos niños más pequeños que se pusieron bajo su protección. Los abusones lo llamaban Lunk y Troll y Kong, pero él no recordaba ninguno de esos nombres, y dejaba en paz a los otros niños si ellos lo dejaban en paz a él. La mayoría de ellos lo hizo, después de que le propinara una paliza al peor de los abusones. No era malo, pero si lo provocaban podía ser peligroso.

Los niños que no le tenían miedo lo llamaban Blaze, y así fue como llegó a pensar en sí mismo.

Una vez recibió una carta de su padre: «Querido Hijo —decía—. Bueno, ¿cómo estás Tú? Yo bien. Ahora estoy trabajando en Lincoln Rolling Lumber.

Estaría bien si esos ca****es no robaran durante Todo el Tiempo. ¡JÁ! Voy a comprar un pequeño terreno y cuando lo haya hecho iré a buscarte. Bueno, escíbeme una Cartita y cuéntale a tu viejo Papá cómo va todo. Puedes enviarme una foto. —Iba firmado—: Con Amor, Clayton Blaisdell».

Aunque Blaze no tenía ninguna foto para enviarle a su padre, le habría escrito —su profesor de música, que daba clase los martes, le habría ayudado, de eso estaba seguro—, pero no había ningún remitente en el sobre, solo tenía una sucia y simple dirección: Clayton Blaisdell, JR. «La Casa-Orfanato» en FREEPORT MAINE.

Blaze nunca supo nada más de él.

Durante su estancia en Hetton House estuvo instalado con diferentes familias, siempre durante el otoño. Lo mantenían lo suficiente para que les ayudara a recoger la leña y tuviera los suelos y patios impolutos. Luego, cuando llegaba la primavera, decidían que no era adecuado para ellos y lo enviaban de vuelta. A veces aquello era muy malo. Y otras veces —como con los Bowie y su horrible perro de granja— fue realmente malo.

Cuando él y HH se despidieron, Blaze se adentró en Nueva Inglaterra por su propio pie. A veces era feliz, pero no del modo en que quería serlo, no del modo en que veía a la gente ser feliz. Cuando finalmente se asentó en Boston (más o menos; nunca llegó a echar raíces), lo era porque en el campo podía estar solo. Cuando estaba en el campo, a veces dormía en un granero y se despertaba durante la noche y salía y miraba las estrellas, y había muchas, y sabía que estaban allí desde antes que él, y que seguirían allí después de él. Era al mismo tiempo tremendo y maravilloso. A veces, cuando hacía autoestop y noviembre se aproximaba, el Viento soplaba a su alrededor, sus pantalones flameaban y él hacía muecas por algo que había perdido, como aquella carta que llegó sin remitente. A veces miraba al cielo y veía un pájaro, y aquello podía hacerle feliz, pero a menudo sentía algo dentro de él que se hacía cada vez más pequeño y estaba a punto de romperse.

Es malo sentirse así —pensaba—, y si así me siento, no debería observar a los pájaros. Pero a veces alzaba la vista al cielo de todas formas.

Boston estaba bien, pero de vez en cuando aún se asustaba. Había un millón de personas en la ciudad, tal vez más, pero nadie quería estrechar la mano de Clay Blaisdell. Si lo miraban, lo hacían solo porque era grande y tenía la frente hundida. A veces lo pasaba bien, pero otras veces solo tenía miedo. Estaba intentando pasarlo bien en Boston cuando conoció a George Rackley. Después de conocer a George, todo fue a mejor.

El pequeño supermercado era el Quik-Pik de Tim y Janet. La mayoría de las estanterías estaban atestadas de botellas de vino y latas de cerveza empaquetadas en cajas de cartón. Un refrigerador gigante abarcaba toda la pared del fondo. Dos de los cuatro pasillos estaban dedicados a las golosinas. Al lado de la caja registradora había un frasco de huevos en conserva tan grande como un niño pequeño. Tim y Janet también vendían cosas tan necesarias como cigarrillos, tiritas, perritos calientes y revistas pornográficas.

El encargado del turno de noche era un tipo con espinillas que durante el día asistía a la delegación de la Universidad de Maine en Portland. Se llamaba Harry Nason, y estudiaba cría de animales. Cuando el hombretón con la frente hundida entró diez minutos antes de la hora del cierre, Nason estaba leyendo un libro que había sacado de la estantería de los libros de bolsillo. Se titulaba *Grande y Duro*. La noche se había vuelto paulatinamente más improductiva. Nason decidió que después de que el hombretón comprase una botella de vino o un paquete de cervezas, cerraría y se iría a casa. Quizá se llevase el libro y se la meneara. Estaba pensando que la parte del predicador itinerante y las dos viudas viciosas sería buena para eso cuando el hombretón le puso una pistola bajo la nariz y le dijo:

—Todo lo de la caja.

Nason dejó caer el libro. La idea de meneársela se esfumó de su cabeza. Solo prestaba atención a la pistola. Abrió la boca para decir algo inteligente, lo que un tipo diría en la televisión, siempre y cuando fuera el protagonista del espectáculo. Lo que dijo fue:

—Aaaa.

—Todo lo de la caja —repitió el hombretón. La abolladura de su frente era aterradora. Parecía tan profunda como una charca de ranas.

Harry Nason recordó —como un autómatas— lo que su jefe le había dicho que tenía que hacer en caso de atraco: entregarle al ladrón todo sin discusión. Lo tenía completamente claro. De repente Nason sintió su cuerpo, tierno y vulnerable, lleno de bolsas y líquidos. La vejiga se le aflojó. Y creyó que iba a cagarse de un momento a otro.

—¿Me has oído, tío?

—Aaaa —añadió Nason, y pulsó el botón de sin ventas en la caja registradora.

—Mete el dinero en una bolsa.

—De acuerdo. Sí. Claro.

Tanteó entre las bolsas de debajo del mostrador y la mayoría se cayeron al suelo. Al final consiguió atrapar una. Levantó las palas que sujetaban los billetes en la caja registradora y empezó a meter el dinero en la bolsa.

La puerta se abrió y entraron un chico y una chica, probablemente universitarios. Vieron la pistola y se detuvieron.

—¿Qué pasa aquí? —preguntó el chico.

Fumaba un cigarrillo y llevaba una camiseta en la que se leía mucha pasta.

—Es un atraco —dijo Nason—, por favor, no, eh..., contradigas a este caballero.

—Sin problemas —dijo el chico con la camiseta de mucha pasta. Empezó a sonreír. Señaló a Nason. Tenía la uña sucia—. Este tío te está robando, hombre.

El atracador se giró hacia MUCHA PASTA.

—La cartera —dijo.

—Tío —dijo MUCHA PASTA sin perder la sonrisa—. Yo estoy de tu lado. Los precios de este sitio son abusivos... y todo el mundo sabe que Tim y Janet Quarles son los mayores fascistas desde Adolf...

—Dame tu cartera o te vuelo la cabeza.

MUCHA PASTA se dio cuenta de pronto que podría estar en problemas; ciertamente no estaban en una película. Su sonrisa dijo adiós y enmudeció. Algunas espinillas brillaban en sus mejillas, que de repente se tornaron pálidas. Del bolsillo de sus tejanos extrajo una Lord Buxton negra.

—Nunca hay un policía cerca cuando lo necesitas —dijo su novia con frialdad. Vestía un largo abrigo marrón y unas botas de cuero negras. Llevaba el pelo a conjunto con las botas, al menos esa semana.

—Mete la cartera en la bolsa —dijo el atracador.

Le acercó la bolsa. Harry Nason siempre creyó que podría haberse convertido en un héroe si en ese momento hubiera golpeado al atracador en la cabeza con el frasco gigante de huevos en conserva. Solo que el atracador parecía tener una cabeza bastante dura. Muy dura.

La cartera cayó en la bolsa.

El atracador los rodeó y se dirigió hacia la puerta. Se movía bien para ser un hombre de ese tamaño.

—Cerdo —dijo la chica.

El atracador se detuvo en seco. Por un momento la chica estuvo segura (o eso dijo después a la policía) de que el hombre se volvería, dispararía y los mataría a todos. Más tarde, con la policía, discreparon en cuanto al color del pelo del

atracador (castaño, pelirrojo, rubio), su tez (clara, rojiza, pálida), y su ropa (chaqueta de pana, cortavientos, camisa de franela), pero todos coincidieron en su tamaño —grande— y en sus últimas palabras antes de irse. Al parecer se las había dicho a la lisa y oscura puerta de entrada, casi en un gemido:

—¡Jeesús, George, olvidé la media!

Luego se marchó. Lo vieron fugazmente bajo la fría luz blanquecina de la gran señal Schlitz que pendía sobre la entrada de la tienda y luego un motor rugió en la calle. Se había largado. El coche era un sedán, pero ninguno de ellos pudo identificar la matrícula ni el modelo. Estaba empezando a nevar.

—Demasiado por una cerveza —dijo MUCHA PASTA.

—Ve al refrigerador y tómate una, invita la casa —dijo Harry Nason.

—¿Sí? ¿Estás seguro?

—Claro que estoy seguro. Tú también, chica. ¡Qué demonios, estamos a salvo! —Comenzó a reír.

Cuando la policía le interrogó, afirmó que nunca antes había visto al atracador. Pero más tarde se preguntó si no había visto a ese tipo el otoño anterior, en compañía de un hombre pequeño y delgado con cara de rata que estaba comprando vino y soltaba muchos tacos.

Cuando Blaze se levantó a la mañana siguiente, la nieve se había amontonado por todas partes hasta los aleros de la cabaña y el fuego se había apagado. Su vejiga se contrajo en el instante en que sus pies tocaron el suelo. Corrió hasta el cuarto de baño sobre los talones, tiritando y exhalando nubecillas de vapor. Su orina dibujó un arco a alta presión durante quizá treinta segundos, luego se desvaneció lentamente. Suspiró, se la sacudió y soltó una ventosidad.

Un viento mucho más fuerte gritaba y tosía alrededor de la casa. Los pinos que se veían a través de la ventana de la cocina se inclinaban oscilantes. A Blaze le parecieron delgadas mujeres en un funeral.

Se vistió, salió por la puerta trasera y se abrió paso hasta la pila de leña que había bajo los aleros de la zona sur de la casa. El camino de entrada había desaparecido completamente. La visibilidad alcanzaba los tres metros, quizá menos. Eso le alegró. Las motas de nieve que se pegaron a su cara también le alegraron.

La leña consistía en sólidos trozos de roble. Acarreó una amplia brazada y se detuvo únicamente para sacudirse los pies antes de entrar. Encendió el fuego todavía con el abrigo puesto. Después preparó una jarra de café. Puso dos tazas en la mesa.

Se detuvo con el ceño fruncido. Había olvidado algo.

¡El dinero! No había contado el dinero.

Se dirigía hacia la habitación contigua cuando la voz de George lo detuvo. George estaba en el cuarto de baño.

—Gilipollas.

—George, yo...

—George, soy un gilipollas. ¿Puedes decir eso?

—Yo...

—No, di: «George, soy un gilipollas por haberme olvidado de ponerme la media en la cabeza».

—Tengo el di...

—Dilo.

—George, soy un gilipollas. Lo olvidé.

—¿Qué olvidaste?

—Olvidé ponerme la media.

—Ahora dilo todo seguido.

—George, soy un gilipollas por haberme olvidado de ponerme la media en la cabeza.

—Ahora di esto. Di: «George, soy un gilipollas porque quiero que me atrapen».

—¡No! ¡Eso no es verdad! ¡Eso es mentira, George!

—Es verdad. Quieres que te atrapen y te lleven a Shawshank para trabajar en la lavandería. Esa es la verdad, toda la verdad y nada más que la verdad. Esa es la verdad. Eres un idiota. Esa es la verdad.

—No, George. No lo es. Lo prometo.

—Me marchó.

—¡No! —El pánico pareció cortar la respiración. Fue como cuando su viejo le puso la manga de su camisa de franela alrededor del cuello para que dejara de berrear—. No, lo olvidé, soy un bobo, sin ti nunca me acordaría de lo que tengo que comprar...

—Es un buen momento, Blaze —dijo George, y aunque su voz aún procedía del cuarto de baño, ahora parecía que se apagaba—. Es un buen momento para que te atrapen. Es un buen momento para ir haciendo tiempo y planchar esas sábanas.

—Haré todo lo que me digas. No la volveré a pifiar.

Siguió una larga pausa. Blaze pensó que George se había ido.

—Quizá regrese. Pero no lo creo.

—¡George! ¿George?

El café estaba hirviendo. Sirvió una taza y se fue al dormitorio. La bolsa marrón con el dinero estaba debajo del colchón, en el lado de George. La colocó sobre las sábanas, que todavía no se había acordado de cambiar. Y habían pasado tres meses enteros desde que George había muerto.

Había doscientos sesenta dólares del pequeño supermercado. Y ochenta más de la cartera del estudiante. Más que suficiente para comprar...

¿Qué? ¿Qué se suponía que tenía que comprar?

Pañales. Eso era lo que hacía falta. Si ibas a secuestrar a un bebé, debías tener pañales. Y también otras cosas. Pero no era capaz de recordar qué otras cosas.

—¿Qué más era aparte de los pañales, George? —lo dijo con aire despreocupado, esperando que George hablara, pero no picó el anzuelo.

Quizá regrese. Pero no lo creo.

Volvió a meter el dinero en la bolsa marrón y substituyó la cartera del estudiante por la suya, maltratada, desgastada y llena de cortes. Su cartera

contenía dos grasientos billetes de dólar, una borrosa foto Kodak de sus viejos abrazándose, y una fotografía de él y su único amigo de verdad en Hetton House, John Cheltzman, y también su moneda de la suerte, cincuenta centavos con la efigie de Kennedy; una vieja factura de un silenciador (de cuando él y George habían robado aquel gran Pontiac Bonneville anticuado), y una Polaroid arrugada.

George miraba fijamente a la cámara y sonreía. Entrecerraba un poco los ojos porque el sol le daba de frente. Vestía vaqueros y botas de trabajo. Llevaba el sombrero inclinado hacia la izquierda, como a Georges le gustaba. Decía que era el lado de la buena suerte.

Habían llevado a cabo un montón de timos, y la mayoría —los mejores— fueron fáciles de ejecutar. Algunos se basaban en información errónea, otros en la tacañería, y otros en el miedo. George los llamaba «pequeñas estafas». Y a los timos que se basaban en el miedo, «pequeñas estafas detiene-corazones».

—Me gusta la pura mierda —dijo George—. ¿Por qué me gusta la pura mierda, Blaze?

—Porque no se mueve —dijo Blaze.

—¡Correctísimo! Porque no se mueve.

Para las mejores pequeñas estafas detiene-corazones, George se vestía con ropa que él denominaba «un pequeño toque atractivo» y recorrían algunos bares que conocían en Boston. No eran bares de homosexuales, ni tampoco de drogadictos. George los llamaba «bares grises». La víctima siempre se dirigía a George; él nunca tenía que tomar la iniciativa. Blaze había pensado (a su modo) una o dos veces sobre eso, pero nunca había llegado a ninguna conclusión.

George tenía buen olfato para atraer a maricones que no habían salido del armario y a promiscuos bisexuales que salían de fiesta una o dos veces al mes con la alianza de boda escondida en la cartera. Mayoristas haciendo su ruta, vendedores de seguros, administradores de escuela, brillantes jóvenes ejecutivos de banca. George decía que desprendían un olor determinado. Él era amable con ellos. Les ayudaba cuando aparentaban timidez y no encontraban las palabras adecuadas. Entonces comentaba que estaba alojado en un buen hotel. No un gran hotel, pero uno bueno. Uno seguro.

El Imperial, no muy lejos de Chinatown. George y Blaze tenían un pacto con el recepcionista del segundo turno y con el supervisor. La habitación podía cambiar, pero siempre estaba al final del pasillo, y nunca cerca de una habitación ocupada.

Blaze permanecía sentado en el vestíbulo desde las tres hasta las once. Vestía ropa con la que nunca lo encontrarían muerto en la calle, siempre se aplicaba

loción para el pelo y leía cómics mientras aguardaba a George. Nunca era consciente del tiempo que pasaba allí.

La prueba de que George era un genio era que, cuando él y la víctima entraban por la puerta, la víctima raras veces parecía nerviosa. Impaciente sí, pero no nerviosa. Blaze les daba quince minutos, luego subía.

—Nunca pienses que estás entrando en la habitación —decía George—. Piensa que estás actuando. La víctima es la única persona que no sabe que la hora del espectáculo ha llegado.

Blaze siempre usaba su llave y entraba en acción pronunciando su primera línea:

—Hank, cariño, me alegra que ya hayas llegado. —Luego se volvía loco. Interpretaba el papel aceptablemente bien, aunque no lo suficiente para alcanzar el estándar de Hollywood—. ¡Jesús, no! ¡Lo mataré! ¡Lo mataré!

En ese momento lanzaba sus ciento treinta y cinco kilos sobre la cama, donde la víctima, que normalmente ya solo llevaba puestos los calcetines, temblaba de horror. George se interponía entre la víctima y su iracundo «novio» en el último momento. Suerte de este débil parapeto, pensaba la víctima, si es que era capaz de pensar en algo. Y el drama ya estaba montado.

George: «Dana, escúchame, esto no es lo que parece».

Blaze: «¡Voy a matarlo! ¡Apártate y deja que lo mate! ¡Voy a lanzarlo por la ventana!».

(Espasmos aterrorizados de la víctima, unos ocho o diez en total).

George: «Por favor, déjame que te lo explique».

Blaze: «¡Voy a cortarle los huevos!».

(La víctima comienza a implorar por su vida y sus atributos sexuales, pero no necesariamente en ese orden).

George: «No, no lo vas a hacer. Vas a bajar en silencio hasta el vestíbulo y me vas a esperar».

En este punto, Blaze se lanzaba una vez más hacia la víctima. George le detenía con brusquedad. Entonces, Blaze cogía la cartera de los pantalones de la víctima.

Blaze: «¡Tengo tu nombre y tu dirección, zorra! ¡Voy a llamar a tu mujer!».

En este punto, la mayoría de las víctimas empezaban a preocuparse por su honor y por su estatus en la vecindad, en lugar de por su vida y sus atributos sexuales. A Blaze aquello le parecía extraño, pero esa era la verdad. En la cartera de la víctima había otras verdades. Le había dicho a George que se llamaba Bill Smith y era de New Rochelle. Pero, por supuesto, se llamaba Dan Donahue y era de Brookline.

La actuación, mientras tanto, proseguía; el espectáculo tenía que continuar.

George: «Baja, Dana; pórtate bien y baja al vestíbulo».

Blaze: «¡No!».

George: «Baja o nunca volveré a hablarte. Estoy harto de tus rabietas y de que seas tan posesivo. ¡Hablo en serio!».

En este punto Blaze se marchaba, apretando la cartera contra su pecho, murmurando improperios, y manteniendo un siniestro contacto visual con la víctima.

Tan pronto como la puerta se cerraba, la víctima se abalanzaba sobre George. Tenía que recuperar su cartera. Haría lo que fuera por recuperarla. El dinero no importaba, pero su carnet de identidad sí. Si Sally lo descubría... ¡y Júnior! Oh, Dios, piensa en el pequeño Júnior...

George le calmaba. Esa parte le salía bien. Quizá, decía, Dana entraba en razón. De hecho, estaba seguro de que Dana entraría en razón. Solo necesitaba unos minutos para enfriarse, y entonces George hablaría a solas con él. Para razonar con él. Y acaramelarle un poco.

Blaze, por supuesto, no estaba en el vestíbulo, sino en una habitación del segundo piso. Cuando George bajaba, contaban lo confiscado. Su peor recuento fue de cuarenta y tres dólares. El mejor, conseguido de un ejecutivo de una gran cadena alimentaria, de quinientos cincuenta.

A la víctima siempre le daban el tiempo suficiente para que sudara y se hiciera a sí mismo promesas sombrías. George le daba el tiempo suficiente. George siempre sabía cuál era el tiempo correcto. Era increíble. Era como si tuviese un reloj en la cabeza, y el plazo era diferente para cada víctima. Al final, regresaba a la primera habitación con la cartera y le decía que Dana finalmente había entrado en razón, pero que se negaba a devolverle el dinero. George había hecho cuanto había podido para que le devolviera las tarjetas de crédito. Lo sentía.

A la víctima el dinero le importaba un carajo. Abría febrilmente la cartera para asegurarse de que el permiso de conducir, la tarjeta Blue Cross, la tarjeta de la Seguridad Social y las fotos seguían allí. Todo estaba allí. Gracias a Dios, todo estaba allí. Más pobre pero más prudente que antes, se vestía y huía, deseando probablemente que sus huevos nunca hubieran pasado por aquel bar.

Durante los cuatro años anteriores a la segunda condena de Blaze, esta era la única estafa que repetían y en la que nunca fallaban. Nunca habían tenido problemas para crear la tensión escénica. Sin ser brillante, Blaze era un buen actor. George era el segundo amigo de verdad que había tenido jamás, y bastaba pensar que la víctima estaba intentando persuadir a George de que Blaze no era bueno. De que Blaze era una pérdida de tiempo y talento para George. De que Blaze, además de ser un bobo, era una nenaza y un fastidio. Una vez que Blaze se convencía a sí mismo de esas cosas, su rabia llegaba a ser genuina. Si George se

hubiera apartado, Blaze le habría roto los dos brazos a la víctima. Quizá lo habría matado.

Ahora, dando vueltas y vueltas a la Polaroid entre sus dedos, Blaze se sintió vacío. Se sintió como cuando miraba al cielo y veía las estrellas, o un pájaro en un cable de teléfono o volando con sus alas desplegadas. George se había ido y él seguía siendo un estúpido. Se había metido en un lío y no había modo de salir.

A menos que pudiera demostrarle a George que al menos era lo bastante listo para que aquello funcionara. A menos que pudiera demostrarle a George que no iban a pillarlo. ¿Y qué significaba eso?

Significaba pañales. Pañales ¿y qué más? Jesús, ¿qué más?

Se sumergió en una maraña de pensamientos. Pensó durante toda la mañana, que transcurrió con la nieve gruñendo alborozadamente.

Estaba tan fuera de lugar en la sección de artículos para bebés de los grandes almacenes Hager's como un canto rodado en un salón. Vestía pantalones vaqueros y botas de trabajo con los cordones desatados, una camisa de franela y un cinturón de cuero negro con la hebilla hacia el lado izquierdo, el de la buena suerte. Esta vez se había acordado del sombrero, el único que tenía con orejeras, y lo sujetaba en una mano. Estaba de pie en el centro de una sala pintada de color rosa y muy iluminada. Miró a su izquierda y vio las mesas para cambiar pañales. Miró a la derecha y vio los cochecitos de bebés. Se sentía como si hubiera aterrizado en el Planeta Bebé.

Había muchas mujeres. Algunas tenían una barriga muy grande y otras niños pequeños. Muchos de los niños lloraban y todas las mujeres miraban a Blaze con recelo, como si temieran que enloqueciera de un momento a otro y devastara el Planeta Bebé, despedazando cojines, destrozando ositos de peluche y lanzándolos por los aires. Una dependienta se acercó. Blaze se sintió agradecido. Temía tener que hablarle a alguien. Sabía cuándo la gente tenía miedo, y sabía que no pertenecía a ese lugar. Era bobo, pero no esa clase de bobo.

La dependienta le preguntó si necesitaba ayuda. Blaze respondió que sí. Por mucho que se hubiera esforzado, habría sido incapaz de recordar todo lo que necesitaba, así que recurrió a la única forma de subterfugio con el que se sentía cómodo: el engaño.

—He estado fuera del país —dijo, mostrando los dientes a la dependienta en una mueca que habría asustado a un puma. Ella le devolvió la sonrisa con valentía. La parte superior de su cabeza llegaba casi a la mitad del torso de Blaze—. Acabo de enterarme de que mi cuñada tuvo un crío..., un bebé..., mientras yo estaba fuera, ya sabe, y me gustaría equiparlo. Con todo lo necesario.

Ella sonrió.

—Ya veo. Es usted muy generoso. Y muy amable. ¿Ha pensado en algo en concreto?

—No lo sé. No sé nada... nada en absoluto... sobre bebés.

—¿Qué edad tiene su sobrino?

—¿Eh?

—El hijo de su cuñada.

—¡Ah! ¡Claro! Seis meses.

—Qué monada... —Guiñó un ojo con profesionalidad—. ¿Cómo se llama?
Blaze titubeó un momento. Luego soltó:

—George.

—¡Un nombre precioso! Es griego. Significa «labrar la tierra».

—¿Sí? Es fantástico.

Ella seguía sonriendo.

—¿Verdad? Bueno, ¿qué le ha comprado ella?

Blaze estaba preparado para esta pregunta:

—La cuestión es que nada de lo que compraron es lo bastante bueno. En realidad están sin blanca.

—Ya veo. Así que usted quiere... empezar desde abajo, por así decirlo.

—Sí, lo ha pillado.

—Muy generoso por su parte. Bien, deberíamos empezar por el final de la Avenida Pooh, en el Rincón de las Cunas. Tenemos unas cunas de madera muy bonitas...

A Blaze le sorprendió lo mucho que le costó equipar a un ser humano tan pequeño. Consideraba que gastaba en cervezas una suma considerable, pero abandonó el Planeta Bebé con la cartera casi vacía.

Adquirió una cuna País de los Sueños, un cochecito Seth Harney, una trona Hipopótamo Feliz, una mesa para cambiar pañales E-Z Fold, una bañera de plástico, ocho pijamas, ocho pares de pantalones impermeables Dri-Day, ocho camisetas interiores Hager's con estampados que no pudo reconocer, tres sábanas que parecían servilletas, tres mantas, un dispositivo anticaídas para la cuna que impediría que el niño, si se inquietaba, acabara con los sesos desparramados por el suelo, un suéter, un gorrito, botitas, un par de zapatos rojos con cascabeles en las lengüetas, dos pantalones con camisas a juego, cuatro pares de calcetines que ni siquiera le cubrían los dedos, un conjunto Playtex Nurser (las gasas sintéticas le recordaban las bolsas que George usaba para comprar narcóticos), un recipiente con una sustancia llamada Similac, un recipiente de Frutas Júnior, un recipiente de Cenas Júnior, un recipiente de Postres Júnior, y un juego de cubiertos con dibujos de los Pitufos.

La comida para bebés era asquerosa. La probó cuando regresó a casa.

A medida que los paquetes se iban acumulando en un rincón de la sección de artículos para bebés, las miradas de las tímidas y jóvenes matronas se hacían más largas y curiosas. Llegó a convertirse en un acontecimiento, un hito para el

recuerdo: el gigante de hombros caídos vestido de leñador siguiendo a la dependienta de un lugar a otro, escuchándola, y luego comprando todo aquello que ella le decía que debía comprar. La dependienta se llamaba Nancy Moldow. Tenía comisión, y mientras la mañana avanzaba, sus ojos adquirieron un fulgor casi sobrenatural. Al final, el gasto total fue sonado, y cuando Blaze entregó el dinero, Nancy Moldow le regaló cuatro cajas de Pampers.

—Me ha arreglado usted el día —dijo ella—. De hecho, ha lanzado mi carrera en la venta de artículos para niños.

—Gracias, señorita —dijo Blaze. El detalle de los Pampers le alegró. Después de todo, se había olvidado de los pañales.

Y mientras él empujaba dos carritos de la compra (un chico del almacén llevaba las cajas con la trona y la cuna), Nancy Moldow le recordó:

—¡Acuérdese de traer al niño para hacerle una foto!

—Sí, señorita —farfulló Blaze.

Por alguna razón, el recuerdo de su primera detención acudió de pronto a su mente. Un policía le decía: «Ahora date la vuelta y arrodíllate, Bolsillos Grandes. Por el amor de Dios, ¿cómo coño has crecido tanto?».

—¡La fotografía es un obsequio de Hager's!

—Sí, señorita.

—¡Qué de cosas, tío! —dijo el chico del almacén. Tal vez tuviera veinte años, el acné juvenil estaba remitiendo. Llevaba una pequeña pajarita roja—. ¿Dónde tiene aparcado el coche?

—En el aparcamiento de atrás —respondió Blaze.

Blaze siguió al chico, que insistió en empujar uno de los carritos y luego se quejó de lo difícil que era manejarlos sobre la nieve compacta.

—No echan suficiente sal, ya ves, y las ruedas resbalan y los malditos carritos patinan. Puedes acabar con una buena torcedura de tobillo si no tienes cuidado. Una de las gordas. No me quejo, pero...

¿Y qué estás haciendo entonces, Deportista? —Blaze oyó la pregunta de George—. *¿Comer comida para gato en un plato para perro?*

—Es este —dijo Blaze—. El mío.

—Bien, vale. ¿Qué quieres que pongamos en el maletero? ¿La trona, la cuna, o las dos cosas?

De pronto Blaze recordó que no tenía las llaves del maletero.

—Pongámoslo todo en el asiento de atrás.

Los ojos del chico del almacén se abrieron con sorpresa.

—Eh, tío, no creo que quepa todo. De hecho, siendo positivos...

—También podemos poner algo delante. Podemos poner la caja de la cuna en los pies del asiento del acompañante. Echaré el asiento hacia atrás.

—¿Por qué no en el maletero? ¿No sería lo más, digamos, sencillo?

Blaze consideró, vagamente, la posibilidad de contarle alguna historia acerca de que el maletero estaba lleno de trastos, pero el problema con las mentiras era que después de una mentira siempre seguía otra. Y enseguida es como si viajaras por carreteras que no conoces. Te pierdes. «Yo digo la verdad siempre que puedo —le gustaba decir a George—. Decir la verdad es como conducir cerca de casa».

Así que se volvió hacia el inocente muchacho:

—Perdí las llaves —dijo—. Hasta que las encuentre, esto es todo lo que hay.

—Oh —dijo el chico. Miró a Blaze como si fuera bobo, pero eso estaba bien; ya lo habían mirado así antes—. Vaya rollo.

Al final consiguieron meterlo todo. Tuvieron que empujar y apretar, pero lo lograron. Cuando Blaze miró por el espejo retrovisor, incluso pudo ver algo del mundo exterior por la luna trasera. La caja de la mesa plegable para cambiar pañales ocupaba el resto.

—Bonito coche —dijo el chico del almacén—. Una vieja gloria pero de las buenas.

—Exacto —dijo Blaze. Y tal como George decía a veces, añadió—: Fuera de las listas de éxitos, pero no de nuestros corazones.

Se preguntó si el chico del almacén estaba esperando algo. Parecía que sí.

—¿Qué lleva, un 302?

—Un 342 —dijo Blaze de forma automática.

El chico del almacén asintió. Seguía allí.

Desde el interior del asiento trasero del Ford, donde no había sitio para él, aunque estuviera ahí, de alguna manera, de algún modo, George dijo:

—Si no quieres que siga ahí parado lo que queda de siglo, dale una propina y deshazte de él.

Una propina. Sí. De acuerdo.

Blaze sacó su cartera, inspeccionó la limitada selección de billetes y con desgana eligió uno de cinco dólares. Se lo entregó al chico del almacén. El chico lo hizo desaparecer.

—Muy bien, hombre; arriba la paz.

—Eso —dijo Blaze.

Se montó en el Ford y arrancó. El chico del almacén comenzó a empujar los carritos de la compra de vuelta hacia el establecimiento. A medio camino se detuvo, se giró y miró a Blaze. A Blaze no le gustó esa mirada. Era una mirada para recordar.

—Debería haberme acordado antes de la propina. ¿Verdad, George?

George no respondió.

Una vez en casa, aparcó el Ford en el cobertizo y llevó toda la mierda del bebé al interior de la casa. Ensambló la cuna en el dormitorio e instaló la mesa para cambiar pañales al lado. No necesitó leer las instrucciones; observó las fotos de las cajas y sus manos hicieron el resto. Llevó el cochecito a la cocina, cerca de la estufa de leña... pero no demasiado cerca. Apiló el resto de los artículos en el armario del dormitorio, fuera de la vista.

Cuando terminó, en el dormitorio se había producido un gran cambio, algo más profundo que el añadido de un par de muebles. Había algo más. La atmósfera había cambiado. Era como si un fantasma deambulara libremente por la estancia. No el fantasma de alguien que se había ido, de alguien que hubiera muerto, sino el fantasma de alguien que estaba por llegar.

Eso hizo que Blaze se sintiera incómodo.

La noche siguiente, Blaze decidió que debía conseguir nuevas matrículas para su Ford robado, así que birló las de un Volkswagen en el aparcamiento del Jolly Jim's Giant Groceries, en Portland. Sustituyó las matrículas del VW con las del Ford. Podrían pasar semanas o meses antes de que el propietario del VW se diese cuenta, pues el número de la pegatina era un 7, y eso significaba que no tendría que pasar la inspección hasta julio. Siempre comprobaba la pegatina de inspección. Era algo que George le había enseñado.

Condujo hasta una tienda que estaba de rebajas, se sentía a salvo con las nuevas matrículas, y sabía que se sentiría más seguro cuando el Ford fuese de un color diferente. Compró cuatro latas de pintura azul-alondra para automóviles y un pulverizador. Volvió a casa sin blanca pero feliz.

Cenó sentado al lado de la estufa; tamborileaba con los pies el cálido linóleo mientras Merle Haggard cantaba «Okie from Muskogee». El viejo Merle había sabido qué darles a esos puñeteros hippies.

Después de lavar los platos, remendó una larga cuerda en el cobertizo y colgó una bombilla en una viga. A Blaze le encantaba pintar. Y el azul-alondra era uno de sus colores favoritos. A quién no podía gustarle ese nombre. Significaba azul como un pájaro. Como una alondra.

Regresó a la casa y cogió una pila de periódicos. George leía el periódico todos los días, y no solo la sección de tiras cómicas. A veces le leía los editoriales a Blaze y se ponía hecho una furia con los racistas republicanos. Decía que los republicanos odiaban a los pobres. Se refería al presidente como Ese Maldito Ñoño de la Casa Blanca. George era demócrata, y dos años atrás habían puesto pegatinas de candidatos demócratas en tres de sus coches robados.

Todos los periódicos eran antiguos, y normalmente eso habría hecho que Blaze se sintiera triste, pero esa noche la perspectiva de pintar el coche lo tenía emocionado. Cubrió con papeles las ventanillas y las ruedas. Además tapó con cinta adhesiva los adornos cromados.

A eso de las nueve de la noche, el fragante olor a plátano de la pintura invadía el cobertizo, y a eso de las once la tarea había terminado. Blaze retiró las

hojas de periódico y retocó algunas zonas; entonces admiró su obra. Pensó que había hecho un buen trabajo.

Se fue a la cama, un poco colocado por la pintura, y a la mañana siguiente despertó con dolor de cabeza.

—¿George? —dijo esperanzado.

No hubo respuesta.

—Estoy sin blanca, George. Con el agua al cuello.

No hubo respuesta.

Blaze deambuló por la casa durante todo el día preguntándose qué debía hacer.

El encargado del turno de noche estaba leyendo un épico libro de bolsillo titulado *Bailarinas marimachos* cuando una Colt se le posó en el rostro. La misma Colt. La misma voz diciendo bruscamente:

—Todo lo de la caja.

—Oh, no —dijo Harry Nason—. Oh, Cristo.

Alzó la mirada. Frente a él había un horror chinesco con la nariz aplastada por una media de nailon de mujer, la pernera que sobraba le caía por la espalda como si fuera el rabo de un gorro de esquí.

—Tú no. Otra vez no.

—Todo lo de la caja. Mételo en una bolsa.

Esa vez no entró nadie, y como se trataba de un día entre semana, había menos dinero en el botín. El hombretón ya se iba cuando de repente se detuvo y se volvió.

Ahora —pensó Harry Nason—, me van a disparar.

Pero en lugar de disparar, el hombretón dijo:

—Esta vez no he olvidado la media.

Tras el nailon, parecía estar sonriendo.

Luego se marchó.

Cuando Clayton Blaisdell, Jr., llegó a Hetton House, tenían una directora. No recordaba su nombre, solo su pelo gris y sus grandes ojos sin brillo detrás de sus gafas, y que les leía la Biblia y terminaba cada Asamblea Matinal diciendo: «Sean buenos, chicos, y prosperarán». Y entonces, un día, tuvo una apoplejía y ya nunca más volvió a su despacho. Al principio Blaze pensaba que lo que la directora tenía era una cigüeña^[17], pero finalmente lo comprendió: apoplejía. Era como un dolor de cabeza que nunca se calmaba. Su sustituto fue Martin Coslaw. Blaze nunca olvidó su nombre, y no solo porque todos los niños le llamaban La Ley. Blaze nunca se olvidó de él porque La Ley le enseñó aritmética.

La aritmética se impartía en el aula 7 de la tercera planta, donde en invierno hacía el frío suficiente para que se le helaran los huevos a un mono de latón. En las paredes había retratos de George Washington, Abraham Lincoln y la hermana Mary Hetton. La hermana Hetton tenía la tez pálida y llevaba el negro cabello recogido y ovillado en una especie de pomo de puerta en la parte de atrás de la cabeza. Tenía unos ojos oscuros que a veces, cuando las luces se habían apagado, volvían para acusar a Blaze de ciertas cosas. La mayoría de las veces de ser un bobo. Probablemente demasiado bobo para llegar al instituto, tal como La Ley decía.

El aula 7 era de color oro viejo y siempre olía a suelo recién abrillantado, un olor que adormecía a Blaze incluso cuando caminaba la mar de despierto. Nueve globos colgantes proporcionaban una tenue y triste luz durante los días lluviosos. Había una vieja pizarra, y encima había carteles de color verde con el alfabeto según el método Palmer (letras mayúsculas y minúsculas). Después del alfabeto venían los números, desde el cero hasta el nueve, tan bonitos que uno se sentía estúpido y más torpe solo con mirarlos. Los pupitres estaban grabados con lemas e iniciales entrelazadas, la mayoría reducidas a fantasmas por los continuos lijados y barnizados, pero nunca desaparecían del todo. Estaban anclados al suelo con tornillos de acero. En cada pupitre había un tintero. Los tinteros estaban llenos de tinta Cáster. Si derramabas tinta, te castigaban a la lavandería. Si dejabas marcas negras de pisadas en el suelo amarillo, te castigaban. Si hacías el idiota en clase (lo que llamaban Mala Conducta) te castigaban. Había otros motivos para

que te castigaran; Martin Coslaw creía en los castigos y en El Azote. El Azote de La Ley era más temido en Hetton House que cualquier otra cosa, más incluso que el coco que se esconde debajo de la cama de los niños pequeños. El Azote era una paleta de abedul muy fina. La Ley le había hecho cuatro agujeros para evitar la resistencia del aire. Jugaba a los bolos en un equipo llamado The Falmouth Rockers, y a veces los viernes llevaba la camisa del equipo a la escuela. Era azul oscuro y tenía su nombre (Martin) bordado en oro sobre el bolsillo de la pechera. A Blaze esas letras le parecían casi (pero no del todo) como el método Palmer. La Ley decía que, en los bolos y en la vida, si una persona se entrenaba, los *strikes* cuidaban de ella. Él tenía mucha fuerza en el brazo derecho por haber lanzado todos esos *strikes* y haberse entrenado tanto, y cuando castigaba a alguien con El Azote, dolía mucho. Se había acostumbrado a apretar la lengua entre los dientes mientras golpeaba con El Azote a un chico, especialmente a los de Mala Conducta. A veces mordía con tanta fuerza que sangraba, esa era la razón por la que un chico en Hetton House le llamaba Drácula además de La Ley, pero luego ese muchacho desapareció y no volvieron a verlo. Decían que alguien desaparecía cuando lo instalaban con una familia y se quedaba con ella, quizá incluso lo adoptaban.

Todos los muchachos de Hetton House odiaban y temían a Martin Coslaw, pero ninguno lo odiaba y temía más que Blaze. Blaze era muy malo en aritmética. Había llegado a pillar lo de sumar dos manzanas más tres manzanas, pero solo con un esfuerzo enorme; un cuarto de manzana más media manzana quedaba lejos de sus posibilidades. Por lo que él sabía, a las manzanas solo se les podían dar mordiscos.

Fue durante una clase de aritmética básica cuando Blaze realizó su primera estafa, ayudado por su amigo John Cheltzman. John era feo, escuálido, larguirucho y rebosaba odio, aunque raramente lo exteriorizaba. La mayor parte de ese odio lo escondía tras sus gruesas gafas reparadas con cinta adhesiva y su estúpido yak yak yak de granjero que habitualmente era su risa. Era el blanco de los chicos mayores y más fuertes que él. Le golpeaban a base de bien. Le restregaban la cara en la tierra (primavera y otoño) o en la nieve (invierno). Su camiseta a menudo acababa destrozada. Difícilmente escapaba de las duchas comunitarias sin que le azotaran el culo con toallas mojadas. Sin embargo, él siempre se sacudía la tierra o la nieve, se colocaba de nuevo la desgarrada camiseta, o soltaba su yak yak yak mientras se frotaba las nalgas enrojecidas, y rara vez mostraba su odio. Ni su inteligencia. Era bueno en clase —bastante bueno, eso no podía evitarlo—, pero una calificación superior a un notable era algo extraño en él y no bien recibido. En Hetton House, los sobresalientes eran para los capullos. Por no mencionar las patadas en el culo.

Por aquel entonces, Blaze ya había crecido mucho. No del todo, solo tenía once o doce años, pero estaba en ello. Era tan grande como alguno de los chicos mayores, aunque nunca se sumaba a las peleas en el patio de juegos ni a los toallazos. Un día, mientras Blaze estaba de pie al lado de la valla al final del patio de juegos, sin hacer nada más que observar a los cuervos posarse en los árboles y alzar el vuelo de nuevo, John Cheltzman se le acercó. Le ofreció un trato.

—Este semestre volverás a tener a La Ley en matemáticas —comentó John—. Las fracciones continúan.

—Odio las fracciones —dijo Blaze.

—Te haré los deberes si consigues que esos estúpidos no me molesten nunca más. Te haré bien los ejercicios para que puedas apañártelas, pero no tan bien como para que él sospeche y te pille. Después no tendrás que quedarte de pie.

Quedarse de pie era malo, aunque no tanto como que te castigaran. Tenías que quedarte de pie en el rincón del aula 7, de cara a la pared y sin poder mirar el reloj.

Blaze consideró la idea de John Cheltzman, luego negó con la cabeza.

—Se dará cuenta. Me llamará para que recite la lección y entonces se dará cuenta.

—Pasea la vista por el aula como si estuvieras pensando —dijo John—: Yo cuidaré de ti.

Y John así lo hizo. Le escribía las respuestas de los ejercicios y Blaze las copiaba con sus propios números, intentando que se parecieran a los números del método Palmer escritos sobre la pizarra, pero nunca se parecían. A veces La Ley lo llamaba para recitar la lección, y entonces Blaze se levantaba y miraba a todas partes salvo hacia Martin Coslaw, y eso era perfecto, porque así era como todos los chicos se comportaban cuando les tocaba a ellos. Mientras miraba alrededor, echaba un vistazo a Johnny Cheltzman, que, cubriéndose con la tapa del pupitre, le mostraba un número variable de dedos. Si el número que quería La Ley era diez u otro menor, la cantidad de dedos que le mostrara sería la respuesta. Si se trataba de una fracción, John cerraba las manos. Luego las abría. La mano izquierda era el numerador. La mano derecha, el denominador. Si el denominador era mayor que cinco, Johnny volvía a mostrar los puños cerrados y luego empleaba ambas manos. Blaze no tenía problemas con todas esas señales, aunque a algunos les habrían parecido más complejas que las fracciones en sí mismas.

—¿Y bien, Clayton? —decía La Ley—. Estamos esperando.

Y Blaze respondía:

—Un sexto.

No siempre tenía que responder de forma correcta.

Cuando se lo contó a George, este asintió con aprobación.

—Una pequeña estafa muy bonita. ¿Cuándo se vino abajo?

Se vino abajo tres semanas después de comenzar el semestre, y cuando Blaze pensó en ello —cuando pudo pensar en ello, le llevó bastante tiempo y resultó una ardua tarea— se dio cuenta de que La Ley debía de sospechar de la sorprendente mejoría de Blaze en matemáticas desde hacía tiempo. Le había dado cuerda, toda la cuerda que Blaze necesitaba para ahorcarse por sí solo.

Hubo un examen sorpresa. Blaze suspendió con un Cero. Eso fue porque el examen era todo de fracciones. La prueba había tenido realmente un único propósito: atrapar a Clayton Blaisdell, Jr. Debajo del Cero había una nota garabateada en brillantes letras rojas. Blaze no consiguió descifrarla, así que se la pasó a John.

John la leyó. Al principio permaneció callado, pero luego le dijo a Blaze:

—Esta nota dice: «John Cheltzman recibirá unos azotes».

—¿Qué? ¿Cómo?

—Dice: «Pase por mi despacho a las cuatro».

—¿Por qué?

—Porque nos olvidamos de los exámenes —dijo John. Luego añadió—: No, tú no te olvidaste. Me olvidé yo. Porque lo único en lo que podía pensar era en que esos peludos Brutus dejaran de golpearme. Y ahora tú me pegarás y luego La Ley me castigará y entonces los Brutus empezarán de nuevo a golpearme. Jesucristo, ojalá estuviera muerto.

Y su mirada parecía que de verdad lo deseaba.

—Yo no voy a pegarte.

—¿No? —John lo miró con los ojos de alguien que quiere creer pero no lo consigue.

—Tú no podías hacer el examen por mí, ¿verdad?

El despacho de Martin Coslaw era una gran habitación con una placa en la puerta en la que se leía director. Dentro había una pequeña pizarra, frente a la ventana, la cual se asomaba al miserable patio de juegos de Hetton House. La pizarra estaba cubierta de tiza y de las fatídicas fracciones de Blaze. Coslaw estaba sentado detrás de su escritorio cuando Blaze entró. Fruncía el ceño hacia el vacío. Blaze le dio un motivo más para arrugar el entrecejo.

—Llame —dijo.

—¿Eh?

—Dé la vuelta y llame a la puerta —dijo La Ley.

—Oh. —Blaze se volvió, salió de la habitación, llamó y volvió a entrar.

—Se lo agradezco.

—Claro.

Coslaw miró con desaprobación a Blaze. Agarró un lápiz y comenzó a tamborilear sobre el escritorio. Era un lápiz de color rojo, para las calificaciones.

—Clayton Blaisdell, Jr. —dijo. Recapacitó—. Un nombre muy largo para tan poco intelecto.

—Los otros niños me llaman...

—No me importa cómo le llamen los otros niños; un niño es un cabrito, y cabrito es un término de argot aceptado por los idiotas, no me importa ni el término ni los que lo emplean. Yo soy profesor de aritmética, mi tarea consiste en preparar a jóvenes como usted (si es que se les puede preparar) para el ingreso en el instituto y en enseñarles también la diferencia entre el bien y el mal. Si mis responsabilidades se limitaran a enseñarles aritmética (y a veces deseo que así fuera, muy a menudo deseo que así fuera), no tendría que hacerlo, pero también soy el director, y por eso debo enseñarles la confrontación entre el bien y el mal, *quod erat demonstrandum*. ¿Sabe qué significa *quod erat demonstrandum*, señor Blaisdell?

—No —respondió Blaze. Su corazón se estaba hundiendo y podía sentir el agua asomándose a sus ojos. Era grande para su edad, pero en ese momento se sentía muy pequeño. Cada vez más pequeño. Saber que así era como La Ley quería que se sintiese no cambiaba las cosas.

—No, y nunca lo sabrá, porque incluso aunque llegue al segundo curso del instituto (cosa que dudo) nunca conseguirá estar más cerca de la geometría de lo que ahora lo está de la fuente del final del pasillo. —La Ley enroscó los dedos y se balanceó en su sillón. La camisa de su equipo de bolos pendía del respaldo y se mecía con él—. Significa «lo que se quería demostrar», señor Blaisdell, y lo que yo quería demostrar con mi pequeño examen es que usted es un tramposo. Un tramposo es una persona que no conoce la diferencia entre el bien y el mal. QED, *quod erat demonstrandum*. Por consiguiente, habrá castigo.

Blaze clavó los ojos en el suelo. Oyó un cajón que se abría. Algo se removió dentro y el cajón volvió a cerrarse. No tuvo que alzar la mirada para saber lo que La Ley tenía en la mano.

—Aborrezco a los tramposos —dijo Coslaw—, pero sé de su discapacidad mental, señor Blaisdell, por lo tanto deduzco que hay alguien peor que usted en esta pequeña trama. Alguien que puso la idea en su espesa cabeza y ha actuado como cómplice. ¿Me sigue?

—No —respondió Blaze.

Coslaw deslizó un poco la lengua hacia delante y la mordió firmemente. Agarró El Azote con igual o mayor firmeza.

—¿Quién le hacía los ejercicios?

Blaze no respondió. No había que chivarse. Todos los libros de cómics, los programas de televisión y las películas decían lo mismo. No había que chivarse. Y menos de tu único amigo. Había algo más. Algo que luchaba por salir a la luz.

—No debería castigarme —dijo al fin.

—¿Cómo? —Coslaw parecía sorprendido—. ¿Eso cree? ¿Y por qué motivo, señor Blaisdell? Acláremelo. Estoy fascinado.

Blaze no conocía esas grandes palabras, pero conocía aquella mirada. La había visto toda su vida.

—Usted no se ha preocupado por enseñarme. Solo quiere que me sienta inferior, y hacer daño a aquel que intente detenerle. Eso está mal. No debería castigarme cuando es usted el que actúa mal.

La Ley ya no parecía sorprendido. Parecía un loco; tanto que una vena le palpitaba en el centro de la frente.

—¿Quién te ha hecho los ejercicios?

Blaze no dijo nada.

—¿Cómo podías responder en clase? ¿Cómo lo hacías?

Blaze no dijo nada.

—¿Ha sido Cheltzman? Creo que ha sido Cheltzman.

Blaze no dijo nada. Sus puños, apretados, temblaban. Las lágrimas acudieron a sus ojos, pero no pensaba que esas lágrimas pudieran hacerle inferior.

Coslaw dibujó un arco con El Azote y golpeó con fuerza el brazo de Blaze. Sonó como el disparo de una pistola pequeña. Era la primera vez que le pegaban en un lugar que no fuera el trasero, aunque algunas veces, cuando era pequeño, le habían retorcido la oreja (y una o dos veces la nariz).

—¡Contéstame, alce sin cerebro!

—¡Que te jodan! —gritó Blaze, la cosa impronunciable por fin tenía el camino despejado—: ¡Que te jodan, que te jodan!

—Ven aquí —dijo La Ley. Sus ojos eran enormes, parecían salirse de sus órbitas. La mano que agarraba El Azote se había vuelto blanca—. Ven aquí, saco de basura.

Blaze se acercó; después de todo, solo era un niño, y la cosa impronunciable había expulsado toda la rabia de su interior.

Cuando salió del despacho de La Ley veinte minutos más tarde, con la respiración silbando entrecortada en su garganta y con la nariz sangrando (pero con los ojos secos y la boca cerrada), se convirtió en la leyenda de Hetton House.

Y ahí terminó con la aritmética. Durante octubre y la mayor parte de noviembre cambió el aula 7 por la sala de estudios 19. Aquello fue bueno para Blaze. Sucedió dos semanas antes de que lograra apoyar la espalda con comodidad, y eso también fue bueno.

Un día a finales de noviembre, volvieron a convocarlo al despacho del director Coslaw. Un hombre y una mujer de mediana edad estaban sentados delante de la pizarra. A Blaze le pareció que estaban secos. Como si el viento otoñal pudiera arrastrarlos cual hojas.

La Ley estaba sentado detrás de su escritorio. La camisa de su equipo de bolos no se veía por ninguna parte. Hacía frío en la habitación porque habían abierto la ventana para que entrara el brillante y fino sol de noviembre. Además de ser un hueso duro de roer en los bolos, La Ley era amigo del aire fresco, y a la pareja visitante no parecía importarle. El hombre seco llevaba un traje chaqueta gris con hombreras y una corbata bien anudada. La mujer seca llevaba un abrigo de tela escocesa y una blusa blanca. Ambos tenían manos fuertes y surcadas de venas. Las de él eran callosas; las de ella, agrietadas y coloradas.

—Señor y señora Bowie, este es el muchacho del que les hablé. Quítese el sombrero, joven Blaisdell.

Blaisdell se quitó su gorra de los Red Sox.

El señor Bowie lo observó con ojo crítico.

—Es bastante grande. ¿Dice usted que solo tiene once años?

—Doce el mes que viene. Les será de gran ayuda en su domicilio.

—No tiene nada raro, ¿verdad? —preguntó la señora Bowie. Tenía una voz alta y aguda; cosa extraña proviniendo de aquel pecho de mamut que se erguía bajo el abrigo escocés como una ola encrespada en Higgins Beach—. ¿Ni tuberculosis ni nada?

—Ha pasado la revisión médica —dijo Coslaw—. Todos nuestros chicos pasan una revisión regularmente. Exigencias del estado.

—¿Puede cortar leña? Eso es lo que quiero saber —dijo el señor Bowie. Tenía el rostro delgado y ojeroso, el rostro de un predicador de televisión fracasado.

—Estoy seguro de que sí —respondió Coslaw—. Estoy seguro de que está capacitado para el trabajo duro. Trabajo duro físico, quiero decir. En aritmética es malo.

La señora Bowie sonrió sin mostrar ni un solo diente.

—Yo sé hacer las cuentas. —Se volvió a su marido—. ¿Hubert?

Después de considerarlo, Bowie asintió.

—Ajá.

—Joven Blaisdell, por favor, salga fuera —dijo La Ley—. Hablaré con usted más tarde.

Y de ese modo, sin que dijera una sola palabra, Blaze se convirtió en un miembro de los Bowie.

—No quiero que te vayas —dijo John. Sentado en un catre, junto al de Blaze, le observaba cargar una mochila con sus escasas pertenencias. La mayor parte, también la mochila, se la había provisto Hetton House.

—Lo siento —dijo Blaze, pero no lo sentía, no del todo; lo que él deseaba era que Johnny pudiera acompañarle.

—Empezarán a pegarme en cuanto llegues a la carretera. Todos.

Los ojos de John se movieron rápido de un lado a otro en sus cuencas; luego se apretó un grano en un lado de la nariz.

—No, no lo harán.

—Lo harán y lo sabes.

Blaze lo sabía. Y también sabía que no podía hacer nada.

—Tengo que ir. Soy un menor. —Sonrió a John—. «Miner, forty-niner, dreadful sorry, Clementine»^[18].

Para tratarse de Blaze, aquello era digno de Juvenal, aunque John ni siquiera esbozó una sonrisa. Se acercó y aferró con fuerza el brazo de Blaze, como si quisiera guardar su textura en su memoria para siempre.

—No volverás nunca.

Pero Blaze sí regresó.

Los Bowie fueron a recogerlo en una vieja ranchera Ford pintada unos años antes con grotescos brochazos blancos. Había sitio para los tres en la cabina, pero Blaze se instaló en la parte de atrás. No le importó. HH se desvaneció en la distancia y luego desapareció, y eso le llenó de alegría.

Vivían en una enorme granja destartada en Cumberland, limitando con Falmouth por un lado y con Yarmouth por el otro. Un camino sin pavimentar llevaba a la casa, cubierta por mil capas de polvo. Aún no la habían pintado. En el frente, un cartel rezaba los collies de los bowie. A la izquierda de la casa había una enorme perrera en la que veintiocho Collies corrían y ladraban constantemente. Algunos tenían sarna. El pelaje se había desprendido en grandes parches, mostrando la tierna piel rosada a los últimos insectos de la temporada. A la derecha de la casa se extendían campos de hierbajos. En la parte trasera había un enorme y viejo granero donde los Bowie tenían las vacas. La casa se alzaba en una extensión de cuarenta acres. La mayoría estaban dedicados al heno, pero había también siete acres de arbustos y troncos.

Cuando llegaron, Blaze saltó de la ranchera con la mochila en la mano. Bowie se la quitó.
—Yo te llevaré esto. Lo que tú quieres es cortar leña.

Blaze lo miró y parpadeó.

Bowie señaló hacia el granero. Una serie de cobertizos zigzagueantes lo unían con la casa formando algo casi parecido a un porche. Había un montón de troncos apilados contra una de las paredes del granero. Algunos eran de arce, otros de pino; la savia se había coagulado en ampollas sobre la corteza. Enfrente de los maderos había un viejo tocón con un hacha clavada.

—Lo que tú quieres es cortar leña —repitió Hubert Bowie.

—Ah —dijo Blaze. Era la primera palabra que les decía.

Los Bowie observaron cómo se inclinaba sobre el tocón y liberaba el hacha. La miró y se quedó parado en medio del polvo acumulado junto al tocón. Los perros corrían y ladraban incesantemente. Los collies más pequeños eran los más ruidosos.

—¿Y bien? —preguntó Bowie.

—Señor, nunca he cortado leña.

Bowie dejó caer la mochila en la tierra. Se acercó y colocó un madero de arce sobre el tocón. Se escupió en la palma de una mano, la frotó con la otra y agarró el hacha. Blaze observaba con atención. Bowie bajó la hoja. El madero se partió en dos.

—Así —dijo—. Ahora es leña para la estufa. —Le entregó el hacha—. Ahora tú.

Blaze se puso el hacha entre las piernas, luego escupió en la palma de una mano y la frotó con la otra. Cuando iba a echar mano al hacha, recordó que no había puesto ningún madero sobre el tocón. Colocó uno, alzó el hacha y la bajó. El madero se partió en dos trozos casi idénticos a los de Bowie. Blaze estaba encantado. Un instante después estaba tirado en la tierra, el oído derecho le silbaba debido al golpe que Bowie le había asestado con el reverso de una de sus secas y curtidas manos.

—¿Por qué ha hecho eso? —preguntó Blaze, mirándole.

—Por no saber cortar leña —dijo Bowie—. Y antes de que digas que tú no tienes la culpa, muchacho, te diré que yo tampoco. Ahora lo que quieres es cortar leña.

Su habitación era un diminuto anexo en el tercer piso de la laberíntica granja. Dentro había una cama y un buró, nada más. Tenía una ventana. Todo lo que se veía a través de ella parecía ondulado y distorsionado. Por la noche hacía frío, y

mucho más por la mañana. A Blaze no le preocupaba el frío, le preocupaban los Bowie. Cada vez le preocupaban más y más. La preocupación se convirtió en disgusto y el disgusto finalmente dejó paso al odio. El odio que crecía paulatinamente. Para él era el único camino. El odio creció a su propio ritmo hasta completarse, y al final brotaron flores rojas. Era el tipo de odio que una persona inteligente no llegaba a conocer jamás. Se formaba a sí mismo, sin que la reflexión lo adulterara.

Durante aquel otoño y el invierno cortó gran cantidad de leña. Bowie intentó enseñarle a ordeñar, pero Blaze no lograba aprender. Poseía lo que Bowie llamaba unas manos difíciles. Las vacas se asustaban a pesar de la delicadeza con la que él intentaba colocar sus dedos alrededor de las tetas de las ubres. Entonces el nerviosismo se apoderaba de él y cerraba el circuito. El flujo de leche se reducía a un hilillo, luego cesaba. Bowie nunca le retorció la oreja ni le golpeó en la cabeza por aquello. No tenía maquinaria para ordeñar, ni siquiera creía en ella, decía que las máquinas DeLavals consumían el brío de las vacas, pero admitía que para ordeñar a mano se necesitaba talento. Así pues, no podías castigar a alguien por no tener esa habilidad, lo mismo que no podías castigar a alguien que no era capaz de escribir lo que él llamaba *poezía*.

—Sin embargo puedes cortar leña —dijo sin sonreír—. Para eso sí tienes talento.

Blaze la cortaba y acarreaba, rellenaba el arcón de la cocina cuatro o cinco veces al día. Tenían una estufa de aceite, pero Hubert Bowie se negaba a encenderla hasta febrero, porque el Número Dos era muy caro. Blaze también barría los treinta metros del camino de la entrada una vez que la nieve dejaba de caer, empacaba el heno, limpiaba el granero, y arrancaba las malas hierbas del jardín de la señora Bowie.

Los fines de semana se levantaba a las cinco para alimentar a las vacas (a las cuatro si había nevado) y tenía que estar desayunado antes de que el autobús SAD 106 amarillo apareciera para llevarle al colegio. Los Bowie habrían suprimido el colegio si hubieran podido, pero no podían.

En Hetton House, Blaze había oído tantas historias buenas como malas sobre el «colegio de fuera». Los chicos mayores que iban a Freeport High relataban la mayoría de las malas. No obstante, Blaze era todavía demasiado joven para eso. Él asistió al Distrito A de Cumberland durante el tiempo que permaneció con los Bowie, y le gustó. Sus profesores le gustaban. Le encantaba memorizar poemas, levantarse en clase y recitarlos: «Sobre el puente rústico que arqueaba la corriente...». Recitaba esos poemas con su chaqueta de cazador roja y negra (que nunca se quitaba, para no olvidarla en los simulacros de incendios), sus pantalones de franela y sus zapatillas verdes. Medía un metro sesenta,

convirtiéndolo en enanos a todos sus compañeros de sexto curso, y su estatura estaba coronada por su expresión sonriente y su frente hundida. Nadie se rio jamás cuando Blaze recitaba poesía.

Aunque era un chico del estado, tenía un montón de amigos, porque no era discutiendo ni intimidante. Tampoco era hosco. En el patio de juegos era el oso de todos. A veces se paseaba cargando sobre los hombros a tres niños de primer curso. Nunca se aprovechó de su estatura. Podían abordarlo cinco, seis, siete jugadores a la vez, empujando, empujando, habitualmente riendo, y él alzaba su frente hundida hacia el cielo y se erigía como un edificio ante los inevitables aplausos de los demás. Un día que le tocaba guardia en el patio, la señora Waslewski, católica practicante, vio cómo llevaba en los hombros a algunos niños de primer curso y comenzó a llamarle San Francis de la Gente Menuda.

La señora Cheney fue su profesora en lectura, escritura e historia. Enseguida comprendió que las matemáticas (que él siempre llamaba aritmética) eran para Blaze una causa perdida. La única vez que lo puso a prueba con tarjetas didácticas, él palideció y ella creyó que el muchacho había estado a punto de desmayarse.

Blaze era lento pero no retrasado. En diciembre ya había pasado de las aventuras de Dick y Jane de primer curso a las historias de *Caminos a todas partes*, la lectura del tercer curso. La señora Cheney le dio una pila de cómics clásicos que tenía encuadernados en tapas duras y una nota en la que indicaba a los Bowie que eran sus deberes para después de clase. Su favorito, por supuesto, fue *Oliver Twist*, lo leyó una vez y otra hasta que se aprendió todas las palabras.

Así fueron las cosas hasta enero, y así podían haber sido hasta la siguiente primavera si no hubieran pasado dos cosas inoportunas. Blaze mató a un perro y se enamoró.

Odiaba a los collies, pero una de sus tareas consistía en alimentarlos. Eran de pura raza, pero la paupérrima dieta y su enjaulamiento en la perrera los había vuelto feos y neuróticos. Casi todos eran cobardes y se encrespaban si los tocabas. A veces se abalanzaban, gruñendo y ladrando, pero enseguida se alejaban y regresaban desde otro ángulo. A menudo se acercaban sigilosamente por detrás. Entonces podían morderte en la pantorrilla o en las nalgas y escabullirse. El clamor a la hora de la comida era infernal. Se oía más allá de la propiedad de Hubert Bowie. La señora Bowie era la única a la que los perros obedecían. Ella los adulaba con su voz vibrante. Cuando estaba con los perros, siempre llevaba puesta su chaqueta roja, cubierta de pelos de color marrón claro.

Los Bowie vendían pocos animales de crianza, pero en primavera los perros proporcionaban doscientos dólares cada uno. La señora Bowie explicó a Blaze la importancia de alimentar bien a los animales, de alimentarlos con lo que ella llamaba «una buena mezcla». Pero ella nunca les daba de comer, y lo que Blaze ponía en los comederos era una comida barata, llamada Dignidad de Perro, de una tienda de alimentación de Falmouth. Hubert Bowie a veces la llamaba Bazofia Barata y otras veces Pedos de Perro. Pero jamás cuando su esposa estaba cerca.

Los perros sabían que a Blaze no le gustaban, que les tenía miedo, y cada día se mostraban más agresivos con él. Cuando el clima llegó a ser realmente frío, se acercaban tanto en sus embestidas que incluso llegaban a morderle de frente. Por la noche a veces se despertaba en medio de una pesadilla en la que la jauría lo había derribado y empezaba a comérselo vivo. Tras esos sueños, permanecía tendido en la cama, exhalando frías bocanadas de vapor en la oscuridad e intentando convencerse a sí mismo de que aún estaba entero. Sabía que lo estaba, conocía la diferencia entre los sueños y la realidad, pero en la oscuridad esa diferencia parecía muy tenue.

En muchas ocasiones, los golpes y mordiscos conseguían que a Blaze se le cayera la comida. Entonces tenía que recogerla como podía de la nieve compacta y manchada de orina mientras los perros gruñían y arremetían a su alrededor.

Paulatinamente, uno de ellos se convirtió en el líder de la guerra no declarada contra Blaze. Se llamaba Randy. Tenía once años y un ojo lechoso. A Blaze lo aterrorizaba. Sus dientes parecían colmillos oxidados. En el centro de la cabeza tenía una línea blanca. Se acercaba a Blaze con decisión, de frente, sus ancas palpitaban bajo el astroso pelaje. El ojo bueno de Randy parecía arder mientras que el malo permanecía indiferente a todo, como una lámpara averiada. Sus garras arrancaban pequeños terrones amarillentos de nieve apelmazada del suelo de la perrera. Aceleraba hasta un punto en que parecía imposible que pudiese hacer otra cosa que no fuera lanzarse al vuelo hacia la garganta de Blaze. Entonces los otros perros entraban en una especie de frenesí, se revolvían, gruñían y saltaban. En el último segundo, las garras de Randy se clavaban con fuerza en el suelo, salpicando nieve sobre los pantalones verdes de Blaze, luego se alejaba dibujando un amplio círculo, y repetía la maniobra. Pero cada vez tardaba más en detenerse, se acercaba tanto que Blaze podía percibir su hedor e incluso su aliento.

Una noche, hacia finales de enero, supo que el perro no se detendría en el último instante. No sabía por qué esa vez iba a ser diferente, pero así fue. Randy se lo hizo saber. Se le echaría encima. Y cuando lo hiciese, los otros perros lo imitarían rápidamente. Lo siguiente sería como en sus pesadillas.

El perro se acercaba, corría cada vez más y más rápido, silencioso. Esta vez no se detendría. No derraparía ni se desviaría. Sus cuartos traseros se tensaron,

luego tomaron impulso. Un segundo después estaba en el aire.

Blaze llevaba dos cubos de acero llenos de Dignidad de Perro. Cuando vio lo que Randy pretendía, todo su miedo le abandonó. Dejó caer los cubos en el mismo momento en que Randy se abalanzaba. Blaze llevaba guantes de cuero con agujeros en los dedos. Golpeó al perro en el aire con el puño derecho, debajo de la zona inferior de la mandíbula. La sacudida le recorrió el brazo hasta el hombro. La mano se le entumeció completamente. Sonó un breve y duro crujido. Randy dibujó un giro perfecto de ciento ochenta grados en el gélido aire y aterrizó sobre el lomo con un golpe seco.

Blaze se percató de que los otros perros habían permanecido en silencio solo cuando empezaron a ladrar de nuevo. Recogió los cubos, se acercó al comedero y vertió la comida en él. Antes, los perros siempre acudían en tropel, mordisqueaban el aire, ladraban y gruñían para conseguir las mejores posiciones, antes incluso de que hubiera añadido agua. En cuanto a eso no podía hacer nada; era inútil. Ahora, cuando uno de los collies más pequeños corrió hacia el comedero, con sus estúpidos ojos brillantes y su estúpida lengua colgando a un lado de su estúpida boca, Blaze lo agarró con sus manos enguantadas y lo echó a un lado con tanta fuerza que sus patas perdieron el equilibrio y cayó de bruces. Los otros perros retrocedieron.

Blaze añadió dos baldes de agua del grifo.

—Vamos —dijo—. Está fresca. Acercaos y comed.

Volvió para echarle un vistazo a Randy mientras los otros perros corrían hacia el comedero.

Las pulgas estaban ya abandonando el cuerpo cada vez más frío de Randy para morir en la nieve cubierta de pis. El ojo bueno parecía casi tan vacío como el malo. Eso despertó en Blaze un sentimiento de culpa y tristeza. Tal vez el perro solo jugaba. Tal vez solo intentaba asustarlo.

Y se había asustado. Por supuesto que sí, qué demonios.

Regresó a la casa con los cubos vacíos, cabizbajo. La señora Bowie estaba en la cocina. Había colocado el tapón en el fregadero y estaba lavando las cortinas. Mientras trabajaba cantaba un himno con su voz aguda.

—¡Eh, no me pises el suelo! —gritó.

Era su suelo, pero era Blaze el que lo limpiaba. De rodillas. El malhumor despertó en su pecho.

—Randy está muerto. Se me echó encima. Le golpeé. Lo he matado.

Ella sacó las manos del agua jabonosa y gritó:

—¿Randy? ¡Randy! ¡Randy!

Describió un círculo sobre sí misma, cogió el suéter de la percha cercana a la estufa y fue hacia la puerta.

—¡Hubert! —Llamó a su marido—. ¡Hubert, oh, Hubert! ¡Qué niño más malo!

Y luego, como si aún estuviera cantando:

—OooooooooOOOOOO.

Apartó a Blaze de su camino y salió. El señor Bowie apareció por una de las puertas del cobertizo. Su simple rostro estaba lleno de sorpresa. Dio una zancada hacia Blaze y lo agarró del hombro.

—¿Qué ha pasado?

—Randy está muerto —dijo Blaze, impasible—. Saltó sobre mí y yo lo aparté.

—Espera aquí —dijo Hubert Bowie, y se fue tras su esposa.

Blaze se quitó la chaqueta roja y negra y se sentó en un taburete del rincón.

La nieve de sus botas se derritió y formó un charco en el suelo. No le importó. El calor de la leña palpitaba en su rostro. Él la había cortado. No le importaba.

Bowie tuvo que guiar a su esposa de vuelta a casa, se había cubierto la cara con el delantal y lloraba sonoramente. El elevado tono de su voz recordaba el ruido de una máquina de coser.

—Vete al cobertizo —le dijo Bowie.

Blaze abrió la puerta. Bowie lo ayudó a salir con la punta de su bota. Blaze perdió paso en los dos escalones y se cayó en el porche, se levantó y entró en el cobertizo. Dentro había muchas herramientas: hachas, martillos, un torno, una lijadora, pulidoras, una cortadora y otras cosas que no sabía cómo se llamaban. También había piezas de automóviles y cajas con revistas viejas. Y una pala de aluminio muy ancha para la nieve. Su pala. Blaze la miró, y algo en la pala completó el odio que sentía por los Bowie. Ellos recibían ciento sesenta dólares al mes por mantenerle y él les hacía sus tareas. Comía mal. La comida era mejor en HH. No era justo.

Hubert Bowie abrió la puerta del cobertizo y entró.

—Voy a darte unos azotes —dijo.

—Ese perro se me echó encima. Directo a la garganta.

—No digas nada más, solo conseguirás que las cosas se pongan peor para ti.

Cada primavera, Bowie apareaba una de sus vacas con Freddy, uno de los toros de Franklin Marstellar. En una de las paredes del cobertizo había un cabestro que él llamaba «el ronزال del amor» y un bozal. Bowie asió los ganchos y enlazó ambos extremos; el cuero quedó muy tenso.

—Inclínate sobre esa mesa de trabajo.

—Randy se lanzó a mi garganta. Le estoy diciendo que era él o yo.

—Inclínate sobre esa mesa de trabajo.

Blaze vaciló, pero no pensó. Pensar era un proceso demasiado largo para él. En cambio, consultó los entresijos de su instinto.

Todavía no era el momento oportuno.

Se inclinó sobre la mesa de trabajo. El castigo fue largo y doloroso, pero no lloró. Lo hizo más tarde, en su habitación.

La chica de la que se enamoró se llamaba Marjorie Thurlow y asistía al séptimo curso en la Escuela de Cumberland. Era rubia, de ojos azules y pecho plano. Su dulce sonrisa le arqueaba los párpados hacia arriba. En el patio de juegos, Blaze la seguía con la mirada. Sentía un vacío en el fondo del estómago, pero de un modo que era bueno. Se imaginaba llevándole los libros y protegiéndola de los malvados. Cuando pensaba eso siempre se ruborizaba.

Un día, poco después del incidente de Randy y los azotes, el Servicio de Salud se presentó en el colegio para poner vacunas. La semana anterior habían repartido formularios a los niños; aquellos padres que quisieran vacunar a sus hijos tenían que firmarlos. Ahora, los niños con los formularios firmados guardaban cola en una nerviosa fila hacia los baños. Blaze era uno de ellos. Bowie había llamado a George Henderson, de la administración del colegio, para preguntarle si las vacunas costaban dinero. Como eran gratuitas, Bowie firmó.

Margie Thurlow también estaba en la fila. Parecía muy pálida. Blaze se sentía mal por ella. Le hubiera gustado poder retroceder y cogerle de la mano. Se ruborizó. Inclino la cabeza y avanzó arrastrando los pies.

Blaze era el primero de la fila. Cuando la enfermera le hizo pasar al baño, se quitó su chaqueta roja y negra y se desabrochó la manga de la camisa. La enfermera sacó una aguja de una especie de hornillo, comprobó su formulario, y dijo:

—Será mejor que también te desabroches la otra manga, hombretón. Tú vales por dos.

—¿Duele? —dijo Blaze mientras se desabotonaba la otra manga.

—Solo durante un segundo.

—Vale —dijo Blaze, y dejó que la enfermera le clavara la aguja en el brazo izquierdo.

—Bien. Ahora el otro brazo y ya estarás listo.

Blaze se volvió hacia el otro lado. Con otra aguja, ella le inyectó la sustancia en el brazo izquierdo. Luego salió del baño, regresó a su pupitre y comenzó a descifrar una historia de su libro.

Cuando Margie apareció, tenía lágrimas en los ojos y muchas más en las mejillas, pero no lloraba. Blaze se sintió orgulloso de ella. Cuando Margie pasó junto a su pupitre de camino a la puerta (los chicos de séptimo curso iban a otra

aula), él le sonrió. Y ella le devolvió la sonrisa. Blaze envolvió esa sonrisa, la guardó, y la conservó durante años.

En el recreo, en el mismo momento en que Blaze cruzaba el umbral de la puerta del patio de juegos, Margie pasó corriendo delante de él; lloraba. Se giró para verla alejarse, después paseó despacio por el patio, con la frente arrugada y el rostro compungido. Se acercó a Peter Lavoie, que bateaba una bola de cuero desde su puesto con un guante de béisbol en una mano, y le preguntó si sabía qué le había ocurrido a Margie.

—Glen le golpeó donde le pusieron la vacuna —dijo Peter Lavoie. Le demostró cómo lo había hecho con un niño, que pasaba por su lado, cerró el puño y le golpeó tres veces rápidamente: pum, pum, pum.

Blaze lo observó y frunció el ceño. La enfermera había mentido. Los dos brazos le dolían un montón desde las vacunas. Sentía los músculos rígidos y doloridos. Le costaba incluso doblar los brazos sin esfuerzo. Y Margie era una chica. Miró alrededor buscando a Glen.

Glen Hardy era un muchacho de octavo enorme, de esos que jugaban al fútbol, tirando a gordo. Era pelirrojo y se peinaba el pelo hacia atrás en grandes ondas. Su padre era granjero en el oeste de la ciudad, y los brazos de Glen eran puros bloques de músculo.

Alguien le lanzó a Blaze la pelota; la dejó caer en el suelo sin mirarla y comenzó a buscar a Glen Hardy.

—Oh, muchachos —dijo Peter Lavoie—. ¡Blaze va a por Glen!

La noticia viajó rápidamente. Grupos de niños empezaron a moverse con estudiado disimulo hacia donde Glen y otros chicos mayores jugaban a una ruda y bestial versión de *kick-ball*. Glen era el lanzador. Sus lanzamientos eran rápidos y duros, la bola rebotaba con fuerza contra el suelo helado.

La señora Foster, que aquel día realizaba la guardia en el patio, estaba en el otro extremo, vigilando a los pequeños en los columpios. No sería un inconveniente, al menos al principio.

Glen alzó la mirada y vio que Blaze se acercaba. Dejó caer al suelo la pelota. Se colocó las manos en las caderas. Ambos equipos formaron un semicírculo en torno a él. Estaban todos los alumnos de séptimo y de octavo. Ninguno, excepto Glen, era tan grande como Blaze.

Los niños de cuarto, quinto y sexto curso estaban agrupados vagamente detrás de Blaze. Se movían arrastrando los pies, ajustándose los cinturones, tirándose con timidez de los dedos de sus guantes, hablando en murmullos unos a otros. Los muchachos de ambos bandos tenían expresiones de absurda despreocupación. La pelea aún no había estallado.

—¿Qué quieres, gilipollas? —preguntó Glen Hardy. Su voz era serena. La voz de un joven dios con un resfriado invernal.

—¿Por qué golpeaste a Margie Thurlow en la vacuna? —preguntó Blaze.

—Pensé que me gustaría.

—Vale —dijo Blaze, y avanzó un paso.

Glen le pegó dos veces en la cara —bum, bum— incluso antes de que se hubiera acercado lo suficiente, y de la nariz de Blaze comenzó a manar sangre. Entonces Glen retrocedió para conservar la ventaja de su ataque. La gente chillaba.

Blaze sacudió la cabeza. Gotas de sangre salpicaban la nieve.

Glen sonreía con descaro:

—Niño de acogida —dijo—. Niño de acogida con mierda en el cerebro.

Luego golpeó a Blaze en el centro de su frente hundida y su sonrisa se transformó en un dolor que explotó en su brazo. La frente de Blaze, hundida o no, era muy dura.

Durante un instante olvidó retroceder y Blaze soltó su primer puñetazo. No usó el cuerpo; únicamente empleó su brazo como un pistón. Sus nudillos conectaron con la boca de Glen, que gritó cuando sus labios se cortaron contra los dientes y comenzaron a sangrar. Los chillidos se intensificaron.

Glen probó su propia sangre y olvidó retirarse. Olvidó lo que significaba burlarse del chico feo con la frente abollada. Solo quería avanzar y soltar ganchos a diestro y siniestro.

Blaze fijó los pies en el suelo y le hizo frente. Vagamente, como de lejos, oía los gritos de ánimo de sus compañeros de clase. Le recordaron los gruñidos de los collies en la perrera el día en el que se percató de que Randy no se desviaría.

Glen le endosó como mínimo tres buenos golpes, y la cabeza de Blaze los resistió. Jadeó e inhaló sangre. Oyó campanillas en los oídos. Blaze volvió a descargarle un puñetazo y entonces fue él quien sintió la sacudida hasta el hombro. La sangre de la boca de Glen se extendía por las mejillas y la barbilla. Glen escupió un diente. Blaze golpeó de nuevo, en el mismo sitio. Glen aulló. Sonó como un niño que se hubiera pillado los dedos con una puerta. Cesó de balancearse. Su boca era un desastre. La señora Foster corría hacia ellos. Su blusa ondeaba, sus rodillas bombeaban, y soplaba su pequeño silbato de plata.

A Blaze le dolía mucho el brazo donde la enfermera le había pinchado, y el puño, y la cabeza, pero volvió a golpear, con todas sus fuerzas, con una mano que sentía entumecida y muerta. Era la misma mano que había usado con Randy, y golpeó tan fuerte como aquel día en la perrera. El puñetazo impactó en la barbilla de Glen. El chasquido que se oyó dejó a los niños mudos. Glen se tambaleó, se le pusieron los ojos en blanco. Las rodillas se le aflojaron y se desplomó.

Lo he matado —pensó Blaze—. Oh, Jesús, lo he matado como a Randy.

Pero entonces Glen se agitó levemente y murmuró desde el fondo de su garganta, como hace la gente mientras duerme. La señora Foster le gritó a Blaze que fuera adentro. Mientras se marchaba, Blaze oyó que le pedía a Peter Lavoie que fuera a su despacho y le trajera el estuche de primeros auxilios, a toda prisa.

Le expulsaron del colegio. Suspendido. Cortaron la hemorragia nasal con una bolsa de hielo, le pusieron una tirita en la oreja, y luego le enviaron de regreso a la granja de los perros; tuvo que recorrer a pie los siete kilómetros de distancia. Había recorrido un pequeño tramo del camino cuando se acordó de su bolsa del almuerzo. La señora Bowie siempre le enviaba al colegio con un bocadillo de mantequilla de cacahuete y una manzana. No era mucho, pero la caminata sería larga y, como John Cheltzman decía, algo es mejor que nada todos los días de la semana. Cuando regresó, no le permitieron entrar, pero Margie Thurlow sí se despidió de él. Todavía tenía los ojos rojos de tanto llorar. Parecía como si quisiera decir algo pero no supiera cómo hacerlo. Blaze conocía ese sentimiento y le sonrió para demostrarle que todo iba bien. Ella le devolvió la sonrisa. Blaze tenía un ojo tan hinchado que apenas podía abrirlo, así que la miró con el otro ojo.

Cuando llegó al límite de la propiedad del colegio, miró hacia atrás para verla una vez más, pero ella ya se había marchado.

—Sal del cobertizo —dijo Bowie.

—No.

Bowie abrió unos ojos como platos. Sacudió levemente la cabeza, como para aclarársela.

—¿Qué has dicho?

—No deberías castigarme.

—Yo seré el juez en esto. Sal del cobertizo.

—No.

Bowie avanzó hacia él. Blaze fijó los dos pies en el suelo y cerró su hinchado puño. Dio un paso adelante. Bowie se detuvo. Había visto a Randy. Tenía el cuello roto como se rompe una rama de cedro después de una fuerte helada.

—Sube a tu habitación, estúpido hijo de puta —dijo.

Blaze se marchó. Se sentó en un lado de la cama. Desde allí podía oír a Bowie hablar a gritos por teléfono. Imaginó a quién le estaba gritando.

No le importaba. No le importaba. Pero cuando pensaba en Margie Thurlow, sí le importaba. Cuando pensaba en Margie solo quería llorar, igual que a veces

quería llorar cuando observaba a un pájaro posado en un cable del teléfono. No lo hizo. Lo que hizo fue leer *Oliver Twist*. Se lo sabía de memoria; hasta era capaz de pronunciar las palabras que no conocía. Fuera, los perros ladraban. Estaban hambrientos. Era la hora de darles de comer. Nadie le llamó para que los alimentara, pero si se lo hubieran pedido, lo habría hecho.

Leyó *Oliver Twist* hasta que la camioneta de HH llegó para recogerle. Conducía La Ley. Sus ojos estaban rojos de furia. Su boca no era más que una delgada línea entre la barbilla y la nariz. Los Bowie permanecieron juntos bajo las largas sombras del crepúsculo de enero y les observaron alejarse en el automóvil.

Cuando llegaron a Hetton House, un desagradable sentimiento de familiaridad se apoderó de Blaze. Se sintió como una camisa mojada. Tuvo que morderse la lengua para no ponerse a llorar. Habían transcurrido tres meses y nada había cambiado. HH seguía siendo el mismo montón de eternos ladrillos rojos de mierda. Las mismas ventanas arrojaban la misma luz amarillenta al exterior, solo que ahora el suelo estaba cubierto de nieve. En primavera la nieve habría desaparecido pero la luz seguiría siendo la misma.

En su oficina, La Ley le mostró El Azote. Blaze podría habérselo quitado de encima, pero estaba cansado de pelear. Y supuso que siempre habría alguien más grande, con un azote más grande.

Cuando La Ley terminó de ejercitar su brazo, Blaze fue enviado al dormitorio común de Fuller Hall. John Cheltzman estaba de pie en la entrada. Uno de sus ojos era una hendidura de hinchada carne púrpura.

—Hola, Blaze —dijo.

—Hola, Johnny. ¿Dónde están tus gafas?

—Hechas añicos —dijo. Luego gritó—: ¡Blaze, me han roto las gafas! ¡Ahora no puedo leer nada!

Blaze pensó en eso. Estaba triste por haber vuelto allí, pero significaba mucho encontrar a Johnny esperándole.

—Las arreglaremos. —Se le ocurrió una idea—. O quitaremos la nieve de la ciudad a paletadas después de la próxima tormenta y ahorraremos para unas nuevas.

—¿Crees que podríamos hacerlo?

—Claro. Para poder ayudarme con los deberes tienes que ver, ¿verdad?

—Claro, Blaze, claro.

Entraron juntos.

Apex Center era un amplio comercio de carretera que contaba con una barbería, una sala de reuniones para veteranos de guerra, una ferretería, la Iglesia Pentecostal Apex del Espíritu Santo, una tienda de cervezas y una señal intermitente amarilla.

Estaba a poca distancia de la cabaña, y Blaze fue allí la mañana siguiente después de atracar el Quik-Pik de Tim & Janet por segunda vez. Su destino era la ferretería Apex, un antro un tanto independiente donde compró una escalera extensible de aluminio por treinta dólares (impuestos incluidos). Tenía una etiqueta roja en la que se leía listo para la venta.

Se la cargó sobre su curtido hombro y regresó impasible por la carretera. No miraba ni a derecha ni a izquierda. No se le ocurrió que su adquisición podría ser recordada. George lo habría pensado, pero George seguía ausente.

La escalera era demasiado larga para meterla en el maletero o en el asiento trasero del Ford robado, así que la colocó en diagonal en el asiento del acompañante y con el otro extremo detrás del asiento del conductor. Cuando acabó con aquello, entró en la casa y sintonizó la radio en la WJAB, que sonó hasta que se puso el sol.

—¿George?

No hubo respuesta.

Hizo café, bebió una taza y se acostó. Cayó dormido con la radio encendida, sonaba «Phantom 409». Cuando se despertó ya había caído la noche y la radio solo emitía ruidos. Eran las siete y cuarto.

Blaze se levantó y se preparó algo de cena, un sándwich bolones y una lata Dole de rodajas de piña. Le encantaban las rodajas de piña Dole. Podía comer eso tres veces al día y nunca se hartaba. Tragó el almíbar en tres largos sorbos, luego miró alrededor.

—¿George?

No hubo respuesta.

Merodeó por la cabaña con impaciencia. Echaba de menos la televisión. La radio no era buena compañía durante la noche. Si George estuviera allí, podrían jugar al *cribbage*. George siempre le daba un cachete en la cabeza porque Blaze

se olvidaba continuamente de que era su turno y no se daba cuenta de los quince que tenía (aquello era aritmética), pero ir colocando las cartas arriba y abajo en el tapete era divertido. Era como una carrera a caballo. Y cuando a George eso no le apetecía, mezclaban cuatro barajas de cartas y jugaban a la Guerra. George podía jugar a la Guerra durante más de media noche, mientras bebía cerveza y hablaba de los republicanos y de cómo jodían a los pobres. (*¿Por qué? Te diré por qué. Por la misma razón por la que los perros se lamen las pelotas, porque pueden*). Pero ahora no tenía nada que hacer. George le había enseñado a hacer un solitario, pero Blaze no conseguía acordarse de cómo iba la cosa. Era demasiado pronto para llevar a cabo el secuestro. Y cuando estuvo en la tienda no se le ocurrió robar algún cómic o alguna revista erótica.

Al final se sentó a leer un viejo número de los X-Men. George los llamaba Homo Corazones, como si hubieran salido de una manzana, y Blaze no entendía por qué.

A las ocho menos cuarto se adormeció de nuevo. Cuando se levantó a las once, sentía la cabeza embotada y a medio camino del mundo. Si quería, podía ponerse en marcha en ese mismo momento —cuando llegara a Ocoma Heights sería medianoche— pero de pronto no sabía si quería hacerlo. De pronto le pareció muy aterrador. Muy complicado. Tenía que pensarlo. Hacer planes. Quizá pudiera idear un modo de adentrarse en la casa. Echar una ojeada. Fingir que era de la Compañía Pública del Agua, o de la Compañía Eléctrica. Tenía que dibujar un mapa.

La cuna vacía, al lado de la estufa, se mofó de él.

Volvió a quedarse dormido y tuvo un sueño agitado. Perseguía a alguien por las desiertas calles de un muelle mientras escandalosas bandadas de gaviotas viraban sobre los muelles y los almacenes. No sabía si perseguía a George o a John Cheltzman. Pero cuando comenzó a ganar ventaja y la figura lo miró por encima del hombro para hacerle una mueca de burla, vio que no era ninguno de ellos. Era Margie Thurlow.

Cuando se despertó, estaba sentado en la silla, todavía vestido, pero la noche había terminado. La WJAB emitía de nuevo. Henson Cargill cantaba «Skip a rope».

La segunda noche se preparó para actuar, pero no lo hizo. Al día siguiente, salió afuera y abrió en la nieve un largo y absurdo camino hacia los árboles. Trabajó hasta que se quedó sin resuello y la boca le supo a sangre.

Iré esta noche, pensó, pero en cambio fue a la tienda de cervezas para ver si tenían cómics nuevos. Tenían, y Blaze compró tres. Se quedó dormido encima del

primero después de cenar, y cuando despertó era medianoche. Estaba levantándose para ir al baño y evacuar cuando George habló.

—¿George?

—¿Acaso eres un cobarde, Blaze?

—¡No! Yo no...

—Has estado rondando por la casa como un perro que se hubiera pillado las pelotas con la puerta del gallinero.

—¡No! ¡No! He hecho un montón de cosas. He conseguido una buena escalera...

—Sí, y algunos cómics. Has pasado buenos ratos sentado aquí, escuchando esa música de mierda y leyendo sobre maricones con superpoderes, ¿verdad, Blazer?

Blaze masculló algo.

—¿Qué has dicho?

—Nada.

—Claro, no tienes agallas para repetirlo en voz alta.

—Está bien, he dicho que nadie te ha pedido que volvieras.

—Vaya, eres un desagradecido malvado hijo de puta.

—Mira, George, yo...

—Yo cuidé de ti, Blaze. Admito que no lo hice por caridad, eras bueno cuando se te guiaba en la dirección correcta, pero era yo quien sabía cómo hacer esto. ¿Lo has olvidado? No siempre hemos comido tres veces al día, pero al menos siempre hemos podido comer una vez. Te cambiabas de ropa, ibas limpio. ¿Quién te recordaba que tenías que cepillarte los puñeteros dientes?

—Tú, George.

—Por eso ahora los has descuidado y pronto volverás a tener una Boca de Ratón Muerto.

Blaze sonrió. No pudo evitarlo. George tenía una forma muy graciosa de decir las cosas.

—Cuando necesitabas una puta, yo te conseguía una.

—Sí, y una de ellas me contagió la gonorrea.

Durante seis semanas estuvo meando pus como si se fuese a morir.

—Te llevé al médico, ¿o no?

—Sí —admitió Blaze.

—Me lo debes, Blaze.

—¡No querías que lo hiciera!

—Sí, pero he cambiado de opinión. El plan era mío, y estás en deuda conmigo.

Blaze lo consideró. Como siempre, fue un proceso largo y doloroso. Entonces exclamó:

—¿Cómo se puede estar en deuda con un hombre muerto? ¡Si alguien se acercara, oiría que hablo y me contesto a mí mismo y pensaría que estoy loco! ¡Probablemente estoy loco! —De pronto se le ocurrió otra idea—: ¡No puedes hacer nada con tu tajada! ¡Estás muerto!

—¿Y tú estás vivo? ¿Ahí sentado, escuchando en la radio canciones de vaqueros sensibleros? ¿Leyendo cómics mientras te masturbas?

Blaze se ruborizó y miró al suelo.

—¿Robando en la misma tienda cada tres o cuatro semanas hasta que vigilen el lugar y te pateen el culo? ¿Ahí sentado mirando esa jodida cunita y ese cochecito de mamá tierna mientras pasa el puñetero tiempo?

—Voy a cortar la cuna hasta hacerla astillas.

—Mírate —dijo George, y el tono de su voz sonaba más allá de la tristeza. Sonaba a dolor—. Los mismos pantalones todos los días durante dos semanas. Manchas de orina en los calzoncillos. Necesitas un afeitado y un jodido corte de pelo... en el peor de los casos ahí sentado, en esta choza en medio de este maldito bosque. Así no es como hacemos las cosas. ¿No te das cuenta?

—Te marchaste —dijo Blaze.

—Porque estabas portándote como un estúpido. Pero esto aún es más estúpido. O aprovechas la oportunidad o caerás. Echarás cinco años aquí, seis allá, pero terminarán eliminándote por *strikes* y acabarás sentado en Shank^[19] para el resto de tu vida. Serás un bobo de tres al cuarto que ni siquiera sabe cepillarse los dientes o cambiarse los calcetines. Serás una migaja de pan en el suelo.

—Dime lo que tengo que hacer, George.

—Seguir adelante con el plan, eso es lo que tienes que hacer.

—Pero si me atrapan, será la bomba atómica^[20]. De por vida.

Aquello había rondado por su mente más de lo que estaba dispuesto a admitir.

—Eso te pasará de todos modos, así es como acabarás. ¿No me has estado escuchando? Y, oye, al chico le estás haciendo un favor. Aunque no lo recuerde (que no lo hará), tendrá algo de lo que fanfarronear con sus amigos del club de campo durante el resto de su vida. Y la gente a la que extorsionarás, se roban a sí mismos, como dice Woody Guthrie, con la estilográfica en lugar de con la pistola.

—¿Qué pasa si me atrapan?

—No lo harán. Si tienes problemas con el dinero (si lo marcan), irás a Boston y te encontrarás con Billy O'Shea. Pero lo principal es que despiertes.

—¿Cuándo debería hacerlo, George? ¿Cuándo?

—Cuando despiertes. Cuando despiertes. Despierta. ¡Despierta!

Blaze despertó. Seguía sentado. Todos los cómics estaban en el suelo, bajo sus zapatos.

Oh, George.

Se levantó y miró el reloj de encima de la nevera. Era la una y cuarto. En una de las paredes había un espejo manchado de jabón reseco y se inclinó para mirarse. Su cara parecía embrujada.

Se puso el abrigo, el gorro y unas manoplas y salió hacia el cobertizo. La escalera estaba todavía en el coche, pero el coche había estado parado los últimos tres días e insistió un buen rato con la llave de contacto antes de arrancar.

Se puso al volante.

—Allá voy, George. ¡Estoy en marcha!

No hubo respuesta. Blaze inclinó su gorro hacia el lado de la buena suerte y dio marcha atrás para salir del cobertizo. Hizo tres maniobras y luego se dirigió hacia la carretera. Estaba en camino.

Aparcar en Ocoma Heights no era problema, y eso a pesar de que estaba bien patrullada por la poli. George había elaborado esa parte del plan meses antes de morir. Esta parte había sido la semilla.

Un gran edificio de apartamentos se alzaba frente a la residencia Gerard y a cuatrocientos metros de la carretera. Oakwood tenía nueve plantas de apartamentos inhabitados por los acomodados —muy bien acomodados— trabajadores que tenían sus intereses empresariales en Portland, Portsmouth y Boston. En uno de los lados había un aparcamiento para los visitantes. Cuando Blaze llegó a la puerta, un hombre salió de la pequeña cabina cerrándose la cremallera de la parka.

—¿A quién viene a visitar, señor?

—Al señor Joseph Carlton —dijo Blaze.

—Sí, señor —dijo el vigilante. El hecho de que fueran casi las dos de la madrugada no pareció extrañarle—. ¿Necesita que avisemos de su llegada?

Blaze negó con la cabeza y le mostró una tarjeta de plástico roja. Era de George. Si el vigilante hubiera dicho que tenía que avisar arriba —incluso si hubiese aparentado sospechar—, Blaze habría sabido que la tarjeta ya no servía, que habrían cambiado los colores o algo, y que tendría que salir de allí escopeteado.

Pero el vigilante asintió y volvió a meterse en la cabina. Un momento más tarde, la barrera se levantó y Blaze entró en el aparcamiento.

Joseph Carlton no estaba, al menos Blaze no pensaba que estuviese. George había dicho que el apartamento del octavo piso era un garito alquilado por algunos tipos de Boston, tipos a los que él llamaba Listillos Irlandeses. A veces los Listillos Irlandeses se citaban allí. A veces quedaban con chicas que «hacían variaciones», según palabras de George. La mayoría de las veces jugaban encarnizadas partidas de póquer. George había participado media docena de veces en aquellas partidas, pues había crecido con uno de los Listillos, un gánster prematuro llamado Billy O'Shea con ojos de rana y labios azulados. Debido al tono de voz de George, Billy O'Shea le llamaba *Raspy*^[21], o simplemente Rasp. De vez en cuando George y Billy O'Shea hablaban sobre apuestas y dinero fácil.

En dos ocasiones Blaze había estado con George en aquellas partidas de fuertes apuestas, y apenas podía creer la cantidad de dinero que había sobre la mesa. Una de las veces George ganó cinco mil dólares. En la otra perdió dos mil. La cercanía entre Oakwood y la residencia de los Gerard fue lo que incitó a George a pensar seriamente en el dinero y en el pequeño heredero.

El aparcamiento para los visitantes estaba oscuro y desierto. La nieve arrinconada brillaba bajo un único arco de luz de sodio. La nieve estaba acumulada en grandes montones contra la alambrada que separaba el aparcamiento de los cuatro acres de parque desierto que había al otro lado.

Blaze salió del Ford, fue hasta la puerta trasera y sacó la escalera. Ya estaba en acción y eso era lo mejor. Sus dudas se disipaban cuando se ponía en movimiento.

Pasó la escalera por encima de la alambrada. Aterrizó en silencio sobre una almohada de nieve. Trepó con dificultad, sus pantalones se engancharon en un alambre que sobresalía y cayó de cabeza al otro lado sobre un montón de nieve de un metro de espesor. Aquello era formidable, emocionante. Se movió en el suelo y dejó involuntariamente la marca de un ángel de nieve al levantarse.

Pasó un brazo por un hueco de la escalera y comenzó a caminar con dificultad hacia la carretera principal. Quería llegar a la parte de atrás de la residencia de los Gerard, y se había concentrado en ello. No pensaba en las huellas que dejaba a su paso, las distintivas marcas de sus botas del ejército. George habría pensado en ello, pero George no estaba allí.

Se detuvo en la carretera y miró a ambos lados. No se acercaba nadie. Al otro lado, un seto cubierto de nieve se interponía entre él y la oscura casa.

Cruzó deprisa la carretera, encorvado, como si eso pudiera ocultarle, y pasó la escalera por encima del seto. Se disponía a franquearlo abriéndose paso entre la espesura cuando una luz —la farola más cercana o tal vez solo el brillo de las estrellas— trazó un haz plateado entre las ramas desnudas. Miró con atención y oyó los latidos de su corazón.

Había un cable conectado a pequeñas estacas de metal. A tres cuartos de cada estaca, el cable atravesaba un conductor de porcelana. Estaba electrificado, es decir, como el pastizal de las vacas de los Bowie. Probablemente dejaría zumbando a cualquiera que lo tocara, con la suficiente fuerza para que se meara en los pantalones y activase la alarma al mismo tiempo. El chófer o el mayordomo o cualquier otro alertaría a los polis, y ahí acabaría todo. Dicho y hecho.

—¿George? —susurró.

En alguna parte —¿en la carretera?— una voz respondió en un murmullo:

—Joder, sáltalo.

Se retiró —seguía sin acercarse nadie por la carretera— y corrió hacia el seto. Un segundo antes de alcanzarlo sus piernas se flexionaron y se impulsó hacia arriba en un torpe salto. Rozó el borde superior del seto y aterrizó despatarrado sobre la nieve, junto a la escalera. Su pierna, rasguñada ligeramente cuando cruzó la alambrada de Oakwood, salpicó gotitas de sangre del grupo AB negativo sobre la nieve y algunas ramas del seto.

Blaze se levantó y evaluó la situación. La casa estaba a noventa metros de distancia. Detrás había un edificio más pequeño. Tal vez un garaje o una casa para invitados. Quizá las dependencias de los sirvientes. En medio había una amplia extensión cubierta de nieve. Si alguien estaba despierto, podría descubrirle fácilmente desde allí. Blaze se encogió de hombros. Si estaban despiertos, estaban despiertos. No podía hacer nada al respecto.

Agarró la escalera y trotó hacia las protectoras sombras de la casa. Cuando las alcanzó, se agazapó, contuvo la respiración y miró en derredor en busca de señales de alarma. No vio ninguna. La casa dormitaba.

En la planta superior había docenas de ventanas. ¿Cuál sería? Si George y él lo habían sabido —si él lo había sabido—, lo había olvidado. Apoyó una mano contra los ladrillos, como si tomara aliento. Miró a través de la ventana más cercana y vio una amplia y reluciente cocina. Parecía la sala de control de la nave *Enterprise*. Una lucecita sobre la estufa reflejaba un suave resplandor sobre la fórmica y los azulejos. Blaze se secó la boca con la palma de la mano. La indecisión estaba intentando apoderarse de él, y regresó por la escalera para contrarrestarla. Cualquier acción serviría, incluso la más trivial. No dejaba de temblar.

¡Esto es cadena perpetua! —gritó una voz en su interior—. *¡Por esto te dan la bomba atómica! Todavía estás a tiempo, todavía puedes...*

—Blaze.

Le faltó poco para gritar.

—Ve a cualquier ventana. Por si no te acordabas, tendrás que forzar las juntas.

—No puedo, George. Tiraré algo... me oirán y vendrán y me dispararán...
o...

—Blaze, lo conseguirás. Con eso basta.

—Tengo miedo, George. Quiero volver a casa.

No hubo respuesta. Pero en cierto modo, esa era la respuesta.

Respirando con violentos y sordos jadeos que exhalaban nubes de vapor, soltó los topes de la escalera y la extendió en toda su longitud. Sus dedos, torpes dentro de las manoplas, tuvieron que tantear un par de veces los cierres para asegurarlos de nuevo. Estuvo trasteando un buen rato en la nieve y acabó blanco de pies a cabeza, como el hombre de las nieves, el Yeti. Tenía nieve hasta en la visera del

gorro, torcida todavía hacia el lado de la buena suerte. Salvo por los clic clac de los cierres y el suave resoplido de su respiración, todo estaba en calma. La nieve amortiguaba los ruidos.

La escalera era de aluminio; por tanto, ligera. La levantó con facilidad. El peldaño superior quedaba justo debajo de la ventana que había encima de la cocina. Podría alcanzar el borde de esa ventana desde dos o tres peldaños más abajo.

Comenzó a subir, a medida que ascendía se desprendía de la nieve. La escalera se movió y él se detuvo y contuvo la respiración, pero a partir de ahí la escalera permaneció estable. Siguió subiendo. Miró cómo descendían los ladrillos delante de él, luego el alféizar. Al poco estaba mirando a través de la ventana de un dormitorio.

Había una cama de matrimonio. Dos personas dormían en ella. Sus rostros no eran más que círculos blancos. En realidad, solo borrones.

Blaze los miró fijamente, sorprendido. Había olvidado que tenía miedo. Por alguna razón que no podía comprender —no estaba cachondo, o al menos no pensó en que lo estaba— empezó a experimentar una erección. No tenía duda de que estaba mirando a Joseph Gerard III y a su esposa. Los contemplaba y ellos no lo sabían. Estaba mirando directamente su mundo. Podía ver sus tocadores, sus mesitas de noche, su gran cama de matrimonio. Podía ver un gran espejo de cuerpo entero y su propio reflejo en él, mirándolo desde un lugar donde hacía frío. Los observaba y ellos no lo sabían. Su cuerpo se sacudió por la emoción.

Apartó los ojos y miró el seguro interior de la ventana. Era un simple pestillo, bastante fácil de abrir con la herramienta adecuada, lo que George habría llamado un chisme. Blaze, por supuesto, no tenía la herramienta adecuada, pero no iba a necesitarla. El seguro no estaba puesto.

Son peces gordos —pensó Blaze—. *Peces gordos y estúpidos republicanos. Yo tal vez sea bobo, pero ellos son estúpidos.*

Blaze separó los pies todo lo que pudo para hacer palanca con más fuerza, luego comenzó a aplicar presión sobre la ventana y la aumentó paulatinamente. El hombre de la cama cambió de postura pero no se despertó, y Blaze esperó hasta que Gerard regresó a la ruta de sus sueños. Entonces volvió a hacer presión.

Estaba empezando a pensar que quizá habían sellado la ventana de otro modo —por eso el seguro no estaba puesto— cuando se abrió en una finísima rendija. La madera gimió suavemente. Blaze se interrumpió de inmediato.

Reflexionó.

Tendría que hacerlo rápido: abrir la ventana, pasar al otro lado, cerrar la ventana de nuevo. De otro modo, la entrada del aire gélido de enero en la

habitación los despertaría. Pero si la ventana chirriaba al deslizarse contra el marco, también se despertarían.

—Adelante —dijo George desde la base de la escalera—. Este va a ser tu mejor golpe.

Blaze metió los dedos por la rendija entre la parte inferior de la ventana y la jamba, luego tiró. La ventana subió sin hacer ruido. Pasó una pierna al interior, la siguió todo el cuerpo, se volvió y cerró la ventana. Cuando encajó en su sitio gimió. Blaze se quedó petrificado, temía darse la vuelta y mirar hacia la cama, aguzó los oídos para capturar el más mínimo sonido.

Nada.

Pero, oh, sí, ahí estaban. Sí, había muchos. La respiración, por ejemplo. Dos personas que respiraban muy juntas, como si pedalearan en una bicicleta para dos. Tímidos chirridos del colchón. La aguja del reloj. Una leve corriente de aire, procedente del horno. Y la casa en sí misma, exhalando. Debilitándose lentamente como si llevase en pie cincuenta o setenta y cinco años. Demonios, quizá cien. Asentándose sobre sus huesos de ladrillo y madera.

Blaze se volvió y los miró. La mujer estaba tapada hasta la cintura. La parte superior de su camión se había bajado y uno de sus pechos quedaba a la vista. Blaze lo observó, fascinado por su grandeza y caída, por la forma en que el pezón coronaba ese pequeño esbozo...

—¡Muévete, Blaze! ¡Por Dios!

Cruzó la habitación a grandes pasos, como un ridículo amante que saliera de su escondite debajo de la cama, con la respiración contenida y el pecho hinchado como un coronel de dibujos animados.

El oro destelló.

Había un pequeño tríptico sobre uno de los tocadores, tres fotos enmarcadas en una pirámide de oro. Abajo estaban Joe Gerard III y su esposa armenia de piel aceitunada. Arriba estaba el IV, un infante sin pelo y un babero bajo la barbilla. Sus ojos oscuros estaban muy abiertos para mirar el mundo al que había llegado hacía tan poco.

Blaze llegó a la puerta, giró el pomo, y se detuvo para mirar atrás. Ella había extendido un brazo sobre su pecho desnudo, ocultándolo. Su marido dormía boca arriba, con la boca abierta, y durante un instante, antes de soltar un sonoro ronquido y de arrugar la nariz, pareció que estaba muerto. Blaze pensó en Randy y en cómo yacía en el suelo helado mientras las pulgas y garrapatas abandonaban su cuerpo.

Más allá de la cama, había manchas de nieve espolvoreada sobre el borde interior de la ventana y en el suelo. Ya estaban derritiéndose.

Blaze se dispuso a abrir la puerta, preparado para detenerse al más mínimo chirrido, pero no lo hubo. Se deslizó hacia el otro lado tan pronto como la abertura fue lo suficientemente amplia. Lo que encontró fue una mezcla de pasillo y galería. Una gruesa y preciosa moqueta se extendía bajo sus pies. Cerró la puerta del dormitorio, avanzó a través de la negra oscuridad guiándose por la barandilla que recorría la galería y miró hacia abajo.

Vio una escalera que ascendía en una sutil espiral desde un amplio vestíbulo que se perdía de vista. El suelo encerado despedía un leve y tenue brillo. A uno de los lados había una estatua de una mujer joven. Enfrente de la estatua, al otro lado de la terraza, había una estatua de un hombre joven.

—Pasa de las estatuas, Blaze. Encuentra al niño. Esa escalera continúa ahí fuera...

A su derecha, uno de los extremos de la escalera comunicaba con el primer piso, así que Blaze giró a la izquierda y dejó atrás la sala. No se oía ningún ruido, solo el suave susurro de sus pies sobre la moqueta. Ni siquiera se oía el horno. Eso era extraño.

Abrió la puerta de la siguiente habitación y encontró un escritorio en el centro y un montón de libros en las estanterías. Había una máquina de escribir sobre el escritorio y una pila de folios sujetos por un trozo de roca negra que parecía cristal. De la pared colgaba un retrato. Blaze distinguió a un hombre con el pelo blanco y el ceño fruncido que parecía estar diciéndole Ladrón. Cerró la puerta y se fue.

La siguiente puerta que abrió daba a un dormitorio vacío con una cama con dosel. Su colcha parecía lo bastante compacta para que las monedas rebotaran en ella.

Continuó adelante, sintiendo los hilillos de sudor que comenzaban a deslizarse por su cuerpo. Casi nunca era consciente del transcurrir del tiempo, pero ahora lo era. ¿Cuánto tiempo llevaba dentro de aquella casa rica y dormida? ¿Quince minutos? ¿Veinte?

La tercera habitación la ocupaban otro hombre y otra mujer dormidos. Ella gemía en sueños, y Blaze cerró la puerta rápidamente.

Llegó a la esquina. ¿Y si tenía que subir hasta el tercer piso? La idea lo invadió del mismo tipo de terror que lo atenazaba en sus infrecuentes pesadillas (normalmente trataban de Hetton House o de los Bowie). ¿Qué diría si las luces se encendían en ese instante y lo pillaban? ¿Qué podría decir? ¿Que había entrado para robar la cubertería de plata? La cubertería de plata no estaba en el segundo piso, hasta un bobo sabía eso.

Había una puerta en el pequeño recodo de la galería. La abrió y descubrió la habitación de un bebé.

Observó durante largo rato, incapaz de creer que había llegado tan lejos. No era un sueño imposible. Podía lograrlo. Pensó en eso y deseó echar a correr.

La cuna era casi idéntica a la que él había comprado. En las paredes de la habitación había personajes de Walt Disney. Había una mesa para cambiar pañales, un estante repleto de cremas y ungüentos, y un vestidor para bebés pintado de un color chillón. Quizá rojo, tal vez azul. En la oscuridad le era imposible saberlo.

En la cuna había un bebé.

Aquella era su última oportunidad de echar a correr, y lo sabía. Todavía podía esfumarse sin que nadie supiera que había entrado. Nadie sospecharía lo que había estado a punto de suceder. Pero él lo sabía. Podría entrar y acariciar la pequeña frente del bebé con una de sus grandes manos y luego marcharse. De repente proyectó una imagen de sí mismo veinte años más tarde mirando el nombre de Joseph Gerard IV en la sección de sociedad de un periódico, las páginas que George llamaba «noticias de las putas ricas y los relinchantes caballos». Sería una imagen de un joven con esmoquin, junto a una chica con un vestido blanco y un ramo de flores en las manos. La noticia revelaría dónde se habían casado y dónde iban a pasar la luna de miel. Él miraría aquella fotografía y pensaría: *Oh, colega. Oh, colega, no tienes ni idea.*

Pero cuando entró en la habitación, sabía que llegaría hasta el final.

Así es como hacemos las cosas, George, pensó.

El bebé dormía boca abajo, con la cabeza hacia un lado. Tenía una de sus pequeñas manos bajo la mejilla. Su respiración movía las mantas arriba y abajo en pequeños ciclos. Su cráneo estaba cubierto por pelusilla, nada más. Un chupete rojo yacía a su lado, sobre la almohada.

Blaze se acercó, pero luego retrocedió.

¿Y si lloraba?

En ese mismo instante vio algo que hizo que el corazón le subiera a la boca. Un pequeño interfono. El otro receptor estaría en la habitación de la madre o de la canguro. Si el bebé lloraba...

Con mucho, mucho cuidado, Blaze alargó el brazo y pulsó el botón de encendido. La lucecita roja del aparato se apagó. Cuando lo hizo, se preguntó si habría algún dispositivo que emitiera un zumbido o algo cuando el aparato se apagaba. Como una alarma.

Atención, madre. Atención, canguro. El interfono ha dejado de funcionar porque un secuestrador grandote y estúpido lo ha desactivado. Un secuestrador estúpido está en la casa. Vengan y vean. Traigan una pistola.

Adelante, Blaze. Da tu mejor golpe.

Blaze inspiró una profunda bocanada de aire y luego la soltó. Después desplegó las mantas y rodeó al bebé con ellas al tiempo que lo alzaba. Lo acunó suavemente en sus brazos. El bebé sollozó y se estiró. Sus ojos parpadearon. Emitió un ronroneo. Entonces sus ojos se cerraron de nuevo y su cuerpo se relajó.

Blaze respiró.

Se volvió, regresó hasta la puerta y desanduvo sus pasos por la galería, consciente de que estaba haciendo algo más que huir de la habitación del niño. Estaba cruzando una línea. De ahí en adelante ya no podría afirmar que era un simple ladrón. Su crimen estaba en sus brazos.

Bajar por la escalera de mano con un niño dormido era imposible, y Blaze ni siquiera lo consideró. Descendió por la escalera de la casa. La galería estaba enmoquetada, pero la escalera no. El primer paso que dio en el primer peldaño de madera encerada fue estrepitoso, evidente y delator. Se detuvo y escuchó sin prestar atención a su propia ansiedad; la casa seguía dormida.

Sin embargo, sus nervios empezaban a desatarse. El bebé parecía ganar peso en sus brazos. El pánico le mordisqueaba el juicio. Advertía movimientos con el rabillo de los ojos a ambos lados, primero a uno, luego al otro. A cada paso temía que el bebé empezara a moverse y a llorar. Y entonces sus lamentos despertarían a toda la casa.

—George... —murmuró.

—Camina —dijo George debajo de él—. Como en aquel viejo chiste. Camina, no corras. Sigue el sonido de mi voz, Blazer.

Blaze empezó a bajar por la escalera. Era imposible ser más silencioso, pero al menos ninguno de sus pasos fue tan horriblemente estrepitoso como el primero. El bebé se revolvió. Blaze no podía tenerlo quieto, daba igual cómo lo intentara. De momento el niño estaba dormido, pero en cualquier minuto, en cualquier segundo...

Se puso a contar. Cinco pasos. Seis. Siete. Ocho y me como un bizcocho. Era una escalera muy larga. Hecha, supuso, para que cabrones de color la barrieran arriba y abajo bailando como en *Lo que el viento se llevó*. Diecisiete. Dieciocho. Dieci...

Aquel era el último escalón y su pie, que no lo esperaba, se posó con fuerza: ¡Clac! La cabeza del bebé dio una sacudida. Soltó un sollozo. Se oyó muy alto en la quietud.

Una luz se encendió en la planta de arriba.

Los ojos de Blaze se abrieron como platos. La adrenalina se le agolpó en el pecho y en el estómago; Blaze se puso en tensión y apretó al niño contra él. Se obligó a relajarse —un poco— y se ocultó en la sombra de la escalera. Se quedó muy quieto, con el rostro distorsionado por el miedo y el horror.

—¿Mike? —dijo una voz soñolienta.

Unas zapatillas se arrastraban hacia la barandilla justo por encima de su cabeza.

—Mikey; Mike, ¿eres tú? ¿Eres tú, cosa mala?

La voz venía directamente de encima de su cabeza, hablaba en susurros, con el tono de los demás-están-durmiendo. Era una voz mayor, quejumbrosa.

—Entra en la cocina y mira el recipiente de leche tan bonito que Mamá te ha dejado. —Una pausa—. Si vuelcas algún florero, Mamá te dará una zurra.

Si el niño se ponía a llorar en ese momento...

La voz murmuró algo con demasiada saliva y Blaze no logró entenderlo; luego oyó que las zapatillas se alejaban. Hubo una pausa —que le pareció un siglo—, entonces una puerta se cerró suavemente y se llevó con ella la luz.

Blaze, de pie en el mismo sitio, intentaba controlar su necesidad de temblar. Temblar podría despertar al niño. Probablemente lo haría.

¿Por dónde se iba a la cocina? ¿Cómo iba a cargar con el niño y la escalera a la vez? ¿Y qué pasaría con el seto electrificado? ¿Qué-cómo-dónde?

Comenzó a moverse para sofocar aquellas preguntas; inclinado sobre el niño envuelto como una bruja sobre su hato, se arrastró hasta la sala principal. Se topó con una doble puerta de cristal abierta de par en par. Los encerados azulejos brillaban más allá. Blaze cruzó el umbral y entró en el comedor de la casa.

Era una sala ostentosa, la mesa de caoba acogía pavos de diez kilos los Días de Acción de Gracias y humeantes asados los domingos por la noche. Tras las puertas de cristal de una alta y preciosa vitrina brillaba la porcelana. Blaze atravesó por la estancia como un fantasma, sin detenerse, pero el resplandor de la gran mesa y de las sillas con sus altos respaldos soldadescos despertó en su pecho un ardiente resentimiento. Una vez fregó el suelo de la cocina de rodillas, y George le dijo que había un montón como él. Y no solo en África. George le dijo que la gente como los Gerard fingían que las personas como él no existían. Así que dejémosles que pongan una muñeca en la cuna del piso de arriba y que finjan que es un bebé. Dejemos que finjan eso, ya que fingir se les da tan bien.

Al final del comedor había una puerta de vaivén. La cruzó. Estaba en la cocina. A través de la escarchada ventana cercana a la estufa vio las patas de su escalera.

Miró alrededor en busca de un lugar donde dejar al bebé mientras abría la ventana. Los cajones eran amplios, pero quizá no lo suficiente. Por otro lado, la idea de dejar al bebé encima de la estufa no le gustaba, ni siquiera aunque estuviera apagada.

Sus ojos se posaron en una anticuada cesta de la compra que colgaba de un gancho de la puerta de la despensa. Parecía lo bastante espaciosa, y tenía un asa.

Además era alta. La descolgó y la colocó sobre un carro de la compra pegado a la pared. Metió allí al bebé, que se revolvió solo ligeramente.

Ahora la ventana. Blaze la abrió y se topó con una contraventana. En el piso de arriba no había contraventanas, pero esa estaba clavada en el marco.

Comenzó a abrir los armarios. Debajo del fregadero encontró un pulcro montón de trapos de cocina. Cogió uno. Tenía el dibujo de un águila calva. Envolvió una de sus manos, ya enguantadas, y dio un puñetazo a la zona inferior de la contraventana. Se rompió con relativa facilidad, dejando un amplio agujero dentado. Golpeó con el codo los trozos que apuntaban hacia el centro como grandes flechas de cristal.

—¿Mike? —La misma voz. Su tono era suave. Blaze se quedó tieso.

La voz no procedía del piso de arriba. Procedía...

—Mikey, ¿qué has tirado?

... de la sala principal y se acercaba cada vez más...

—Vas a despertar a toda la casa, tunante.

... cada vez más...

—Voy a tener que encerrarte en la bodega antes de que lo rompas todo.

La puerta se abrió y la silueta de una mujer entró detrás de una linterna con forma de vela. Blaze tuvo la borrosa impresión de que era una mujer mayor que, para no romper el silencio, caminaba despacio, como si hiciera juegos malabares con huevos. Llevaba rulos; la silueta de su cabeza parecía sacada de una película de ciencia ficción. Entonces lo vio.

—¿Quién...?

Solo esa palabra. Luego, la parte de su cerebro, longevo pero no muerto, que reaccionaba ante las emergencias decidió que hablar no era lo ideal en aquella situación. Cogió aire para gritar.

Blaze la golpeó. La golpeó tan fuerte como a Randy, tan fuerte como a Glen Hardy. No lo pensó; tuvo que hacerlo. La anciana cayó al suelo, con la linterna debajo de ella. Se oyó un amortiguado tintineo cuando la bombilla se hizo añicos. El cuerpo de la mujer yacía mitad dentro y mitad fuera de la cocina.

Se oyó un bajo y lastimero maullido. Blaze gruñó y miró hacia arriba. Unos ojos verdes lo acechaban desde lo alto de la nevera.

Blaze se volvió hacia la ventana y quitó el resto de las esquirlas de cristal. Cuando terminó, saltó a través del agujero que había hecho en la contraventana y aguzó el oído.

Nada.

Todavía.

El cristal roto brillaba sobre la nieve como el sueño de un criminal.

Blaze separó la escalera del edificio, soltó los cierres y la acortó. El sonido fue tan aterrador que a Blaze le pareció un grito. Una vez que los cierres estuvieron asegurados de nuevo, agarró la escalera y echó a correr. Estaba más allá de la sombra de la casa, en medio del jardín, cuando se dio cuenta de que había olvidado el bebé. Seguía en el carro de la compra. Lo que sintió hizo que su brazo soltara la escalera, que cayó sobre la nieve. Se giró y miró atrás.

Había luces encendidas en el piso de arriba.

Durante un momento Blaze fue dos personas. Una de ellas solo quería echar a correr hacia la carretera —pelotas a la pared, habría dicho George— y la otra quería regresar a la casa. Por un instante no pudo controlar su mente. Luego regresó; caminaba rápido y sus botas levantaban pequeñas nubes de nieve.

Se cortó la manopla y la carne de la palma de la mano con un trozo de cristal que seguía clavado en el marco de la ventana. Apenas lo notó. Una vez dentro, agarró la cesta, balanceándola peligrosamente, y poco faltó para que el bebé se cayera.

En el piso de arriba, la cisterna de un baño sonó como un trueno.

Depositó la cesta en la nieve y luego salió él, ni siquiera echó una mirada furtiva a la forma inerte que yacía en el suelo detrás de él. Recogió la cesta y sencillamente se esfumó.

Se detuvo el tiempo justo para colocarse la escalera debajo del brazo. Luego corrió hasta el seto. Ahí se detuvo para mirar al bebé. Seguía durmiendo plácidamente. Joe IV ignoraba que lo habían desarraigado. Blaze se volvió y miró hacia la casa. Las luces de la planta de arriba habían vuelto a apagarse.

Asentó la cesta en la nieve y lanzó la escalera por encima del seto. Un momento después, unas luces florecieron en la carretera.

¿Y si era un poli? Jesús, ¿y si lo era?

Se tumbó en la sombra del seto, totalmente consciente de lo fácil que sería seguir las huellas que había dejado aquí y allá a través del jardín. Eran las únicas que había.

Las luces de los faros crecieron, brillaron durante un momento, y luego se apagaron de golpe.

Blaze se levantó, recogió su cesta —ya era su cesta— y se acercó al seto. Apartando la parte de arriba con el brazo, pudo pasar la cesta por encima, hasta el otro lado. Pero no podía salvar la distancia que había hasta el suelo. En el último medio metro tuvo que dejarla caer. Golpeó suavemente sobre la nieve. El bebé encontró su pulgar y comenzó a chuparlo. Blaze veía su boca contraerse y relajarse bajo el brillo de las farolas cercanas. Contraerse y relajarse. Casi como la boca de un pez. El profundo frío de la noche aún no lo había alcanzado. Solo la cabeza y una mano diminuta quedaban fuera de las mantas.

Blaze saltó el seto, cogió la escalera, y volvió a asir la cesta. Agachado, cruzó la carretera corriendo. Luego atravesó en diagonal el parque. Cuando alcanzó la alambrada que delimitaba el aparcamiento de Oakwood, apoyó la escalera en ella (esta vez no era necesario extenderla) y acarreó la cesta hasta arriba.

Se puso a horcajadas sobre la valla, con la cesta equilibrada entre sus apretadas piernas, consciente de que si la postura de tijera le fallaba, sus pelotas se llevarían la sorpresa de su vida. Tiró de la escalera con una suave sacudida, añadiendo más tensión a sus piernas. La escalera se tambaleó un instante, desequilibrada, luego cayó al lado del aparcamiento. Se preguntó si alguien estaría viéndole, pero aquella era la cosa más estúpida de la que podía preocuparse. ¿Qué podía hacer él si así era? Sintió el corte de la mano. Palpitaba.

Enderezó la escalera, luego apoyó la cesta en el peldaño superior, asegurándola con una mano mientras él, con cuidado, posaba un pie en un peldaño más abajo. La escalera osciló un poco, él se quedó quieto. La escalera se asentó.

Descendió por la escalera con la cesta. Una vez abajo, se la puso de nuevo debajo de un brazo y avanzó hasta donde estaba aparcado el Ford.

Colocó al bebé en el asiento del pasajero, abrió la puerta trasera y metió la escalera. Después se puso tras el volante.

Pero no encontraba la llave. No estaba en ninguno de los bolsillos de sus pantalones. Ni tampoco en los del abrigo. El miedo de haberla perdido y de tener que regresar para buscarla lo había embargado cuando la vio puesta en el contacto. Había olvidado cogerla. Esperaba que George no hubiera visto esa parte. Si no se había dado cuenta, Blaze no se lo contaría. Ni en un millón de años.

Arrancó y puso la cesta en los pies del asiento del pasajero. Luego avanzó hasta la pequeña cabina de vigilancia. El guardia salió.

—Se marcha temprano, señor.

—Malas cartas —dijo Blaze.

—Eso le pasa hasta al mejor. Buenas noches, señor. Mejor suerte para la próxima vez.

—Gracias —dijo Blaze.

Antes de incorporarse a la carretera se detuvo, miró a ambos lados y luego giró en dirección a Apex. Respetó atentamente todas las señales de velocidad, pero no vio ningún coche de la policía.

En cuanto entró en el camino de entrada a su cabaña, el pequeño Joe se despertó y empezó a llorar.

Una vez de vuelta en Hetton House, Blaze no causó problemas. Mantuvo la cabeza gacha y la boca cerrada. Los chicos que eran los mayores cuando él y John eran los pequeños, ya no estaban allí; trabajaban, estaban en centros de formación profesional o se habían alistado en el ejército. Blaze había crecido otro par de centímetros. Le brotó vello en el pecho y cuantiosamente en la entrepierna. Esto le convirtió en la envidia de los demás chicos. Asistía al Freeport High School. Todo iba bien porque no le obligaban a estudiar aritmética.

A Martin Coslaw le renovaron el contrato, y observaba atento y circunspecto las idas y venidas de Blaze. Nunca volvió a llamarle a su despacho, aunque Blaze sabía que podía hacerlo. Y si La Ley le pedía que se inclinara y cogía El Azote, Blaze sabía que obedecería. La alternativa era el North Windham Training Center, el reformatorio. Había oído que a los chicos del reformatorio los fustigaban — como en los barcos— y a veces los metían en una pequeña caja de metal llamada La Lata. Blaze no sabía si esas cosas eran verdad, y no le interesaba averiguarlo. Lo único que sabía era que tenía miedo del reformatorio.

Pero La Ley nunca lo llamó para azotarlo, y Blaze nunca le dio motivos para ello. Iba al instituto cinco días a la semana, por lo que el principal contacto con el director se reducía a escuchar la voz de La Ley a través de los interfonos a primera hora de la mañana y justo antes de que se apagasen las luces por la noche. En Hetton House el día siempre comenzaba con lo que Martin Coslaw llamaba la «homilía» («la homilía de las gachas», decía John a veces cuando se sentía alegre) y terminaba con un verso de la Biblia.

La vida siguió. Él pudo haberse convertido en el Rey de los Niños si lo hubiera deseado, pero nunca lo deseó. No era un líder. Era lo más opuesto a un líder. Sin embargo, intentaba ser amable con todo el mundo. Intentaba ser amable con ellos cuando les advertía que podría abrirles el cráneo si no dejaban en paz a su amigo Johnny. Le dejaron en paz muy poco después de que Blaze regresara.

Entonces, una noche de verano, cuando Blaze tenía catorce años (y aparentaba seis años más a plena luz del día), sucedió algo.

Todos los viernes llevaban a los muchachos a la ciudad en un anticuado autobús amarillo, se daba por sentado que como grupo no tenían demasiados DD

(deméritos de disciplina). Algunos se limitaban a deambular arriba y abajo por la calle principal, o se sentaban en la plaza de la ciudad, o se escabullían por una callejuela para fumar. Había un salón con billares, pero ellos tenían prohibida la entrada. También había un cine en el que proyectaban reposiciones, el Nórdica, y los chicos que tenían dinero suficiente para comprar una entrada podían ir y ver cómo eran Jack Nicholson, Warren Beatty o Clint Eastwood cuando estos caballeros eran más jóvenes. Algunos muchachos ganaban dinero repartiendo periódicos. Otros cortaban el césped durante el verano y apartaban la nieve en el invierno. Algunos tenían un empleo en la propia HH.

Blaze se había convertido en uno de esos. Tenía la estatura de un hombre — uno grande— y el guardián jefe lo contrató para realizar tareas rutinarias y trabajos ocasionales. Martin Coslaw había objetado algo, pero Frank Therriault no atendió sus quejas. Le gustaban los anchos hombros de Blaze. Tranquilo como era, a Therriault también le gustaba el modo en que Blaze decía sí, no y poco más. Además, al chico no le importaba realizar trabajos pesados. Todas las tardes acarreaba paquetes de tejas Bird y sacos de cemento de cuarenta y cinco kilos. Cambiaba de lugar el mobiliario de las aulas y subía y bajaba archivos por la escalera sin decir ni pío. Y nunca abandonaba. ¿Lo mejor? Que parecía de lo más feliz con un dólar sesenta a la hora, con lo que Therriault se embolsaba sesenta dólares extra a la semana. Al final él le compró a su esposa un elegante suéter de cachemira. Tenía el cuello de barco. Ella estaba encantada.

Blaze también estaba encantado. Ganaba unos treinta dólares a la semana, lo que era más que suficiente para pagar la entrada del cine, más las palomitas, las chucherías y los refrescos. También pagaba, satisfecho, la entrada de John. Le hubiera gustado pagarle las golosinas, por supuesto, pero para John la película era suficiente. Veía las películas con avidez, boquiabierto.

Cuando volvía a Hetton, John escribía historias. Eran torpes, copiadas de las películas que veía con Blaze, pero los relatos comenzaron a ganar cierta popularidad entre sus compañeros. A los otros chicos no les gustaba que fueras inteligente, pero admiraban ese tipo de inteligencia. Y les gustaban las historias. Estaban hambrientos de historias.

En uno de sus viajes a la ciudad vieron una película de vampiros llamada *Second Corning*. La versión de John Cheltzman de este clásico terminaba con el conde Igor Yorga perdiendo la cabeza a manos de un joven encantador con «impresionantes pectorales del tamaño de sandías» y saltando al río Yorba con la cabeza debajo del brazo. El extraño y patriótico título de este clásico *underground* fue *Los ojos de Yorga te observan*.

Una noche, John no quería ir al cine, y eso que daban otra película de terror. Tenía diarrea. Había ido al baño cinco veces entre la mañana y la tarde a pesar de

la media botella de Pepto de la enfermería (un vulgar armario del segundo piso). Pensaba que aún no estaba bien.

—Vamos —le instó Blaze—. El Nórdica tiene un cagadero de miedo en la planta baja. Yo mismo he dejado una buena mierda allí. Nos sentaremos cerca.

Convencido —a pesar de los inquietantes ruidos de sus tripas—, John acompañó a Blaze y ambos se montaron en el autobús. Se sentaron delante, justo detrás del conductor. Al fin y al cabo, casi eran los mayores.

Durante los anuncios John se encontraba bien, pero justo cuando apareció el logotipo de Warner Bros., se levantó, pasó por delante de Blaze y enfiló el pasillo con paso torpe. Blaze lo sintió por él, pero así era la vida. Volvió su atención a la pantalla, donde una tormenta de polvo soplaba en torno a lo que parecía el desierto de Main pero con pirámides. Se sumergió en la trama al instante, con el ceño fruncido por la concentración.

Blaze no se dio cuenta de que John estaba de nuevo sentado a su lado hasta que le tiró de la manga y le habló en susurros.

—¡Blaze! ¡Blaze! ¡Por el amor de Dios, Blaze!

Blaze salió de la película como quien se despierta de una siesta.

—¿Qué pasa? ¿Estás enfermo? ¿Te has cagado encima?

—No... no. ¡Mira esto!

Blaze miró con atención lo que John tenía en las manos justo debajo de la altura del asiento. Era una cartera.

—¡Guau! ¿De dónde...

—¡Chis! —siseó alguien un poco más adelante.

—... la has sacado? —terminó Blaze en un susurro.

—¡En el lavabo de hombres! —susurró John. Temblaba de emoción—. ¡Debe de haberse caído de los pantalones de algún tipo que se haya sentado a cagar! ¡Hay dinero dentro! ¡Un montón de dinero!

Blaze cogió la cartera y la mantuvo fuera de la vista. Abrió el compartimiento de los billetes. Sintió que se le soltaba el estómago. Entonces le pareció que botaba y saltaba hasta medio camino de su garganta. Estaba lleno de pasta. Uno, dos, tres billetes de cincuenta dólares. Cuatro de veinte. Un par de cinco. Algunos de un dólar.

—No puedo contarlo —susurró—. ¿Cuánto hay?

La voz de John se elevó ligeramente en un gemido de triunfo, pero pasó inadvertido. El monstruo corría tras una chica de pantalones cortos y el público gritaba.

—¡Doscientos cuarenta y ocho pavos!

—Jesús —dijo Blaze—. ¿Todavía tienes aquel agujero en el forro del abrigo?

—Claro.

—Ponla ahí. Podrían registrarnos a la salida.

Pero nadie lo hizo. Y la diarrea de John se había curado. Encontrar tanto dinero parecía haber asustado a la mierda.

El lunes por la mañana John le compró el *Portland Press Herald* a Stevie Ross, quien realizaba la ronda repartiendo periódicos. John y Blaze se ocultaron detrás del cobertizo de las herramientas y abrieron el periódico por los anuncios clasificados. John dijo que ahí era donde tenían que mirar. Las pérdidas y los hallazgos estaban en la página 38. Y allí, entre la PÉRDIDA de un caniche francés y el HALLAZGO de un par de guantes de mujer, estaba el siguiente aviso:

PERDIDA una cartera de cuero negra de hombre con las iniciales RKF estampadas al lado del compartimiento de las fotos. Si la encuentra, llame al 555-0928 o escriba al Apartado 595 de este periódico.

SE OFRECE RECOMPENSA.

—¡Recompensa! —exclamó Blaze, y le dio un puñetazo en el hombro.

—Sí —dijo John. Se frotó el hombro—. O sea que llamamos a ese tío y él nos da diez dólares y una palmadita en la cabeza. TPM.

Un trato de puta madre.

—Oh. —En la mente de Blaze, la palabra RECOMPENSA se alzaba con letras de oro de medio metro de alto. Luego se derrumbó y se convirtió en un montón de plomo—. Entonces, ¿qué hacemos con ella?

Era la primera vez que consultaba a Johnny como líder. Los doscientos cuarenta y ocho dólares eran un problema desconcertante. Con un par de monedas podías comprar una Coca-Cola. Con dos dólares podías ver una película. Yendo más allá, con gran esfuerzo, Blaze supuso que podían montar en el autobús hasta Portland y visitar la feria. Pero con semejante suma, su imaginación no daba más de sí. En lo único en lo que se le ocurría pensar era en ropa. Blaze nunca se había preocupado por la ropa.

—Marchémonos —dijo John. Su estrecho rostro brillaba con entusiasmo.

Blaze reflexionó.

—Quieres decir... ¿para siempre?

—No, solo hasta que se nos acabe la pasta. Iremos a Boston..., comeremos en grandes restaurantes en vez de en Mickey D's..., alquilaremos una habitación de hotel..., veremos un partido de los Red Sox... y... y...

No pudo continuar. La alegría lo abrumó. Se echó sobre Blaze, reía y le golpeaba la espalda. Bajo la ropa, su cuerpo era flaco, ligero pero duro. Su rostro

ardía contra la mejilla de Blaze como el lateral de un horno.

—Vale —dijo Blaze—. Será divertido. —Pensó en ello—. Jesús, Johnny, ¿Boston? ¡Boston!

—¿No es para mearse?

Empezaron a reírse. Blaze llevó a John en volandas mientras rodeaban el cobertizo de las herramientas, ambos riendo y golpeándose uno al otro en la espalda. Al fin, John le pidió que se detuviera.

—Alguien nos oirá, Blaze. O nos verá. Bájame.

Blaze recogió el periódico, que había comenzado a revolotear por todo el patio. Lo plegó y lo metió en el bolsillo de la cadera.

—¿Ya nos vamos, Johnny?

—Todavía no. Tal vez dentro de tres días. Tenemos que elaborar un plan y ser muy cuidadosos. Si no, nos atraparán antes de que hayamos recorrido treinta kilómetros. Y nos traerán de vuelta. ¿Sabes de lo que estoy hablando?

—Sí, pero no soy muy bueno haciendo planes, Johnny.

—Está bien, yo me encargo de eso. Lo importante es que ellos crean que andamos por aquí cerca, porque eso es lo que hacen los niños cuando se largan de esta granja de mierda, ¿verdad?

—Verdad.

—Solo que nosotros tenemos dinero, ¿verdad?

—¡Verdad!

Blaze sintió que la felicidad lo abrumaba y aporreó la espalda de Johnny hasta casi tirarlo al suelo.

Esperaron hasta la noche del miércoles siguiente. Mientras tanto, John contactó con la terminal Greyhound de Portland y averiguó que un autobús salía todas las mañanas a las siete, rumbo a Boston. Abandonaron Hetton House poco después de medianoche. A John le pareció más seguro recorrer a pie los 25 kilómetros hasta la ciudad que llamar la atención haciendo autoestop. Dos chicos en la carretera después de medianoche eran fugitivos. Punto.

Descendieron por la salida de incendios, con el corazón palpitando como un sonajero oxidado, y saltaron desde la plataforma más baja. Atravesaron corriendo el patio de juegos donde Blaze se había peleado por primera vez cuando era un recién llegado, hacía muchos años. Blaze ayudó a John a encaramarse a la valla que había en el extremo más alejado. Cruzaron la carretera bajo una cálida luna de agosto y comenzaron a caminar; las raras veces que veían los faros de un coche en el horizonte, delante o detrás de ellos, se ocultaban en la cuneta.

Llegaron a Congress Street a las seis en punto: Blaze, fresco y nervioso; John, con ojeras. Blaze llevaba el fajo de billetes en los vaqueros. Habían tirado la cartera en el bosque.

Cuando entraron en la estación de autobuses, John se desplomó en un banco y Blaze se sentó a su lado. Las mejillas de John habían recuperado el color, pero no por la emoción. Parecía tener problemas de respiración.

—Ve y compra dos billetes de ida y vuelta para las siete —le dijo a Blaze—. Entrega un billete de cincuenta. No creo que cuesten más, pero ten preparados otros veinte dólares, por si acaso. Llévalos en la mano. No dejes que vea el resto.

Un policía se acercó dando golpecitos con su porra. Blaze sintió que los intestinos se le reblandecían. Ahí era donde todo acababa antes incluso de que hubiera empezado. Les quitaría el dinero. El poli lo devolvería o se lo quedaría. Y a ellos los llevarían de vuelta a HH, quizá incluso esposados. Oscuras visiones de North Windham Training Center aparecieron ante sus ojos. También La Lata.

—Buenos días, chicos. ¿No es demasiado temprano?

El reloj de la pared de la estación marcaba las 6.22.

—Desde luego —dijo John. Señaló con la cabeza hacia la taquilla—. ¿Es ahí donde se sacan los billetes?

—Exacto —dijo el policía, sonriendo un poco—. ¿Adónde vais?

—A Boston —respondió John.

—¿Sí? ¿Dónde está vuestra familia?

—Oh, él y yo no somos parientes —dijo John—. El chaval es retrasado. Se llama Martin Griffin. También es sordomudo.

—¿Es cierto?

El policía se sentó y estudió a Blaze. No parecía recelar; tan solo lo observaba como quien no ha visto antes a una persona con esos tres defectos juntos: sordo, mudo y retrasado.

—Su mamá murió la semana pasada —dijo John—. Él está viviendo con nosotros. Mis padres trabajan, así que, como estamos en vacaciones de verano, me pidieron que lo acompañase y yo les dije que lo haría.

—Un gran trabajo para un niño —dijo el policía.

—Estoy un poco asustado —contestó John, y Blaze hubiera apostado cualquier cosa a que en ese momento estaba diciendo la verdad. Él también estaba asustado. Muy asustado.

El poli señaló a Blaze con un gesto y dijo:

—¿Entiende...?

—¿Lo que le ha pasado a su madre? No demasiado.

El poli parecía triste.

—Lo acompaño a casa de su tía. Se quedará allí durante unos días. —John se animó un poco—. Yo... tal vez pueda ir a ver un partido de los Red Sox. Como compensación por... ya sabe...

—Bueno, espero que lo hagas, hijo. No hay mal que por bien no venga.

Ambos permanecieron en silencio, reflexionando sobre eso. Blaze, mudo por necesidad, también guardó silencio.

—Es grandote —dijo entonces el policía—. ¿Crees que puedes manejarlo?

—Es grande, pero entiende las cosas. ¿Quiere verlo?

—Bueno...

—Vale, haré que se levante. Mire.

John realizó con los dedos varios gestos sin sentido delante de los ojos de Blaze. Cuando terminó, Blaze se levantó.

—¡Vaya, qué bueno! —dijo el poli—. ¿Siempre te entiende? Porque... un muchachote como este en un autobús lleno de gente...

—Sí, siempre me entiende. Tiene tanta maldad como un saco de papel.

—De acuerdo. Confío en tu palabra. —El poli se incorporó. Tironeó del cinturón del pantalón y puso las manos en los hombros de Blaze, quien volvió a sentarse en el banco—. Ten cuidado, chaval. ¿Sabes el número de teléfono de su tía, por si te metes en problemas?

—Sí, señor. Claro que sí —respondió John.

—De acuerdo, mantenga el rumbo, sargento —dedicó a John un leve saludo y continuó con su ronda por la estación de autobuses.

Cuando se hubo marchado, se miraron el uno al otro y les faltó poco para estallar en carcajadas. Pero la taquillera estaba observándoles, y en vez de eso bajaron la mirada al suelo; Blaze se mordía los labios.

—¿Hay algún baño por aquí? —preguntó John a la taquillera.

—Allí —señaló ella.

—Vamos, Marty —dijo John, y Blaze estuvo a punto de soltar una risotada.

Cuando entraron en el baño se fundieron en un abrazo.

—Has estado genial —dijo Blaze cuando pudo controlar la risa—. ¿De dónde sacaste ese nombre?

—Cuando vi al poli, en lo único en lo que pude pensar fue en cómo nos recibiría La Ley. Y Griffin, grifo, es un pájaro de la mitología; ya sabes, te ayudé con esa historia en la clase de inglés...

—Sí. —Blaze estaba asombrado, no recordaba nada en absoluto de ningún grifo—. Sí, claro, eso es.

—Pero sabrán que somos nosotros cuando descubran que nos hemos largado de la Casa del Infierno —dijo John, de repente serio—. Ese poli seguro que se acordará de nosotros. Y se pondrá como loco. ¡Cristo, no lo permitas!

—Nos pillarán, ¿verdad?

—No. —John todavía parecía cansado, pero el intercambio con la policía había devuelto el brillo a sus ojos—. Una vez que lleguemos a Boston, nadie se fijará en nosotros. Solo verán a un par de niños.

—Oh. Bien.

—Pero será mejor que compre yo los billetes. Tendrás que permanecer mudo hasta que lleguemos a Boston. Así estaremos más seguros.

—Claro.

John compró los billetes y subieron al autobús, que parecía lleno de muchachos con uniforme y mujeres jóvenes con niños pequeños. El conductor tenía una barriga prominente y un trasero enorme, pero su uniforme gris conservaba la raya en los pantalones y a Blaze eso le pareció realmente elegante. Pensó que cuando fuese mayor le gustaría ser conductor de Greyhound Bus.

Las puertas sisearon al cerrarse. El pesado motor arrancó con un rugido. El autobús salió de su estacionamiento y enfiló Congress Street. Estaban moviéndose. Se iban a alguna parte. Los ojos de Blaze no daban abasto.

Cruzaron un puente y siguieron la carretera 1. Entonces comenzaron a circular más rápido. Dejaron atrás varias gasolineras, vallas publicitarias de moteles y el PROUTY'S, EL MEJOR RESTAURANTE DE LANGOSTA DE MAINE. Dejaron atrás algunas casas y Blaze vio a un hombre que regaba su jardín. Vestía bermudas y no se marchaba a ninguna parte. Blaze sintió compasión por él. Dejaron atrás las marismas y las gaviotas que las sobrevolaban. Lo que John llamaba la Casa del Infierno quedaba atrás. Era verano y el día estaba despejado.

Por fin se volvió hacia John. Si no le contaba a alguien lo bien que se sentía, creía que explotaría. Pero John se había quedado dormido con la cabeza sobre su hombro. Parecía viejo y cansado.

Blaze caviló durante un momento —incómodo—, luego se volvió hacia la ventana del Scenicruiser. Le atraía como un imán. Observó con interés y se olvidó de John durante un rato mientras contemplaba la línea del litoral entre Portland y Kittery. En New Hampshire tomaron la autopista y entonces entraron en Massachusetts. No mucho después, cruzaron un enorme puente y ya estaban en Boston.

Había miles de luces de neón, miles de coches y autobuses, y edificios en todas partes. Seguían en el autobús. Pasaron un dinosaurio naranja que vigilaba un aparcamiento. Pasaron un gigantesco barco de vela. Pasaron un rebaño de vacas de plástico frente a un restaurante. Vio gente por todas partes. Tanta gente le asustó. Pero también le encantó porque eran extraños. John se agitó, roncó ligeramente desde el fondo de su garganta.

Luego coronaron una colina y llegaron a un puente mucho más grande con, al otro lado, edificios mucho más altos, rascacielos alzándose hacia el cielo como flechas de plata y oro. Blaze abrió los ojos tanto como pudo, como si estuviera presenciando la explosión de una bomba atómica.

—Johnny —dijo, casi gimiendo—. Johnny, despierta. Tienes que ver esto.

—¿Eh? ¿Qué? —John se restregó los ojos y se despertó lentamente. Entonces vio lo que Blaze había estado contemplando a través del gran ventanal del Scenicruiser y sus ojos se abrieron como platos—. Madre de Dios.

—¿Sabes adónde tenemos que ir? —susurró Blaze.

—Sí, creo que sí. Dios mío, ¿vamos a pasar por ese puente? Vamos a pasar, ¿verdad?

Era el Mystic, y sí, lo atravesaron. Primero los subió al cielo y luego los bajó hasta el suelo como una versión gigante del Ratón Salvaje en la feria de Topsham. Y cuando por fin enfilaron de nuevo hacia el sol, este brillaba entre unos edificios tan altos que era imposible ver la parte superior más allá de las ventanas de los peces gordos.

Lo primero que hicieron al llegar a la terminal de Tremont Street fue echar un vistazo por si había polis. No tenían por qué preocuparse. La terminal era enorme. Los avisos resonaban por los altavoces como la voz de Dios. Los viajeros avanzaban como peces. Blaze y Johnny permanecían juntos, hombro con hombro, como si tuvieran miedo de que las corrientes opuestas de viajeros pudiesen arrastrarlos y nunca más volvieran a verse.

—Por allí —dijo Johnny—. Vamos.

Fueron hacia una hilera de teléfonos. Todos estaban ocupados. Esperaron a que el hombre negro que usaba el teléfono del extremo terminase su llamada y se marchara.

—¿Qué es esa cosa que lleva en la cabeza? —preguntó Blaze, observando con mirada fascinada al hombre negro.

—Oh, sirve para recogerse el pelo. Como un turbante. Creo que lo llaman pañuelo pirata. No mires fijamente, pareces un paleta. Quédate a mi lado.

Blaze así lo hizo.

—Ahora dame una mone... Santo Dios, esto vale veinticinco centavos. —John sacudió la cabeza—. No entiendo cómo la gente puede vivir aquí. Dame veinticinco centavos, Blaze.

Blaze así lo hizo.

En la pequeña repisa de la cabina había un listín telefónico con las portadas plastificadas. John lo consultó, insertó los veinticinco centavos, y marcó. Al hablar, agudizó la voz. Cuando colgó, sonreía.

—Tenemos reserva de dos noches en el YMCA de Hunington Avenue. ¡Veinte dólares por dos noches! ¡Considérame cristiano!

Alzó la mano.

Blaze la chocó con la suya, luego dijo:

—Pero no podemos gastarnos casi doscientos dólares en dos días, ¿no?

—¿En una ciudad donde una llamada de teléfono vale veinticinco centavos? ¿Me tomas el pelo?

John miró a su alrededor con ojos entusiastas. Era como si poseyera la terminal de autobuses y todo lo que había en ella. Pasó mucho tiempo sin que Blaze viera a alguien que tuviera esa misma mirada en los ojos... hasta que conoció a George.

—Escúchame, Blaze. Nos vamos ahora mismo al partido. ¿Qué me dices?

Blaze se rascó la cabeza. Todo iba demasiado rápido para él.

—¿Cómo? No sabemos cómo ir hasta allí...

—Cualquier taxi de Boston sabe ir a Fenway.

—Los taxis valen dinero. No tenemos...

Vio que Johnny sonreía, y él comenzó a sonreír también. La dulce verdad amaneció como una ráfaga. Sí tenían. Tenían dinero. Y para eso servía el dinero: para atajar las gilipolleces.

—Pero... ¿y si hoy no hay partido?

—Blaze, ¿por qué crees que elegí este día para venir?

Blaze empezó a reírse. Luego se echaron uno en brazos del otro, como en Portland. Se palmearon la espalda y se desternillaron de risa. Blaze nunca olvidó aquello. Alzó a John y le dio un par de vueltas en el aire. La gente se volvió a mirarles, la mayoría sonreía al hombretón torpe y a su flaco compañero.

Abandonaron la terminal y cogieron un taxi, y cuando el taxista frenó en Lansdowne Street, John le dio un dólar de propina. Era la una menos cuarto y el público empezaba a llegar. El partido fue espectacular. Boston derrotó a los Birds en diez entradas, 3 a 2. Boston tenía un mal equipo aquella temporada, pero en aquella tarde de agosto jugaron como campeones.

Después del partido, los chicos deambularon por el centro de la ciudad, curioseando e intentando evitar a los polis. Para entonces, las sombras se habían alargado y el estómago de Blaze rugía. John había devorado un par de perritos durante el partido, pero Blaze estaba demasiado impresionado por el espectáculo de los jugadores —personas reales con el cuello sudoroso— para poder comer. Le sobrecogió también la multitud, miles de personas, todas en el mismo lugar. Pero ahora estaba hambriento.

Entraron en un estrecho y mortecino local llamado Lindy's Steak House que olía a cerveza y carne chamuscada. Varias parejas estaban sentadas en altos

taburetes forrados de cuero rojo. A la izquierda había una larga barra con arañazos y rasguños pero brillante como si la madera tuviera luz. Cada dos o tres metros había cuencos con galletas saladas y nueces. Tras la barra colgaban fotografías de jugadores de béisbol, algunas firmadas, y también el cuadro de una mujer casi desnuda. El hombre que administraba la barra era muy alto. Se inclinó hacia ellos.

—¿Qué vais a tomar, chicos?

—Eh... —dijo John. Por primera vez en aquel día parecía desconcertado.

—¡Filetes! —exclamó Blaze—. Dos filetes grandes y leche.

El hombre sonrió y exhibió una dentadura formidable. Parecía capaz de masticar un listín telefónico hasta hacerlo trizas.

—¿Tenéis dinero?

Blaze puso un billete de veinte en la barra.

El hombre lo cogió y miró a Andy Jackson contra la luz. Dobló el billete entre sus dedos. Luego lo hizo desaparecer.

—De acuerdo —dijo.

—¿No hay cambio? —preguntó John.

—No —dijo el hombre—, y no lo lamentaréis.

Se volvió, abrió un compartimiento del congelador, y sacó los dos filetes más grandes y rojos que Blaze había visto en su vida. Al final de la barra había una profunda parrilla, y cuando el hombre echó en ella los dos filetes, casi con desprecio, flameó una llama.

—Marchando dos especiales para paletos —dijo.

Sirvió varias cervezas, puso nuevos cuencos de frutos secos, luego preparó algunas ensaladas y las puso en hielo. Cuando terminó, sacó los filetes del fuego y regresó hasta John y Blaze. Colocó sus guantes rojos de fregar sobre la barra y dijo:

—Chicos, ¿veis a ese caballero sentado solo al final de la barra?

Blaze y John miraron. El caballero del final de la barra vestía un traje azul oscuro y bebía, malhumorado, un vaso de cerveza.

—Ese es Daniel J. Monahan. El detective Daniel J. Monahan, de la central de Boston. Supongo que no tenéis ganas de contarle cómo un par de paletos como vosotros ha conseguido un billete de veinte dólares para gastarlo en carne de primera.

De repente John Cheltzman parecía enfermo. Se movió un poco en su taburete. Blaze extendió una mano para calmarlo. Mentalmente afianzó las piernas.

—Conseguimos el dinero limpiamente —dijo Blaze.

—¿De verdad? ¿A quién apaleasteis limpiamente? ¿O a quién atracasteis limpiamente?

—Conseguimos el dinero limpiamente. Lo encontramos. Y si pretende quitárnoslo, le daré una buena tunda.

El hombre miró a Blaze con una mezcla de sorpresa, admiración y desprecio.

—Eres grande pero tonto, chico. Mueve un puño y te mandaré a la luna.

—Si nos estropea las vacaciones, le daré una buena tunda, señor.

—¿De dónde sois? ¿Del correccional de New Hampshire? ¿De North Windham? De Boston no, eso seguro. Tenéis heno en el pelo.

—Somos de Hetton House —dijo Blaze—. No somos ladrones.

El detective de Boston que se encontraba al final de la barra había terminado su cerveza. Hizo un gesto con el vaso vacío para que se lo rellenaran. El hombre lo vio y dibujó una sonrisa.

—No os mováis, ninguno de los dos. No tenéis por qué salir pitando.

Le llevó a Monahan otra cerveza y le dijo algo que le hizo soltar una risotada. Era un sonido fuerte, sin demasiado humor.

El camarero-cocinero regresó.

—¿Dónde está eso, Hetton House? —preguntó.

Entonces fue John quien habló.

—En Cumberland, Maine —dijo—. Los viernes por la noche tenemos permiso para ir al cine de Freeport. Encontré una cartera en el lavabo de los hombres. Dentro había dinero. Así que nos escapamos de vacaciones, exactamente como dijo Blaze.

—Todo eso por encontrar una cartera, ¿eh?

—Sí, señor.

—¿Y cuánto dinero había en esa fabulosa cartera?

—Cerca de doscientos cincuenta dólares.

—Válgame el cielo, y apuesto a que lo lleváis todo en el bolsillo.

—¿Dónde si no? —John parecía perplejo.

—Válgame el cielo —repitió el hombre. Alzó la mirada hacia el techo de estaño festoneado, con los ojos como platos—. Y se lo contáis a un extraño. Tan natural como dar un beso en una mano.

Con las manos abiertas encima de la barra, el hombre se inclinó hacia delante. Los años habían tratado su rostro con crueldad, pero no era cruel.

—Os creo —dijo—. Tenéis demasiado heno en el pelo para ser unos mentirosos. Pero ese poli de ahí..., chicos, puedo hacer que se os eche encima como un perro sobre una rata. Acabaríais en chirona y él y yo nos repartiríamos el dinero.

—Entonces le daría una buena tunda —dijo Blaze—. El dinero es nuestro. Johnny y yo lo encontramos. Mire. Estamos en este local, pero es un mal lugar

para estar. Un tipo como usted..., quizá crea que sabe muchas cosas, pero... uf, da igual. ¡Nos lo hemos ganado!

—Cuando termines de crecer te convertirás en un matón —dijo el hombre, casi para sí. Luego miró a John—. A tu amigo le faltan unas cuantas herramientas para tener la caja completa. Lo sabes, ¿verdad?

John se había calmado. No respondió, solo mantuvo la mirada fija en el hombre.

—Cuida de él —dijo este, y de repente sonrió—. Tráelo aquí cuando haya terminado de crecer. Quiero ver en qué se ha convertido.

John no le devolvió la sonrisa —de hecho, parecía más solemne que nunca—, pero Blaze sí sonrió. Entendía que todo iba bien.

El hombre hizo aparecer el billete de veinte dólares —salido de ninguna parte — y lo deslizó hacia John.

—Estos filetes corren a cuenta de la casa, muchachos. Coged el dinero y mañana id al béisbol, si es que para entonces no os han vaciado los bolsillos.

—Hemos ido hoy —dijo John.

—¿Estuvo bien? —preguntó el hombre.

John ya no pudo contener la sonrisa.

—Fue lo más impresionante que he visto nunca.

—Sí —dijo el hombre—. Estoy seguro de que lo fue. Vigila a tu colega.

—Lo haré.

—Porque los colegas permanecen juntos.

—Lo sé.

El hombre les sirvió los filetes, y ensaladas César, y guisantes, y un montón de patatas fritas, y enormes vasos de leche. De postre les puso tarta de cerezas con helado de vainilla derretido por encima. Al principio comieron despacio. Luego el detective Monahan de la central de Boston abandonó el local (sin pagar nada, por lo que Blaze pudo ver) y entonces ambos devoraron la comida. Blaze tomó dos trozos de tarta y tres vasos de leche, y la tercera vez que el camarero le rellenó el vaso, Blaze soltó una carcajada.

Cuando salieron, los neones de la calle estaban encendidos.

—Id a un hotel —les dijo el hombre antes de que se fueran—. Directamente. Por la noche la ciudad no es un buen lugar para que dos niños se dediquen a deambular por ahí.

—Sí, señor —dijo John—. Ya llamé y lo arreglé.

El hombre sonrió.

—Está bien, chico. Eres bastante bueno. Mantén al oso cerca, y ponte detrás de él si alguien se acerca e intenta liaros. Especialmente los niños que visten con colores chillones. Ya sabes, chaquetas de gánster.

—Sí, señor.

—Cuidad el uno del otro.

Y esa fue la última frase.

Al día siguiente estuvieron viajando en metro hasta que se les pasó la novedad, luego fueron al cine y después vieron otro partido. Era tarde cuando terminaron, casi las once. Alguien metió la mano en el bolsillo de Blaze, pero él había escondido su parte del dinero en sus calzoncillos, tal como Johnny le había dicho, así que el carterista se llevó un gran puñado de nada. Blaze no llegó a ver cómo era, solo vio la estrecha espalda de alguien que se abría paso entre la multitud que salía por la Puerta A.

Se quedaron dos días más y vieron más películas y una obra de teatro que Blaze no entendió, aunque a Johnny le gustó. Se sentaron en algo que llamaban el reservado y que estaba cinco veces más alto que los balcones del Nórdica. Entraron en un fotomatón y se hicieron algunas fotografías: algunas de Blaze, otras de Johnny, otras de los dos juntos. En las que salían juntos, no paraban de reír. Montaron en el metro otra vez, hasta que Johnny se mareó y vomitó en sus zapatillas. Entonces, un hombre Negro^[22] se les acercó y les gritó algo acerca del fin del mundo. Parecía que les culpaba de ello, pero Blaze no hubiera podido asegurarlo. Johnny dijo que aquel tipo estaba loco. Dijo que había un montón de locos en la ciudad.

—Aquí se reproducen como las moscas —dijo.

Todavía les quedaba algo de dinero, pero Johnny dijo que habían llegado al final. Subieron a un autobús de Greyhound de regreso a Portland y se gastaron el resto en un taxi. John entregó los últimos billetes al perplejo conductor, casi cincuenta dólares en billetes de cinco y uno (algunos desprendían la fragancia de los calzoncillos de Clayton Blaisdell, Jr.) y le dijo que los llevara a Hetton House, en Cumberland.

El taxista bajó la bandera. Y a las dos y cinco de una soleada tarde de verano atravesaban la entrada. John Cheltzman dio media docena de pasos desde el coche hacia el edificio de ladrillos y se desmayó.

Tenía fiebre reumática.

Dos años más tarde estaba muerto.

Cuando Blaze entró con el bebé en la cabaña, Joe estaba berreando. Blaze lo miró fijamente, incrédulo. ¡Estaba furioso! Tenía la frente y las mejillas rojas como la grana, incluso el puente de su diminuta nariz. Sus ojos estaban entrecerrados y sus puños dibujaban en el aire pequeños círculos de rabia.

Blaze de repente sintió pánico. ¿Y si el crío estaba enfermo? ¿Y si tenía gripe o algo así? Los niños cogían la gripe todos los días. A veces se morían por eso. Y no podía llevarlo al médico. De todos modos ¿qué sabía él de niños? Él solo era un bobo. Apenas podía cuidar de sí mismo.

De pronto le urgió la necesidad de llevar al niño de vuelta al coche. Conducir hasta Portland y dejarlo en la puerta de alguna casa.

—¡George! —gritó—. ¿Qué debo hacer?

Le asustaba que George se hubiera marchado de nuevo, pero George respondió desde el cuarto de baño.

—Dale de comer. Dale algo de uno de esos tarros.

Blaze corrió a la habitación. Cogió una de las cajas de cartón de debajo de la cama, la abrió y sacó un tarro al azar. Se lo llevó a la cocina y buscó una cuchara. Puso el tarro en la mesa, cerca de la cesta de mimbre y lo destapó. Lo que había dentro parecía asqueroso, como vómito. Quizá estuviese caducado.

Lo olió con ansiedad. Olía bien. Olía a guisantes. Así pues, debía de estar bien.

De todos modos, vaciló. La idea de introducir comida en aquella boca abierta y gritona parecía de algún modo... irreversible. ¿Y si el pequeño hijoputa se ahogaba con la comida? ¿Y si no tenía hambre? ¿Y si no era la comida adecuada para él? ¿Y...? ¿Y...?

Su mente intentó reproducir la palabra VENENO, pero Blaze la rechazó. Introdujo media cucharada de guisantes batidos en la boca del bebé.

Los gritos cesaron de inmediato. Los ojos del niño se abrieron y Blaze vio que eran azules. Joe dejó escapar algunos guisantes y Blaze se los volvió a meter en la boca con la cuchara, no lo pensó, simplemente lo hizo. El bebé tragó con satisfacción.

Blaze le dio otra cucharada. Fue bien recibida. Y otra más. En siete minutos, el tarro de guisantes Gerber se había acabado. A Blaze le dolía la espalda de estar inclinado sobre la cesta de mimbre. Joe expelió un hilillo de espuma verde. Blaze le limpió la pequeña mejilla con la manga de la camisa.

—Échalo de nuevo y lo someteremos a votación —dijo. Ese era uno de los dichos de George.

Al sonido de su voz, Joe parpadeó. Blaze lo miraba fascinado. La piel del bebé era clara y sin manchas. Su cabeza estaba cubierta por una sorprendente pelusilla rubia. Pero fueron sus ojos los que cautivaron a Blaze. Pensó que de algún modo eran unos ojos viejos, ojos sabios. Eran como el límpido azul del cielo del desierto de una película del Oeste. Los tenía un poco rasgados, como los ojos de los chinos. Le daban un aspecto fiero, casi el aspecto de un guerrero.

—¿Eres un luchador? —preguntó Blaze—. ¿Eres un luchador, muchachito?

Joe se metió un pulgar en la boca y empezó a chuparlo. Al principio, Blaze pensó que quizá quería un biberón (todavía no había analizado el Playtex Nurser), pero por el momento el niño parecía conformarse con el pulgar. Todavía tenía las mejillas rojas, ya no por el llanto sino por el viaje durante la noche.

Los párpados empezaron a cerrársele, y los ojos perdieron su fiereza. Pero aún miraba con atención a aquel hombre, aquel gigante de dos metros de altura, con barba de tres días y el pelo marrón revuelto, que se inclinaba sobre él. Luego sus ojos se cerraron. El pulgar se le salió de la boca. Se durmió.

Blaze se enderezó, se puso en pie y se dirigió hacia la habitación.

—Eh, tonto del culo —dijo George desde el baño—. ¿Adónde crees que vas?

—A la cama.

—Y un cuerno. Vas a preparar ese biberón y acunarás al niño cuatro o cinco veces, cada vez que se despierte.

—La leche podría cortarse.

—No si la metes en el frigorífico. Ya la calentarás cuando la necesites.

—Ah.

Blaze cogió el Playtex Nurser y leyó las instrucciones. Dos veces. Le llevó media hora. La primera vez no entendió nada; la segunda, menos.

—No puedo, George —dijo al fin.

—Claro que puedes. Tira las instrucciones y simplemente hazlo.

Así pues, Blaze tiró las instrucciones a la estufa y luego manoseó el chisme como lo haría con un carburador que no funciona demasiado bien. Finalmente, descubrió que tenía que unir el revestimiento de plástico con la boquilla del chisme y luego enroscarlo en la botella. Bingo. Muy hábil. Preparó cuatro biberones con leche enlatada y los metió en el frigorífico.

—¿Puedo irme ya a la cama, George? —preguntó.

No hubo respuesta. Blaze se fue a la cama.

Joe lo despertó con la primera luz grisácea de la mañana. Blaze se levantó de la cama y entró en la cocina. Había dejado al bebé en la cesta, y ahora la cesta se balanceaba sobre la mesa adelante y atrás debido a la fuerza de la ira de Joe.

Blaze lo alzó y lo apoyó contra su hombro. En ese momento comprendió parte del problema. El niño estaba calado hasta los huesos.

Lo llevó a la habitación y lo posó en la cama. Parecía sorprendentemente pequeño en el hueco que había dejado el cuerpo de Blaze. Llevaba un pijama azul y sus piecitos pateaban con indignación.

Blaze le quitó el pijama y los calzones que llevaba debajo. Le puso una mano en la barriga para mantenerlo quieto. Luego se acercó para fijarse en cómo le habían puesto los pañales. Se los quitó y los lanzó a un rincón.

Observó el pene de Joe y sintió un instante de regocijo. No era mucho más grande que la uña del pulgar de Blaze, pero estaba levantado. Muy lindo.

—Vaya caña de pescar tienes, colega.

Joe dejó de llorar y miró fijamente a Blaze con ojos sorprendidos, muy abiertos.

—He dicho que vaya caña de pescar tienes.

Joe sonrió.

—Guu-guu —dijo Blaze. Sintió una idiota sonrisa en las comisuras de la boca. Joe gorgoteó.

—Guu-guu-nene —repitió Blaze.

Joe se rio en voz alta.

—Guu-guu-nee-nee —dijo Blaze, lleno de regocijo.

Toe se meó en su cara.

Los pañales Pampers fueron otro asalto. Al menos no tenían imperdibles, solo adhesivos, y parecía que tenían sus propios calzones —de plástico, en realidad—, pero tuvo que desechar dos hasta que por fin logró colocarlos como aparecían en la imagen de la caja. Cuando terminó, Joe se había despertado del todo e intentaba mordisquearse los dedos. Blaze supuso que quería comer, y pensó que un biberón sería lo mejor.

Estaba calentándolo bajo el grifo de agua caliente de la cocina, girándolo una y otra vez, cuando George habló:

—¿Lo diluiste como te dijo la tía de la tienda?

Blaze miró el biberón.

—¿Eh?

—Eso es leche enlatada, ¿verdad?

—Claro, directa de la lata. ¿Está caducada, George?

—No, no está caducada. Pero si no abres el biberón y le echas un poco de agua, el niño vomitará.

—Ah.

Blaze tiró de la parte superior del Playtex Nurser con las uñas y derramó alrededor de un cuarto del contenido del biberón en el fregadero. Añadió suficiente agua para volver a llenarlo, lo removió con una cuchara y le puso la tetilla de nuevo.

—Blaze. —George no parecía furioso, pero sí muy cansado.

—¿Qué?

—Tienes que conseguir un libro sobre bebés. Algo que te diga cómo tienes que cuidar de él. Como el manual de un coche. Porque sigues olvidando cosas...

—De acuerdo, George.

—Será mejor que también consigas un periódico. Pero no lo compres por aquí cerca. Ve a un lugar más grande.

—¿George?

—¿Qué?

—¿Quién va a cuidar del niño mientras yo esté fuera?

Hubo una larga pausa, tan larga que Blaze pensó que George se había marchado otra vez. Entonces dijo:

—Yo lo haré.

Blaze frunció el ceño.

—Tú no puedes, George. Tú estás...

—He dicho que yo lo haré. ¡Ahora mueve el culo y dale de comer!

—Pero... si el niño tiene problemas... si se ahoga o algo y yo no estoy...

—¡Dale de comer, maldita sea!

—De acuerdo, George, vale.

Se marchó a la otra habitación. Joe estaba armando alboroto y pataleando sobre la cama; seguía mordisqueándose los dedos. Blaze sacó el aire del biberón como la señora le había mostrado: presionando con los dedos sobre la tetilla hasta que una gota de leche se formó en la punta. Se sentó al lado del bebé y le apartó con cuidado los dedos de la boca. Joe empezó a llorar, pero cuando Blaze le puso la tetilla de goma donde habían estado sus dedos, sus labios se cerraron en torno a ella y empezó a succionar. Sus pequeñas mejillas se movían adelante y atrás.

—Muy bien —dijo Blaze—. Muy bien, capullito.

Joe se lo bebió todo. Cuando Blaze lo incorporó para que eructase, devolvió un poco y le manchó la camiseta interior. A Blaze no le importó. Por otra parte, quería cambiar al bebé y ponerle uno de sus nuevos conjuntos. Se dijo a sí mismo que solo quería ver si le venía bien.

Así fue. Cuando Blaze terminó con eso, se quitó la camiseta y olió la mancha que había dejado el bebé. Olía vagamente a queso. Tal vez la leche aún estuviese demasiado espesa, pensó. O quizá debería haber parado y haberle hecho eructar a la mitad del biberón. George tenía razón. Necesitaba un libro.

Echó un vistazo a Joe: había atrapado una punta de la manta y la estaba examinando. Era una mierdecita muy mona. Joe Gerard III y su esposa iban a preocuparse muchísimo por él. Probablemente pensarían que se había escondido en el cajón de un tocador, chillando y hambriento, con los pañales cagados. O peor aún, que yacía en un agujero poco profundo cubierto de tierra congelada, un jovencito ahogando sus últimos suspiros en el vapor helado. Luego en el interior de una bolsa de plástico verde para la basura.

¿De dónde había sacado esa idea?

George. George había dicho eso. Había hablado del secuestro Lindbergh. El nombre del secuestrador era Hoppman, Hoppman, o algo así.

—¿George? George, no le hagas daño mientras estoy fuera.

No hubo respuesta.

La primera vez que oyó hablar del asunto fue en las noticias, mientras se hacía el desayuno. Joe estaba en el suelo, en la manta que Blaze había extendido para él. Jugaba con uno de los periódicos de George. Había levantado una tienda de campaña sobre su cabeza y pataleaba de emoción.

El presentador acababa de hablar sobre un senador republicano que había aceptado un soborno. Blaze esperaba que George lo hubiese oído. A George le gustaban ese tipo de cosas.

«La más importante de las noticias locales es un supuesto secuestro en Ocoma Heights —dijo el presentador. Blaze dejó de remover las patatas de la sartén y escuchó con atención—. Joseph Gerard IV, heredero directo de la fortuna naviera Gerard, ha sido raptado de la finca de los Gerard en Ocoma Heights a última hora de la noche o a comienzos de esta mañana. Una hermana de Joseph Gerard, el bisabuelo del bebé, en su tiempo conocido como “el niño maravilla de la naviera americana”, ha sido hallada inconsciente en el suelo de la cocina por la cocinera de la familia. Norma Gerard, de unos setenta y cinco años, fue asistida en el Maine Medical Center, donde permanece en estado crítico. El sheriff John D. Kellahar, de Castle County, a la pregunta de si exigiría la intervención del FBI, ha afirmado que no puede realizar comentarios en estos momentos. Tampoco ha añadido nada acerca de la posibilidad de que exista una nota de rescate...».

Oh, sí —pensó Blaze—. Tengo que enviar una de esas.

«... pero ha afirmado que la policía cuenta con numerosas pistas para investigar el caso».

¿Cómo qué?, se preguntó Blaze sonriendo un poco. Siempre decían tonterías como esas. ¿Qué pistas podían tener si la vieja era *el zonko*, un verdadero depósito de bromas? Incluso él se había llevado la escalera. Siempre decían tonterías como esas, eso era todo.

Desayunó en el suelo y jugó con el bebé.

Cuando estuvo preparado para salir aquella mañana, ya había alimentado y cambiado de ropa al niño para que estuviera más fresco, y dormía plácidamente en la cuna.

Blaze había improvisado un poco más con la fórmula, y en esa ocasión el bebé eructó cuando llevaba medio biberón. Las cosas marchaban realmente bien. Marchaban como un hechizo. También le cambió los pañales. Al principio, toda aquella mierda verde le asustó, pero luego se acordó: guisantes.

—¿George? Ya me voy.

—De acuerdo —respondió George desde la habitación.

—Será mejor que salgas y lo vigiles, por si se despierta.

—Lo haré, no te preocupes.

—Sí —dijo Blaze sin convicción. George estaba muerto. Estaba hablando con un hombre muerto. Le estaba pidiendo a un hombre muerto que hiciera de canguro—. Oye, George. Tal vez debería...

—Debería, tendría, querría. Vete, lárgate ya.

—George...

—¡He dicho que te vayas! ¡Muévete!

Blaze se marchó.

Era un día despejado, brillante y cálido. Después de una semana con temperaturas de una sola cifra, aquellos veinte grados eran como una ola de calor. Pero ni la luz del sol, ni el conducir por carreteras secundarias hacia Portland le proporcionaban placer. No confiaba en George para que cuidara del bebé. No sabía por qué, pero estaba seguro de que no podía confiar. Porque, vaya, ahora George era parte de él, y muy probablemente cuando se iba a algún sitio se llevaba todas sus partes, incluso la parte de George. ¿Acaso no tenía sentido?

Blaze creyó que sí.

Entonces empezó a pensar en la estufa de leña. ¿Y si la casa se incendiaba?

Esa mórbida imagen se metió en su cabeza y no pudo expulsarla. Un incendio causado por la estufa que había encendido especialmente para que Joe no tuviera frío si se destapaba. Las chispas centelleaban desde la estufa hacia el techo. La mayoría se extinguían, pero una alcanzaba una astilla seca, la calentaba y prendía el más que inflamable madero que había encima. Las llamas se expandían a través de las vigas. El bebé empezaba a llorar mientras los primeros hilos de humo se hacían más grandes y más espesos...

De pronto se percató de que había puesto el Ford robado a 110 kilómetros por hora. Levantó el pie del acelerador. Aquello fue peor y más de lo mismo.

Estacionó en el aparcamiento de Casco Street, le dio al vigilante un par de dólares y entró en el Walgreens. Cogió un *Evening Express* y luego se dirigió al estante de libros de bolsillo. Había un montón de libros del Oeste. Góticos. De suspense. De ciencia ficción. Y entonces, al final de la estantería, encontró un grueso libro con un sonriente niño pelón en la portada. Examinó el título rápidamente; no contenía palabras difíciles. *Cuidados para los bebés y los niños*. En la contraportada había una fotografía de un viejo rodeado de niños. Probablemente el autor del libro.

Pagó sus compras y abrió el periódico mientras salía por la puerta. Se detuvo de inmediato en la acera, con la boca desencajada.

Había una foto de él en primera plana.

No, no era una foto, eso le alivió, sino un esbozo policial, uno de esos que se realizan con programas de identificación. Y además no era muy bueno. Faltaba la hendidura que tenía en la frente. Se habían equivocado en la forma de los ojos. No tenía los labios tan gruesos. Pero de algún modo era reconocible.

La vieja debía de haber recuperado la conciencia. Aunque al leer el titular desechó esa idea rápidamente.

EL FBI BUSCA AL SECUESTADOR DE BEBÉS

Norma Gerard fallece por lesiones cerebrales

Especial del *Evening Express*.

Por James T. Mears.

El hombre que conducía el coche que se dio a la fuga tras el secuestro del bebé Gerard —y supuesto único secuestrador— aparece retratado en esta portada en una exclusiva del *Evening Express*. El esbozo ha sido realizado por el dibujante John Black, del Departamento de Policía de Portland, a partir de la descripción ofrecida por Morton Walsh, vigilante nocturno de Oakwood, un nuevo edificio de apartamentos a cuatrocientos metros de la propiedad de la familia Gerard. Walsh declaró a la policía de Portland y a los ayudantes del sheriff del condado de Castle que el sospechoso había afirmado que iba a visitar a Joseph Carlton, un nombre

aparentemente falso. El supuesto secuestrador conducía un Ford sedán azul, y Walsh aseguró que llevaba una escalera en la parte trasera. Walsh está siendo retenido como testigo presencial, y se especula acerca de su negligencia al no exigir al conductor más explicaciones habida cuenta de lo avanzado de la hora (aproximadamente las dos de la madrugada).

Una fuente cercana a la investigación ha apuntado que el «misterioso apartamento» de Joseph Carlton podría estar relacionado con el crimen organizado, lo que aumentaría las posibilidades de que el secuestro del bebé fuera un «golpe» de una banda criminal bien estructurada. Ni los agentes federales (ahora en escena) ni la policía local han querido realizar comentarios sobre esta posibilidad.

Actualmente hay otras pistas, aunque no se ha hablado de cartas de rescate ni llamadas. Uno de los secuestradores podría haber dejado rastros de sangre en el lugar del crimen, posiblemente debido a un corte que se hizo en la pierna al cruzar la alambrada del aparcamiento de Oakwood. El sheriff John D. Kellahar se refirió a ello como «un hilo más de la cuerda que finalmente atrapará a ese hombre o a esa banda».

Por otra parte, Norma Gerard, bisabuela del niño secuestrado, falleció mientras se sometía a una intervención quirúrgica en el Maine Medical Center para disminuir la presión de... (ir a la página 2, col. 5).

Blaze continuó en la página 2, pero ahí no había mucho más. Si los polis sabían algo más, lo estaban ocultando. Incluyeron una fotografía de la «Casa del secuestro», y otra de «Por donde entró el secuestrador». Había un pequeño recuadro en el que se leía: «Llamamiento del padre a los secuestradores, página 6». Blaze no pasó a la página 6. El tiempo siempre se le escapaba de las manos cuando estaba leyendo, y en ese momento no podía permitírselo. Había estado demasiado tiempo fuera, y todavía tardaría otros cuarenta y cinco minutos en llegar a casa, y además...

Además el coche era robado.

Walsh, menudo cabrón miserable. Blaze casi deseó que la organización machacase a ese cabrón miserable por delatar el apartamento. Pero mientras tanto...

Mientras tanto tenía que jugar sus cartas. Tal vez pudiese regresar sin problemas. Las cosas empeorarían si abandonaba allí el coche. Había huellas dactilares por todas partes (lo que George llamaba «toques»). Quizá tuviesen el número de la matrícula; quizá Walsh lo había anotado. Pensó en ello despacio y con atención y decidió que Walsh no lo habría anotado. Probablemente. Sin embargo, sabían que era un Ford, y azul... pero antes era verde. Antes de que lo pintara. Quizá eso marcara la diferencia. Quizá las cosas todavía podían ir bien. Tal vez no. Era difícil saberlo.

Se acercó al aparcamiento con precaución, asegurando cada paso que daba, pero no vio polis y el vigilante estaba leyendo una revista. Eso estaba bien. Blaze se montó en el Ford, lo arrancó y esperó a que los policías aparecieran desde cien escondrijos a la vez. No apareció ninguno. Cuando se marchó, el vigilante tomó el ticket amarillo de debajo de su parabrisas y le echó apenas un vistazo.

Le pareció que tardaba toda una vida en alejarse de Portland y luego de Westbrook. Era como conducir con una jarra llena de vino entre las piernas, pero peor. Estaba seguro de que cada coche que se le acercaba lo suficiente era una patrulla de policía de paisano. En realidad, en su viaje de regreso a la ciudad solo vio un coche de policía, al cruzar la intersección de la carretera 1 y la 25, abriéndole paso a una ambulancia mientras la sirena ululaba y las luces relampagueaban. Aquello lo tranquilizó. Así sí sabía que era un coche de policía.

Después de dejar atrás Westbrook, tomó un desvío y se metió en una carretera secundaria, luego en un camino asfaltado de doble sentido que se convirtió en un camino de polvo y tierra helada que serpenteaba por el bosque hasta Apex. Ni siquiera allí se sentía completamente seguro, y cuando enfiló el largo camino que llevaba a la cabaña, se sintió como si se hubiera quitado de encima un gran peso.

Condujo el Ford hasta el interior del cobertizo y se dijo a sí mismo que se quedaría allí dentro hasta que el infierno se convirtiese en una pista de patinaje sobre hielo. Él sabía que aquel secuestro era algo gordo, y que las cosas podrían ponerse calientes, pero ya se estaba abrasando. Su fotografía, el rastro de sangre, el modo tan sencillo y rápido en que aquel glorificado portero había destapado el apartamento de la organización...

Pero todos esos pensamientos se esfumaron en cuanto salió del coche. Joe estaba chillando. Blaze lo oía incluso desde el exterior. Corrió hacia la puerta de entrada e irrumpió en la casa. George había hecho algo, George había...

Pero George no había hecho nada. George no estaba en ningún sitio. George estaba muerto y él, Blaze, había abandonado al bebé.

La cuna se mecía por la rabieta del niño, y Blaze entendió el motivo cuando se asomó a la cuna. El bebé había vomitado la mayor parte del biberón de las diez; la rancia y pestilente leche, medio reseca, había formado costras en su rostro y en la parte superior del pijama. Su cara tenía un horrible color ciruela, con visibles perlas de sudor.

En una especie de fotograma, Blaze vio a su propio padre, un gigante enorme con los ojos rojos y las manos curtidas. La imagen lo inundó en un estado agónico de culpa y horror; no pensaba en su padre desde hacía años.

Sacó al bebé de la cuna con tal rapidez que la cabeza de Joe giró sobre su cuello. Dejó de llorar más que nada por la sorpresa.

—Hola —canturreó Blaze; empezó a pasear por la habitación con el niño contra su hombro—. Hola, hola. He vuelto. Estoy aquí. Hola, hola. No llores más. Ya estoy aquí. Aquí mismo.

El bebé se quedó dormido antes de que Blaze diera tres vueltas completas por la habitación. Le cambió los pañales mucho más rápido que antes, lo vistió y volvió a dejarlo en la cuna.

Luego se sentó a pensar. Esta vez a pensar en serio. ¿Qué era lo siguiente? Una nota de rescate, ¿verdad?

—Verdad —dijo.

Hecha con letras recortadas de revistas; así era como lo hacían en las películas. Recopiló una pila de periódicos, revistas de chicas y cómics. Luego comenzó a recortar letras.

TENGO AL BEBÉ.

Sí, eso era un buen comienzo. Se acercó a la ventana y encendió la radio, Ferlin Husky cantaba «Wings of a Dove». Era una buena canción. Una vieja gloria pero de las buenas. Revolvió la habitación hasta que encontró un bloc de folios Hytone que George había comprado en Renny's y elaboró una especie de pasta mezclando harina y agua. Tatareaba la música mientras trabajaba. Era un sonido rallado y oxidado, como el balanceo de una puerta vieja con las bisagras rotas.

Regresó a la mesa y pegó las letras que tenía por el momento. Un pensamiento lo golpeó: ¿se podían dejar huellas dactilares en el papel? No lo sabía, pero no le parecía muy posible. Sin embargo, mejor sería no arriesgarse. Hizo una bola con el papel en el que había pegado las letras y se puso los guantes de cuero de George. Eran demasiado pequeños para él, pero los forzó. Luego recortó las mismas letras y comenzó a pegarlas de nuevo:

TENGO AL BEBÉ.

Llegaron las noticias. Escuchó con atención y oyó que alguien había llamado a la residencia de los Gerard pidiendo dos mil dólares por el rescate. La noticia lo dejó desconcertado. Entonces el locutor comentó que un adolescente había realizado la llamada desde un teléfono público de Wyndham. La policía había rastreado la llamada. Cuando lo detuvieron, dijo que solo había querido gastar una broma pesada.

Te vas a pasar la noche diciéndoles que solo era una broma pesada, niño —pensó Blaze—. Un secuestro es algo serio.

Frunció el ceño mientras recortaba más letras. Siguió la previsión del tiempo. Bueno pero algo más frío. La nieve estaba en camino.

TENGO AL BEBÉ. SI QUIEREN VOLVER A VERLO CON VIDA...

Si quieren volver a verlo con vida ¿qué? ¿Qué? La confusión aturrullaba su mente. ¿Llaman a cobro revertido, los operadores están esperando? ¿Hagan el pino y silben «Dixie»? ¿Envíen dos resguardos y cincuenta centavos en monedas?

¿Qué tenía que hacer para que no le atraparan?

—¿George? No consigo recordar esta parte.

No hubo respuesta.

Apoyó la barbilla en una mano y se puso la gorra de pensar. Tenía que ser muy brillante. Tan brillante como George. Tan brillante como John Cheltzman lo fue aquel día en la estación de autobuses, cuando se escaparon a Boston. Usa el coco. Usa la vieja habichuela.

Tendría que fingir que formaba parte de una banda de gánsteres, eso estaba claro. Así no podrían atraparlo cuando recogiese el botín. Si lo hacían les diría que, si no lo soltaban, sus compañeros matarían al bebé. Lanzar un farol. Demonios, tenía que estafarlos.

—Así es como haremos las cosas —susurró—. ¿Verdad, George?

Arrugó el papel de su segundo intento, buscó más letras y las recortó en cuadrados.

NUESTRA BANDA TIENE AL BEBÉ. SI QUIEREN VOLVER A VERLO CON VIDA...

Eso estaba bien. Se ajustaba al plan. Blaze lo admiró un momento, luego fue a echarle un vistazo al niño; seguía dormido. Tenía la cabeza girada y uno de sus pequeños puños bajo su mejilla. Sus pestañas eran muy largas y mucho más oscuras que el cabello. A Blaze le gustaba. Nunca habría dicho que una cría de mono podía tener buen aspecto, pero este sí lo tenía.

—Eres un semental, Joey —dijo, y luego removió el cabello del niño. Su mano era más grande que la cabeza del bebé.

Blaze regresó a las revistas, los periódicos y el bloc de folios. Reflexionó un rato, y mientras lo hacía iba comiendo pedacitos de la pasta de harina y agua que había elaborado. Luego volvió al trabajo.

NUESTRA BANDA TIENE AL BEBÉ. SI QUIEREN VOLVER A VERLO CON VIDA
ENTREGUEN 1 MILLÓN DE DÓLARES EN BILLETES SIN MARCAR. PONGAN EL

DINERO EN UN MAETÍN. ESTÉN PREPARADOS PARA RECIBIR MÁS NOTISIAS.
SINSERAMENTE SUYOS,
LOS SECUETRADORES DE JOE GERARD 4.

Así. Les informaba, pero no demasiado. Eso le daría algo de tiempo para pensar en un plan.

Encontró un viejo sobre sucio y metió en él la carta, luego cortó más letras para el frontal:

LOS GERARDS

OCOMA

¡IMPORTANTE!

No sabía exactamente cómo iba a enviarlo. No quería dejar otra vez al bebé con George, y no quería usar el Ford robado, pero tampoco quería enviar la carta desde Apex. Con George todo habría sido mucho más sencillo. Él podría quedarse en casa y cuidar del bebé mientras George se encargaba de las cosas del cerebro. No le importaba alimentar a Joe ni cambiarle los pañales ni todas esas cosas. No le importaba nada. Incluso le gustaba.

Bueno, ya daba igual. La carta no saldría hasta la mañana siguiente, así que tenía tiempo para elaborar un plan. O recordar el de George.

Se levantó y fue a ver otra vez al bebé. Deseó que la televisión no estuviera estropeada. A menudo podías sacar buenas ideas de la televisión. Joe aún dormía. A Blaze le hubiera gustado que se despertase, así podría jugar un rato con él. Hacerle reír. Parecía un niño real cuando sonreía. Y ahora que lo había vestido, Blaze podía hacerle cosquillas sin preocuparse de que le meara encima.

Pero estaba dormido y no había ayuda para eso. Blaze apagó la radio y fue al dormitorio a hacer planes, pero también se quedó dormido.

Antes de perder la conciencia, sintió una especie de bienestar. Por primera vez desde la muerte de George, se sintió bien.

Estaba en una feria —tal vez era la de Topsham, adonde los muchachos de Hetton House tenían permitido ir una vez al año en el viejo y desvencijado autobús azul — y Joe descansaba sobre su hombro. Sentía un terror difuso mientras caminaba por el centro de la calle: muy pronto lo detendrían y todo terminaría. Joe estaba despierto. Cuando pasaron frente a uno de esos graciosos espejos que te estiran y hacen que parezcas más delgado, Blaze vio que el niño lo miraba todo con atención. Blaze continuó caminando, cambiaba a Joe de un hombro a otro cuando pesaba demasiado y al mismo tiempo tenía un ojo puesto en los polis.

A su alrededor, la feria se desarrollaba entre un malsano esplendor de neón. De la derecha provenía la amplificadora voz de un vendedor ambulante:

—¡Vengan por aquí, todo está aquí mismo, seis chicas hermosas, media docena de dulzuras procedentes del Club Diablo de Boston, chicas que les harán pensar que están en el Gay Paree, en el alegre París!

Este no es lugar para un niño, pensó Blaze. Este es el peor lugar del mundo para un bebé.

A la izquierda estaba la Casa de la Diversión y, frente a la entrada, su payaso mecánico meciéndose adelante y atrás y estallando en carcajadas. Su boca, estirada hacia arriba en una sonrisa enorme, parecía una mueca de dolor. Su risa lunática sonaba una y otra vez desde un altavoz oculto en su barriga. Un hombre enorme con un ancla azul tatuada en el bíceps lanzaba duras bolas de goma hacia una pirámide de botellas de leche de madera; su melena, peinada hacia atrás, relucía bajo las luces de colores como la piel de una nutria. El Ratón Salvaje ascendía y luego se precipitaba en una estruendosa caída en picado, arrastrando con él los gritos de las muchachas con ceñidos tops y minifalda. El Cohete Lunar giraba hacia arriba, bajaba y, en su recorrido, la cara de los pasajeros se estiraba como la máscara de un duende debido a la velocidad del artilugio. Se elevaba una torre de Babel de olores: patatas fritas, vinagre, tacos, palomitas, chocolate, almejas fritas, pizza, pimientos, cerveza. La calle por la que caminaba era una lengua marrón y plana sembrada de miles de envoltorios de chucherías y un millón de colillas. Bajo el resplandor de las luces, todos los rostros parecían gordos y grotescos. Un anciano con un hilillo de mocos verdes colgando de la

nariz caminaba a su lado mientras comía una manzana cubierta de caramelo. Lo seguía un niño con una marca de nacimiento de color ciruela en la mejilla. Después, una anciana negra con una peluca rubia. Luego, un hombre gordo con bermudas; tenía varices y llevaba una camiseta en la que se leía propiedad de los BRUNSWICK DRAGONS.

—Joe —llamó alguien—. Joe... ¡Joe!

Blaze se volvió e intentó localizar la voz entre la multitud.

Y entonces la vio, llevaba el mismo camisón y los pechos prácticamente se le salían por encima del encaje de la parte superior. La joven y bonita madre de Joe.

El terror lo embargó. Lo vería. Era imposible no verlo.

Y cuando lo hiciera, se llevaría a su bebé. Blaze abrazó a Joe con más fuerza, como si al hacerlo asegurara su posesión. Su pequeño cuerpo era cálido y reconfortante. Podía sentir el aleteo de la vida del niño contra su pecho.

—¡Ahí! —gritó la señora Gerard—. ¡Ahí está el hombre que se llevó a mi bebé! ¡Atrápenle! ¡Deténganlo! ¡Devuélvame mi bebé!

La gente se giró para mirar. Blaze estaba cerca del carrusel, y la música del órgano sonaba muy alta. Aturdía y retumbaba.

—¡Deténganle! ¡Detengan a ese hombre! ¡Detengan al ladrón de bebés!

El hombre con el tatuaje y el pelo hacia atrás empezó a caminar hacia él, y entonces Blaze echó a correr. Pero la calle se había hecho mucho más larga. Tenía kilómetros de longitud, no había fin en la Autopista de la Diversión. Y todos iban tras él: el niño con la marca de nacimiento, la anciana negra con la peluca rubia, el gordo de las bermudas. El payaso mecánico reía y reía.

Blaze dejó atrás a otro vendedor ambulante, que estaba al lado de un tipo enorme que vestía algo que parecía la piel de un animal. Un letrero sobre su cabeza decía que era el Hombre Leopardo. El vendedor alzó el micrófono y comenzó a hablar. Su voz amplificada cruzó la calle como un trueno.

—¡Deprisa, deprisa, deprisa! ¡Es el momento de ver a Clayton Blaisdell, Jr., el famoso secuestrador de niños! ¡Entrega a ese niño, colega! ¡Aquí lo tienen, amigos, venido directamente desde Apex, con residencia en Parker Road y un coche robado escondido en el cobertizo de atrás! ¡Deprisa, deprisa, deprisa, vean en directo al secuestrador, aquí mismo...!

Corrió más rápido, jadeaba con cada respiración, pero los otros iban acortando distancias. Miró atrás y vio que la madre de Joe estaba en primera posición. Su rostro estaba cambiando. Se volvió más pálido, salvo los labios, que se tornaron más rojos. Sus dientes se alargaron. Sus dedos se convirtieron en garras puntiagudas. Se estaba transformando en la Novia de Yorga.

—¡Cogedlo! ¡Cogedlo! ¡Matadlo! ¡Es el secuestrador!

Entonces George le siseó desde las sombras.

—¡Por aquí, Blaze! ¡Rápido! ¡Muévete, maldita sea!

Viró hacia la dirección de la voz y se encontró en el Laberinto de Espejos. La calle de la feria se disolvió de repente en miles de pedazos distorsionados. Irrumpió por el estrecho corredor, jadeando como un perro. Entonces, George apareció delante de él (y detrás, y a ambos lados) y le dijo:

—Tienes que lograr que lo lancen de un avión, Blaze. De un avión. Logra que lo lancen de un avión.

—No puedo escapar —gimió Blaze—. George, ayúdame a escapar.

—¡Eso es lo que estoy intentando hacer, gilipollas! ¡Consigue que lo lancen de un avión!

Todos estaban fuera y lo buscaban, pero los espejos creaban la impresión de que lo rodeaban por todas partes.

—¡Coged al secuestrador! —vociferó la esposa de Gerard. Sus dientes eran enormes.

—Ayúdame, George.

Entonces George sonrió, y Blaze vio que sus dientes también se alargaban. Demasiado.

—Te ayudaré —dijo—. Dame el bebé.

Pero Blaze no lo hizo. Blaze se echó atrás. Un millón de Georges avanzaron hacia él con las manos tendidas para tomar al bebé. Blaze se giró y recorrió otro pasillo de cristal, rebotando de un lado a otro como una pelota de goma, intentando proteger a Joe entre sus brazos. Aquel no era lugar para un niño.

Blaze se despertó con la primera luz tenue del amanecer; al principio no estaba seguro de dónde se encontraba. Entonces todo volvió a su lugar y él se dejó caer a un lado; le costaba respirar. La cama estaba empapada en sudor. Cristo, qué sueño tan horrible...

Se levantó y caminó lentamente hacia la cocina para ver al bebé. Joe estaba profundamente dormido; apretaba los labios como si pensara en cosas muy serias. Blaze lo miró hasta que sus ojos percibieron el lento y suave movimiento de su pecho. Movié los labios y Blaze se preguntó si Joe estaría soñando con el biberón o con la teta de su madre.

Luego preparó café y se sentó a la mesa vestido con sus largos calzoncillos. El periódico que había comprado el día anterior aún seguía allí, en medio de los recortes para su nota de rescate. Volvió a leer la historia del secuestro y sus ojos llegaron de nuevo al anuncio del final de la página 2: «Llamamiento del padre a los secuestradores, página 6». Blaze pasó a la página 6, donde encontró un anuncio de media página con un marco negro. Leyó:

¡A LA GENTE QUE TIENE A NUESTRO HIJO!

ACCEDEREMOS A CUALQUIER PETICIÓN CON LA CONDICIÓN DE QUE NOS DEN PRUEBAS DE QUE JOE SIGUE CON VIDA. EL FBI NOS HA GARANTIZADO QUE NO INTERFERIRÁ EN LA ENTREGA DEL RESCATE, PERO *¡NECESITAMOS UNA PRUEBA DE QUE JOE ESTÁ VIVO!*

HAY QUE DARLE DE COMER TRES VECES AL DÍA: COMIDA PRECOCINADA PARA BEBÉ Y MEDIO BIBERÓN (LECHE ENLATADA Y AGUA HERVIDA O ESTERILIZADA EN UN RATIO DE 1:1).

POR FAVOR, NO LE HAGAN DAÑO. LO QUEREMOS MUCHÍSIMO.

JOSEPH GERARD III

Blaze cerró el periódico. Leer aquello había conseguido que se sintiera infeliz, como cuando oía la canción de Loretta Lynn «Your Good Girl's Gonna Go Bad».

—Oh, sí, yuu-juu —dijo George desde la habitación, tan inesperadamente que Blaze dio un respingo.

—Chis, vas a despertarle.

—Y una mierda —repuso George—. No puede oírme.

—Oh —dijo Blaze. Pensó que tenía razón—. ¿Qué es un rat-tio, George? Dice que le demos los biberones en rat-tio de uno y algo y uno.

—No importa —dijo George—. Están realmente preocupados, ¿verdad? «Hay que darle de comer tres veces al día... medio biberón... No le hagan daño, lo queremos mucho, mucho, mucho». Tío, vaya montón de bosta rosa.

—Escucha... —empezó Blaze.

—¡No, no te voy a escuchar! ¡No me digas que escuche! Él es todo lo que tienen, ¿verdad? ¡Él y unos cuarenta millones de dólares! Consigue el dinero y luego envíales al niño en trocitos. Primero un dedo de la mano, luego uno del pie, luego su pequeño...

—¡Cállate George!

Se llevó una mano a la boca. Estaba estupefacto. Acababa de decirle a George que se callara. ¿En qué estaba pensando? ¿Qué problema tenía con él?

—¿George?

No hubo respuesta.

—George, lo siento. Es que no deberías decir cosas, ya sabes, cosas como esas. —Intentó sonreír—. Tenemos que devolverles el niño con vida, ¿verdad? Ese es el plan, ¿verdad?

No hubo respuesta, y Blaze comenzó a sentirse realmente miserable.

—¿George? George, ¿qué ocurre?

Durante largo tiempo no hubo respuesta. Entonces, tan suave que podría no haberlo oído, tan suave que podría haber sido un pensamiento en su cabeza:

—Tendrás que volver a dejarlo conmigo, Blaze. Tarde o temprano.

Blaze se frotó la boca con la palma de la mano.

—Más te vale no hacerle nada, George. Más te vale. Es una advertencia.

No hubo respuesta.

A las nueve en punto, Joe estaba despierto, cambiado, alimentado y jugaba en el suelo de la cocina. Blaze, sentado a la mesa, escuchaba la radio. Había tirado los recortes de papel y los restos de la pasta de harina, y lo único que había sobre la mesa era la carta a los Gerard. Estaba intentando hallar la forma de enviarla.

Había oído las noticias tres veces. La policía había detenido a un hombre llamado Charles Víctor Pritchett, un desempleado de Aroostook County al que habían despedido de algún mísero trabajo el mes anterior. Luego lo habían

soltado. Probablemente que el huesudo vigilante Walsh no lo había identificado, razonó Blaze. Muy mal. Un buen sospechoso le habría dado margen para actuar.

Se removi6 inc6modo en la silla. Tenía que poner punto final al secuestro. Tenía que encontrar un plan para enviar la carta. Ellos tenían un dibujo de él, y sabían qué coche usaba. Por culpa del cabr6n de Walsh sabían hasta de qué color era.

Su mente funcionaba lenta y pesadamente. Se levantó, preparó más café, luego volvió al periódico. Contempló el esbozo policial de sí mismo. Rostro grande y redondeado. Nariz amplia y plana. Pelo bastante largo, hacía tiempo que no se lo cortaba (la última vez lo hizo George, cortó aquí y allá con unas tijeras de cocina). Ojos hundidos. Tan solo un leve apunte de su ancho cuello; probablemente no tenían ni idea de lo grande que realmente era. La gente nunca se daba cuenta cuando estaba sentado, porque sus piernas eran la parte más larga de su cuerpo.

Joe empezó a llorar, y Blaze le ofreció un biber6n. El bebé lo rechazó, así que Blaze lo meció en su regazo con expresión ausente. Joe se tranquilizó y, desde su nueva posición, comenzó a escrutar las cosas que había alrededor: los tres carteles de chicas en el otro extremo de la habitación; la grasienta estantería de asbesto atornillada a la pared, detrás de la estufa; las ventanas, sucias por dentro y heladas por fuera.

—No se parece al lugar de dónde vienes, ¿eh? —preguntó Blaze.

Joe sonrió, luego practicó la extraña e inexperta risa que a Blaze le hacía gracia. El pequeño tenía dos dientes; apenas asomaban de sus encías. Se preguntó si alguno de los otros que estaban por llegar estaría dándole problemas; Joe se mordisqueaba las manos a menudo, y a veces gemía mientras dormía. Comenzó a babear y Blaze le limpió la boca con un viejo Kleenex que sacó de su bolsillo.

No podía volver a dejarlo con George. Era como si George estuviera celoso o algo así. Casi como si George quisiera...

Debió de ponerse rígido, pues Joe lo miraba con una expresión de divertida confusión, al estilo de: ¿Qué pasa contigo, colega? Blaze apenas lo notó. Porque la cosa era que... ahora él era George. Y eso significaba que una parte de él quería...

Apartó esos pensamientos de su cabeza y, cuando lo hizo, su mente perturbada encontró algo más a lo que asirse.

Si él iba a cualquier parte, George también iría. Si ahora él era George, eso tenía sentido. «A lleva a B, más simple imposible», habría dicho Johnny Cheltzman.

Si él iba, George iba.

Lo que significaba que George no podría dañar a Joe por mucho que lo deseara.

Algo en su interior se relajó. La idea de dejar al bebé seguía sin gustarle, pero era mejor dejarlo solo que con alguien que pudiera hacerle daño... Por otra parte, no tenía opción. No había nadie más.

Ya que tenían ese dibujo de él, podía hacerse un disfraz. Algo como una media de nailon, solo que más natural. ¿Como qué?

Se le ocurrió una idea. No fue como un relámpago, sino algo mucho más lento. Subió a su mente como una pompa de jabón que ascendía hacia la superficie de un líquido tan denso como el barro.

Puso a Joe en el suelo, luego fue al cuarto de baño. Cogió una toalla y unas tijeras. Luego sacó la afeitadora Norelco de George del estante de las medicinas, donde había estado hibernando durante meses con el cable enrollado a su alrededor.

Se cortó el pelo a tijeretazos hasta que solo le quedaron mechones en punta y desparejos. Luego enchufó la Norelco y se afeitó la cabeza, adelante y atrás, una vez y otra, hasta que la navaja eléctrica le calentó la mano y su recién desnudo cuero cabelludo acabó rosa por la irritación.

Escrutó con curiosidad su imagen en el espejo. La hendidura de su frente se veía más claramente que nunca, toda ella al descubierto por primera vez durante años, y mirarla era horrible; si estuviera tumbado boca arriba, parecería casi tan profunda como una taza de café. Por lo demás, pensó que no se parecía mucho al loco secuestrador de niños que la policía había dibujado. Parecía un extranjero, de Alemania, de Berlín, o de algún sitio así. Pero sus ojos eran los mismos. ¿Y si sus ojos lo delataban?

—George tiene gafas de sol —dijo—. Esa es la solución... ¿no?

Pensó vagamente que en realidad así llamaría mucho más la atención, pero tal vez eso fuera lo mejor. Al fin y al cabo, ¿qué otra cosa podía hacer? No podía evitar medir dos metros de altura. Todo lo que podía hacer era intentar que su aspecto actuara en su favor y no en su contra.

No era consciente de que el resultado de su disfraz era mucho mejor de lo que hubiera hecho George; tampoco era consciente de que George era la creación de una mente que trabajaba a un nivel febril, enardecido, rayano en la estupidez. Durante años se había considerado un bobo, lo había aceptado como un aspecto más de su vida, como la hendidura de la frente. Pero algo seguía trabajando debajo de esa superficie chamuscada. Funcionaba con el instinto mortal de las cosas vivas (topos, gusanos, microbios) bajo la superficie de un prado excesivamente recalentado. Aquella era la parte que lo recordaba todo. Todo el daño, toda la crueldad, todo el mal que el mundo le había hecho.

Caminaba a buen ritmo por la carretera de Apex cuando un viejo camión con una carga excesiva se detuvo a su lado. El hombre del interior tenía el pelo canoso y llevaba una camiseta térmica bajo un abrigo de lana.

—¡Sube! —vociferó.

Blaze se apoyó en el estribo y luego subió a la cabina. Le dio las gracias. El conductor asintió y dijo:

—Voy a Westbrook.

Blaze asintió a su vez y alzó el pulgar. El conductor pisó el acelerador y el camión reinició la marcha. No parecía que eso fuera lo que quisiera hacer.

—Te conozco, ¿verdad? —gritó el camionero por encima del rugido del motor. La ventana de su lado estaba rota y dejaba entrar el gélido aire de enero, que luchaba contra el aire cálido de la calefacción—. ¿Vives en Palmer Road?

—¡Sí! —gritó Blaze.

—Jimmy Cullum vivía por allí —dijo el camionero, y le ofreció a Blaze un maltratado paquete de Luckies.

Blaze cogió uno.

—Solo uno, tío —dijo Blaze.

Su reciente cabeza rapada no quedaba a la vista; llevaba su gorro de lana rojo.

—Jimmy se fue al sur. Dime, ¿sigue por aquí tu colega?

Blaze se dio cuenta de que hablaba de George.

—No —respondió—. Encontró trabajo en New Hampshire.

—¿Sí? —dijo el conductor—. Ojalá encontrara otro para mí.

Habían alcanzado la cima de la colina y el camión empezaba a descender por el otro lado, corría por la carretera llena de baches entre carraspeos y sacudidas. Blaze casi podía notar el empuje de la carga ilegal que transportaba. Él también había conducido camiones sobrecargados; una vez llevó hasta Massachusetts una carga de árboles de navidad que excedía en una tonelada el peso límite. Era algo que nunca le había preocupado, pero en ese momento sí le preocupaba. Cayó en la cuenta de que ahora estaba entre Joe y la muerte.

Después de incorporarse a la carretera principal, el conductor mencionó el secuestro. Blaze se tensó un poco, pero le sorprendió demasiado.

—Cuando encuentren al tipo que se llevó al niño, deberían colgarlo de las pelotas —afirmó el camionero. Metió tercera con un infernal chirrido de engranajes.

—Desde luego —dijo Blaze.

—Lo que ha hecho es tan malo como el secuestro de los aviones. ¿Te acuerdas?

—Sí. —No se acordaba.

El conductor arrojó la colilla del cigarro por la ventana y de inmediato encendió otro.

—Eso tiene que acabarse. A los tipos como ese habría que condenarlos a la pena de muerte. Fusilados, tal vez.

—¿Crees que lo atraparán? —preguntó Blaze. Empezaba a sentirse el espía de una película.

—¿Lleva el Papa un sombrero alto? —preguntó el conductor al tiempo que giraba hacia la carretera 1.

—Eso creo.

—Lo que quiero decir es que no hace falta decirlo. Por supuesto que lo atraparán. Siempre lo hacen. Pero el niño estará muerto, recuerda lo que te digo.

—Oh, yo no... —dijo Blaze.

—¿Sí? Bueno, entiendo. La idea es una locura. ¿Un secuestro en esta época? El FBI marcará los billetes o copiará los números de serie o pondrá signos invisibles que solo pueden verse con luz ultravioleta.

—Eso creo —dijo Blaze; se sentía enfermo. No había pensado en esas cosas. Aunque, si iba a enviar el dinero a Boston, a ese tipo que George conocía, ¿qué más daba? Se sintió un poco mejor—. ¿Crees que esos Gerard entregarán de verdad un millón de dólares?

El conductor soltó un silbido.

—¿Eso es lo que han pedido?

En ese momento Blaze se sintió como si se hubiera arrancado la lengua de un mordisco y se la hubiera tragado.

—Sí —dijo, y pensó: *Oh, George*.

—Eso es nuevo —dijo el conductor—. No venía en el periódico de la mañana. ¿Lo has oído en la radio?

George habló, muy claro:

—Mátalo, Blaze.

El conductor se llevó una mano a la oreja.

—¿Qué? No lo he pillado.

—He dicho que sí, en la radio.

Se miró las manos, cruzadas en su regazo. Eran grandes y poderosas. Una de ellas había partido el cuello de un collie con un simple golpe, y por entonces ni siquiera había terminado de crecer.

—Podrían reunir ese dinero —dijo el conductor, lanzando por la ventana su segundo cigarrillo y encendiendo el tercero—, pero no lo entregarán. No señor. Nunca.

Recorrían la carretera 1, dejando atrás pantanos congelados y cabañas cerradas durante el invierno. El camionero intentaba evitar la autopista y los controles del peso de la carga. Blaze no le culpó.

Si le golpeara justo en la garganta, en la nuez, se despertaría en el cielo antes incluso de morir —pensó Blaze—. Luego me haría con el volante, tiraría de él hasta el asiento del pasajero. Si alguien lo viera, pensaría que está echándose una siestecita: «Pobre colega, se ha pasado toda la noche condu...».

—¿... vas?

—¿Qué? —preguntó Blaze.

—He dicho que adónde vas. Lo he olvidado.

—Ah. A Westbrook.

—Bueno, tendré que dejarte en Marah Road, un par de kilómetros más arriba. He quedado con alguien, ya sabes.

—Oh —dijo Blaze—. De acuerdo.

Y George dijo:

—Tienes que hacerlo ahora, Blazer. Es el momento justo, el lugar adecuado. Así es como nosotros hacemos las cosas.

Blaze se giró hacia el conductor.

—¿Te apetece otro cigarrillo? —preguntó el conductor—. ¿Te interesa?

Alzó un poco la cabeza mientras hablaba. Ofrecía un blanco perfecto.

Blaze se puso rígido. Sus manos se retorcieron en su regazo. Luego dijo:

—No. Estoy intentando dejarlo.

—¿De veras? Bien por ti. Hace un frío espantoso, ¿verdad?

El conductor redujo la marcha antes de tomar una curva, y debajo de ellos sonaron una serie de explosiones mientras el motor petardeaba por el tubo de escape.

—La calefacción está rota. La radio también.

—Muy mal —dijo Blaze. Tenía la garganta como si alguien acabara de meterle en la boca una cucharada de polvo.

—Sí, sí, la vida te consume y luego te mueres. —Apretó el freno, que sonó como un alma en pena—. Vas a tener que seguir a pie; lo siento, pero ella estaba primero.

—Claro —respondió Blaze. El momento había llegado y había pasado, sintió un retortijón en el estómago. Y miedo. Desearía no haber visto nunca al conductor.

—Saluda a tu colega cuando lo veas —dijo el conductor, y redujo otra marcha mientras el camión sobrecargado se detenía en lo que Blaze pensó que era Marah Road.

Blaze abrió la puerta, saltó al congelado arcén y cerró de un portazo. El conductor tocó la bocina una vez, y luego el camión enfiló la siguiente colina dejando a su paso una nube de humo. Pronto no fue más que un leve sonido que se perdía en la distancia.

Blaze comenzó a recorrer la carretera 1 con las manos metidas en los bolsillos. Se hallaba en las afueras del sur de Portland, y tres o cuatro kilómetros después llegó a un gran centro comercial con tiendas y cines. También había una lavandería pública llamada El Gigantesco Lavadero Kleen Kloze^[23]. Enfrente de la lavandería había un buzón de correos; desde ahí enviaría su nota de rescate.

Dentro había un dispensador de periódicos. Entró a coger uno.

—Mira, má —le dijo un niño pequeño a su madre, que estaba descargando la ropa de una lavadora automática—. Ese tipo tiene un agujero en la cabeza.

—Chis —dijo la madre.

Blaze sonrió al niño, que se escondió de inmediato tras la pierna de su madre. Desde la seguridad de aquel lugar podía asomarse y observar.

Blaze cogió un periódico y salió. El incendio de un hotel había relegado la historia del secuestro al final de la página uno, pero la fotografía de su cara seguía allí, la búsqueda de los secuestradores continúa, decía el titular. Se metió el periódico en el bolsillo de atrás. Menudo pastel. Mientras acortaba camino por un aparcamiento para llegar a la carretera, divisó un viejo Mustang con las llaves puestas. Sin pensárselo dos veces, Blaze se montó en el coche y se fue.

Clayton Blaisdell, Jr., se convirtió en el principal sospechoso del secuestro a las 16.30 de aquella misma tarde grisácea de enero, casi una hora y media después de que echara la carta en el buzón de correos que había frente al Gigantesco Lavadero Kleen Kloze. El caso se había «despejado», como les gustaba decir a los agentes de la ley. Pero antes incluso de que el FBI recibiera aquella llamada telefónica acerca del secuestro, la identificación del culpable era solo cuestión de tiempo.

La policía contaba con mucha información. Estaba la descripción que había dado Morton Walsh (a quien sus jefes de Boston habían puesto de patitas en la calle en cuanto el escándalo se calmó). En la parte superior de la alambrada que rodeaba el aparcamiento de visitantes del edificio Oakwood habían encontrado numerosas hebras de color azul que identificaron como procedentes de vaqueros D-Boy, una marca barata. Tenían fotos y moldes de huellas de botas con características marcas de desgaste. Estaba el rastro de sangre AB negativo. También contaban con fotos y moldes de las huellas de una escalera extensible, identificada como una Craftwork Lightweight Supreme. Tenían fotografías de pisadas dentro de la casa, con las mismas marcas de desgaste. Y tenían también una declaración de Norma Gerard en la que afirmaba que existía un parecido razonable entre el esbozo del dibujante de la policía y el hombre que la había asaltado.

Antes de caer en coma, la mujer había añadido un detalle que Walsh había obviado: el hombre tenía una hendidura enorme en la frente, como si en el pasado se hubiera golpeado con un ladrillo o con una tubería.

Muy poca de esta información había sido filtrada a la prensa.

Aparte de la hendidura en la frente, los investigadores estaban particularmente interesados en dos hechos. Primero, los vaqueros D-Boy solo se vendían en una docena de tiendas en el norte de Nueva Inglaterra. Segundo, e incluso mejor, Craftwork Ladders era una pequeña compañía de Vermont que solo vendía sus productos en ferreterías independientes. Ni en Ames, ni en Mammoth Mart, ni en Kmart. Un pequeño escuadrón de oficiales estaban visitando a los proveedores independientes. El día que Blaze echó la carta al correo no habían pasado todavía

por la ferretería Apex («¡Tu lugar de ayuda!»), pero en cuestión de horas estaba previsto que lo hicieran.

En la residencia de los Gerard se habían instalado equipos de rastreo. El padre de Joseph Gerard IV había recibido instrucciones muy precisas para el momento en que tuviera que atender la inevitable llamada que estaba por llegar. La madre de Joe estaba en la planta de arriba, atiborrada de calmantes.

Ninguno de los agentes de la ley tenía la orden de atrapar al secuestrador (o secuestradores) con vida. Los expertos forenses estimaron que uno de los hombres que buscaban (quizá solo uno) medía como mínimo dos metros de altura y pesaba unos ciento diez kilos. La fractura craneal de Norma Gerard demostraba, si es que era necesario, su fuerza y brutalidad.

Entonces, a las 16.30 de ese día gris, Albert Sterling recibió una llamada de Nancy Moldow.

Tan pronto como Sterling y su compañero, Bruce Granger, pisaron la Sección Bebés, Nancy Moldow dijo:

—Hay un error en su fotografía. El hombre al que buscan tiene un gran agujero en medio de la frente.

—Sí, señora —respondió Sterling—. Lo mantenemos en secreto.

Los ojos de Nancy Moldow se abrieron.

—Así no sabrá qué saben.

—Exacto.

Ella señaló al muchacho que estaba de pie a su lado. Llevaba un plumero azul de nailon y una pajarita roja y tenía una mirada de terror.

—Este es Brant. Él ayudó a... a... ese a llevar las cosas que había comprado.

—¿Nombre completo? —preguntó el agente Granger al muchacho del plumero azul. Acto seguido abrió su bloc de notas.

La nuez del chico del almacén subía y bajaba como un mono en una jaula.

—Brant Romano. Señor. El tipo conducía un Ford. —Nombró el año de fabricación con lo que a Sterling le pareció un alto grado de seguridad—. Solo que no era azul, como dicen en los periódicos. Era verde.

Sterling se volvió hacia Moldow.

—¿Qué compró ese hombre, señora?

—Agentes, qué no compró. —Casi rio—. Todas las cosas necesarias para un bebé, por supuesto, todo lo que vendemos aquí. Una cuna, un cochecito, una mesa para cambiar pañales, ropa..., utensilios. Incluso un juego de cubiertos.

—¿Tiene la lista completa? —preguntó Granger.

—Por supuesto. En ningún momento sospeché que estaba tramando algo perverso. En realidad parecía un hombre amable y autosuficiente, aunque esa hendidura en la frente... ese agujero...

Granger asintió con simpatía.

—Y no parecía demasiado inteligente. Lo suficientemente inteligente para engañarme, desde luego. Dijo que compraba todas esas cosas para su nuevo sobrino, y la tonta de Nan le creyó.

—Y era grande.

—Agentes, ¡gigante! Era como estar con un... un... —Los nervios le hicieron soltar una carcajada—. ¡Un toro en una tienda para niños!

—¿Cómo de grande?

Se encogió de hombros.

—Yo mido uno sesenta y solo le llegaba a las costillas. Eso significa que él...

—Probablemente no me crean —intervino Brant, el chico del almacén—, pero pensé que tenía que medir dos metros. Quizá incluso dos metros diez.

Sterling se preparó para la última pregunta. La había reservado para el final porque estaba casi seguro de que los llevaría a un callejón sin salida.

—Pero señora Moldow, ¿cómo pagó ese hombre sus compras?

—En efectivo —dijo sin dudarlo.

—Ya veo —miró a Granger. Era la respuesta que habían esperado.

—Deberían haber visto el montón de billetes que llevaba en la cartera.

—Se gastó casi todo —dijo Brant—. Me dio cinco dólares de propina, pero para entonces aquel armario estaba casi... vaya, vacío.

Sterling pasó por alto ese comentario.

—Y como pagó en efectivo, no tienen ningún registro de su nombre.

—No. No queda registrado. Creo que Hager's instalará cámaras de seguridad dentro de unos años...

—Siglos —dijo Brant—. Este lugar es el *súmmum* de la racanería.

—Bueno —Sterling guardó el bloc de notas—, nos marchamos. Pero quería dejarle mi tarjeta por si recuerda algo...

—Sé cómo averiguar su nombre —dijo Nancy Moldow.

Ambos se volvieron hacia ella.

—Cuando abrió la cartera para sacar aquel fajo de billetes, vi su carnet de conducir. Recuerdo su nombre porque una venta como esa ocurre una sola vez en la vida, pero también porque era un nombre... majestuoso. No le pegaba nada. Recuerdo que pensé que un hombre como aquel debería llamarse Pedro o Pablo. Ya sabe, como en *Los Picapiedra*.

—¿Cómo se llamaba? —preguntó Sterling.

—Clayton Blaisdell. De hecho, creo que era Clayton Blaisdell, Jr.

A las 17.30 habían identificado a su hombre. Clayton Blaisdell, Jr., también conocido como Blaze, había sido detenido en dos ocasiones: una por asalto y agresión al director de la casa estatal donde residía de niño —un lugar llamado

Hetton House—, y otra, años más tarde, por estafa y fraude. Un supuesto cómplice, George Thomas Rackley, también conocido como Rasp, había sido absuelto porque Blaze no aceptó declarar contra él.

De acuerdo con los archivos policiales, Blaisdell y Rackley habían formado equipo al menos durante ocho años antes de que atraparan a Blaisdell por estafa, la cual había consistido en un fraude religioso demasiado complejo para un hombretón de limitada capacidad mental. En el Correccional South Portland le realizaron un test para conocer su cociente intelectual y obtuvo una puntuación lo suficientemente baja para incluirlo en la categoría llamada «deficiencia mental límite». En el margen, alguien había escrito en grandes letras rojas: RETRASADO.

A Sterling los detalles del fraude le parecieron muy agradables. En el acto, intervenía un hombretón en silla de ruedas (Blaisdell) y un hombre más pequeño que lo empujaba, quien se presentó a los feligreses como el reverendo Gary Crowell (Rackley, casi con toda seguridad). El reverendo Gary (como se denominaba a sí mismo) afirmó estar recolectando dinero para predicar el evangelio en Japón. Como los feligreses —en su mayoría mujeres mayores con algo de dinero en el banco— no se dejarían convencer con facilidad, el reverendo Gary realizaría un milagro. Lograría, mediante el poder de Jesús, que el tipo grandote de la silla de ruedas volviera a andar.

Las circunstancias del arresto eran todavía más agradables. Una octogenaria llamada Arlene Merrill no se fío de ellos y llamó a la policía mientras el reverendo Gary y su «asistente» estaban en el salón. Después regresó allí para hablar con ellos hasta que la policía llegase.

El reverendo Gary se lo olió y se largó de allí. Blaisdell se quedó. En su informe, el oficial que lo arrestó escribió: «El sospechoso dijo que no había huido porque todavía no había sanado».

Sterling reflexionó sobre todo aquello y decidió que tenía que haber dos secuestradores. Dos como mínimo. Rackley tenía que estar en el ajo, un tipo tan bobo como Blaisdell no podía llevar aquello adelante solo.

Cogió el teléfono y realizó una llamada. Unos minutos más tarde recibió una llamada de respuesta que le sorprendió. George Thomas «Rasp» Rackley había muerto el año anterior. Lo habían hallado acuchillado en una zona de juegos ilegales en los muelles de Portland.

Mierda. Entonces, ¿había alguien más?

¿Alguien que asumía el papel que antes tenía Rackley?

Tenía que ser así, ¿no?

A las siete de la tarde, un destacamento federal salió en busca de Clayton Blaisdell, Jr.

Mientras tanto, Jerry Green, de Gorham, descubría que le habían robado el Mustang. Unos cuarenta minutos más tarde el coche ya estaba en un listado estatal de coches robados.

Alrededor de esa hora, el Departamento de Policía de Westbrook dio a Sterling el teléfono de una mujer llamada Georgia Kingsbury. La señora Kingsbury estaba leyendo el periódico vespertino cuando su hijo miró sobre su hombro, señaló el esbozo policial y preguntó:

—¿Por qué el hombre de la lavandería sale en el periódico? ¿Y cómo es que no se ve el agujero de su frente?

La señora Kingsbury le dijo a Sterling:

—Le eché un vistazo y dije: «Oh, Dios mío».

A las 19.40, Sterling y Granger llegaron a la residencia Kingsbury. Mostraron a madre e hijo una copia de una fotografía de Clayton Blaisdell de los archivos policiales. La copia estaba borrosa, pero la identificación de los Kingsbury fue inmediata y afirmativa. Sterling pensó que una vez que veías a Blaisdell, no lo olvidabas. Que ese tiarrón fuera la última persona a la que Norma Gerard vio en su casa de toda la vida hizo que se sintiera furioso.

—Me sonrió —dijo el niño Kingsbury.

—Muy bien, hijo —dijo Sterling, y le removi6 el pelo.

El muchacho se apart6.

—Tiene la mano helada —dijo.

En el coche, Granger dijo:

—¿No te parece raro que el gran jefe enviase a un tipo como ese para hacer las compras del bebé? Un tipo tan fácil de reconocer...

Cuando Sterling consideró aquello, pensó que era un poco extraño, pero que Blaisdell realizara esas compras apuntaba algo más. Era optimista, y Sterling prefirió concentrarse en eso. Todos esos artículos para bebé demostraban que querían mantener al niño con vida, al menos durante algún tiempo.

Granger lo miraba, seguía esperando una respuesta. Así que Sterling dijo:

—¿Quién sabe por qué hacen lo que hacen? Adelante, vamos.

La completa identificación de Blaisdell como uno de los secuestradores se difundió por los estamentos policiales locales y estatales a las 20.05. A las 20.20, Sterling recibió una llamada del policía estatal Paul Hanscom en el cuartel de Portland. Hanscom informó que un Mustang de 1970 había sido robado en la misma zona, y aproximadamente a la misma hora, donde Georgia Kingsbury había visto a Blaisdell. Quería saber si al FBI le gustaría añadirlo a la lista de motivos para la busca y captura. Sterling dijo que al FBI le gustaría mucho.

Entonces Sterling se dio cuenta de que sabía la respuesta a la pregunta del agente Granger. Era realmente sencilla. Los cerebros de la operación eran más brillantes que Blaisdell —lo bastante brillantes para permanecer en la retaguardia, especialmente con la excusa añadida de que había que cuidar del bebé—, pero no tan brillantes.

Y ahora solo era cuestión de que cayeran en la red. Y esperar que...

Pero Albert Sterling decidió que podía hacer mucho más que esperar. A las 22.15, cruzó la sala hasta el baño de los hombres y comprobó las duchas y los urinarios. El lugar estaba vacío. Eso no le sorprendió. Aquella era una oficina pequeña, no más que un grano de provincia en el culo del FBI. Además, era tarde.

Entró en una de las duchas, se arrodilló y plegó las manos como lo hacía cuando era niño.

—Dios, soy Albert. Si el bebé aún está vivo, cuida de él, ¿de acuerdo? Y si al final atrapo al hombre que asesinó a Norma Gerard, por favor deja que haga algo que me brinde una excusa para matar a ese hijo de puta. Gracias. Te lo ruego en el nombre de Tu Hijo, Jesucristo.

Y como el baño de los hombres seguía vacío, rezó un avemaría como acto de buena fe.

El bebé lo despertó a las cuatro menos cuarto de la mañana, y no se conformó con un solo biberón. Blaze empezó a preocuparse cuando vio que el llanto continuaba. Le puso una mano en la frente. Tenía la piel fría, pero la intensidad de sus berridos le asustó. Temía que le estallara algún vaso sanguíneo o algo así.

Acomodó a Joe en la mesa. Le quitó el pañal, y le pareció que ese no era el problema. Estaba húmedo pero no cagado. Le empolvó el trasero y le puso un pañal nuevo. El llanto continuaba. Además de asustado, Blaze empezó a sentirse desesperado.

Blaze aupó al niño llorón sobre su hombro. Comenzó a pasear en amplios círculos por la cocina.

—Ea, ea, ea —dijo—. Estás bien. Te estoy arrullando. Duérmete. Ea, ea, ea, chis, nene, chis. Despertarás al oso que duerme en la nieve y querrá comernos. Chissss.

Tal vez fueron los paseos. Tal vez fue el sonido de la voz de Blaze. En cualquier caso, los gritos de Joe se acortaron, luego cesaron. Unas cuantas vueltas más alrededor de la mesa de la cocina y la cabeza del bebé cayó contra el cuello de Blaze. Su respiración disminuyó hasta el ritmo acompasado del sueño.

Blaze lo acostó con cuidado en la cuna y la meció. Joe se agitó pero no se despertó. Una manita encontró el camino hacia la boca y Joe comenzó a mordisquearla con furia. Blaze empezó a sentirse mejor. Después de todo, tal vez no pasaba nada. El libro decía que los bebés se mordisqueaban las manos de ese modo cuando echaban los dientes o estaban hambrientos, y Blaze estaba seguro de que Joe no tenía hambre.

Miró al bebé y pensó, más conscientemente esta vez, que Joe era guapo. Y listo. Cualquiera podía darse cuenta de eso. Sería muy interesante verle crecer a lo largo de todas las etapas que el doctor mencionaba en *Cuidados para los bebés y los niños*. Joe estaba a punto de aprender a gatear. Varias veces, desde que Blaze lo había llevado a la cabaña, el pequeño cabrón se había arrastrado con ayuda de las manos y las rodillas. Luego aprendería a caminar... y las palabras empezarían a definirse en todo aquel balbuceo... y después... después...

Después encontraría a alguien.

Aquel pensamiento fue inquietante. Blaze ya no podía dormir. Se levantó y encendió la radio, con el volumen bajo. Buscó entre el parloteo previo al amanecer de un millar de competitivas emisoras hasta que encontró la potente señal de WLOB.

Las noticias de las cuatro no adelantaron nada nuevo sobre el secuestro. Todo parecía seguir igual; los Gerard no habrían recibido todavía la carta. Quizá no les llegara hasta el día siguiente, dependía de cuándo recogieran el contenido del buzón. Por otra parte, ¿qué otras pistas podrían tener? Había tenido cuidado; salvo por el tipo de Oakwood (ya había olvidado su nombre), Blaze pensaba que aquello era lo que George habría llamado un «golpe limpio».

A veces, después de realizar un buen timo, él y George compraban una botella de Four Roses. Luego iban a ver una película y mezclaban el Roses con la Coca-Cola que habían comprado en el bar del cine. Si la película era de las largas, George acababa demasiado borracho para salir caminando cuando los créditos aparecían en pantalla. Era un hombre pequeño, y el alcohol lo volvía más ingenioso. Habían pasado buenos momentos. Blaze recordó las ocasiones en que él y Johnny Cheltzman iban juntos a ver aquellas antiguas películas en el cine Nórdica.

La música regresó a la radio. Joe dormía plácidamente. Blaze pensó que debía irse a la cama. Al día siguiente había mucho que hacer. O quizá ya ese mismo día. Quería enviarles otra nota de rescate a los Gerard. Se le había ocurrido una buena idea para recoger el botín. La había elaborado en un sueño —uno de esos sueños locos— que había tenido la noche anterior. Por entonces todo aquel asunto no tenía ni pies ni cabeza, pero el dulce y pesado sueño del que acababa de despertarlo el llanto del niño parecía haberlo clarificado todo. Les diría que lanzaran el rescate desde un avión. Uno pequeño y que no volara muy alto. En la carta les pediría que el avión volase hacia el sur a lo largo de la carretera 1, desde Portland hasta la frontera de Massachusetts, buscando una señal de luz roja.

Blaze sabía cómo hacerlo: bengalas de carretera. Compraría media docena en la ferretería del pueblo y las dispondría en un pequeño montón en el lugar que escogiera. Darían mucha luz. También sabía dónde hacerlo: una carretera forestal al sur de Ogunquit. En esa carretera había un claro donde los camioneros se detenían a almorzar o echar una cabezadita en el camastro de la parte de atrás de la cabina. El claro estaba cerca de la carretera 1; un piloto que sobrevolase la autopista a poca altura no pasaría por alto las bengalas, amontonadas y destellando como una gran linterna roja. Sabía que aun así no dispondría de mucho tiempo, pero pensó que tendría suficiente. Aquella primera carretera forestal daba a una red de caminos sin señalizar con nombres como Boggy Stream Road^[24] y Bumpnose Road^[25]. Blaze los conocía todos. Uno de ellos conectaba

con la carretera 41, desde la que podría dirigirse hacia el norte. Encontrar un lugar donde esconderse hasta que la tormenta amainara. Incluso había considerado Hetton House. Estaba vacío y entablillado, con un cartel de se vende en la fachada. Blaze había estado allí varias veces en los últimos años; regresaba una y otra vez, como un niño al que le da miedo la supuesta casa encantada del barrio.

Pero para él HH estaba encantada de verdad. Él lo sabía; él era uno de los fantasmas.

De todos modos, todo iba a salir bien; eso era lo principal. Había sido aterrador en algunos momentos, y lo sentía por aquella señora mayor (cuyo primer nombre también había olvidado), pero era un golpe limpio...

—Blaze.

Volvió la mirada hacia el baño. Era George. La puerta estaba entornada como George la dejaba siempre que quería charlar mientras cagaba. «La mierda está saliendo por ambos extremos», dijo una vez, y los dos se echaron a reír. Él podía ser divertido cuando se lo proponía, pero esa mañana no parecía de buen humor. Además, Blaze pensó que cuando salió del baño la última vez había cerrado la puerta. Supuso que el aire la habría abierto, pero no había corriente...

—Ya casi te tienen, Blaze —dijo George. Luego, en una especie de gruñido desesperado—: Bobo de mierda.

—¿Quién? —preguntó Blaze.

—La poli. ¿De quién pensabas que hablaba, del Comité Nacional Republicano? El FBI. La Policía Estatal. Incluso los agentes locales que van de azul.

—Qué va. Lo he hecho muy bien, George. De verdad. Ha sido un golpe limpio. Te contaré lo que he hecho, lo cuidadoso que...

—Si no te largas de esta cabaña, mañana al mediodía te habrán cogido.

—¿Cómo? ¿Qué?

—Eres tan estúpido que ni siquiera eres capaz de huir. Ni siquiera sé por qué me molesto. Has cometido una docena de errores. Si tienes suerte, los polis solo habrán detectado seis, ocho a lo sumo.

Blaze meneó la cabeza. Podía sentir su rostro calentándose.

—¿Qué debo hacer?

—Lárgate de aquí. Ahora mismo.

—¿A dónde...?

—Y deshazte del niño —dijo George, como si fuera una idea de última hora.

—¿Qué?

—¿He tartamudeado? Que te deshagas de él. Es un jodido lastre. Puedes conseguir el rescate sin él.

—Pero cuando lo lleve de vuelta, ¿cómo...?

—¡No he dicho que lo lleves de vuelta! —gritó George—. ¿Qué crees que es, una jodida botella retornable? ¡Estoy diciendo que lo mates! ¡Hazlo ahora!

Blaze movió los pies. Su corazón latía veloz y tenía la esperanza de que George saliera pronto del baño porque tenía que hacer pis y no podía hacerlo con un jodido fantasma merodeando.

—Espera... tengo que pensar. Tal vez, George, si te das un pequeño paseo... cuando vuelvas... podríamos hacer funcionar todo esto.

—¡Tú no puedes pensar! —la voz de George se elevó hasta que pareció casi un alarido, como si le doliera.

—¿No te das cuenta de que los polis van a venir y te meterán una bala en esa piedra que llevas encima del cuello? ¡No puedes pensar, Blaze! ¡Pero yo sí!

Disminuyó el tono. Se volvió razonable. Casi sedoso.

—Ahora está dormido, no sentirá nada. Coge tu almohada (incluso huele a ti, a él le gustará) y pónsela en la cara. Mantenla presionada. Apuesto a que los padres creen que esto ya ha ocurrido. Probablemente la puta noche siguiente se pusieron manos a la obra para concebir un pequeño sustituto republicano. Puedes terminar la estafa llevándote el botín. Y largarte a un lugar cálido. Es lo que siempre hemos querido, ¿verdad? ¿Verdad?

Eso era verdad. Algún lugar como Acapulco o las Bahamas.

—¿Qué me dices, Blazecito? ¿Llevo o no llevo razón con el guapetón?

—Supongo que tienes razón, George.

—Sabes que la llevo. Así es como trabajamos.

De pronto nada pudo ser más simple. Si George decía que la policía estaba cada vez más cerca, probablemente era cierto. George siempre había tenido un olfato muy agudo para lo azul. Y si tuviera que largarse de allí a toda prisa, el niño lo retrasaría, en eso George también tenía razón. Tenía que cobrar el jodido rescate y luego esconderse en algún sitio. Pero ¿matar al niño? ¿Asesinar a Joe?

De repente se le ocurrió que si lo mataba —con mucha, mucha suavidad—, Joe iría directo al cielo y sería un bebé ángel. Tal vez George también tuviera razón en eso. Blaze estaba convencido de que él iría al infierno, como la mayoría de la gente. Aquel era un mundo muy sucio: cuantos más años vivías, más te ensuciabas.

Cogió su almohada y se la llevó a la habitación principal, donde Joe dormía junto a la estufa. Ya no tenía la mano en la boca, pero los dedos aún mostraban las marcas de su frenética mordida. Aquel también era un mundo lleno de dolor. Además de sucio, doloroso. La dentición era solo el primero y el menor de los dolores.

Blaze se detuvo junto a la cuna. Sostenía la almohada, con la funda todavía oscurecida por manchas del tónico capilar; de cuando aún tenía pelo donde

aplicárselo.

George siempre tenía razón... excepto cuando no la tenía. Eso hizo que se sintiera mal.

—Jesús —dijo, y la palabra sonó acuosa.

—Hazlo rápido —dijo George desde el baño—. Que no sufra.

Blaze se arrodilló y puso la almohada sobre el rostro del bebé. Sus codos estaban en la cuna, apoyados a ambos lados de la pequeña caja torácica, y pudo sentir la respiración de Joe inspirando dos veces... detenerse... inspirar una vez más... detenerse de nuevo. Joe se agitó y arqueó la espalda. Giró la cabeza al mismo tiempo, y comenzó a respirar otra vez. Blaze presionó la almohada con más fuerza.

No lloraba. Blaze pensó que sería mucho mejor si el niño llorase. Para el bebé, morir en silencio, como un insecto, parecía mucho peor que lamentable. Era horrible. Blaze apartó la almohada a un lado.

Joe volvió la cabeza, abrió los ojos, los cerró, sonrió, y se metió el pulgar en la boca. Luego volvió a dormirse.

La respiración de Blaze era un jadeo. Su frente hendida se perló de gotas de sudor. Miró la almohada, todavía en sus manos, y la soltó como si quemase. Empezó a temblar; se abrazó la barriga para controlarse. No podía parar. Al poco, todo su cuerpo se agitaba. Sus músculos zumbaban como los cables del telégrafo.

—Acáballo, Blaze.

—No.

—Si no lo haces, me piro.

—Pues vete.

—Crees que podrás quedarte con él, ¿verdad? —En el baño, George reía. Sonaba como un sumidero atascado—. Pobre pringado. Déjalo vivir y crecerá odiándote a muerte. Ellos se encargarán. Esas buenas personas. Esos buenos ricos gilipollas republicanos millonarios. ¿Nunca te he enseñado nada, Blaze? Deja que te lo diga con palabras que hasta un pringado puede entender: si estuvieras ardiendo, no mearían encima de ti para salvarte.

Blaze bajó la mirada al suelo, donde yacía la terrible almohada. Aún temblaba, pero ahora, además, su rostro ardía. Sabía que George tenía razón. Aun así, dijo:

—No he planeado prenderme fuego, George.

—¡No has planeado nada! Blazer, cuando este muñequito feliz crezca y se convierta en un hombre, no dudará en desviarse quince kilómetros de su camino para escupir en tu maldita tumba. Ahora, por última vez... ¡mata a ese niño!

—No.

De repente George se había ido. Y quizá para siempre, porque Blaze estaba seguro de haber sentido algo —una presencia— abandonar la cabaña. No había ventanas abiertas ni puertas entornadas, pero sí: la cabaña estaba más vacía que antes.

Blaze fue hasta la puerta del baño y la abrió. No vio nada salvo el lavabo. Una ducha oxidada. Y el cagadero.

Intentó dormirse pero no pudo. Lo que había estado a punto de cometer pendía en su cabeza como una cortina. Y lo que había dicho George. «Ya casi te tienen. Y si no te largas de esta cabaña, mañana al mediodía te habrán cogido».

Y lo peor de todo: «Cuando crezca y se convierta en un hombre, no dudará en desviarse quince kilómetros de su camino para escupir en tu maldita tumba».

Por primera vez Blaze se sintió acorralado. De algún modo ya se sentía atrapado... como un insecto debatiéndose en una telaraña de la que no hay escapatoria. Empezó a recordar frases de viejas películas. «Cogedlo vivo o muerto. Si no sales de inmediato, entraremos y empezaremos a disparar. Las manos en alto, cabeza de chorlito; esto ha terminado».

Se incorporó; sudaba. Iban a dar las cinco, hacía casi una hora que el llanto del bebé le había despertado. El amanecer se avecinaba, pero estaba lo bastante lejos para ser poco más que una estrecha línea naranja en el horizonte. Por encima, las estrellas brillaban sobre sus eternos ejes, impasibles a todo.

Si no te largas de esta cabaña, mañana al mediodía te habrán cogido.

Pero ¿adónde iría?

En realidad ya conocía la respuesta a esa pregunta. Hacía días que la sabía.

Se levantó y se vistió con movimientos rápidos y bruscos: la camiseta térmica, la camisa de lana, dos pares de calcetines, Levi's, botas. El bebé seguía dormido, y Blaze solo tuvo tiempo de dedicarle una breve mirada. Cogió varias bolsas de papel de debajo del lavabo y comenzó a llenarlas con pañales, biberones, latas de leche.

Cuando estuvieron llenas, las acarreó hasta el Mustang, que estaba aparcado al lado del Ford robado. Al menos tenía la llave del maletero del Mustang, y pudo meter las bolsas atrás. Corría de un lado a otro. Ahora que había decidido marcharse, el pánico le pellizcaba los talones.

Cogió otra bolsa y la llenó con la ropa de Joe. Plegó la mesa para cambiar pañales y también se la llevó, pensando incoherentemente que a Joe le gustaría tenerla en un nuevo lugar porque se había acostumbrado a ella. El maletero del Mustang era pequeño, pero pasó algunas bolsas al asiento trasero del coche y pudo meter la mesa para cambiar. Pensó que la cuna también cabría en el asiento

de atrás. La comida para bebé podría ir a los pies del asiento del pasajero, con algunas mantas encima. A Joe le gustaba mucho la comida para bebé, se la zampaba en un pispas.

Hizo un viaje más, luego arrancó el Mustang y encendió la calefacción para que el coche fuera más agradable y cálido. Eran las cinco y media. La luz del día avanzaba. Las estrellas habían palidecido; solo Venus resplandecía.

De nuevo en la casa, Blaze sacó a Joe de la cuna y lo puso sobre la cama. El bebé refunfuñó pero no se despertó. Blaze se llevó la cuna al coche.

Regresó y miró alrededor como un loco. Cogió la radio de su sitio en el alféizar, la desenchufó, enrolló el cable y la dejó en la mesa. En el dormitorio, arrastró de debajo de la cama una vieja maleta marrón, abollada y con los bordes desgastados. Metió de cualquier manera su ropa. Encima puso un par de revistas de chicas y unos cuantos cómics. Luego llevó la maleta y la radio al coche; empezaba a llenarse. Después regresó a la casa por última vez.

Extendió una manta, puso a Joe encima, lo envolvió, y metió el paquete dentro de su chaqueta. Luego cerró la cremallera. Joe estaba despierto. Se asomaba desde su abrigo como un jerbo.

Blaze lo llevó al coche, se sentó tras el volante y puso a Joe en el asiento del pasajero.

—Bueno, ahora no te muevas de ahí, chaval —dijo.

Joe sonrió y al instante se apartó la manta de la cabeza. Blaze resopló una risita entre dientes, y en ese mismo momento se vio poniendo la almohada en el rostro de Joe. Entonces se estremeció.

Salió marcha atrás del cobertizo, giró y avanzó lentamente por el camino de salida... No sabía que estaba abandonando una zona que al cabo de menos de dos horas se convertiría en un cordón de control policial.

Circuló por caminos y carreteras secundarias para sortear Portland y los suburbios. El constante sonido del motor y el aire caliente de la calefacción envió a Joe al mundo de los sueños casi de inmediato. Blaze sintonizó su emisora favorita de música country, que se inició a la par que la salida del sol. Oyó la lectura matinal de las Escrituras, luego un informe sobre el ganado, después un editorial derechista del Freedom Line de Houston que habría lanzado a George a gritar las mayores blasfemias. Al fin llegaron las noticias.

«La búsqueda de los secuestradores de Joseph Gerard IV continúa —dijo el locutor, con voz seria—, y es posible que se hayan hecho avances».

Blaze aguzó el oído.

«Una fuente cercana a la investigación afirma que el Portland Postal Authority recibió una supuesta petición de rescate la pasada noche y que envió la carta en un coche directamente a la residencia de los Gerard. Ni las autoridades locales ni el agente responsable del FBI, Albert Sterling, han querido hacer comentarios».

Blaze no prestó atención a esa parte. Los Gerard habían recibido la carta, y esa era una buena noticia. Lo próximo sería llamarlos. De todos modos, no se había acordado de coger periódicos, ni sobres, ni nada para hacer pegamento. Y llamar siempre era mucho mejor. Más rápido.

«Y ahora el tiempo. Las bajas presiones al norte de Nueva York avanzarán hacia el este y golpearán Nueva Inglaterra con la mayor tormenta de nieve de la temporada. El Servicio Nacional de Meteorología ha emitido advertencias sobre ventiscas, y la nieve puede comenzar a caer a partir de mañana al mediodía».

Blaze tomó la carretera 136, unos cinco kilómetros más adelante la abandonó y siguió hacia Stinkpine Road^[26]. Cuando pasó por la laguna —en ese momento congelada— donde él y Johnny habían visto varios castores construyendo un dique, sintió una somnolienta y poderosa sensación de *deja vu*. Allí estaba la granja abandonada en la que habían entrado Blaze, Johnny y un niño que parecía italiano. En un armario encontraron una pila de cajas de zapatos, una de ellas repleta de fotografías guarras: hombres y mujeres haciendo de todo, mujeres con mujeres, incluso una de una mujer con un caballo o un burro. Las habían mirado durante toda la tarde, y sus emociones derivaron desde el asombro hasta la lujuria y hasta el disgusto. Blaze no recordaba el verdadero nombre del chico que parecía italiano, pero sí que todo el mundo lo llamaba Toe-Jam^[27].

Medio kilómetro más adelante, Blaze giró a la derecha en una bifurcación y salió a una carretera terciaria, descuidada y en la que apenas habían apartado la nieve; entonces se permitió relajarse un poco. Doscientos metros más adelante, después de la curva que los niños denominaban Sweet Baby Turn^[28] (Blaze siempre había sabido por qué, pero en ese momento se le escapaba el motivo), llegó a una cadena que cruzaba la carretera de lado a lado. Blaze se apeó, examinó la cadena y liberó el oxidado candado de su cierre con un ligero tirón. Ya había estado allí antes, y entonces media docena de duros yanquis habían necesitado romper el anticuado mecanismo del candado.

Dejó caer la cadena en el suelo y oteó la carretera hacia delante. No habían apartado la nieve desde la última tormenta, pero pensó que el Mustang la recorrería sin problemas si retrocedía y tomaba un poco de velocidad. Luego regresaría y colocaría la cadena de nuevo en su lugar; no sería la primera vez. Aquel lugar le atraía.

¿Y lo mejor? Nevaría, y la nieve cubriría sus huellas.

Dejó caer la mole de su cuerpo en el asiento, metió marcha atrás y retrocedió sesenta metros. Luego puso primera y pisó el acelerador. El Mustang hizo honor a su nombre. El motor rugió y la aguja del cuentarrevoluciones alcanzó la zona roja del marcador, así que Blaze puso segunda y esperó poder cambiar de nuevo si el pequeño poni robado empezaba a sonar forzado.

Llegó a la nieve. El Mustang intentó dar un patinazo pero Blaze lo siguió y el morro se enderezó. Conducía como un hombre que cree estar en mitad de un sueño, luchando por mantenerse alejado de las cunetas ocultas a ambos lados de la carretera donde el Mustang podría ahogarse. La nieve salía despedida a los lados del veloz automóvil. Los cuervos se alzaban de las ramas de los pinos y volaban pesadamente hacia el blanquecino cielo.

Coronó la primera colina. Tras ella, la carretera giraba a la izquierda. El coche intentó patinar de nuevo, y Blaze maniobró una vez más, lo tenía bajo control, el volante giró bajo sus manos durante un instante, luego se enderezó y las llantas recuperaron la tracción. La nieve empezó a cubrir el cristal delantero. Blaze accionó los limpiaparabrisas, pero durante un momento estuvo conduciendo a ciegas, riendo de terror y regocijo. Cuando el cristal se despejó, divisó la entrada principal que tenía delante. Estaba cerrada, pero era demasiado tarde para hacer algo salvo poner una mano protectora sobre el pecho del bebé durmiente y rezar. El Mustang corría a sesenta sobre la nieve. Un gélido sonido metálico sacudió el chasis del coche y sin duda destrozó la dirección. Las juntas se separaron y partieron. El Mustang giró sobre sí mismo... osciló... y se caló.

Blaze extendió una mano para volver a arrancar el motor, pero vaciló y la apartó.

Delante de él se alzaba Hetton House: tres plantas de tiznados ladrillos rojos. Observó paralizado las ventanas cubiertas con tablas. Estaba en el mismo camino por donde había salido las otras veces. Los viejos recuerdos despertaron, tomaron color, comenzaron a caminar. John Cheltzman haciéndole los deberes. La Ley descubriéndolo. La cartera que encontraron. Las largas noches planeando cómo gastarían el dinero que había dentro, susurrando de cama a cama después de que apagasen las luces. El olor a tiza y el suelo brillantado. Los lúgubres retratos de las paredes, cuyos ojos parecían seguirte. Había dos carteles colgados en la puerta. En uno ponía NO PASAR, POR ORDEN DEL SHERIFF, CONDADO DE CUMBERLAND. En el otro, se vende o alquila, visite o llame a la inmobiliaria GERALD CLUTTERBUCK, CASTLE ROCK, MAINE.

Blaze arrancó el Mustang, metió primera y continuó adelante. Las ruedas seguían intentando patinar, y tuvo que mantener agarrado el volante hacia la izquierda para seguir en línea recta. El coche aún estaba dispuesto a funcionar; pisando a fondo el acelerador para que el Mustang no se calara, Blaze recorrió el

camino que rodeaba el lado este del edificio principal hasta el largo cobertizo de almacenaje que había al lado. Cuando se detuvo, el silencio fue ensordecedor. No necesitó que nadie le dijera que el Mustang había terminado sus días, al menos con él; se quedaría allí hasta la primavera.

A pesar de que dentro del coche no hacía frío, Blaze se estremeció. Se sentía como si hubiera regresado a casa.

Para quedarse.

Forzó la puerta trasera y llevó a Joe al interior, envuelto cómodamente en tres de sus mantas. Hacía más frío dentro que fuera. Parecía que el frío se había metido en los huesos del edificio.

Trasladó al bebé al despacho de Martin Coslaw. Habían quitado el panel con su nombre del cristal esmerilado, y la estancia que había detrás era una caja desnuda. Ya no quedaba nada de La Ley. Blaze intentó recordar en vano quién había ocupado el puesto después de él. De todos modos, por entonces Blaze ya no estaba allí. Lo habían enviado a North Windham, el lugar adonde iban los chicos malos.

Posó a Joe en el suelo y empezó a merodear por el edificio.

Encontró algunos pupitres, trozos de madera desperdigados, papeles arrugados. Recogió una brazada de basura, la acarreó hasta el despacho y encendió fuego en la diminuta chimenea empotrada en la pared. Cuando quedó satisfecho y tuvo la seguridad de que las llamas no se apagarían, regresó al Mustang y comenzó a descargar.

A mediodía ya se había instalado. El bebé seguía durmiendo en su cuna (aunque mostraba signos de estar a punto de despertarse). Los pañales y la comida enlatada estaban cuidadosamente ordenados en las estanterías. Blaze había encontrado una silla para él, y en un rincón extendió dos mantas como cama. La habitación estaba un poco más cálida pero seguía haciendo frío. Rezumaba de las paredes y se colaba por debajo de la puerta. Tendría que mantener al niño bien arropado.

Se encogió en su chaqueta, salió y enfiló la carretera hacia la cadena. Volvió a ponerla en su lugar y se sintió complacido al descubrir que el candado, aunque roto, todavía cerraba. Prácticamente uno tendría que pegar la nariz en él para ver que no funcionaba bien. Luego regresó a la puerta principal, destrozada. Apuntaló las piezas más grandes lo mejor que pudo; quedó hecho una mierda, pero al menos cuando las sujetó con la nieve en la medida de lo posible (Blaze estaba

sudando copiosamente), quedaron en posición vertical. Y demonios, si alguien llegaba tan lejos, él estaría en problemas de todas formas. Era bobo, pero no esa clase de bobo.

Cuando volvió, Joe estaba despierto y lloraba con ganas. Blaze no se asustó tanto como la primera vez. Lo vistió con una chaquetita (verde y muy mona) y lo dejó en el suelo para que gateara. Mientras Joe intentaba arrastrarse, Blaze abrió un frasco de puré de ternera. No consiguió encontrar la maldita cuchara —al final terminaría apareciendo, casi todas las cosas lo hacían—, así que alimentó al niño con la punta del dedo. Le alegró notar que durante la noche le había empezado a salir otro diente. Ese hacía un total de tres.

—Siento que esté frío —dijo Blaze—. Ya lo arreglaremos, ¿vale?

A Joe no le importaba que estuviese frío. Comía con voracidad. Luego, después de terminar, comenzó a llorar porque le dolía la barriga. Blaze lo sabía porque conocía la diferencia entre el llanto por dolor de barriga, el llanto por la dentición, y el «estoy cansado de llorar». Se puso a Joe al hombro y lo paseó por la habitación mientras le frotaba la espalda y canturreaba. Como seguía llorando, Blaze salió y recorrió con él el frío corredor, sin dejar de canturrear. Además de llorar, Joe empezó a tiritar; Blaze lo envolvió en una manta y con una esquina le cubrió la cabeza como si llevara una capucha.

Subió al tercer piso y entró en el aula 7, donde él y Martin Coslaw se habían conocido en aritmética. A la izquierda había tres pupitres apilados en una esquina. En uno de ellos, casi ocultas por los trazos de antiguas pintadas (corazones, equipamientos sexuales masculinos y femeninos, solicitudes solemnes para chupar y follar), distinguió las iniciales CB, escritas con cuidadosas letras mayúsculas.

Asombrado, se quitó un guante y dejó que sus dedos acariciaran los antiguos cortes. Un chico al que apenas recordaba ya había estado allí antes que él. Era increíble. Y además, de un modo extraño que le hacía pensar en pájaros posados en los cables del teléfono, triste. Los cortes eran antiguos, pero el tiempo había suavizado el daño hecho a la madera. Los había aceptado y se habían convertido en parte de sí misma.

Creyó oír una risita tras él y se giró.

—¿George?

No hubo respuesta. La palabra resonó y regresó con el eco. Parecía burlarse de él. Parecía decir que no había ningún millón, sino únicamente aquella habitación. Aquella habitación donde había estado tan avergonzado y asustado. Aquella habitación donde no había logrado aprender.

Joe se agitó en su hombro y estornudó. Tenía la nariz roja. Comenzó a llorar. El llanto sonaba frágil en el frío y vacío edificio. El húmedo ladrillo parecía

aspirarlo.

—Eh —canturreó Blaze—. Está bien, no llores. Estoy aquí. Todo va bien. Tú estás bien. Yo estoy bien.

El bebé temblaba de nuevo y Blaze decidió llevarlo de regreso al despacho de La Ley. Lo pondría en la cuna, cerca del fuego. Con una manta extra.

—Todo va bien, cariño. Está bien. Está bien.

Pero Joe lloró hasta que quedó exhausto, y no mucho después de eso comenzó a nevar.

El verano siguiente a su aventura en Boston, Blaze y Johnny Cheltzman se marcharon a recolectar arándanos con otros chicos de Hetton House. El hombre que los contrató, Harry Bluenote, era honrado. No en el sentido de desprecio en el que más tarde Blaze oiría a George usar esa palabra, sino en la mejor tradición de lord Baden-Powell^[29]. Poseía cincuenta acres de tierra excelente para cultivar arándanos en West Harlow, y los quemaba cada dos primaveras. En julio contrataba a unas dos docenas de jóvenes inadaptados para la recolecta. Lo único que le interesaba era el escaso beneficio que un pequeño granjero podía obtener de la venta de su cosecha. Podría haber contratado a chicos de HH y a chicas problemáticas del Wiscassett Home y pagarles tres centavos el kilo; ellos lo habrían aceptado y se sentirían afortunados por poder estar al aire libre. En cambio, él les pagaba los razonables siete centavos que pedían y recibían los chicos locales. El dinero del autobús hacia y desde los campos también salía de su bolsillo.

Era un viejo yanqui alto y delgaducho, con profundas arrugas y ojos claros. Si lo mirabas a los ojos demasiado tiempo, terminabas convencido de que estaba loco. No formaba parte del Grange ni de ninguna otra asociación de granjeros. En cualquier caso, no le habrían admitido. No a un hombre que empleaba a criminales para recoger su cosecha. Y eran criminales, maldita sea, ya fueran dieciséis o sesenta y uno. Llegaban a un pueblecito decente y sus dignos habitantes necesitaban asegurar sus puertas. Debían tener cuidado con esos extraños adolescentes que merodeaban por las calles. Chicos y chicas. Júntalos — chicos criminales y chicas criminales— y el resultado no será mucho mejor que Sodoma y Gomorra. Todo el mundo lo decía. Aquello estaba mal. Sobre todo cuando uno estaba intentando sacar adelante a sus propios hijos.

La temporada abarcaba desde la segunda semana de julio hasta la tercera o cuarta de agosto. Bluenote había construido diez cabinas a orillas del río Royal, que serpenteaba por el centro de su propiedad. Destinó seis cabinas para los chicos y cuatro para las chicas, estas a cierta distancia de aquellas. Debido a su característica posición en el río, denominaron a las cabañas de los chicos Cabañas Rifle y las de las chicas, Cabañas Inclinadas. Uno de los hijos de Bluenote —

Douglas— se instalaba con los chicos. Además, en junio Bluenote buscaba una mujer para que se instalase en las Cabañas Inclínadas e hiciera el doble papel de «madre de campamento» y cocinera. Le pagaba bastante bien, y aquello también salía de su bolsillo.

Un año, todo aquel escandaloso asunto salió a la luz en el concejo municipal cuando la coalición Southwest Bend intentó forzar una reevaluación de los impuestos que debía pagar la finca de Bluenote. El propósito era acortar sus márgenes de beneficio lo bastante para hacer imposible su programa izquierdista de bienestar social.

Bluenote no dijo nada hasta que la discusión finalizó. Su hijo Dougie y dos o tres amigos de la ciudad estuvieron a su lado. Entonces, justo antes de que el señor Moderador diera por concluida la discusión con su martillo, se levantó y pidió la palabra. Se le concedió. A regañadientes.

—Ni uno solo de vosotros ha perdido nada durante la época de recolecta —dijo—. Nunca han robado ningún coche ni se han metido en ninguna casa ni han incendiado ningún granero. Nada más allá que el robo de una cuchara. Cuanto pretendo es mostrarles a esos niños lo que te proporciona llevar una buena vida. Lo que hagan después depende de ellos. ¿Ninguno de vosotros se ha quedado alguna vez atascado en el barro y ha necesitado un empujón? No os preguntaré cómo podéis actuar así y seguir llamándoos cristianos, porque alguno de vosotros tendría alguna especie de respuesta sacada de lo que yo llamo la Santa Biblia Joe-Hazlo-A-Mi-Manera. ¡Por los cuervos de Cristo! ¿Cómo podéis leer la parábola del Buen Samaritano el domingo y decir cosas como estas el lunes por la noche?

Entonces, Beatrice McCafferty explotó. Tirando de sí misma hacia arriba, se levantó de su silla plegable (que soltó un crujido de agradecimiento) y, sin esperar siquiera una señal de asentimiento por parte del señor Moderador, vociferó:

—¡Está bien! ¡Vamos allá! ¡Depravado! ¿Pretendes quedarte ahí de pie, Harry Bluenote, y decirnos que nunca ha habido nada entre los chicos y las chicas de ese montón de cabañas? —Miró alrededor, inexorable como una pala—. Me pregunto si el señor Bluenote nació ayer. Me pregunto qué cree que ocurre a mitad de la noche, si no hay robos ni incendios de graneros.

Harry Bluenote no se sentó. Permaneció en pie al otro lado de la sala de reuniones, con los pulgares en los tirantes. Su rostro tenía el polvoriento color rojizo de cualquier granjero. Parecía entornar sus peculiares ojos claros con regodeo. O quizá no. Cuando estuvo seguro de que Beatrice McCafferty había terminado, de que había dicho la suya, Bluenote habló calmada pero rotundamente.

—Nunca los he espiado, Beatrice, pero tengo la seguridad de que no ha habido violaciones.

Y con aquello el tema quedó «aplazado para un próximo debate». Expresión educada para designar el purgatorio en el norte de Nueva Inglaterra.

Al principio, John Cheltzman y los otros chicos de Hetton House estaban entusiasmados con la idea del viaje, pero Blaze tenía sus dudas. Cuando se trataba de «trabajar fuera», recordaba demasiado bien su etapa con los Bowie.

Toe-Jam no paraba de hablar de encontrar una chica «para perder el sentido». Blaze no creía que tuviesen mucho tiempo para preocuparse por esas cosas. Él aún pensaba en Marjorie Thurlow, pero ¿qué sentido tenía pensar en otras chicas? A ellas les gustaban los chicos duros, tipos que podrían tomarles el pelo, como hacían los de las películas.

Además, las chicas le asustaban. Meneársela en uno de los baños de HH con la copia del *Girl Digest* que Toe-Jam guardaba como oro en paño le hacía bien. Conseguía que se sintiese bien cuando estaba mal. Según lo que había oído decir a los demás chicos, la sensación de meneártela y meterla era prácticamente la misma, y había algo a favor de meneártela: podías hacerlo cuatro o cinco veces al día.

A la edad de quince años, Blaze estaba terminando de crecer. Ya alcanzaba el metro noventa de altura, y la cuerda que un día John le extendió de un hombro al otro medía setenta centímetros. Tenía el pelo castaño, grueso, espeso y aceitoso. Sus manos abiertas, desde el pulgar hasta el meñique, eran ladrillos de treinta centímetros. Sus ojos eran de color verde botella, brillantes y llamativos; no eran en absoluto los ojos de un bobo. Los demás chicos parecían pigmeos a su lado; sin embargo, le gastaban bromas con facilidad, con insolente franqueza. Habían aceptado a John Cheltzman —ahora lo llamaban JC o Jeepers Cripe— como el tótem de Blaze, y después de su aventura en Boston pasaron a ser considerados héroes en el círculo de Hetton House. Blaze había alcanzado un estatus aún más especial. Cualquiera que haya visto a niños con un San Bernardo sabrá de qué se trataba.

Cuando llegaron a la finca de Bluenote, Dougie Bluenote los esperaba para acompañarles a sus cabañas. Les dijo que aquel verano compartirían las Cabañas Rifle con media docena de chicos del correccional de South Portland. No abrieron la boca ante esta noticia. Los chicos de South Portland tenían fama de ser unos tocacojones de cuidado.

A Blaze, John y Toe-Jam les asignaron la cabaña 3. John había adelgazado desde el viaje a la ciudad de las alubias. El doctor de Hetton House (un matasanos

fumador de Camel llamado Donald Hough) había diagnosticado la fiebre reumática como un caso de gripe aguda. Ese diagnóstico mataría a John, pero eso sería un año más tarde.

—Esta es vuestra cabaña —señaló Doug Bluenote. Tenía la misma cara de granjero que su padre, pero no sus extraños ojos claros—. Muchos otros chicos la han usado antes que vosotros. Si os gusta, cuidadla para que otros la usen después. Hay una estufa por si refresca por la noche, pero probablemente no hará frío. Hay cuatro camas, así que podéis elegir. Si llega otro compañero, ocupará la que quede libre. Tenéis un hornillo para los panecillos y el café. Lo último que haréis antes de salir cada mañana es desenchufarlo. Hay ceniceros. Para las colillas. No las tiréis al suelo. Ni al patio. No se puede beber alcohol ni jugar al póquer. Si mi padre o yo os pillamos bebiendo alcohol o jugando al póquer, se acabó. No habrá segundas oportunidades. El desayuno es a las seis, en la casa grande. Almorzaréis a mediodía, por allí —dirigió el brazo hacia los campos de arándanos—. La cena es a las seis, en la casa grande. Empezaréis a recolectar mañana a las siete. Que tengan un buen día, caballeros.

Cuando se marchó, fisgonearon un poco. No era un mal sitio. La estufa era una vieja Invincible con un horno holandés. Todas las camas estaban en el suelo; por primera vez en muchos años no tendrían que dormir amontonados como monedas en una ranura. Aparte de la cocina y las dos habitaciones, había una amplia sala común. En ella había una librería hecha con una caja naranja de los supermercados Pomona. Contenía la Biblia, un manual sexual para jóvenes, *Ten Nights in a Barroom* y *Lo que el viento se llevó*. Había una alfombra desteñida en el suelo. El suelo estaba formado por tablas sueltas, muy diferente a las baldosas y la madera barnizada de HH. Aquellas tablas retumbaban cuando caminabas por ellas.

Mientras los otros hacían la cama, Blaze salió al porche para contemplar el río. Y ahí estaba el río. Corría a lo largo de una suave pendiente, y un poco más arriba Blaze podía oír el estruendo de unos rápidos. Árboles de troncos nudosos, robles y sauces, se inclinaban sobre el agua como si observaran su reflejo. Libélulas y caballitos del diablo y mosquitos volaban sobre la superficie. A lo lejos, en la distancia, se oía el áspero zumbido de una cigarra.

Blaze sintió que algo se aflojaba en su interior.

Se sentó en el primer escalón del porche. Al poco John salió y se sentó a su lado.

—¿Dónde está Toe? —preguntó Blaze.

—Leyendo el libro de sexo. Está buscando fotografías.

—¿Ha encontrado alguna?

—Todavía no.

Permanecieron sentados un rato.

—¿Blaze?

—¿Sí?

—Esto no está tan mal, ¿verdad?

—No.

Pero él aún recordaba a los Bowie.

A las cinco y media de la tarde salieron hacia la casa grande. El camino seguía el curso del río y pronto se encontraron con las Cabañas Inclinadas, donde se agrupaban media docena de chicas. Los chicos de HH y los tocacojones de South Portland siguieron andando como si todos los días estuviesen rodeados de chicas (chicas con pechos). Las chicas se les unieron; algunas se pintaban los labios mientras charlaban entre ellas, como si estar rodeadas de chicos (chicos con sombra en la barba) fuera tan normal como aplastar moscas. Una o dos llevaban medias; las otras, calcetines de colegialas, doblados todos exactamente de la misma forma en las pantorrillas. Tenían manchurroneos de maquillaje, en algunos casos del grosor del azúcar de una magdalena. Una chica, muy envidiada por las demás, lucía sombra de ojos verde. Todas dominaban el arte del contoneo de caderas al caminar; más tarde John Cheltzman lo llamó el «pavoneo de la prostituta».

Uno de los tocacojones de South Portland carraspeó y escupió. Luego arrancó una ramita de alfalfa para hurgarse los dientes. Los demás chicos consideraron aquello concienzudamente e intentaron pensar en algo —lo que fuese— que pudiesen hacer para demostrar su indiferencia hacia el sexo opuesto. La mayoría de ellos se decantaron por carraspear y escupir. Los más originales optaron por meterse las manos en los bolsillos de atrás. Otros hicieron ambas cosas.

Los chicos de South Portland probablemente tenían ventaja sobre los chicos de Hetton; en cuestión de chicas, la oferta era mucho mayor en la ciudad. Las madres de los chicos de South Portland tal vez habían sido alcohólicas, drogadictas y amantes de diez dólares; sus hermanas, dulces pajilleras de dos dólares; pero los tocacojones, en la mayoría de los casos, comprendían el concepto esencial «chicas».

Los chicos de HH vivían casi exclusivamente en una sociedad masculina. Su educación sexual consistía en conferencias organizadas por el clero local. La mayoría de aquellos predicadores del campo informaron a los chicos de que la masturbación te volvía loco y que los riesgos de las relaciones sexuales incluían la infección del pene, que se pondría negro y se pudriría. También contaban con las ocasionales revistas guarras de Toe-Jam (el *Girl Digest* fue la mejor y la última).

Las ideas para conversar con las chicas las sacaron de las películas. Sobre las relaciones sexuales no tenían ni idea, porque —como apuntó tristemente Toe— solamente enseñaban sexo en las películas francesas. La única película francesa que habían visto en su vida era *French Connection: contra el imperio de la droga*.

Así pues, durante el paseo desde las Cabañas Inclinadas hasta la casa grande reinó un tenso (pero no antagonista) silencio. Si no hubiesen estado tan absortos en hacer frente a su nueva situación, tal vez se habrían dado cuenta de la expresión de Dougie Bluenote, que estaba haciendo grandes esfuerzos por mantenerse serio.

Harry Bluenote estaba apoyado contra la puerta del comedor cuando ellos llegaron. Chicos y chicas miraban boquiabiertos los cuadros de la pared (Currier & Ivés, N. C. Wyeth), el suave y antiguo mobiliario, la larga mesa para comer con espera tu turno tallado en uno de los bancos y llega hambriento, vete saciado en el otro. La mayoría de ellos miraba el gran retrato al óleo de la pared este. Se trataba de Marian Bluenote, la difunta esposa de Harry.

Podrían haberse considerado a sí mismos duros —en cierto modo lo eran— pero solo eran niños afrontando su sexualidad. Instintivamente formaron en fila, como lo habían hecho toda la vida. Bluenote les dejó hacer. Luego estrechó la mano de todos y todas. Le dedicó un gesto cortés a cada chica, sin intención de delatar a las que parecían muñecas Kewpie.

Blaze fue el último. Le sacaba quince centímetros a Bluenote, pero movía nervioso los pies y tenía la mirada fija en el suelo; deseaba estar de regreso en HH. Era demasiado difícil. Era asqueroso. Tenía la lengua aplastada en el paladar. Extendió la mano sin mirar.

Bluenote se la estrechó.

—Cristo, eres muy grande. No estás hecho para recoger arándanos.

Blaze lo miró con cara de bobo.

—¿Quieres conducir la camioneta?

Blaze tragó saliva. Se sentía como si algo se le hubiera quedado atascado en la garganta.

—No sé conducir, señor.

—Yo te enseñaré —dijo Bluenote—. No es difícil. Vamos, entra y siéntate a cenar.

Blaze entró. La mesa era de caoba. Relucía como una piscina. Los asientos fueron ocupándose aquí y allí a ambos lados. Sobre ellos brillaba una lámpara de araña como las de las películas. Blaze se sentó; sintió frío y calor. El tener a una chica a su izquierda empeoraba su confusión. Cada vez que miraba hacia ese lado,

sus ojos se posaban en sus pechos. Intentó evitarlo pero no pudo. Estaban... ahí mismo. Ocupando un espacio en el mundo.

Bluenote y la madre de campamento sacaron la comida. Había estofado de ternera y un pavo entero. Había un cuenco enorme de madera repleto de ensalada y tres tipos de aliño. Había una bandeja de frijoles, otra de guisantes, otra de rodajas de zanahoria. Había una cazuela de barro llena de puré de patatas.

Cuando toda la comida estuvo en la mesa y todos estuvieron sentados detrás de sus relucientes platos, el silencio cayó como una roca. Chicos y chicas estaban alucinados ante semejante festín. En alguna parte rugió un estómago. Sonó como un camión cruzando un puente de madera.

—Bien —dijo Bluenote. Estaba sentado en el extremo de la mesa; la madre de campamento se hallaba a su izquierda. Su hijo se sentaba al otro lado—. Vamos a bendecir la mesa.

Inclinaron la cabeza y aguardaron el sermón.

—Señor —dijo Bluenote—, bendice a estos chicos y chicas. Y bendice los alimentos que vamos a tomar. Amén.

Se miraron atónitos, intentando saber si se trataba de una broma. O de un truco. «Amén» significaba que podías comer, pero si así era, acababan de oír la bendición más corta de la historia de la humanidad.

—Pásame el estofado —dijo Bluenote.

La recolección de aquel verano pasó como un suspiro.

A la mañana siguiente, después del desayuno, Bluenote y su hijo llegaron a la casa grande en dos camionetas Ford. Chicos y chicas montaron en la parte de atrás y los llevaron al primer campo de arándanos. Aquella mañana las chicas vestían pantalones. Tenían la cara hinchada por el sueño y la mayoría no se había puesto maquillaje. Parecían más jóvenes.

Las conversaciones empezaron. Torpes al principio, más naturales luego. Cuando la camioneta topaba con un bache, todos reían. No hubo una presentación formal. Sally Ann Robichaux tenía un paquete de Winston y lo compartió con ellos; incluso Blaze, sentado al final, cogió un cigarro. Uno de los tocacojones de South Portland empezó una amena discusión sobre libros con Toe-Jam. Resultó que ese compañero, Brian Wick, había llegado a la granja de Bluenote con un libro de bolsillo llamado *Fizzy*. Toe admitió haber oído buenos comentarios sobre *Fizzy*, y los dos llegaron a un acuerdo de venta. Las chicas hacían caso omiso, y los miraban indulgentes.

Llegaron. Los pequeños arbustos estaban cargados de arándanos. Harry y Douglas Bluenote abrieron la puerta trasera de las camionetas y todos se apearon

de un salto. El terreno estaba dividido en pasillos por largas tiras de tela blanca que ondeaban enganchadas en estacas bajas. Otra camioneta más vieja y grande se detuvo a su lado. Esta tenía la parte de atrás cubierta con una lona. La conducía un hombre bajo y negro llamado Sonny. Blaze nunca le oyó decir ni una sola palabra.

Los Bluenote entregaron a sus empleados pequeños y manejables rastrillos para recoger los arándanos. Al único al que no le dieron uno fue a Blaze.

—El rastrillo está diseñado para coger arándanos —dijo Bluenote.

Detrás de él, Sonny sacó una caña de pescar y se alejó de la camioneta. Se encasquetó un sombrero de paja y cruzó el campo hacia una hilera de árboles. No volvió la vista atrás.

—Pero —Bluenote alzó un dedo—, como es un invento del hombre, no es perfecto; también se lleva hojas y ramitas. No permitáis que eso os preocupe ni os retrase. Lo separaremos más tarde, en el granero. Y lo haréis vosotros, así que no penséis que estamos recortando vuestras ganancias. ¿Entendéis?

Brian y Toe-Jam, que al final del día serían amigos inseparables, estaban de pie, uno al lado del otro, con los brazos cruzados. Ambos asintieron.

—Bien, ya lo sabéis —siguió Bluenote; sus extraños ojos claros resplandecían—. Yo saco veintiséis céntimos por kilo. Vosotros os quedáis con siete céntimos. Podéis pensar que estoy ganando a vuestra costa diecinueve céntimos por kilo, pero no es así. Después de todos los gastos, me quedan diez céntimos por kilo. Tres más que a vosotros. A esos tres céntimos se le llama capitalismo. Mi terreno, mi beneficio, vosotros os quedáis con una parte. —Luego repitió—: Bien, ya lo sabéis. ¿Alguna objeción?

No las hubo. Parecían hipnotizados por el cálido brillo del sol matinal.

—De acuerdo. Necesito un conductor; serás tú, compañero. Y necesito un contable. Tú, chico. ¿Cómo te llamas?

—Eh... John. John Cheltzman.

—Acércate.

Ayudó a Johnny a subir a la parte de atrás de la camioneta de la lona y le explicó qué tenía que hacer. Había un montón de cubos de acero. Debía contarlos y entregar un cubo a todo aquel que pidiera uno. Cada cubo vacío tenía una tira blanca pegada en el lateral. Johnny debía escribir el nombre del recolector que devolvía el cubo lleno. Los cubos llenos se ponían en una parte de la camioneta preparada para evitar que volcasen mientras la camioneta estaba en movimiento. También había un viejo y polvoriento pizarrón para llevar el recuento total.

—De acuerdo, hijo —dijo Bluenote—. Ponlos en fila y entrégales los cubos.

John se ruborizó, carraspeó y les pidió en un susurro que se pusieran en fila. Por favor. Parecía como si contase con que los demás le abuchearían. En cambio, formaron una fila. Algunas chicas llevaban un pañuelo en la cabeza o masticaban

chicle. John fue haciendo entrega de los cubos y escribiendo los nombres en la etiqueta de identificación con grandes letras mayúsculas. Chicos y chicas eligieron su pasillo y el día de trabajo empezó.

Blaze, de pie al lado de la camioneta, esperaba. Una intensa sensación de entusiasmo le embargaba. Conducir era una de sus ilusiones desde hacía años. Era como si Bluenote hubiera leído el idioma secreto de su corazón.

Bluenote se le acercó.

—¿Cómo te llaman los chicos, hijo? Aparte de compañero.

—A veces, Blaze. A veces, Clay.

—Vale, Blaze, empecemos. —Bluenote lo acompañó a la cabina de la camioneta y se sentó al volante—. Este es un International Harvester de tres velocidades. Eso significa que tiene tres marchas hacia delante y una hacia atrás. Esto que sobresale del suelo es la palanca de cambios. ¿Lo ves?

Blaze asintió.

—El pedal del pie izquierdo es el embrague. ¿Lo ves?

Blaze asintió.

—Cuando quieras cambiar de marcha, písalo. Cuando hayas colocado la palanca de cambios donde tú quieres, suelta el embrague. Si lo sueltas demasiado despacio, perderás velocidad. Si lo haces demasiado rápido, dará una sacudida, los cubos de arándanos podrían volcar y estarías dándole una patada en el trasero a las ganancias de tus amigos. ¿Comprendes?

Blaze asintió. Los chicos y las chicas ya habían avanzado algo en sus primeros pasillos. Douglas Bluenote pasaba de uno a otro y les enseñaba el mejor modo de utilizar el rastrillo y evitar que les saliesen ampollas. También les mostró un pequeño giro de muñeca con el que apartar la mayoría de las hojas y ramitas.

El viejo Bluenote carraspeó y escupió.

—No te asustes con las marchas. Para empezar, solo tienes que prestarle atención a la marcha atrás y la reducción. Ahora, mira aquí y te enseñaré ambas cosas.

Blaze observó. Le había llevado años cogerle el truco a las sumas y las restas (y arrastrar cifras había sido un misterio para él hasta que John le dijo que pensara que arrastraba cubos de agua), sin embargo, aprendió los principios básicos de la conducción en una mañana. La camioneta solo se le caló dos veces. Bluenote le dijo más tarde a su hijo que nunca había visto a nadie que aprendiera tan rápidamente el delicado equilibrio entre el embrague y el acelerador. A Blaze, en cambio, le dijo:

—Lo estás haciendo bien. No te acerques a los arbustos.

Blaze hizo mucho más que conducir. Acarreaba los cubos de todo el mundo, los subía a la parte de atrás de la camioneta, se los alcanzaba a John, y se los

devolvía vacíos a los recolectores. Se pasó el día con una invariable sonrisa en la cara. Su felicidad era un germen que contagiaba a todos.

El retumbar de un trueno los interrumpió a las tres en punto. Todos se amontonaron en la parte de atrás de la camioneta grande, haciendo caso de la advertencia de Bluenote de que tuvieran mucho cuidado al sentarse.

—Yo conduciré de vuelta —dijo Bluenote al tiempo que subía a la cabina. Miró la expresión de Blaze y sonrió—. Date tiempo, compañero..., digo, Blaze.

—Vale. ¿Dónde está ese hombre, Sonny?

—Cocinando —dijo Bluenote. Pisó el embrague y puso primera—. Si tenemos suerte, cenaremos pescado fresco; si no, repetiremos estofado. ¿Quieres acompañarme a la ciudad después de cenar?

Blaze asintió; se sentía demasiado abrumado para hablar.

Esa noche aguardó en silencio junto a Douglas mientras Harry Bluenote negociaba el precio con el comprador de Federal Food, Inc., y cobraba. Douglas condujo de vuelta a casa una de las furgonetas Ford de la granja. Ninguno de los tres habló. *Estoy yendo a alguna parte*, pensó Blaze mientras observaba la carretera deslizarse bajo la luz de los faros. *Estoy en alguna parte*, pensó después. El primer pensamiento lo hizo feliz. El segundo intensificó tanto esa felicidad que sintió que se echaría a llorar.

Pasaron los días, luego las semanas, y había ritmo en todo aquello. Levantarse temprano. Desayuno copioso. Trabajar hasta mediodía. Abundante almuerzo en el campo (Blaze había llegado a comer cuatro bocadillos, y nadie le había dicho nada). Trabajar hasta que un trueno a media tarde pusiera fin a la jornada o Sonny tocara la campana de bronce que anunciaba la hora de la cena, un tañido que atravesaba el fugaz y caluroso día como si estuviesen en un sueño vivido.

Bluenote ya dejaba que Blaze condujera desde y hasta los campos por las carreteras secundarias. Conducía con creciente soltura, hasta que se convirtió en algo parecido a un genio. Nunca volcó ni un solo cubo en la parte de atrás. A menudo, después de cenar, acompañaba a Harry y a Douglas a Portland y observaba a Harry hacer negocios con varias empresas de alimentación.

Julio se fue adondequiera que los meses se marchasen. Luego transcurrió la mitad de agosto. Pronto terminaría el verano. Pensar en eso le ponía triste. Muy pronto volverían a Hetton House. Luego llegaría el invierno. Blaze no soportaba la idea de pasar otro invierno en Hetton.

No imaginaba lo mucho que a Harry Bluenote le agradaba. Aquel muchachote era pacífico por naturaleza y la temporada de recogida jamás había sido tan armoniosa. Solo había habido una pelea a puñetazos. Normalmente había media

docena. Un chico llamado Henry Gillette acusó a uno de los chicos de South Portland de hacer trampas jugando al *black-jack* (técnicamente no era póquer). Blaze se limitó a agarrarlo del pescuezo y apartarlo a un lado. Luego lo instó a que devolviera el dinero a Gillette.

Entonces, durante la tercera semana de agosto, puso la guinda al pastel.

Blaze perdió su virginidad.

La chica se llamaba Anne Bradstay. La habían encerrado en Pittsfield por provocar un incendio. Ella y su novio habían prendido fuego a seis granjas de patatas entre Presque Isle y Mars Hill; luego los atraparon. Afirmaron que lo habían hecho porque no se les ocurrió otra cosa que hacer. Verlas arder había sido divertido. Anne explicó que Curtis, cuando la llamó, le dijo:

—Vamos a hacer patatas fritas.

Y eso habían hecho. El juez —que había perdido en Corea a un hijo de la misma edad que Curtis Prebble— no entendió aquel acto de aburrimiento y no tuvo compasión. Condenó al chico a seis años en la prisión estatal Shawshank.

A Anne le cayó un año en lo que las chicas llamaban la Fábrica Kotex de Pittsfield. La verdad era que a ella no le importó. Su padrastro le había quitado su flor cuando tenía trece años, y su hermano mayor la golpeaba cuando estaba borracho, lo que sucedía a menudo. Después de eso, Pittsfield fueron unas vacaciones.

No era una chica herida con un corazón de oro, solo era una chica herida. No era generosa sino consumista; tenía ojos de cuervo para las cosas brillantes. Toe, Brian Wick y otros dos chicos de South Portland reunieron sus ahorros y le ofrecieron a Anne cuatro dólares para que se acostara con Blaze. Su único motivo era la curiosidad. Nadie se lo contó a John Cheltzman —tenían miedo de que se chivara a Blaze, o incluso a Doug Bluenote—, pero el resto del campamento lo sabía.

Todas las noches, un chico de cada cabaña tenía que llevar dos cubos de agua (uno para beber, otro para lavar) desde el pozo de la carretera hasta la casa grande. Aquella noche le tocaba a Toe-Jam, pero dijo que le dolía la barriga y le ofreció a Blaze veinte centavos si iba en su lugar.

—No, está bien, lo haré gratis —dijo Blaze, y cogió los cubos.

Toe sonrió por los veinte centavos que se había ahorrado y fue a contárselo a su amigo Brian.

La noche era oscura y fragante. La luna estaba naranja; acabada de salir. Blaze caminaba impasible, no pensaba en nada. Los dos cubos entrechocaban. Cuando una mano ligera se apoyó en su hombro, no se asustó.

—¿Puedo ir contigo? —preguntó Anne. Ella llevaba sus propios cubos.

—Claro —dijo Blaze. Entonces la lengua se le pegó al paladar y se ruborizó.

Caminaron juntos hasta el pozo. Anne silbaba suavemente entre sus dientes podridos.

Cuando llegaron, Blaze apartó las tablas. El pozo solo tenía seis metros de profundidad; si dejabas caer una piedra en el interior, sonaba un misterioso y hueco chapoteo. Fleos y rosas silvestres crecían lujuriosamente alrededor de la plataforma de cemento. Media docena de viejos sauces se alzaban más allá, como a la espera. La luna arrojaba pálidos haces de luz a través de uno de ellos.

—¿Puedo llenar tus cubos? —preguntó Blaze; las orejas le ardían.

—¿Sí? Eso sería muy amable.

—Claro —dijo—, claro que sí.

Pensó en Margie Thurlow, aunque esa chica no se le parecía en nada.

Había una cuerda tostada por el sol atada a una armella en un lado de la plataforma. Blaze anudó el extremo libre de la cuerda al asa de un cubo. Lo lanzó al agujero del pozo. Se oyó un chapoteo. Luego esperaron a que se llenara.

Anne Bradstay no era experta en el arte de la seducción. Puso la mano sobre la entrepierna de los vaqueros de Blaze y le apretó el pene.

—¡Ey! —dijo, sorprendido.

—Me gustas —dijo ella—. ¿Por qué no me follas? ¿Quieres?

Blaze la miró, enmudecido por el asombro..., sin embargo, bajo la mano de ella, una parte de él había empezado a hablar en el viejo idioma. La chica llevaba un vestido largo, pero se lo había subido hasta mostrarle los muslos. Estaba esmirriada, pero la luz de la luna fue considerada con ella. Y las sombras lo fueron aún más.

Él la besó torpemente y la rodeó con los brazos.

—Guau, estás muy empalmado, ¿verdad? —preguntó ella al tiempo que hacía un esfuerzo para respirar (y le agarraba la polla con más fuerza)—. Tómalo con calma, ¿vale?

—Claro —dijo Blaze. La cogió en sus brazos y la apoyó sobre los fleos. Se desabrochó el cinturón—. No tengo ni idea de cómo hacer esto.

Anne sonrió, no sin amargura.

—Es fácil —dijo.

Se levantó el vestido hasta las caderas. No llevaba ropa interior. Él contempló bajo la luz de la luna un pequeño triángulo de pelo oscuro y pensó que si miraba durante demasiado tiempo, se moriría.

Ella señaló con el dedo.

—Mete la polla aquí.

Blaze se bajó los pantalones y la embistió. A unos seis metros de distancia, acucillados detrás de un alto matorral, Brian Wick miraba a Toe-Jam con los ojos desorbitados.

—¡Vaya pedazo de herramienta! —susurró.

Toe se golpeó un lado de la cabeza y suspiró.

—Creo que lo que Dios le quitó de arriba se lo puso abajo. Ahora cállate.

Ambos se volvieron para observar.

Al día siguiente, Toe comentó que había oído que en el pozo Blaze había conseguido algo más que agua. Blaze se puso casi púrpura, mostró los dientes y se alejó. Toe nunca más se atrevió a mencionarlo.

Blaze se convirtió en el acompañante de Anne. La seguía a todas partes, y le dejaba una segunda manta por si tenía frío por la noche. A Anne le divertía aquello. A su modo, se había enamorado de él. Anne y Blaze acarrearón el agua de todos los chicos y las chicas durante el resto de la temporada y nadie dijo nunca nada al respecto. No se habrían atrevido.

La noche antes de que tuvieran que regresar a Hetton, Harry Bluenote le pidió a Blaze que se quedase un rato más después de cenar. Blaze aceptó, pero comenzó a sentirse incómodo. Lo primero que pensó fue que el señor Bluenote había descubierto lo que él y Anne habían estado haciendo en el pozo y se había puesto furioso. Aquello hizo que se sintiera mal, porque el señor Bluenote le caía muy bien.

Cuando todo el mundo se había marchado, Bluenote lio un cigarrillo y rodeó dos veces la larguísima mesa. Entonces tosió. Se despeinó el ya despeinado pelo. Luego casi ladró:

—Mira, ¿quieres quedarte?

Blaze lo miró atónito, incapaz de salvar el abismo entre lo que creía que el señor Bluenote iba a decir y lo que en realidad dijo.

—¿Y bien? ¿Te gustaría?

—Sí —respondió Blaze—. Sí, claro. Yo... claro.

—Bien —dijo Bluenote con expresión de alivio—. Porque Hetton House no es un sitio para un muchacho como tú. Eres un buen chico, pero necesitas que te lleven de la mano. Te esfuerzas, pero... —Le señaló la cabeza—. ¿Qué te pasó?

Blaze se tocó instintivamente la hendidura de la frente. Se sonrojó.

—Es horrible, ¿verdad? Mirarlo, quiero decir.

—Bueno, no es bonito, pero he visto cosas peores. —Bluenote se dejó caer en una silla—. ¿Qué te pasó?

—Mi padre me lanzó escalera abajo. Tenía resaca o algo así. No lo recuerdo muy bien. De todas formas... —Se encogió de hombros—. Eso es todo.

—Eso es todo, ¿eh? Bueno, supongo que fue suficiente. —Volvió a ponerse en pie, se acercó a la nevera del rincón, y se sirvió agua en un vaso de plástico—. Hoy he ido al médico (con el pretexto de esas jaquecas que tengo a veces) y me ha entregado un certificado médico favorable. Es un alivio. —Bebió agua, arrugó el vaso de plástico y lo tiró a la papelera—. Pero la cuestión es que los hombres envejecen. Tú no sabes nada de eso, pero ya lo sabrás. Uno se hace viejo y toda su vida parece un sueño que ha tenido durante una siesta vespertina, ¿sabes?

—Claro —dijo Blaze. No había oído ni una sola palabra. ¡Vivir allí con el señor Bluenote! Estaba comenzando a entender lo que aquello significaba.

—Solo quiero asegurarme de que si te adoptase estaría haciendo lo mejor para ti —dijo Bluenote. Alzó el pulgar hacia la imagen de la mujer del cuadro de la pared—. A ella le gustaban los niños. Me dio tres y murió cuando tuvo al último. Dougie es el mediano. El mayor está en el estado de Washington, construyendo aviones para Boeing. El pequeño murió en un accidente de coche hace cuatro años. Fue algo muy duro, pero me gusta pensar que está con su madre. Tal vez sea una idea estúpida, pero cada uno se agarra a lo que puede, ¿verdad, Blaze?

—Sí, señor —dijo Blaze. Estaba pensando en Anne en el pozo. Anne bajo la luz de la luna. Entonces vio las lágrimas en los ojos del señor Bluenote. Le impactaron y le asustaron un poco.

—Vamos —dijo el señor Bluenote—. Y no te quedes demasiado en el pozo, ¿me oyes?

Pero no se detuvo en el pozo. Le contó a Anne lo que había pasado. Ella asintió y se echó a llorar.

—¿Qué ocurre, Annie? —le preguntó—. ¿Qué ocurre, cariño?

—Nada —dijo—. ¿Me sacarás el agua? He traído los cubos.

Él sacó el agua. Ella lo miró ensimismada.

El último día de recolección finalizó a la una en punto, y hasta Blaze se percató de que la mercancía final era poca. Los arándanos se habían terminado.

Ahora siempre conducía él. Estaba en la cabina de la camioneta, con el motor en marcha, cuando Harry Bluenote los llamó:

—¡A la camioneta! ¡Blaze conducirá de vuelta! ¡Cambiaos de ropa y acercaos a la casa grande! Habrá tarta y helado.

Los chicos treparon por el portón trasero, chillando como bebés, y John tuvo que gritarles para que tuviesen cuidado con los arándanos. Blaze sonreía de oreja a oreja. Sintió que podría mantener esa sonrisa durante todo el día.

Bluenote se sentó en el lado del pasajero. Su cara parecía pálida bajo el bronceado, y tenía la frente perlada de sudor.

—Señor Bluenote, ¿se encuentra bien?

—Claro. —Bluenote soltó su última sonrisa—. Supongo que he almorzado demasiado. Conduce, Bla...

Se agarró el pecho. Las venas se le hincharon a ambos lados del cuello. Miró fijamente a Blaze, pero parecía que no podía verle.

—¿Qué ocurre? —preguntó Blaze.

—El corazón —dijo Bluenote, y cayó hacia delante. Su frente golpeó el salpicadero de metal. Por un momento se aferró con ambas manos al viejo asiento desvencijado, como si el mundo estuviera dando la vuelta. Luego se inclinó a un lado y cayó por la puerta abierta hasta el suelo.

Dougie Bluenote, que estaba echando un vistazo al capó de la camioneta, se acercó corriendo.

—¡Papá! —gritó.

Bluenote murió en brazos de su hijo durante el agreste y traqueteante trayecto de vuelta a la casa grande. Blaze apenas se enteró. Él estaba aferrado al grande y cascado volante de la camioneta I-H, con toda la atención puesta en la sucia carretera sin pavimentar.

Bluenote tembló una, dos veces, como un perro sorprendido por la lluvia, y eso fue todo.

La señora Bricker —la madre de campamento— dejó caer una jarra de limonada al suelo cuando los chicos lo llevaron dentro. Los cubitos de hielo salieron despedidos hacia todos los rincones de la tarima de pino. Llevaron a Bluenote al salón y lo pusieron en el sofá. Un brazo le colgaba hasta el suelo. Blaze lo apoyó sobre el regazo de Bluenote. Volvió a caerse. Blaze lo dejó ahí.

Dougie Bluenote estaba hablando frenéticamente por teléfono en el comedor, de pie al lado de la larga mesa, preparada para la fiesta con helados por el fin de la recolección (había un pequeño regalo de despedida al lado de cada plato). Los otros recolectores observaban desde el porche. Todos parecían horrorizados salvo Johnny Cheltzman, que parecía aliviado.

Blaze se lo había contado todo la noche anterior.

El médico llegó y realizó un breve examen. Cuando terminó, tapó con una manta el rostro de Bluenote.

La señora Bricker había dejado de llorar pero empezó de nuevo.

—El helado —dijo—. ¿Qué haremos con todo el helado? ¡Oh, qué desgracia!

Se puso el delantal sobre la cara, luego en la cabeza, como si fuera una capucha.

—Diles a los chicos que entren y coman —dijo Doug Bluenote—. Tú también, Blaze. Manos a la obra.

Blaze negó con la cabeza. Le parecía que nunca más volvería a tener hambre.

—No importa —dijo Doug. Se pasó las manos por el pelo—. Tendré que llamar a Hetton... y a South Portland... Pittsfield... Jesús, Jesús, Jesús.

Apoyó la cabeza contra la pared y empezó a llorar. Blaze se sentó y observó la figura cubierta del sofá.

La ranchera de HH fue la primera en llegar. Blaze se sentó atrás y miró a través de la ventana sucia. La casa grande menguó y menguó hasta que finalmente se perdió de vista. Los demás empezaron a hablar un poco, pero Blaze permaneció en silencio. Ese fue el comienzo del hundimiento. Intentó que su cabeza lo entendiera, pero no pudo. No tenía sentido, pero de todas formas todo se estaba hundiendo.

Su rostro comenzó a reaccionar. Primero la boca, luego los ojos. Sus mejillas temblaron. No podía controlar esas cosas. Le desbordaban. Al fin empezó a llorar. Apoyó la frente contra la ventana trasera de la ranchera y soltó grandes sollozos monótonos que sonaban como el relincho de un caballo.

El conductor era el cuñado de Martin Coslaw.

—Que alguien haga callar a ese alce, ¿vale?

Pero nadie se atrevió a tocarle.

El bebé de Anne Bradstay nació ocho meses y medio más tarde. Era un niño enorme (casi cinco kilos). Fue entregado en adopción y recogido casi de inmediato por los Wyatt, una pareja sin hijos procedente de Saco. El hijo de Bradstay se convirtió entonces en Rufus Wyatt. Cuando tenía diecisiete años fue nombrado el mejor jugador de baloncesto del equipo de su instituto; el mejor de Nueva Inglaterra un año más tarde. Ingresó en la Universidad de Boston con la intención de licenciarse en literatura. Disfrutaba especialmente con Shelley, Keats y el poeta americano James Dickey.

La noche llegó pronto, envuelta en la nieve. A las cinco en punto, la única luz encendida en el despacho del director era el palpitante fuego de la chimenea. Joe dormía profundamente, pero Blaze estaba preocupado por él. Su respiración parecía acelerada, la nariz le moqueaba y el pecho le vibraba. Brillantes manchas rojas le relucían en cada mejilla.

El libro sobre bebés decía que la fiebre a veces acompañaba a la dentición, y a veces a un resfriado, o a los síntomas de un resfriado. Para Blaze el resfriado bastaba (no sabía cuáles eran los síntomas). El libro solamente decía que había que mantenerlo caliente. Para el tipo que había escrito el libro era fácil decirlo, pero ¿qué se suponía que tenía que hacer Blaze cuando Joe se despertara y quisiera gatear?

Además tenía que llamar a los Gerard ya, esa misma noche. Con esa tormenta de nieve no podrían lanzar el dinero desde un avión, pero la nieve probablemente habría remitido al día siguiente por la noche. Se llevaría el dinero y a Joe. Que se jodiesen esos ricos republicanos. Él y Joe estaban hechos el uno para el otro. Se largarían juntos. Encontraría la forma.

Se quedó contemplando el fuego y comenzó a soñar despierto. Se vio encendiendo las bengalas de carretera en un claro. Las luces de una avioneta acercándose. El zumbido de avispa del motor. La avioneta ladeándose hacia la señal, encendida como una tarta de cumpleaños. Algo blanco surcando el aire... ¡un paracaídas con un pequeño maletín atado!

Luego está de regreso en la casa. Abre el maletín. Está lleno de pasta. Cada fajo de billetes tiene una banda de papel alrededor. Blaze lo cuenta. Está todo.

A continuación está en una pequeña isla de Acapulco (él cree que está en las Bahamas, pero sabe que podría equivocarse). Se ha comprado una cabaña en un elevado risco de tierra que da a los rompeolas. Hay dos dormitorios: uno grande, otro pequeño. Fuera hay dos hamacas: una grande, otra pequeña.

El tiempo pasa. Quizá cinco años. Y ahí llega un niño correteando por la playa, una playa que brilla como un músculo mojado bajo la luz del sol. Está moreno. Tiene el pelo largo, negro, como un indio intrépido. Saluda con la mano. Blaze le devuelve el saludo.

Blaze creyó oír de nuevo el sonido de una risa furtiva. Se giró de inmediato pero allí no había nadie.

El ensueño se había roto. Se levantó y se puso el abrigo. Se sentó y se abrochó las botas. Haría aquello realidad. Sus pies y su cabeza estaban de acuerdo, y cuando alcanzaba ese estado, siempre hacía lo que decía que iba a hacer. Era su orgullo. Lo único que le quedaba.

Fue a mirar de nuevo al bebé, luego salió. Cerró la puerta del despacho y bajó la escalera con gran estruendo. Llevaba la pistola de George en la cintura del pantalón, y esta vez estaba cargada.

El viento que afrontó en el antiguo patio de juegos le hizo tropezar varias veces, hasta que se acostumbró a él. La nieve le azotaba el rostro, le pinchaba las mejillas y la frente. Las copas de los árboles se inclinaban de un lado a otro. La nieve seguía acumulándose y en algunos lugares ya alcanzaba un metro de altura. Al menos ya no tendría que preocuparse por las huellas que había dejado al llegar.

Anduvo hasta la alambrada, echando de menos unas botas de nieve, y la pasó por encima con torpeza. Se hundió en la nieve hasta los muslos y se encaminó con gran dificultad hacia Cumberland Center.

Había cinco kilómetros de distancia, y antes de cubrir la mitad del trayecto se había quedado sin aliento. Tenía el rostro entumecido. Al igual que los pies y las manos, a pesar de llevar gruesos calcetines y guantes. Sin embargo, continuó adelante; en vez de vadear las dunas de nieve, las atravesaba. Tropezó dos veces con vallas enterradas en la nieve. El alambre de espino de una de ellas le destrozó los vaqueros y se le clavó en la pierna. Él se limitó a apartar el alambre y a seguir adelante, no sin soltar una maldición.

Una hora más tarde se adentró en un vivero. Había hileras de pequeños abetos azules perfectamente podados, separados por dos metros de distancia entre uno y otro. Blaze anduvo a lo largo de un pasillo de abetos donde la nieve solo tenía siete centímetros de espesor... y en algunos lugares ni siquiera había nieve. Aquello era la Cumberland County Reserve, y limitaba con la carretera principal.

Cuando llegó al borde occidental del bosque, se sentó en lo alto del terraplén y se deslizó hacia la carretera 289. Carretera arriba, casi perdida entre la nieve, había una luz intermitente que conocía muy bien; dos fogonazos rojos, dos amarillos. Más allá, unas cuantas farolas brillaban tenuemente, como fantasmas.

Cruzó la carretera —cubierta de nieve y sin tránsito— y caminó hacia la gasolinera de la siguiente curva. Una farola al lado de un edificio de ladrillos de

cemento alumbraba una cabina de teléfono. Como un muñeco de nieve ambulante, Blaze avanzó hacia ella. Sintió un breve momento de pánico cuando creyó que no tenía monedas, pero encontró dos de veinticinco centavos en los pantalones y otra en el bolsillo de su abrigo. Y entonces... ¡dáliva! El aparato le devolvió las monedas. La información telefónica era gratis.

—Quiero llamar a Joseph Gerard —dijo—. De Ocoma.

Siguió una breve pausa, luego la operadora le dio el número. Blaze lo escribió sobre el cristal empañado de la cabina; no sabía que acababa de pedir un número que no aparecía en el listín y que la operadora se lo había dado por instrucciones del FBI. Eso, por supuesto, abría las puertas a las llamadas de gente bienintencionada y a los majaderos, pero si los secuestradores no llamaban, el equipo de rastreo no podría utilizarse.

Blaze marcó el cero y proporcionó a la señorita el número de teléfono de los Gerard. Preguntó si era una llamada de larga distancia. Lo era. Preguntó si podría hablar tres minutos con setenta y cinco centavos. La operadora respondió que no; una llamada de tres minutos a Ocoma le costaría un dólar noventa. ¿Poseía alguna tarjeta de crédito?

Blaze no tenía. No tenía tarjetas de crédito de ningún tipo.

La operadora le informó de que podría cargar la llamada al teléfono de su casa. En la cabaña sí que había un teléfono (aunque no había sonado ni una sola vez desde que George murió), pero Blaze era demasiado listo para eso; no le daría el número.

A cobro revertido, sugirió la operadora.

—Cobro revertido, ¡sí! —dijo Blaze.

—¿Su nombre, señor?

—Clayton Blaisdell, Júnior —soltó de una vez.

Con el alivio de descubrir que no había realizado aquel largo viaje en balde por no tener suficientes monedas para el teléfono, Blaze no llegó a darse cuenta de este error táctico hasta casi dos horas más tarde.

—Gracias, señor.

—Gracias a usted —dijo Blaze. Se sentía inteligente. Se sentía tan bien como un estúpido.

El teléfono sonó una sola vez antes de que lo descolgaran al otro lado.

—¿Sí?

La voz sonaba cansada y cauta.

—Tengo a su hijo —dijo Blaze.

—Señor, hoy he recibido diez llamadas diciendo lo mismo. Demuéstrelo.

Blaze estaba desconcertado. No esperaba aquello.

—Bueno, no está aquí conmigo, ya sabe. Lo tiene mi compañero.

—¿Sí?

Nada más. Solo ¿Sí?

—Vi a su mujer cuando entré —dijo Blaze. Fue lo único que se le ocurrió—. Es muy bonita. Llevaba un camisón blanco. Tienen un jarrón en el vestidor..., bueno, tres jarrones puestos juntos.

—Diga algo más —dijo la voz al otro lado; ya no parecía cansada.

Blaze rebuscó en su cerebro. No había nada más, nada que pudiera convencer al hombre que estaba al otro lado de la línea. Entonces lo encontró.

—La señora tenía un gato. Por eso fue al piso de abajo. Pensaba que yo era el gato... que yo era... —Rebuscó un poco más en su cerebro—. ¡Mikey! —gritó—. Siento haberla golpeado tan fuerte. De verdad que no quería hacerlo, pero estaba asustado.

Al otro lado de la línea el hombre comenzó a llorar. De pronto y sin avisar.

—¿Está bien? Por el amor de Dios, ¿Joey está bien?

Se oyó un confuso balbuceo de fondo. Una mujer hablaba. Otra gritaba y lloraba. Esa probablemente sería la madre. Las armenias debían de ser especialmente emocionales. Como las francesas.

—¡No cuelgue! —dijo Joseph Gerard (tenía que ser Gerard). Parecía aterrado—. ¿Joey está bien?

—Sí, está bien —dijo Blaze—. Le ha salido otro diente, ya tiene tres. Lleva los pañales limpios. Yo, quiero decir, nosotros, le mantenemos el trasero bien empolvado. Y su esposa ¿qué? ¿Cuida igual de bien el trasero del niño?

Gerard sollozaba como un perro.

—Haremos lo que sea, señor. Usted mueve las fichas.

Blaze arrancó al oír aquello. Casi había olvidado por qué había llamado.

—De acuerdo —dijo—. Esto es lo que quiero que hagan.

En Portland, una operadora de la AT&T hablaba con el agente Albert Sterling.

—Cumberland Center —dijo—. Cabina telefónica de la gasolinera.

—Lo tenemos —dijo Sterling, y meneó el puño en el aire.

—Cojan una avioneta mañana por la noche, a las ocho —dijo Blaze. Empezaba a sentirse incómodo, le parecía que llevaba demasiado tiempo al teléfono—. Vuelen rumbo al sur por la carretera 1, hacia la frontera de New Hampshire. Vuelen bajo. ¿Me entiende?

—Espere... no estoy seguro...

—Mejor será que esté seguro —dijo Blaze. Intentaba hablar como lo haría George—. No intente entretenerme, a menos que quiera que su niño vuelva en una bolsa.

—Vale —dijo Gerard—. Vale, le oigo. Déjeme escribirlo.

Sterling entregó un trozo de papel a Bruce Granger y este marcó un número. Granger llamaba a la policía estatal.

—El piloto verá una señal luminosa —dijo Blaze—. El dinero estará en un maletín atado a un paracaídas. Láncelo para que aterrice sobre la luz. Sobre la señal. Tendrán al niño de vuelta al día siguiente. Les enviaré incluso las cosas que yo... que nosotros, quiero decir, hemos usado para cuidarle. —Se le ocurrió un chiste—: Sin recargo.

Luego se miró la mano libre y vio que cuando había dicho que podrían tener de vuelta a Joe había cruzado los dedos. Como un niño en su primera mentira.

—¡No cuelgue! —dijo Gerard—. No sé si le he entendido...

—Usted es un tipo inteligente —dijo Blaze—. Creo que me ha entendido.

Colgó y se fue de la gasolinera Exxon corriendo; no estaba seguro de por qué corría, solo sabía que eso era lo mejor que podía hacer. Lo único. Corrió bajo las luces intermitentes de la carretera, y escaló el terraplén con grandes zancadas. Luego desapareció entre los pasillos de abetos de la County Reserve.

Detrás de él, un monstruo gigante con relucientes ojos blancos gruñía por encima de la colina. Atravesaba el violento aire con alas de tres metros de nieve pulverizada. Las ráfagas de nieve ocultaban el rastro que Blaze había dejado tras de sí en la carretera. Cuando dos coches patrulla de la policía estatal se reunieron en la gasolinera Exxon nueve minutos más tarde, las pisadas de Blaze desde el terraplén hasta la County Reserve no eran más que borrosas hendiduras. Incluso cuando los agentes rodearon la cabina telefónica enfocando con sus linternas, el viento hizo su trabajo detrás de ellos.

El teléfono de Sterling sonó cinco minutos más tarde.

—Ha estado aquí —dijo el policía estatal desde el otro lado del teléfono.

De fondo, Sterling oía cómo soplaban el viento. No, aullaba.

—Ha estado aquí pero se ha marchado.

—¿Cómo? —preguntó Sterling—. ¿En coche o a pie?

—¿Quién sabe? Las marcas se han borrado justo antes de que llegásemos. Pero si me pide mi opinión, diría que en coche.

—Nadie le ha pedido su opinión. ¿Alguien lo ha visto en la gasolinera?

—Estaba cerrada por la tormenta. Y aunque hubiese estado abierta... el teléfono está en un lateral.

—Afortunado hijo de puta —dijo Sterling—. Afortunado hijo de puta. Hemos rodeado la jodida cabaña de Apex y lo único que hemos encontrado han sido cuatro revistas porno y un tarro de guisantes. ¿Alguna huella? ¿O el viento se las ha llevado todas?

—Todavía había huellas de pisadas alrededor del teléfono —dijo el agente—. El viento las ha difuminado, pero eran de él.

—¿Opinando de nuevo?

—No. Eran grandes.

—De acuerdo. Controles policiales, ¿entendido?

—En todas las carreteras, grandes o pequeñas —dijo el agente—. Como dijimos.

—También en los caminos de tierra.

—También en los caminos de tierra —dijo el agente; parecía ofendido.

A Sterling no le importó.

—¿Lo tenemos cerca? ¿Podemos decir eso, agente?

—Sí.

—Bien. Mañana, en cuanto el tiempo nos lo permita, iremos para allá con trescientos hombres. Esto está durando demasiado.

—Sí, señor.

—En quitanieves —dijo Sterling—. Por la sonrosada *chinchina* de mi hermana. Y colgó.

Cuando Blaze regresó a HH, estaba exhausto. Saltó la alambrada y cayó de bruces sobre la nieve del otro lado. Sangraba por la nariz. Había hecho el trayecto de vuelta en tan solo treinta y cinco minutos. Se levantó, se tambaleó hasta el edificio y entró.

Los berridos furiosos y agónicos de Joe lo recibieron.

—¡Cristo!

Subió los escalones de dos en dos e irrumpió en el despacho de Coslaw. El fuego se había apagado. La cuna estaba volcada. Joe yacía en el suelo. La cabeza le sangraba. Tenía la cara de color púrpura, los ojos cerrados con fuerza y las manitas manchadas de polvo.

—¡Joe! —exclamó Blaze—. ¡Joe! ¡Joe!

Cogió al bebé entre sus brazos y corrió hacia el rincón donde estaban amontonados los pañales. Agarró uno y le limpió la herida de la frente. La sangre se deslizaba formando hilillos. Tenía una astilla clavada en la herida. Blaze la extrajo y la tiró al suelo.

El bebé se agitaba en sus brazos y gritaba aún mucho más fuerte. Blaze siguió limpiándole la sangre; asió a Joe con firmeza y se inclinó para echarle un vistazo más de cerca. El corte era irregular, pero ahora que había extraído la astilla, no parecía grave. Gracias a Dios no había sido en un ojo. Porque podría haber sido en un ojo.

Encontró un biberón y se lo dio frío. Joe lo agarró con ambas manos y comenzó a succionar con fuerza. Jadeando, Blaze cogió una manta y envolvió al bebé con ella. Luego se tumbó sobre sus propias mantas con el bebé apretado contra su pecho. Cerró los ojos y de inmediato sintió un vértigo terrible. Todas las cosas del mundo parecían huir de él: Joe, George, Johnny, Harry Bluenote, Anne Bradstay, los pájaros en los cables del teléfono y las noches en la carretera.

De pronto, todo volvió a su sitio.

—A partir de ahora, solo estamos nosotros, Joey —dijo—. Tú me tienes a mí y yo te tengo a ti. Eso estará bien, ¿de acuerdo?

Las ráfagas de nieve golpeaban las ventanas con fuerza. Joe apartó la cara de la tetina de goma y tosió ruidosamente, sacó la lengua un momento para aclararse la garganta. Luego volvió a tomar la tetina. Bajo su mano, Blaze podía sentir el tamborileo de su pequeño corazón.

—Así es como hacemos las cosas —dijo Blaze, y besó la frente ensangrentada del bebé.

Después se durmieron juntos.

Hetton House incluía una amplia extensión de terreno en la parte de atrás de los edificios principales, donde se había plantado lo que durante generaciones de niños se conoció como el Victory Garden. La directora anterior a Coslaw lo había tenido descuidado, le decía a la gente que no veía qué provecho había en cuidar las plantas, pero Martin «La Ley» Coslaw vio al menos dos virtudes potenciales en el Victory Garden: la primera era el ahorro en el presupuesto de alimentos de HH, pues los chicos cultivaban sus propios vegetales; la segunda era dar a conocer el trabajo duro a los chicos, lo cual era la base esencial del mundo. «Las matemáticas y el trabajo duro construyeron las pirámides», le gustaba decir a Coslaw.

Y así los chicos plantaban en primavera, desmalezaban en verano (a menos que estuviesen «trabajando fuera», en alguna granja vecina), y recogían la cosecha en otoño.

Unos catorce meses después de que terminase lo que Toe-Jam denominó «el fabuloso verano de los arándanos», John Cheltzman formaba parte del equipo de recolecta de calabazas en el extremo norte de VG. Pilló un resfriado, enfermó y murió. Ocurrió deprisa. Lo enviaron al Portland City Hospital en Halloween, mientras los demás chicos estaban en clase o en los «colegios exteriores». Murió en la institución benéfica del City Hospital, y lo hizo solo.

En HH deshicieron su cama y luego la rehicieron. Blaze se pasó la mayor parte del día sentado en su cama contemplando la de John. La amplia sala dormitorio —la cual llamaban «el émbolo»— estaba vacía. Los demás habían asistido al funeral de Johnny. Para la mayoría era su primer funeral, y estaban bastante afectados.

La cama de Johnny asustaba y fascinaba a Blaze por igual. El tarro de mantequilla de cacahuete Shedd que siempre había estado entre la cabecera de la cama y la pared ya no estaba. Como las galletas Ritz. (Después de que se apagaran las luces, Johnny solía decir: «Todo sabe mejor cuando lo juntas con una Ritz», y siempre conseguía sacarle una carcajada a Blaze). La cama era como las del ejército, con la manta de arriba muy estirada. Las sábanas estaban blancas y limpias, a pesar de que Johnny había sido un masturbador entusiasta con las luces

apagadas. Muchas noches Blaze yacía en su cama, escrutando la oscuridad y escuchando los suaves crujidos de los muelles mientras JC se la machacaba. En sus sábanas siempre había manchas amarillas. Cristo, aquellas tiesas manchas amarillas estaban incluso en las de los chicos mayores. También las había en las suyas, en ese instante, debajo de él, mientras permanecía sentado contemplando la cama de Johnny. Como una revelación, pensó que cuando se muriese desharían su cama y reemplazarían sus sábanas usadas por sábanas como las que ahora había en la cama de Johnny, blancas y limpias. Sábanas sin una sola marca que revelara que alguien había yacido ahí, había soñado allí, había vivido lo suficiente para correrse ahí. Blaze comenzó a llorar en silencio.

Era una nubosa tarde de finales de noviembre cuando el émbolo se llenó de luz tenue. Cuadrados de luz y cruces de sombras de la reja de la ventana cubrían el catre de JC. Al rato, Blaze se levantó y tiró de la manta de la cama en la que su compañero había dormido hasta entonces. Lanzó la almohada al otro extremo del émbolo. Luego quitó las sábanas y empujó el colchón al suelo. Aún no era suficiente. Dio la vuelta a la cama sobre el colchón, con las estúpidas patitas hacia arriba. Aún no era suficiente, así que dio una patada a una de las juntas de las patas de la cama, lo único que consiguió fue hacerse daño en el pie. Después se echó en su cama, con las manos en los ojos y el pecho palpitándole.

Cuando el funeral terminó, los otros chicos dejaron a Blaze a solas. Ninguno le preguntó por la cama volcada, pero Toe hizo algo gracioso: cogió una mano de Blaze y la besó. Fue gracioso, sí. Blaze pensó en ese gesto durante años. No todo el tiempo, sino de vez en cuando.

Las cinco en punto. Era el tiempo libre para los chicos, y la mayoría de ellos salieron al patio para pasar el rato o para abrir el apetito para la cena. Blaze fue al despacho de Martin Coslaw. La Ley estaba sentado detrás de su escritorio. Se había puesto zapatillas y estaba repantigado en su sillón leyendo el *Evening Express*. Alzó la vista y dijo:

—¿Qué?

—Hijo de puta —dijo Blaze, y empezó a golpearlo inconscientemente.

Cruzó caminando la frontera de New Hampshire porque pensaba que si se marchaba conduciendo un coche robado lo atraparían en menos de cuatro horas. En cambio lo cazaron en dos. Siempre se olvidaba de lo grande que era, pero a Martin Coslaw nunca se le olvidó, y a la policía estatal de Maine no le llevó mucho tiempo localizar a un joven de dos metros con una hendidura en la frente.

Hubo un breve juicio en el tribunal del distrito del condado de Cumberland. Martin Coslaw se presentó con un brazo escayolado y un enorme vendaje blanco

en la cabeza que le cubría un ojo. Subió al estrado con muletas.

El fiscal le preguntó cuánto medía. Coslaw respondió que un metro setenta. El fiscal le preguntó cuánto pesaba. Coslaw respondió que setenta y dos kilos. El fiscal le preguntó si había hecho algo que pudiera considerarse una provocación, un insulto o un castigo injusto para el acusado, Clayton Blaisdell, Júnior. Coslaw dijo que no. El fiscal dejó a su testigo en manos del abogado de Blaze, un frío vaso de limonada que realizó un puñado de frenéticas y oscuras preguntas que Coslaw respondió con calma mientras la escayola, las muletas y el vendaje daban su propio testimonio. Cuando el frío vaso de limonada dijo que no tenía más preguntas, el Estado renunció a preguntar.

El abogado instó a Blaze a subir al estrado y le preguntó por qué había golpeado al director de Hetton House. Blaze balbució su historia. Un buen amigo suyo había muerto. Él pensó que Coslaw tenía la culpa. No deberían haber enviado a Johnny a recoger calabazas, y menos aún estando resfriado. Johnny tenía el corazón débil. No era justo, y el señor Coslaw sabía que no era justo. Se lo había merecido.

En ese punto, el joven abogado se sentó con una expresión de desesperación en los ojos.

El fiscal se levantó y se acercó. Le preguntó cuánto medía. Dos metros o quizá un poco más, dijo Blaze. El fiscal le preguntó cuánto pesaba. Blaze dijo que no lo sabía exactamente, pero no más de trescientos kilos. Esto causó algunas risas entre los presentes. Blaze se los quedó mirando con ojos perplejos. Luego sonrió un poco, como haciéndoles saber que podía contar un chiste detrás de otro. El fiscal no hizo más preguntas. Se sentó.

El abogado de Blaze realizó un frenético y oscuro resumen, luego hubo un silencio. El juez miraba por la ventana con el mentón apoyado en una mano. El fiscal se levantó. Le dijo a Blaze que era un matón. Dijo que era responsabilidad del estado de Maine «proceder rápido y con dureza». Blaze no tenía ni idea de lo que eso significaba, pero sabía que no era nada bueno.

El juez le preguntó a Blaze si tenía algo que decir:

—Sí, señor —dijo Blaze—, pero no sé cómo.

El juez asintió con la cabeza y lo sentenció a dos años en el correccional de South Portland.

Para él no fue tan malo como para otros chicos, pero sí lo bastante malo para no querer regresar jamás. Era lo bastante grande para evitar las peleas y la sodomía, y logró mantenerse alejado de las camarillas clandestinas y sus líderes de pacotilla, pero estar encerrado durante largos períodos en una celda diminuta con barrotes

fue muy duro. Muy triste. En dos ocasiones, durante los primeros seis meses, quiso «salir del talego», aulló que le dejaran salir y golpeó los barrotes de su celda hasta que los guardias aparecieron a toda prisa. La primera vez acudieron cuatro guardias, luego tuvieron que llamar a otros cuatro y después a media docena más para reducirle. La segunda vez le pusieron una inyección que lo dejó inconsciente durante dieciséis horas.

La incomunicación era aún peor. Blaze recorría la diminuta celda sin cesar (seis pasos a cada lado) mientras el tiempo se tambaleaba y luego se detenía. Cuando las puertas al fin se abrían y le permitían regresar a la compañía de los demás chicos —libres para caminar por el patio de ejercicios o para descargar los camiones que llegaban desde los muelles—, estaba a punto de enloquecer de alivio y gratitud. La segunda vez que lo dejaron salir abrazó con alegría al carcelero que le abrió la puerta, y más tarde encontró esta nota en su chaqueta: «No muestres tendencias homosexuales».

Pero la incomunicación no era lo peor de todo. Él era olvidadizo, pero el recuerdo de aquello nunca lo abandonó. Lo peor era cómo te trataban. Te llevaban a una pequeña habitación blanca y te rodeaban en círculo. Luego comenzaban a hacer preguntas. Y antes de que tuvieras tiempo de pensar lo que significaba la primera pregunta, ya habían pasado a la siguiente, y a otra, y a otra. Volvían atrás, hacia un lado, hacia delante, y volvían atrás de nuevo. Era como estar atrapado en una telaraña. Al final, terminabas admitiendo lo que fuera que te pedían que admitieras, solo para que se callaran. Luego te traían un papel, te decían que firmaras con tu nombre y, hermano, tú firmabas.

El hombre que estaba a cargo de las interrogaciones de Blaze era un abogado asistente del distrito, llamado Holloway. Holloway no apareció por la pequeña habitación hasta que los otros llevaban allí dentro al menos una hora y media. Blaze llevaba la camisa arremangada y fuera del pantalón. Estaba cubierto de sudor y necesitaba ir al Cuarto de Baño Número Dos. Era como estar de nuevo en la perrera de los Bowie, con los collies ladrando a su alrededor. Holloway vestía un bonito y elegante traje azul a rayas. Llevaba unos zapatos negros con una galaxia de diminutos agujeritos en la punta. Blaze nunca olvidó aquellos agujeros de los zapatos del señor Holloway.

El señor Holloway se sentó en la mesa del centro de la habitación con medio trasero fuera y una pierna colgando adelante y atrás; el zapato de esa pierna se movía como el péndulo de un reloj. Mostró a Blaze una amable sonrisa y dijo:

—¿Quieres hablar, hijo?

Blaze comenzó a tartamudear. Sí, sí quería hablar. Si alguien quisiera escucharle de verdad, y fuera un poco amable, lo haría.

Holloway pidió a los demás que salieran.

Blaze preguntó si podía ir al baño.

Holloway señaló una puerta de la habitación de la que Blaze no se había percatado.

—¿A qué estás esperando? —dijo con la misma sonrisa amigable.

Cuando Blaze regresó, encima de la mesa había una jarra de agua con hielo y un vaso vacío. Blaze miró a Holloway, y Holloway asintió. Blaze se bebió tres vasos de una vez, luego volvió a sentarse; se sentía como si tuviera un cubito de hielo clavado en el centro de la frente.

—¿Está buena? —preguntó Holloway.

Blaze asintió.

—Claro. Responder preguntas da mucha sed. ¿Un cigarrillo?

—No fumo.

—Buen chico, eso no te meterá en problemas —dijo Holloway, y se encendió uno para él—. ¿Quién eres para tus colegas, hijo? ¿Cómo te llaman?

—Blaze.

—De acuerdo, Blaze; soy Frank Holloway. Ahora cuéntame exactamente qué has hecho para llegar aquí.

Blaze comenzó a relatar su historia, empezando por la llegada de La Ley a Hetton House y los problemas de Blaze con la aritmética.

Holloway alzó una mano.

—¿Te importa que encienda el taquígrafo, Blaze? Es una especie de secretaria. Así te ahorrarás tener que repetir todo esto.

No. No le importaba.

Más tarde, al final, los demás volvieron a entrar. Cuando lo hicieron, Blaze se dio cuenta de que los ojos de Holloway habían perdido su brillo amistoso. Se bajó de la mesa, se limpió el trasero con dos manotazos y dijo:

—Pasen esto a máquina y dénselo al bobo para que lo firme.

Abandonó la habitación sin mirar atrás.

Salió de la cárcel antes de cumplir los dos años: le recortaron la condena cuatro meses por buena conducta. Le entregaron dos pares de pantalones de la prisión, una cazadora vaquera, y una bolsa de viaje para meterlos dentro. También le proporcionaron sus ahorros: un cheque por 43,84 dólares.

Era octubre.

El aire se movía enardecido por la brisa. El guardia de la entrada lo saludó moviendo la mano de un lado a otro, como un limpiaparabrisas, y le instó a que permaneciera limpio. Blaze avanzó sin mirar ni decir nada, y cuando oyó la pesada puerta verde cerrarse tras de sí, se estremeció.

Caminó hasta que las aceras terminaron y la ciudad desapareció bajo sus pies. Miraba a todas partes. Los coches pasaban a su lado, extrañamente modernizados.

Uno de ellos se detuvo, y Blaze pensó que quizá se ofrecería a llevarlo. Entonces alguien le gritó desde el interior:

—¡Eeeeyyy, PRESIDARIO!!

Y el coche salió pitando.

Al final terminó sentado contra la pared de piedra que delimitaba un pequeño cementerio y se quedó contemplando la carretera. Eso era lo que significaba estar en libertad. No quería que nadie le diera órdenes, pero siendo su propio jefe era bastante malo, y además no tenía amigos. No quería la soledad, pero no tenía trabajo. Ni siquiera sabía cómo convertir en dinero el trozo de papel que le habían dado.

Aun así, un maravilloso chute de agradecimiento se apoderó de él. Cerró los ojos, alzó la cara al sol y dejó que la luz roja bañara su cabeza. Olió la hierba y el fresco aroma del alquitrán de un bache recién arreglado. Olió los humos de los coches que transportaban a sus ocupantes a donde querían ir. Se abrazó a sí mismo con alivio.

Aquella noche durmió en un granero, y al día siguiente encontró trabajo recogiendo patatas por diez centavos la cesta. Aquel invierno trabajó, sin contrato, en una fábrica de lana de New Hampshire. En primavera cogió un autobús a Boston y encontró un trabajo en la lavandería del hospital Brigham and Women's. Llevaba trabajando allí seis meses cuando se encontró con una cara familiar de South Portland: Billy St. Pierre. Salieron y se invitaron el uno al otro a unas cuantas cervezas. Billy le contó que él y un amigo iban a atracar una tienda de licores en Southie. El lugar era un antro. Le dijo que había sitio para uno más.

Blaze aceptó.

Su parte ascendió a veintisiete dólares. Tuvo que seguir trabajando en la lavandería. Cuatro meses más tarde, él, Billy y Dom, el cuñado de Billy, asaltaron un establecimiento, mitad gasolinera mitad tienda de comestibles, en Danvers. Un mes después, Blaze y Billy, más otro alumno de South Portland llamado Calvin Surks, asaltaron una agencia de préstamos que tenía una sala de apuestas en la parte de atrás. Cada uno se sacó mil dólares.

—Ahora nos toca dar un golpe a lo grande —dijo Billy mientras los tres se dividían el botín en una habitación del motel Duxbury—. Esto es solo el comienzo.

Blaze asintió con la cabeza, pero continuó trabajando para la lavandería del hospital.

Así fue su vida durante un tiempo. En Boston, Blaze no tenía amigos de verdad. Sus únicos conocidos eran Billy St. Pierre y los vagos muchachos que rodeaban los clubes de poca monta de los que Billy era miembro. Blaze solía estar con ellos en sus horas libres, en una tienda de recreativos llamada Moochie's.

Jugaban a *pinball* y armaban jaleo. Blaze no tenía chica, ni estable ni de cualquier otro tipo. Él era penosamente tímido y demasiado consciente de lo que Billy llamaba su cabeza abollada. A veces, después de hacer un buen trabajo, contrataba a una prostituta.

Cerca de un año después de encontrar a Billy, un charlatán, músico a tiempo parcial, lo animó a probar la heroína inyectada en vena. Blaze se puso enfermísimo, por algún aditivo o por alguna alergia natural. Nunca más repitió. A veces se fumaba un porro en los arrecifes, o un poco de crack para ser más sociable, pero no volvió a tomar drogas duras.

No mucho después del experimento con la heroína, atraparon a Billy y Calvin (cuya posesión más preciada era un tatuaje en el que se leía: la vida te consume, luego mueres) intentando atracar un supermercado. Pero había muchos otros dispuestos a incluir a Blaze en sus golpes. Ansiosos, incluso. Alguien lo apodó El Coco y el nombre se le quedó. Aun con una máscara que le ocultara la cara desfigurada, su inmensa estatura hacía que cualquier empleado o mozo de almacén se lo pensara dos veces antes de sacar el bate de béisbol que pudiese tener debajo del mostrador.

En los dos años siguientes a la detención de Billy, estuvieron a punto de atrapar a Blaze media docena de veces; una de ellas se salvó por los pelos. En una ocasión, pillaron a dos hermanos con los que había atracado una tienda de ropa en Saugus justo a la vuelta de la esquina donde se encontraba Blaze; este dijo gracias y se marchó con el coche. Los dos hermanos de buena gana habrían delatado a Blaze para lograr un acortamiento de la condena, pero solo lo conocían como El Gran Coco, con lo que la policía se quedó con la idea de que el tercer miembro de la banda era de origen afroamericano.

En junio, despidieron a Blaze de la lavandería. No volvió a preocuparse de buscar otro trabajo. Simplemente dejó que pasaran los días, hasta que conoció a George Rackley, y cuando conoció a George, su futuro estuvo asegurado.

Albert Sterling echaba una cabezadita en uno de los mullidos sillones del estudio de los Gerard cuando las primeras señales del amanecer aparecieron en el cielo. Era 1 de febrero.

Habían golpeado la puerta. Los ojos de Sterling se abrieron. Granger estaba ahí de pie.

—Quizá tengamos algo —dijo Granger.

—Dime.

—Blaisdell creció en un orfanato, bueno, en un centro estatal, que es lo mismo, llamado Hetton House. Se halla en la zona desde donde hicieron la llamada.

Sterling se levantó.

—¿Sigue en funcionamiento?

—No. Lo cerraron hace quince años.

—¿Quién vive allí ahora?

—Nadie. La ciudad lo vendió a una gente que quería abrir allí una escuela diurna. Se fue a la quiebra y la ciudad lo recuperó. Desde entonces ha estado vacío.

—Apuesto a que está ahí —dijo Sterling. Era mera intuición, pero la sentía verdadera. Esa mañana atraparían a ese bastardo y a quienquiera que estuviera con él—. Llama a la policía estatal. Quiero a veinte tíos, veinte por lo menos, más tú y yo. —Se detuvo a pensar—. Y a Frankland. Saca a Frankland de la oficina.

—Estará en la cama, son las...

—Pues levántalo. Y dile a Norman que mueva su culo hasta aquí. Él puede ocuparse del teléfono.

—¿Estás seguro de que así es como quieres...?

—Sí. Blaisdell es un ratero, un idiota, y un perezoso. —Que los rateros eran perezosos era un dogma de fe en las creencias de la iglesia privada de Albert Sterling—. ¿A qué otro sitio podría ir? —Miró su reloj. Eran las 5.45—. Solo espero que el niño siga con vida. Pero no podría apostar por eso.

Blaze se despertó a las 6.15. Se giró a un lado para mirar a Joe, que había pasado la noche junto a él. El calor corporal extra parecía haberle hecho bien al muchachito. Tenía la piel fresca y el sonido bronquial de su respiración había disminuido. Sin embargo, las manchas rosadas de las mejillas seguían ahí. Blaze colocó un dedo en la boca del bebé (Joe comenzó a succionar otra vez), y sintió una nueva hinchazón en la encía superior. Cuando presionó, Joe gimió en sueños y apartó la cara a un lado.

—Malditos dientes —susurró Blaze.

Miró la frente de Joe. La herida había coagulado, y no pensaba que fuera a quedarle cicatriz. Eso estaba bien. La frente tenía un papel principal en la vida, no era un buen sitio para una cicatriz.

Había terminado de inspeccionar la herida, pero no podía dejar de mirar con fascinación la cara dormida del bebé. Salvo por el arañazo a medio cicatrizar, tenía una piel perfecta. Blanca pero con un brillante matiz oliva. Blaze pensó que nunca se quemaría con el sol, sino que se broncearía hasta lucir el color de la hermosa madera vieja. Tal vez se pondría tan moreno que algunas personas pensarían que era negro. *No se pondrá rojo como un cangrejo, como yo.* Los labios de Joe tenían un tenue pero perceptible tono azul. El mismo azul que formaba un par de finos arcos bajo sus ojos cerrados. Además, tenía los labios ligeramente fruncidos.

Blaze le cogió una mano y la mantuvo en alto. Los dedos de Joe se aferraron de inmediato a su meñique. Blaze pensaba que se convertirían en unas manos grandes. Quizá algún día sabrían manejar el martillo de un carpintero o la llave inglesa de un mecánico. Incluso el pincel de un artista.

El abanico de posibilidades que se abría para el niño lo hizo estremecerse. Sintió una necesidad urgente de despertar al bebé. ¿Por qué? Porque así podría ver los ojos abiertos de Joe y mirarlo. ¿Quién sabía lo que aquellos ojos verían en los años que tenía por delante? Pero ahora los tenía cerrados. Joe estaba cerrado. Era como un libro maravilloso y terrible en el que hubieran escrito una historia con tinta invisible. Blaze se dio cuenta de que el dinero ya no volvería a importarle, no de verdad. Lo que le importaba realmente era poder ver qué palabras aparecerían en aquellas páginas. Qué imágenes.

Le besó la suave piel justo debajo del arañazo, luego le recolocó las mantas y se asomó a la ventana. Todavía nevaba; el aire y la tierra eran blanco sobre blanco. Calculó que deberían de haber caído veinte centímetros de nieve durante la noche. Y aún no había amanecido.

Ya casi te tienen, Blaze.

Se dio la vuelta rápidamente.

—¿George? —lo llamó con suavidad—. ¿Eres tú, George?

No lo era. Aquello había salido de su cabeza. ¿Y por qué, en el nombre de Dios, había tenido un pensamiento como ese?

Miró otra vez por la ventana. Su mutilada frente le obligó a pensar. Sabían quién era. Se había comportado como un estúpido y le había proporcionado a la operadora su verdadero nombre, incluso con el Júnior al final. Pensó que había sido listo, pero había sido un estúpido. Otra vez. Ser estúpido significaba que no te dejarían salir de la cárcel nunca más, que no te reducirían la condena por buen comportamiento, que te quedabas allí de por vida.

George le habría dedicado su vieja risa de caballo, por supuesto. George le habría dicho: «Apuesto a que fueron directamente a desenterrar tus archivos. Los Grandes Éxitos de Clayton Blaisdell». Era cierto. Se habían informado bien de su estafa religiosa, de su estancia en South Portland, del tiempo que pasó en HH...

Y entonces, como si fuera un meteorito estrellándose contra su conciencia perturbada: *¡Esto es HH!*

Blaze miró alrededor como un loco, como para verificarlo.

Ya casi te tienen, Blaze.

Volvió a sentirse cazado otra vez, atrapado en un círculo estrecho. Pensó en la sala de interrogatorios blanca, en la necesidad de ir al cuarto de baño, en las preguntas que te lanzaban y no te daban tiempo a responder. Y esta vez no sería un pequeño juicio en una sala medio vacía. Esta vez sería un circo, todos los asientos estarían ocupados. Y luego la cárcel para siempre. Y en régimen de incomunicación si armaba jaleo.

Esos pensamientos lo embargaron de terror, pero aquello no era lo peor. Lo peor era pensar en los policías apuntándole con la pistola y arrebatándole al bebé. Secuestrándolo de nuevo. A su Joe.

El sudor le recorría la cara y los brazos a pesar del frío de la habitación.

Pobre imbécil. Crecerá odiándote a muerte. Ellos se encargarán de eso.

Aquel tampoco era George. Era su mente, y tenía razón.

Comenzó a devanarse los sesos intentando elaborar un plan. Tenía que haber un lugar adonde ir. Tenía que haberlo.

Joe, despierto, comenzó a agitarse, pero Blaze ni siquiera lo oía. Un sitio adonde ir. Un lugar seguro. Un lugar cercano. Un lugar que ni siquiera George conociera, un lugar...

La inspiración estalló en él.

Se volvió rápidamente hacia la cama. Los ojos de Joe estaban abiertos. Cuando vio a Blaze, le dedicó una sonrisa y se metió el pulgar en la boca, un gesto casi alegre.

—Vamos a comer, Joe. Rápido. Estamos en apuros pero tengo una idea.

Le dio de comer queso y carne triturada. En cualquier otra ocasión Joe se habría tomado un tarro entero, pero esta vez empezó a rechazarlo a la quinta cucharada; apartaba la cabeza a un lado. Y cuando Blaze intentó forzarle a comer, Joe se echó a llorar. Blaze cambió el tarro por un biberón y el niño empezó a chupar alegremente. Era un problema, ya solo quedaban tres.

Mientras Joe yacía en la manta con el biberón apretado en sus manos como estrellas de mar, Blaze corría por la habitación recogiendo y empacando cosas. Abrió de un tirón un paquete de Pampers y se llenó con ellos la camisa hasta que pareció el hombre gordo de un circo.

Luego se arrodilló y comenzó a vestir a Joe lo más abrigado que pudo: dos camisas, dos pares de pantalones, un suéter, el gorrito de punto. Joe gritó indignado durante todo el procedimiento. Blaze ni se dio cuenta. Cuando el bebé estuvo vestido, metió sus dos mantas en una bolsa pequeña y gruesa y deslizó a Joe dentro.

El rostro del bebé estaba púrpura por la rabia. Sus gritos resonaban por el pasillo mientras Blaze lo llevaba desde el despacho del director hasta la escalera. Al pie de la escalera, Blaze le puso su propio gorro, inclinado hacia la izquierda. Le llegaba hasta los hombros. Luego salió y se adentró en la tormenta de nieve.

Blaze cruzó el patio de atrás y llegó al otro extremo pegándose torpemente a la tapia de cemento. En el pasado, la tierra del otro lado había sido el Victory Garden. Ahora solo había maleza (apenas unos montículos bajo la nieve) y ralos pinos jóvenes que crecían sin ritmo ni razón. Blaze trotaba con el bebé apretado contra su pecho. Joe ya no lloraba, pero Blaze notaba su corta y agitada respiración mientras luchaba contra el aire a diez grados bajo cero.

En el lado opuesto del Victory Garden había otro muro, este de piedras apiladas. Muchas de las piedras se habían desprendido y habían dejado grandes agujeros. Blaze corrió hacia allí y descendió por la escarpada inclinación del otro lado en una serie de saltos resbaladizos. Sus talones despedían nubes de nieve en polvo. Más allá se extendía el área que había ocupado un bosque arrasado por un incendio forestal treinta o cuarenta años antes. Los árboles y la maleza habían crecido atropelladamente, luchando por el espacio y la luz. Había troncos derribados por todas partes. La nieve había ocultado muchos otros, y Blaze tuvo que obligarse a ir despacio a pesar de su necesidad de correr. El viento aullaba entre las copas; podía oír a los troncos gruñendo y protestando.

Joe empezó a quejarse. Era un sonido gutural, sin aliento.

—Todo va bien —dijo Blaze—. Vamos por buen camino.

No estaba muy seguro de si la alambrada estaría allí, pero sí que estaba. No obstante, la nieve la cubría y Blaze casi tropezó con ella, hundiéndose con el bebé en la nieve. La pasó por encima con cuidado y se dirigió hacia una profunda grieta en el terreno. El suelo quebrado mostraba el esqueleto de la tierra. Allí la nieve era más fina y el viento rugía sobre su cabeza.

—Por aquí —dijo Blaze—. Por aquí, en algún sitio.

Comenzó a buscar aquí y allá, aproximadamente a medio camino de donde el suelo se nivelaba otra vez, estudiando con atención las rocas, las raíces que sobresalían del suelo, los montículos de nieve, y los puñados de agujas de pino. No lograba encontrarlo. El pánico comenzó a treparle por la garganta. El frío empezaba a calarse a través de las mantas y las capas de ropa de Joe.

Tal vez más allá.

Siguió descendiendo, resbaló y cayó de culo, pero no apartó al bebé de su pecho. Sintió un dolor agudo en el tobillo derecho, como si le hubieran metido chispas bajo la piel. Y se encontró mirando fijamente un parche triangular de sombra entre dos rocas redondeadas que sobresalían como dos senos. Se arrastró hacia allí, abrazando a Joe contra sí. Sí, ahí estaba. Sí y sí y sí.

Inclinó la cabeza y entró gateando.

La cueva era oscura, húmeda y sorprendentemente cálida. El suelo estaba cubierto de suaves y antiguas ramas de pino. Le embargó una sensación de *deja vu*. Él y John Cheltzman llevaron hasta allí las ramas después de que descubriesen la cueva una tarde que se escaparon de HH.

Blaze dejó al bebé sobre un lecho de ramas, rebuscó en el bolsillo de su chaqueta las cerillas de cocina que siempre llevaba encima y encendió una. Bajo su luz vacilante podía ver perfectamente lo que Johnny había grabado en la pared.

JOHNNY C Y CLAY BLAISDELL. 15 DE AGOSTO. TERCER AÑO EN EL INFIERNO.

Estaba escrito con el humo de una vela.

Blaze se estremeció —no por el frío, allí no hacía— y sacudió la cerilla.

Joe lo miraba en la oscuridad. Respiraba agitadamente. Tenía los ojos llenos de consternación. De pronto dejó de respirar.

—Cristo, ¿qué demonios te pasa? —exclamó Blaze. Las paredes de piedra le devolvieron su voz a sus oídos—. ¿Qué te pasa? ¿Qué mier...?

Entonces lo supo. Las mantas estaban demasiado apretadas. Las había tensado alrededor de Joe cuando se había inclinado, y ahora lo ahogaban. El niño no podía respirar. Blaze las aflojó con dedos nerviosos. Joe aspiró una inmensa bocanada del aire viciado de la cueva y se echó a llorar. Era un sonido débil, tembloroso.

Blaze se sacó los Pampers de la camisa y luego cogió un biberón. Intentó darle a Joe la tetina, pero él apartó la cabeza.

—Pues espera —dijo Blaze—. Solo espera.

Agarró su gorro, se lo puso, lo ladeó ligeramente hacia la izquierda, y salió.

Recogió varias ramas secas de una maraña que había al final de la grieta y unos cuantos puñados de hojas de debajo. Se lo metió todo en los bolsillos. Cuando regresó al interior de la cueva, hizo una pequeña hoguera y la encendió. Sobre la entrada principal había una pequeña fisura, como un paladar ojival, lo bastante amplia para formar un conducto por donde el humo salía al exterior. No tendría que preocuparse por si alguien veía aquel fino hilillo de humo, al menos hasta que el viento amainara y dejase de nevar.

Alimentó el fuego con un palo hasta que chasqueó lo suficiente. Luego se puso a Joe en el regazo y lo acercó al calor. El pequeño respiraba con naturalidad, pero el ronroneo de su pecho seguía allí.

—Te llevaré a un médico —le dijo Blaze—. Tan pronto como salgamos de aquí. Él te curará. Te pondrás sano como un gusano.

Joe le sonrió y le mostró su nuevo diente. Blaze, aliviado, le devolvió la sonrisa. Si sonreía, no podía estar demasiado mal, ¿no? Le ofreció un dedo y Joe lo atrapó con la mano.

—Chócala, felino —dijo Blaze, y soltó una carcajada.

Luego cogió un biberón frío del bolsillo de su chaqueta, le sacudió los restos de hojarasca que tenía adheridos, y se sentó cerca del fuego para calentarlo. Fuera, el viento aullaba y se agitaba, pero el interior de la cueva era agradablemente cálido. Deseaba haberse acordado antes de ese lugar. Habría sido mucho mejor que ocultarse en HH. Había sido un error llevar a Joe al orfanato. Era lo que George habría llamado un mal fario.

—Bueno —dijo Blaze—, no lo recordarás. ¿Verdad?

Cuando el biberón estuvo caliente al tacto, se lo ofreció a Joe. Esta vez el bebé lo aceptó con impaciencia y se lo bebió todo. Mientras daba cuenta de los dos últimos sorbos, sus ojos adoptaron la vidriosa y lejana expresión que Blaze había llegado a conocer tan bien. Se colocó a Joe en el hombro y se meció adelante y atrás. El bebé eructó dos veces y balbució su vocabulario sin sentido durante tal vez cinco minutos. Luego cesó y cerró de nuevo los ojos. Blaze se estaba acostumbrando a su reloj interior. Joe dormiría durante unos cuarenta y cinco minutos —quizá una hora— y luego querría estar activo durante el resto de la mañana.

Blaze temía dejarlo solo, especialmente después del accidente de la noche anterior, pero no tenía otra alternativa. Su instinto se lo dijo. Puso a Joe sobre una de las mantas, pero le tapó con otra y la sujetó con piedras. Pensaba (esperaba) que si Joe se despertaba mientras estaba fuera, se giraría pero no podría echar a gatear. Tenía que funcionar.

Blaze salió de la cueva y, siguiendo sus huellas, desanduvo el camino por el que había llegado. Los otros ya habrían empezado a buscarle. Se apresuró y, cuando el suelo se despejó, echó a correr. Eran las siete y cuarto de la mañana.

Mientras Blaze se preparaba para alimentar al bebé, Sterling viajaba en un cuatro por cuatro, el vehículo del comando de operaciones de busca y captura. Iba sentado en el asiento del tirador. Conducía un policía estatal. Con su gran sombrero de ala ancha, parecía un marine reclutado después de su primer corte de pelo. A Sterling, la mayoría de los estatales le parecían marines. Y la mayoría de los agentes del FBI le parecían abogados o contables, lo cual era perfectamente aceptable, desde...

Aferró sus divagaciones y las puso al nivel del suelo.

—¿Puede ir un poco más rápido con esta cosa?

—Claro —dijo el estatal—. Y también podemos pasarnos el resto de la mañana recogiendo los dientes en un banco de nieve.

—Ese tono no es necesario, ¿de acuerdo?

—Este tiempo me pone nervioso —dijo el estatal—. Esto es una tormenta de mierda. Está tan resbaladizo como el suelo del infierno.

—Entiendo. —Sterling miró su reloj—. ¿A qué distancia está Cumberland?

—A veinticinco kilómetros.

—¿En tiempo?

El policía se encogió de hombros.

—¿Veinticinco minutos?

Sterling gruñó. Aquello era una «aventura cooperativa» entre el Buró y la Policía Estatal de Maine, y lo único que odiaba más que las «aventuras cooperativas» eran las caries. Las posibilidades de cagarla crecían cuando uno confiaba en las fuerzas del estado. Y, por supuesto, era más probable cuando el Buró se veía forzado a la temida «aventura cooperativa» con las fuerzas locales, pero aquello ya era bastante malo: una persecución con un marine falso que tenía miedo de pisar a más de ochenta.

Se acomodó en el asiento y la culata de la pistola se le clavó en la parte baja de la espalda. Pero ahí era donde siempre la llevaba. Sterling confiaba en su pistola, en el Buró y en su olfato. Su olfato era tan bueno como el de un perro

cazador. Un buen perro hacía mucho más que husmear una perdiz o un pavo en un arbusto; un buen perro percibía los temores, y de qué modo (y cuándo) esos temores empujaban a escapar. Sabía cuándo la necesidad de echar a volar de un pájaro superaba la necesidad de quedarse quieto, oculto en su escondrijo.

Blaisdell estaba escondido, probablemente en aquella antigua casa orfanato. Eso estaba muy bien, pero Blaisdell intentaría escapar. El olfato de Sterling se lo dijo. Y aunque el imbécil no tenía alas, sí tenía piernas y podía echar a correr.

Sterling también había llegado a la conclusión de que Blaisdell actuaba solo. Si hubiera alguien más —como el cerebro de operaciones de Sterling y Granger había dado por sentado al principio— ya habrían sabido algo de él, además de la sencilla razón de que Blaisdell era más bobo que un muñón. Sí, probablemente actuaba solo, y probablemente estaría agazapado en aquel viejo orfanato (como una paloma mensajera de mierda, pensaba Sterling), con la certeza de que nadie lo buscaría allí. No había motivo para creer que no lo encontrarían allí acucillado como una asustada codorniz detrás de un matorral.

Y Blaisdell estaba acabado. Sterling lo sabía.

Miró su reloj. Eran las seis y media pasadas.

La red abarcaba un área triangular: desde la carretera 9 hacia el oeste, una carretera secundaria llamada Loon Cut^[30] hacia el norte, y un viejo camino de tierra hacia el sudeste. Cuando todos estuvieran en posición, empezarían a acortar el perímetro y se encontrarían en Hetton House. La nieve era como un grano en el culo, pero al menos los ocultaría cuando se moviesen.

Sonaba bien, pero...

—¿Puede pisarle un poco más a este trasto? —preguntó Sterling. Sabía que se equivocaba preguntando aquello, que era un error presionar al tipo, pero no podía evitarlo.

El policía echó un vistazo al hombre sentado detrás de él. Al pequeño y demacrado rostro de ojos expertos de Sterling, y pensó: *Creo que este cabrón tipo A quiere matarlo.*

—Agárrese al asiento, agente Sterling —dijo.

—Eso es —respondió Sterling levantando el pulgar en señal de aprobación.

El estatal suspiró y apretó un poco más el acelerador.

Sterling dio la orden a las siete, y las fuerzas organizadas se pusieron en marcha. En algunos lugares la nieve tenía seis metros de espesor, pero los hombres se esforzaban y seguían adelante, permaneciendo en contacto por radio los unos con los otros. Nadie protestaba. La vida de un niño estaba en juego. La nieve caída profería a todo una urgencia pesada e irreal. Parecían personajes de una antigua película muda, un melodrama sepia en el que no había duda de quiénes eran los villanos.

Sterling dirigía la operación como un buen *quarterback*, controlándolo todo por *walkie talkie*. Los hombres que avanzaban desde el este seguían el camino más fácil, por lo que él los ralentizó para mantenerlos sincronizados con los que llegaban desde la carretera 9 y los que descendían Loon Hill desde Loon Cut. Sterling quería mantener rodeado Hetton House, pero quería mucho más. Quería examinar cada arbusto o grupo de árboles que encontraran por el camino.

—Sterling, soy Tanner. ¿Me recibe?

—Le recibo, Tanner.

—Nos encontramos en el extremo de la carretera que lleva al orfanato. Una cadena atraviesa la carretera, pero el candado está roto. Ha estado aquí, seguro. Cambio.

—Esto es un diez-cuatro —dijo Sterling. La excitación se entremezclaba con sus nervios en todas direcciones. A pesar del frío, sentía el sudor en la entrepierna y en las axilas—. ¿Puede ver huellas recientes de neumáticos? Cambio.

—No, señor. Cambio.

—Continúen. Cambio y corto.

Le tenían. El mayor temor de Sterling era que Blaisdell les hubiera dado esquinazo de nuevo, que se hubiera marchado en coche con el bebé... pero no.

Habló con suavidad por el *walkie* y los hombres se movieron más rápido, apretaron el paso a través de la nieve como perros.

Blaze saltó la tapia que separaba el Victory Garden y el patio de HH. Corrió hacia la entrada. Su cabeza era un clamor. Sentía los nervios como si caminara descalzo sobre cristales rotos. Las palabras de George resonaban en su cerebro, se repetían una y otra vez: *Ya casi te tienen, Blaze*.

Subió la escalera a zancadas, irrumpió en el despacho y cargó la cuna con todo lo que pudo: ropa, comida, biberones. Luego se lanzó escalera abajo y salió de nuevo al exterior.

Eran las 7.30.

7.30.

—Esperad —dijo Sterling por el *walkie talkie*—. Que todo el mundo espere un minuto. ¿Granger? ¿Bruce? ¿Me reciben?

La voz que contestó sonaba apesadumbrada.

—Soy Corliss.

—¿Corliss? No le necesito, Corliss. Quiero a Bruce. Cambio.

—El agente Granger ha caído, señor. Creo que se ha roto una pierna. ¿Me recibe?

—¿Qué?

—Estos bosques están llenos de trampas, señor. Él..., bueno, ha tropezado con una y está herido. ¿Cómo procedemos? Cambio.

El tiempo, escurriéndose. La visión en su mente de un gran reloj de arena relleno de nieve y Blaisdell cubierto hasta la cintura deslizándose en un jodido trineo.

—Entablíllenlo y manténganlo caliente con una manta, y pásele su *walkie*. Cambio.

—Sí, señor. ¿Quiere hablar con él? Cambio.

—No. Quiero que se muevan. Cambio.

—Sí, señor. Entiendo.

—Bien —dijo Sterling—. A todas las unidades, vamos allá. Corto.

Blaze cruzó el Victory Garden jadeando. Alcanzó el ruinoso muro de piedras del otro extremo, lo saltó y se lanzó sin contemplaciones hacia la pendiente del bosque, apretando la cuna contra su pecho.

Se irguió, continuó avanzando y luego se detuvo. Dejó la cuna en el suelo durante un instante y sacó del cinturón la pistola de George. No había visto ni oído nada, pero lo sabía.

Se ocultó detrás del tronco de un enorme pino. La nieve le azotaba la mejilla izquierda, entumecida. Esperó, quieto. En su interior, su mente estaba furiosa.

La necesidad de regresar junto a Joe era dolorosa, pero la necesidad de quedarse allí, esperar y permanecer en silencio era mucho más fuerte.

¿Y si Joe se libraba de las mantas y gateaba hasta el fuego?

No lo hará —se dijo Blaze—. *Incluso los bebés se apartan del fuego.*

¿Y si se arrastraba hacia el exterior de la cueva, hasta la nieve? ¿Y si se congelaba hasta morir, mientras Blaze estaba ahí como un pasmarote?

No lo hará. Está dormido.

Sí, pero no sabía cuánto tiempo seguiría dormido, sobre todo en un lugar extraño. ¿Y si el viento cambiaba de dirección y llenaba la cueva de humo? Mientras él estaba allí fuera, la única persona viva en tres kilómetros a la redonda, quizá ocho...

No era el único. Alguien estaba merodeando por ahí. Alguien.

Pero el bosque permanecía en silencio salvo por el viento, los crujidos de los árboles y el constante siseo de la nieve cayendo.

Era hora de irse.

Pero no lo era. Era hora de esperar.

Tenías que haber matado al niño cuando te lo dije, Blaze.

George. En su cabeza. ¡Cristo!

Nunca he estado en otro sitio. ¡Ahora, ve!

Decidió que lo haría. Luego decidió que primero contaría hasta diez. Había llegado a seis cuando algo se movió a través de la hilera verde gris de árboles más allá de la pendiente. Era un policía estatal, pero Blaze no se asustó. Algo lo había calmado; estaba totalmente tranquilo. Solo le importaba Joe, cuidar de Joe. Pensaba que podría esquivar al policía, pero este seguiría las huellas y eso no sería bueno.

Blaze lo observó acercarse hacia su posición por la derecha, así que él rodeó despacio el tronco del enorme pino hacia la izquierda. Recordó cuántas veces él y John y Toe y los otros habían jugado en ese bosque; vaqueros contra indios, policías contra ladrones. Un disparo con un palo retorcido y estabas muerto.

Con un disparo acabaría todo. No tenía que matar a nadie, ni siquiera herirlo. Con el sonido sería suficiente. Blaze sentía el pulso zumbando en su cuello.

El policía se detuvo. Había visto las huellas. Tenía que haberlas visto. O un trozo de tela del abrigo de Blaze enganchado a una rama. Blaze le quitó el seguro a la pistola de George. Si alguien iba a disparar, quería ser él.

Entonces el policía continuó la marcha. Echaba un vistazo a la nieve de vez en cuando, pero prestaba más atención a los matorrales. Ya estaba a cincuenta metros de distancia. No, a menos.

A la izquierda, Blaze oyó que alguien pisaba una trampa o un montón de ramas y soltaba una maldición. El corazón se le encogió en lo profundo de su pecho. Entonces, el bosque estaba repleto de ellos. Pero tal vez..., tal vez si todos iban hacia la misma dirección...

¡Hetton! ¡Estaban rodeando Hetton House! ¡Claro! Si lograba volver a la cueva, estaría al otro lado de ellos. Entonces, más allá de la linde del bosque, quizá a cinco kilómetros, había un camino de tierra...

El policía se había acercado a veinte metros. Blaze se deslizó un poco más alrededor del árbol. Si alguien se asomaba por el matorral que tenía al lado, estaría realmente jodido.

El agente se estaba acercando al árbol. Blaze oyó las pisadas de sus botas sobre la nieve. Incluso el tintineo de algo en el bolsillo del policía; monedas, o tal vez las llaves. Y también el crujido de su cinturón de cuero.

Blaze rodeó un poco más el árbol dando pasitos cortos. Luego esperó. Cuando volvió a echar un vistazo, el policía estaba de espaldas a Blaze. Todavía no había visto las huellas, pero no tardaría en hacerlo. Él era el agente que estaba más avanzado.

Blaze dio un paso adelante y se dirigió hacia el policía con largos y silenciosos pasos. Dio la vuelta a la pistola de George y la aferró por el tambor.

El agente miró hacia abajo y se percató de las huellas. Se irguió, luego tomó el *walkie talkie* que llevaba en el cinturón. Blaze dibujó un arco con la pistola y golpeó con fuerza. El policía gruñó y se tambaleó, pero su gran sombrero amortiguó el impacto. Blaze alzó el brazo de nuevo y le golpeó en la sien izquierda con el reverso de la mano. Fue un golpe seco. El sombrero se ladeó a un lado y se quedó colgando sobre la mejilla derecha. Blaze vio que era joven, no mucho más que un muchacho. Entonces las rodillas del policía se aflojaron y se desmayó, esparciendo nieve alrededor.

—Joder —dijo Blaze, llorando—. ¿Por qué habéis dejado solo a vuestro compañero?

Asió al agente por las axilas y lo arrastró hacia un pino enorme. Lo incorporó y le colocó de nuevo el sombrero en la cabeza. No sangraba demasiado, pero Blaze no podía fiarse, él sabía cuan fuerte podía golpear. Nadie lo sabía mejor que él. Encontró el pulso en el cuello del policía, pero era muy suave. Si sus compañeros no daban con él pronto, moriría. Bueno, ¿quién le había pedido que fuera allí? ¿Quién diablos le había pedido que se entrometiera?

Recogió la cuna y volvió a ponerse en marcha. Eran las ocho menos cuarto cuando llegó a la cueva. Joe todavía dormía, y eso hizo que Blaze se echara a llorar, esta vez de alivio. Por otro lado, hacía frío. La nieve había entrado en el interior y casi había apagado el fuego.

Blaze se puso a avivarlo otra vez.

El agente especial Bruce Granger vio a Blaze acercarse a la grieta y arrastrarse por la ranura de entrada de la cueva. Granger había yacido allí con paciencia, esperando que la caza se decantase hacia un lado u otro y alguien pudiera ir a recogerle. La pierna le dolía una barbaridad y se sentía como un imbécil.

De pronto se sintió como si hubiese ganado la lotería. Asió el *walkie* que Corliss le había prestado y se lo acercó a la boca.

—Granger a Sterling —dijo con calma—. ¿Me recibe?

Estática. Una peculiar estática vacía.

—Albert, soy Bruce, es urgente. ¿Me recibe?

Nada.

Granger cerró los ojos durante un momento.

—Hijo de puta —dijo.

Luego abrió los ojos y empezó a moverse.

8.10.

Albert Sterling y dos policías estatales irrumpieron en el viejo despacho de Martin Coslaw con la pistola en alto. Había una manta en un rincón. Sterling vio dos biberones de plástico vacíos y tres latas de leche en polvo Carnation, también vacías; parecía que las habían abierto con una navaja. Y dos cajas vacías de Pampers.

—Mierda —dijo—. Mierda, mierda, mierda.

—No puede estar lejos —dijo Franklin—. Va a pie. Con el niño.

—Ahí fuera hay diez grados bajo cero —recalcó alguien desde la sala.

A ver si alguno de vosotros me dice alguna jodida cosa que no sepa, pensó Sterling.

Franklin miró en derredor.

—¿Dónde está Corliss? Brad, ¿has visto a Corliss?

—Creo que está en la planta baja —dijo Bradley.

—Vamos a volver al bosque —dijo Sterling—. Ese estúpido está en el bosque.

Hubo un disparo. Sonó amortiguado por la nieve, pero inconfundible.

Se miraron. Siguieron cinco segundos de perfecto y perplejo silencio. Quizás siete. Luego salieron corriendo por la puerta.

Joe todavía dormía cuando la bala atravesó la cueva. Rebotó dos veces, como una abeja furiosa, desprendió pequeñas esquirlas de granito y las hizo volar. Blaze estaba preparando los pañales; quería cambiar a Joe, asegurarse de que estaba bien seco antes de que se marchasen.

Tras el disparo, Joe se despertó y comenzó a llorar. Sus manitas dibujaban círculos en el aire. Una de las esquirlas de granito le cortó la cara.

Blaze no lo pensó. Vio la sangre y sus pensamientos cesaron. Lo que los reemplazó era negro y diabólico. Se abrió paso en el interior de la cueva y cargó gritando hacia la procedencia del sonido del disparo.

Blaze estaba sentado a la barra de Moochie's, comiendo un donut y leyendo un divertido libro de Spiderman, cuando George se coló en su vida. Era septiembre. Blaze llevaba sin trabajar dos meses, y el dinero escaseaba. Habían detenido a muchos de los sabelotodos de la tienda de chucherías. Habían interrogado al propio Blaze acerca de un atraco en una agencia de crédito en Saugus, pero él no había participado en aquel golpe y fue lo bastante honestamente convincente para que los polis lo dejaran marchar. Blaze había pensado intentar recuperar su antiguo trabajo en la lavandería del hospital.

—Es él —dijo alguien—. Ese es El Coco.

Blaze se giró y vio a Hankie Melcher. Iba acompañado de un hombre bajito con traje azul. Tenía la piel cetrina y unos ojos que parecían arder como las brasas.

—Hola, Hank —dijo Blaze—. Cuánto tiempo.

—Ah, unas pequeñas vacaciones a cuenta del Estado —dijo Hank—. Me soltaron porque ya no contaban conmigo. ¿Verdad, George?

El tipo bajito no dijo nada, solo sonrió ligeramente y siguió observando a Blaze. Aquellos ojos calientes consiguieron que se sintiera incómodo.

Moochie se acercó y se limpió las manos en el delantal.

—Hola, Hankie.

—Batido de chocolate para mí —dijo Hank—. ¿Quieres uno, George?

—Café. Solo.

Moochie se alejó.

—Blaze, quiero presentarte a mi cuñado —dijo Hank—. George Rackley, Clay Blaisdell.

—Hola —dijo Blaze. Aquello olía a trabajo.

—Hola. —George meneó la cabeza—. Eres una mole, ¿lo sabías?

Blaze soltó una carcajada, como si nadie le hubiera dicho antes que era una mole.

—George es un tipo gracioso —dijo Hank, sonriendo—. Es como Bill Crosby. Pero blanco.

—Ya —dijo Blaze, aún riéndose.

Moochie apareció con el batido de Hankie y el café de George. Este dio un sorbo e hizo una mueca. Miró a Moochie.

—¿Siempre cagas en las tazas de café o a veces usas el váter, corazón?

—George no entiende de estas cosas —le dijo Hank a Moochie.

George asintió con la cabeza.

—Es verdad. Solo me estaba haciendo el gracioso, eso es todo. Hankie, piérdete durante un rato. Ve atrás y juega al *pinball*.

—Vale, de acuerdo, comprendido —dijo Hankie, riéndose todavía.

Cuando se hubo marchado y Moochie estaba en el otro extremo del mostrador, George se giró de nuevo hacia Blaze.

—Ese retrasado dice que tal vez estés buscando trabajo.

—Puede ser —dijo Blaze.

Hankie introdujo un par de monedas en la máquina del *pinball*, luego levantó las manos y comenzó a tatarrear lo que podría ser el tema principal de *Rocky*.

George le señaló con un gesto de la cabeza.

—Ahora que está otra vez fuera, Hankie tiene grandes planes. Una gasolinera de Malden.

—¿Sí? —preguntó Blaze.

—Sí. El crimen del puto siglo. ¿Quieres ganarte unos cien dólares esta noche?

—Claro —respondió Blaze sin vacilar.

—¿Harás exactamente lo que te diga?

—Claro. ¿Qué tengo que hacer, señor Rackley?

—George. Llámame George.

—¿Qué tengo que hacer, George? —Entonces reconsideró sus calientes y apremiantes ojos y añadió—: Yo no hago daño a nadie.

—Yo tampoco. El bang bang es para los imbéciles. Ahora escucha.

Aquella noche George y Blaze fueron a Hardy's, un próspero establecimiento de Lynn. Todos los dependientes de Hardy's vestían camisetas de color rosa con las mangas blancas. También llevaban distintivos en los que se leía: ¡HOLA, SOY DAVE! O ¡JOHN!, o lo que fuera. George llevaba una de esas camisetas debajo de una camisa por fuera. En la suya ponía: ¡HOLA, SOY FRANK! Cuando Blaze lo vio, asintió y dijo:

—Eso es como un alias, ¿verdad?

George sonrió (no como sonrió a Hankie Melcher) y dijo:

—Sí, Blaze. Como un alias.

Algo en aquella sonrisa hizo que Blaze se relajase. No vio malicia ni mezquindad en ella. En aquel golpe solo estaban ellos dos, no había nadie que le

diera a George con el codo en las costillas cuando Blaze decía alguna tontería, así que no se sentía un intruso. Blaze no estaba seguro de que George hubiera sonreído si hubiese habido alguien más con ellos. Probablemente habría dicho algo como: «Mantén la puta boca cerrada, mono de mierda». Blaze pensó que era la primera vez, desde la muerte de John Cheltzman, que le gustaba alguien.

George se había labrado su propio camino en la vida. Había nacido en el pabellón benéfico de un hospital católico de Providence llamado St. Joseph: de madre soltera y padre desconocido. Ella se resistió al consejo de las monjas de que entregara al niño en adopción, y en cambio lo usó como un palo con el que golpear a su familia. George creció en las afueras de la ciudad y realizó su primer golpe a los cuatro años. Su madre estaba a punto de darle una bofetada por haber derramado un tazón de Maypo. George le dijo que un hombre le había traído una carta y la había dejado en la entrada. Cuando la madre salió a buscarla, la dejó fuera del apartamento y bloqueó la salida de incendios. Más tarde la bofetada fue doble, pero nunca olvidó la excitación de saber que había ganado, al menos durante un rato. El resto de su vida estuvo persiguiendo esa sensación. Efímera, pero siempre dulce.

Era un muchacho brillante y resentido. La experiencia le había enseñado cosas que los perdedores como Hankie Melcher nunca aprenderían. Cuando solo tenía once años, George y tres viejos conocidos (él no tenía colegas) robaron un coche, se dieron una vuelta desde Providence hasta Central Falls, y los detuvieron. Al chico de quince años que iba al volante lo enviaron al reformatorio. A George y a los otros dos los dejaron en libertad condicional. George se ganó además una paliza monstruosa del chulo de cara gris con el que por entonces vivía su madre. Se llamaba Aidan O’Kellaher y tenía un grave problema de riñones, de ahí su nombre callejero de Pisser^[31] Kelly. Pisser le golpeó hasta que la medio hermana de George gritó que lo dejara en paz.

—¿Tú también quieres un poco? —preguntó Pisser, y cuando Tansy meneó la cabeza, añadió—: Entonces cierra tu jodida boca de buzón.

George no volvió a robar un coche sin un buen motivo. Aquella vez bastó para saber que darse una vuelta en coche no traía nada provechoso. Aquel era un mundo sin diversión.

A los trece años pillaron a George y a un amigo robando en Woolworth’s. Libertad condicional otra vez. Y otra paliza. George no dejó de robar, pero perfeccionó su técnica y nunca más lo volvieron a atrapar.

Cuando cumplió diecisiete, Pisser le consiguió un trabajo llevando la contabilidad. En aquella época, Providence gozaba de una especie de reactivación económica que pasaba por la prosperidad de los exhaustos estados de Nueva Inglaterra. Las cuentas iban bien. Así era George. Se compró ropa buena.

También comenzó a alterar las cuentas. Pisser pensaba que George era un muchacho atento y emprendedor; estaba ganando seiscientos cincuenta dólares semanales. A espaldas de su padrastro, George se agenciaba otros doscientos.

Entonces la Mafia llegó del norte a Atlantic City. Querían controlar los números. Algunos de los lugareños recibieron su carta de despido. A Pisser Kelly lo encontraron en un desguace de automóviles con la garganta degollada y las pelotas en la guantera de un viejo Chevrolet Biscayne.

Apartado de su medio de vida, George se marchó a Boston. Se llevó con él a su hermana de doce años. El padre de Tansy también era desconocido, pero George tenía sus sospechas; Pisser tenía el mismo mentón.

Durante los siete años siguientes, George perfeccionó algunos pequeños timos. También inventó otros. Su madre firmó con desgana un documento que lo convertía en el tutor legal de Tansy Rackley, y George matriculó a la putita en la escuela. Llegó un día en que la descubrió inyectándose heroína. Además, qué tiempos tan felices, la habían dejado preñada. Hankie Melcher estaba deseando casarse con ella. Al principio George estaba sorprendido, pero luego pasó. El mundo estaba lleno de estúpidos que se buscaban para demostrar lo listos que eran.

George acogió a Blaze porque este era un estúpido sin pretensiones. No era un estafador ni un colega ni un tipo con iniciativa. No se lanzaba a la piscina, y mucho menos solo. Blaze tenía pocas luces. Era una herramienta, y así lo usó George todos los años que estuvieron juntos. Pero nunca lo usó mal. Como a un buen carpintero, a George le encantaban las buenas herramientas, esas que funcionan perfectamente cada vez que las usas. Podía mostrar la espalda a Blaze. Podía irse a dormir a una habitación mientras Blaze estaba despierto y sabía que, cuando despertase, el botín seguiría debajo de la cama.

Blaze también calmaba la ira y el hambre interior de George. Y eso no era poca cosa. Llegó el día en que George comprendió que si decía «Blazer, tienes que saltar desde la azotea de aquel edificio porque así es como hacemos las cosas»... bueno, Blaze lo haría. En cierto modo, Blaze era el Cadillac que George nunca tuvo, poseía buenos amortiguadores cuando la carretera estaba llena de baches.

Cuando entraron en Hardy's, Blaze fue directamente hacia la ropa de caballeros, de acuerdo con las instrucciones. No llevaba su cartera, sino un monedero barato de plástico con quince dólares y una identificación a nombre de David Billings, de Reading.

Mientras entraba en el establecimiento, metió la mano en el bolsillo trasero de sus pantalones, como para comprobar que la cartera seguía allí, y dejó tres cuartas partes de la cartera asomando. Cuando se inclinó a mirar unas camisas de una estantería baja, la cartera cayó al suelo.

Aquella era la parte más delicada de la operación. Blaze, medio vuelto, con un ojo en la cartera pero simulando estar mirando a otro lado. Para un observador casual, parecía ensimismado en las camisas Van Hellsen de manga corta. George le había explicado el plan cuidadosamente. Si la cartera la veía un hombre honesto, perderían todas las apuestas y lo intentarían en Kmart. A veces había que realizar media docena de intentos para que el timo diera sus frutos.

—Vaya —dijo Blaze—. No sabía qué había tanta gente honesta.

—No la hay —dijo George con una sonrisa invernal—. Pero hay mucha gente que tiene miedo. Tú no le quites ojo a esa jodida cartera. Si alguien te la cuela, habrás perdido quince dólares y yo una identificación que vale mucho más.

Aquel día en Hardy's habían tenido la suerte del principiante. Un hombre que vestía una camiseta con un caimán en el pecho entró en el pasillo, vio la cartera y miró a ambos lados para comprobar si alguien se acercaba. No había nadie. Solo Blaze, que examinaba una camisa tras otra y luego las mantenía frente a sí delante de un espejo. El corazón le latía al galope.

—Espera a que se la meta en el bolsillo —había dicho George—. Y entonces arma la de Dios es Cristo.

Con un pie, el hombre con la camiseta del caimán empujó la cartera hacia la estantería de chalecos que estaba mirando. Luego se metió la mano en el bolsillo, sacó las llaves de su coche y las dejó caer. Oops. Se agachó para recogerlas y se agenció la cartera al mismo tiempo. Metió ambas cosas en el bolsillo delantero de sus pantalones y comenzó a alejarse.

Blaze bramó como un toro.

—¡Ladrón! ¡Ladrón! ¡Sí, TÚ!

Los clientes se volvieron a mirar y estiraron el pescuezo. Los dependientes miraban alrededor. El jefe de sección vislumbró la fuente del problema y se acercó a ellos a toda prisa, pero se detuvo en la zona de la caja registradora para pulsar un botón marcado como especial.

El hombre con el caimán en el pecho se puso blanco... miró en derredor... sorprendido. Logró dar cuatro pasos antes de que Blaze lo cogiera por el cuello.

—Incrépalo pero no le pegues —había dicho George—. Gritale. Pero, pase lo que pase, no dejes que tire la cartera. Si te parece que intenta deshacerse de ella, dale con la rodilla en los huevos.

Blaze agarró al hombre por los hombros y lo sacudió como quien agita un frasco de jarabe. El hombre con la camiseta del caimán, quizá aficionado a Walt

Whitman, soltó un bárbaro parloteo. Se le cayeron monedas de los bolsillos. Intentó meter la mano en el bolsillo de la cartera, justo como George había dicho que haría, y Blaze le golpeó en las pelotas, no demasiado fuerte. El hombre con la camisa del caimán gritó.

—¡Yo te enseñaré a robarme la cartera! —chilló Blaze a la cara del tipo. Estaba realmente metido en su papel—. ¡Te voy a matar!

—¡Que alguien me lo quite de encima! —gritó el otro—. ¡Quitádmelo de encima!

Uno de los dependientes de la sección de ropa de caballero metió la nariz en el asunto.

—¡Bueno, ya es suficiente!

George, que había estado examinando ropa al azar, se desabrochó la camisa, se la quitó sin esforzarse por que no lo vieran, y la metió debajo de una pila de Beefy Tees. De todos modos, nadie lo estaba mirando. Todos miraban a Blaze, que en ese momento le daba un fuerte tirón al hombre y le rasgaba la camisa del caimán a la altura del pecho.

—¡Ya basta! —exclamó el dependiente—. ¡Deténgase!

—¡Este hijo de puta tiene mi cartera! —gritó Blaze.

Una multitud de curiosos comenzó a acercarse. Querían ver si Blaze mataría al tipo al que tenía agarrado antes de que el jefe de sección, el guardia de seguridad o alguna otra persona con autoridad llegase.

George pulsó el botón de sin ventas de una de las dos cajas registradoras del departamento de ropa de caballero y comenzó a sacar el dinero. Llevaba unos pantalones bastante amplios, y había cosido una bolsa —una especie de riñonera oculta— en la parte interior delantera. Metió allí los billetes; se tomó su tiempo: primero los de diez y veinte —gracias a la suerte del principiante incluso había algunos de cincuenta—, luego los de cinco y al final los de uno.

—¡Suéltelo! —gritó el jefe de sección mientras avanzaba entre la multitud. El guardia de seguridad de Hardy's le pisaba los talones—. ¡Es suficiente! ¡Deténgase!

El guardia de seguridad se interpuso entre Blaze y el hombre con la camisa rota del caimán.

—Deja de pelear cuando llegue el guardia —había dicho George—, pero que parezca que sigues queriendo matar al tipo.

—¡Regístrale los bolsillos! —gritó Blaze—. ¡Este hijo de puta me ha robado!

—Recogí una cartera del suelo —admitió el hombre-caimán— y estaba buscando al posible dueño cuando... cuando este bruto...

Blaze se abalanzó contra él. El hombre-caimán se encogió del susto. El guardia empujó a Blaze hacia atrás, pero a Blaze no le importó. Se estaba

divirtiéndolo mucho.

—Tranquilo, grandullón. Cálmate, muchacho.

Mientras tanto, el jefe de sección le preguntó al hombre-caimán su nombre.

—Peter Hogan.

—Muéstreme lo que lleva en los bolsillos, señor Hogan.

—¡No pienso hacerlo!

—Hágalo o llamaré a la poli —dijo el agente de seguridad.

George se largó hacia la escalera mecánica. Parecía tan atento y perspicaz como el mejor empleado de Hardy's que siempre fichaba a la hora.

Peter Hogan consideró la conveniencia de clamar por sus derechos, pero terminó cediendo y vació sus bolsillos. Cuando la multitud vio la barata cartera marrón, se oyó un «Ahhh».

—Esa es —dijo Blaze—. Es mía. Debe de habérmela quitado del bolsillo de atrás mientras miraba las camisas.

—¿Tiene alguna identificación dentro? —preguntó el guardia de seguridad al tiempo que la abría.

Durante un terrible instante Blaze se quedó en blanco. Entonces fue como si George estuviera justo ahí, a su lado. *David Billings, Blaze*.

—Claro, Dave Billings —dijo Blaze—. Yo.

—¿Llevaba efectivo?

—No mucho. Unos quince dólares más o menos.

El guardia miró al jefe de sección y asintió. La multitud soltó otro «Ahhh». El guardia le tendió la cartera a Blaze, quien se la metió en el bolsillo.

—Usted venga conmigo —dijo el guardia, agarrando a Hogan por el brazo.

—Dispérsense, amigos, esto ya se ha acabado —dijo el jefe de sección—. En Hardy's hay montones de ofertas esta semana, y les insto a que las tengan en cuenta.

Blaze pensó que hablaba tan bien como un locutor de radio; no le sorprendía que tuviera un trabajo de tanta responsabilidad.

—¿Me acompaña, señor? —le dijo el jefe de sección.

—Claro. —Blaze miró a Hogan—. Solo permítame que coja la camisa que me había gustado.

—No se preocupe, esa camisa es un regalo de Hardy's. Pero nos gustaría que se acercase brevemente a ver al señor Flaherty, en la tercera planta, habitación siete.

Blaze asintió y se volvió de nuevo hacia las camisas. El jefe de sección se alejó. A unos metros de distancia, uno de los dependientes estaba a punto de pulsar el botón de sin ventas de la caja registradora que George había vaciado.

—¡Eh, tú! —gritó Blaze, llamándolo con la mano.

El dependiente se acercó... pero no mucho.

—¿Puedo ayudarle, señor?

—¿Este establecimiento tiene restaurante?

El dependiente parecía aliviado.

—Primera planta.

—Gracias, tío —dijo Blaze.

Con el pulgar y el índice de la mano derecha hizo el gesto de una pistola, le lanzó al dependiente un disparo invisible y se fue hacia la escalera mecánica. El dependiente lo observó. Cuando regresó a la caja registradora, donde todos los compartimientos estaban vacíos, Blaze ya se encontraba en la calle. George lo esperaba en un oxidado Ford robado. Y así fue como escaparon.

Recaudaron trescientos cuarenta dólares. George lo dividió en dos partes iguales. Blaze estaba extasiado. Nunca había hecho un trabajo más sencillo. George era un maestro. Podrían hacer el mismo timo por toda la ciudad.

George llevaba todo aquello con la modestia de un mago de tercera que realiza sus trucos delante de los niños en una fiesta de cumpleaños. No le contó a Blaze que el truco se remontaba a sus días de estudiante, cuando dos colegas empezaban a pelearse delante del mostrador de una carnicería y, mientras el dueño intentaba separarlos, un tercero vaciaba la caja registradora. Tampoco le contó a Blaze que podrían detenerlos al tercer intento, si no al segundo. Él simplemente asentía, se encogía de hombros y disfrutaba del pasmo del grandullón. ¿Pasmo? Blaze estaba jodidamente impresionado.

Condujeron hasta Boston, se detuvieron en una tienda de licores y se llevaron dos botellas de Old Granddad. Más tarde fueron a la doble sesión del Constitution, en Washington Street, y vieron choques de automóviles y hombres con armas automáticas. Cuando salieron, a las diez de la noche, estaban como una cuba. Les habían robado los cuatro tapacubos del Ford. George, aun sabiendo que los tapacubos eran igual de mierdosos que el resto del coche, se volvió loco. Entonces se dio cuenta de que además habían rasgado con una llave la pegatina del parachoques en la que ponía vota demócrata y se echó a reír. Se sentó en la acera y siguió riéndose hasta que las lágrimas le recorrieron las cetrinas mejillas.

—Nos ha robado un amante de Reagan —dijo—. ¡Putas palabras!

—Quizá el tipo que ha estropeado la pegatina del *parracoches* no es el mismo que se ha llevado los tapacubos —dijo Blaze. Se sentó junto a George. La cabeza le daba vueltas, pero eran unas vueltas buenas. Vueltas agradables.

—¡*Parracoches!* —gritó George. Se inclinó hacia delante como si le doliera el estómago, pero chillaba de la risa y daba palmadas en el suelo con los pies—.

¡Siempre supe que había una palabra para Barry Goldwater! ¡Jodido *parracoches*! Entonces dejó de reírse. Miró a Blaze con ojos llorosos y solemnes y le dijo:
—Blazer, acabo de mearme encima.

Blaze se echó a reír. Rio hasta que cayó de espaldas en la acera. Nunca se había reído tan fuerte, ni siquiera con John Cheltzman.

Dos años más tarde empapelaron a George por usar cheques falsos. A Blaze volvió a sonreírle la suerte. Mientras la policía detenía a George en la entrada de un bar de Danvers, él estaba con gripe. Lo condenaron a tres años, una dura condena para ser su primer delito como falsificador, pero George era un conocido estafador y el juez un conocido pateador de culos. Incluso un *parracoches*. Al final, entre los indultos y la reducción de condena por buena conducta, cumplió veinte meses.

Antes de la sentencia, George habló con Blaze.

—Me voy a Walpole, grandullón. Por lo menos un año. Probablemente más.

—Pero tu abogado...

—El cabrón no podría defender al Papa contra un cargo de violación. Escucha: aléjate de Moochie's.

—Pero Hank dijo que si me acercaba por allí, él podría...

—Y aléjate también de Hankie. Consigue un trabajo normal hasta que yo salga, así es como tú haces las cosas. No intentes dar ningún golpe tú solo. Eres demasiado bobo. Lo sabes, ¿verdad?

—Sí —dijo Blaze con una sonrisa que ocultaba sus ganas de llorar.

George se percató y le dio un puñetazo en el brazo.

—Estarás bien —le dijo.

Luego, mientras Blaze se marchaba, George lo llamó. Blaze se dio la vuelta. George hizo un ademán impaciente hacia su frente. Blaze asintió e inclinó la visera de la gorra hacia el lado de la buena suerte. Sonrió. Pero en su interior seguía llorando.

Intentó volver a su antiguo trabajo, pero le parecía una lata después de la vida con George. Lo dejó y se buscó algo mejor. Durante un tiempo trabajó de gorila en un local del Combat Zone, pero no servía para eso. Tenía un corazón demasiado blando.

Regresó a Maine, consiguió un trabajo en la producción de pasta de papel y esperó a que George saliera de la cárcel. Le gustaba hacer pasta de papel, y le encantaba transportar árboles de navidad desde el sur. Le gustaba el aire fresco y

los horizontes despejados de edificios altos. A veces la ciudad estaba bien, pero el bosque era más tranquilo. Había pájaros; a menudo podías ver ciervos vadeando un estanque y tu corazón se marchaba con ellos. Con certeza no echaría de menos el metro ni las mareas de gente apretujada. Pero cuando George le dejó una nota —«Salgo el viernes, espero verte»—, Blaze se puso manos a la obra y se marchó de nuevo al sur de Boston.

George había aprendido un buen surtido de nuevas estafas en Walpole. Las pusieron en práctica igual que una anciana prueba un automóvil nuevo. La que tuvo más éxito fue la estafa-marica. La muy jodida funcionó durante tres años como la seda, hasta que detuvieron a Blaze realizando lo que George llamaba «el golpe de Jesús».

George se llevó algo más de su estancia en la prisión: la idea de cometer un gran golpe y retirarse. Porque, como le dijo a Blaze, no podía pasarse los mejores años de su vida timando a homosexuales en bares donde todo el mundo iba vestido como en *The Rocky Horror Picture Show*, ni traficando con enciclopedias falsas, ni cometiendo el timo de la estampita. No, daría un gran golpe y se retiraría. Aquello se convirtió en su mantra.

Un profesor de instituto llamado John Burgess, encerrado por homicidio, había sugerido el secuestro.

—¡Tú deliras! —dijo George, horrorizado.

Estaban en el patio haciendo los ejercicios de las diez en punto: comerse un plátano y observar a algunos imbéciles jugar al fútbol a su alrededor.

—Tiene mala fama porque es el crimen que eligen los idiotas —dijo Burgess. Era un hombre delgaducho con calvicie incipiente—. Secuestrar a un bebé, eso es lo que te hace falta.

—Sí, como a Hauptmann —dijo George, y se agitó adelante y atrás como si estuviera electrocutándose.

—Hauptmann era un idiota. Demonios, Rasp, bien organizado, el secuestro de un bebé difícilmente puede salir mal. ¿Qué diría el niño cuando le preguntaran quién lo hizo? ¿Guu-guu ga-ga? —comenzó a reír.

—Sí, pero la presión es mucha —dijo George.

—Claro, claro, la presión. —Burgess sonrió y se tiró de la oreja. Él era un gran tirador de orejas—. Podría haber mucha presión. Los secuestros de bebés y los asesinatos de polis siempre conllevan mucha presión. ¿Sabes qué dijo Harry Traman sobre eso?

—No.

—Dijo: si no eres capaz de soportar la presión, lárgate de la cocina.

—No puedes recoger el rescate —dijo George—. Y si lo recoges, el dinero estará marcado. Eso está más claro que el agua.

Burgess levantó un dedo, como un profesor. Entonces hizo ese estúpido gesto: se tiró de la oreja, y estropeó la imagen.

—Estás dando por sentado que los polis estarán metidos en el asunto. Si logras asustar a la familia lo suficiente, accederán a hacer el intercambio en privado —hizo una pausa—. E incluso si el dinero estuviera marcado... ¿estás diciendo que no conoces a nadie que...?

—Quizá sí. Quizá no.

—Hay gente que compra dinero marcado. Para ellos solo se trata de otra inversión, como el oro o los bonos del Estado.

—Pero... recoger el botín... ¿qué pasa con eso?

Burgess se encogió de hombros y se inclinó sobre su oído.

—Muy fácil. Haz que lo lancen desde un avión.

Luego se levantó y se alejó.

A Blaze lo sentenciaron a cuatro años por el timo de Jesús. George le dijo que si mantenía el hocico limpio le parecería un suspiro. A lo sumo serían dos años, dijo, y dos años resultaron ser. Aquellos años no fueron muy diferentes a los que pasó encerrado después de darle una paliza a La Ley; solo que los compañeros de celda eran más viejos. No pasó ningún día incomunicado. Cuando se sentía como un saco de nervios durante las noches eternas o los interminables encierros en los que no disfrutaban de privilegios, escribía a George. Su ortografía era desastrosa, y sus cartas, largas. George a menudo no respondía, pero el tiempo que Blaze tardaba en componer su redacción, lo laborioso que le resultaba, llegó a convertirse en su calmante. Mientras escribía, se imaginaba a George detrás de él, leyendo por encima de su hombro.

—Lavantería de la prición —decía George—. ¡Putas palabras!

—¿En qué me he equivocado, George?

—L-a-v-a-n-d-e-r-í-a, lavandería. P-r-i-s-i-ó-n, prisión. Lavandería de la prisión.

—Oh, sí. Claro.

Su ortografía y puntuación mejoraron a pesar de que nunca pudo usar un diccionario.

En otra ocasión:

—Blaze, no estás aprovechando tu ración de cigarrillos.

Aquello fue durante la edad de oro, cuando las tabacaleras regalaban pequeños paquetes de muestra.

—Casi no fumo, George. Ya lo sabes. Se me acumulan.

—Escúchame, Blazer. El viernes los coges y el martes siguiente, cuando todos se maten por un cigarrillo, los vendes. Así es como hacemos las cosas.

Blaze comenzó a hacer eso. Le sorprendió la cantidad de gente que pagaba por un cigarrillo que ni siquiera te colocaba.

En otra ocasión:

—Hablas raro, George —dijo Blaze.

—Pues claro. Me han quitado cuatro jodidos dientes. Duele que te cagas.

La siguiente vez que le permitieron telefonar, Blaze lo llamó, pero no a cobro revertido sino alimentando el teléfono con las monedas que había reunido vendiendo cigarrillos en el mercado negro. Le preguntó cómo estaban sus dientes.

—¿Qué dientes? —dijo George con un gruñido—. Probablemente el puto dentista los lleva alrededor del cuello como un congoleño —hizo una pausa—. ¿Cómo sabes que me los han quitado? ¿Te lo ha dicho alguien?

De pronto, Blaze sintió que estaban a punto de descubrirlo haciendo algo vergonzoso, como meneársela en una capilla.

—Sí —dijo—. Alguien me lo dijo.

Cuando Blaze salió de la cárcel se dirigieron al sur, hasta la ciudad de Nueva York, pero a ninguno de los dos le gustó. A George le robaron la cartera, lo que tomó como una afrenta personal. Se desplazaron a Florida y pasaron un miserable mes en Tampa, sin blanca e incapaces de cometer un golpe. Volvieron al norte, no a Boston sino a Portland. George dijo que quería veranear en Maine y fingir que era un jodido rico republicano.

No mucho después de que llegasen, George leyó en el periódico una noticia sobre los Gerard: lo ricos que eran, cómo el más joven de los Gerard acababa de casarse con una guapa latina de mierda. La idea del secuestro de Burgess resurgió en su cabeza: el último gran golpe. Pero no había ningún bebé a la vista, todavía no, así que regresaron a Boston.

Boston en invierno, Portland en verano llegó a convertirse en la rutina de los dos años siguientes. A principios de junio, conducían hacia el norte en algún trasto viejo con lo que les quedaba de las ganancias del invierno que llevaban escondidas en la rueda de repuesto: el primer año, setecientos dólares; el segundo, doscientos. En Portland daban un golpe si el golpe se presentaba por sí mismo. En caso contrario, Blaze se dedicaba a pescar y a veces preparaba alguna trampa en el bosque. Fueron un par de veranos felices para él. George tomaba el sol tumbado en el suelo e intentaba broncearse (en vano, solo se quemaba), leía los periódicos, ahuyentaba a los tábanos, y apoyaba a Ronald Reagan (a quien llamaba el Viejo Papi Elvis Blanco) hasta la muerte.

Entonces, el 4 de julio del segundo verano en Maine, se enteró de que Joe Gerard III y su esposa armenia habían sido padres.

Blaze estaba jugando al solitario en el porche de la cabaña y escuchando la radio. George la apagó.

—Escucha, Blazer —dijo—. Tengo una idea.

Tres meses más tarde estaba muerto.

Habían ido regularmente a jugar a los dados, y nunca había habido ningún problema. Era un juego a la vista. Blaze no jugaba, pero a menudo acompañaba a George, que tenía bastante buena suerte.

Aquella noche de octubre, George hizo seis buenas tiradas. El hombre arrodillado frente a él, al otro lado del tapete, apostaba siempre en su contra. Y ya había perdido cuarenta dólares. La partida se desarrollaba en un almacén, cerca de los muelles, que olía a pescado podrido, cereal fermentado, sal, gasolina. Cuando el lugar estaba en calma, podías oír el tac tac tac de las gaviotas caminando por el tejado. El hombre que había perdido cuarenta dólares se llamaba Ryder. Decía que era medio indio penobscot, y lo parecía.

Cuando George recogió los dados por séptima vez en lugar de pasar el turno, Ryder puso veinte dólares más sobre el montón.

—Vamos, dados —balbució George. Le brillaba la cara. Llevaba la gorra inclinada hacia la izquierda—. Vamos dados, vamos, vamos, vamos.

Los dados cayeron sobre la manta y sumaron once puntos.

—¡Siete de una vez! —gritó George—. Ve recogiendo el botín, Blazecito, papá va a por el número ocho. ¡Ocho y me como un bizcocho!

—Has hecho trampa —dijo Ryder. Su voz era suave y distante.

George se quedó petrificado antes de recoger los dados.

—¿Qué?

—Trucaste los dados.

—Vamos, Ryde —dijo alguien—. Él no...

—Dame mi dinero —dijo Ryde. Extendió el brazo sobre el tapete.

—Lo que te voy a dar es un brazo roto si no dejas de decir gilipolleces —dijo George—. Eso es lo que te voy a dar, corazón.

—Dame mi dinero —repitió Ryder, aún con el brazo extendido.

Siguió uno de esos instantes en silencio y Blaze oyó a las gaviotas en el tejado: tac tac tac.

—Que te follen —dijo George, y le apartó el brazo con una palmada.

Entonces todo ocurrió muy rápido, como esas cosas ocurren siempre. La rapidez es lo que hace que la mente se tambalee o reaccione. Ryder metió la mano

en el bolsillo de sus vaqueros como un relámpago, y cuando la sacó agarraba una navaja. Ryder pulsó el botón del mango de imitación de marfil y los hombres alrededor del tapete dieron un paso atrás.

—¡Blaze! —gritó George.

Blaze se abalanzó por encima del tapete, hacia Ryder, pero este ya había tomado impulso sobre sus rodillas y había clavado la navaja en el estómago de George. Soltó un alarido. Blaze agarró a Ryder y le machacó la cabeza contra el suelo. Sonó como el crujido de una rama al quebrarse.

George se puso en pie. Miró el puño de la navaja; sobresalía por su camisa. Lo agarró, intentó sacarla e hizo una mueca.

—Joder —dijo—. Oh, joder.

Luego se desplomó.

Blaze oyó un portazo. Oyó pisadas huecas de pies que corrían.

—Sácame de aquí —dijo George. Su camisa amarilla se teñía de rojo alrededor del mango de la navaja—. Recoge el botín... ¡Oh! ¡Jesús, cómo duele!

Blaze amontonó los billetes arrugados. Se los metió en los bolsillos con dedos insensibles. George gemía como un perro en un día caluroso.

—George, déjame que te quite...

—No, ¿estás loco? Me está sosteniendo las tripas. Llévame en brazos, Blaze. ¡Oh, maldito Jesús!

Blaze levantó a George en brazos y este volvió a gritar. La sangre se derramó sobre el tapete y el brillante pelo de Ryder. Debajo de la camisa, el estómago de George estaba tan duro como una mesa. Blaze cargó con él por el almacén y salió al exterior.

—No —dijo George—. Te has olvidado el pan. Nunca te olvides el puto pan.

Blaze pensaba que George se refería al dinero y le dijo que lo tenía, pero George volvió a hablar:

—Y el salami. —Su respiración empezó a acelerarse—. Tengo ese libro, ya sabes.

—¡George!

—Ese libro con la fotografía de...

Pero entonces George se atragantó con su propia sangre. Blaze le dio la vuelta y le palmeó la espalda. Cuando volvió a girarlo, George ya estaba muerto.

Blaze lo posó en las tablas que había fuera del almacén. Se alejó. Luego regresó y le cerró los ojos. Se alejó por segunda vez. Luego regresó una vez más y se arrodilló.

—¿George?

No hubo respuesta.

—¿Estás muerto, George?

No hubo respuesta.

Blaze corrió hacia el coche, se metió dentro y se sentó al volante. El coche chirrió al avanzar y dejó una marca de neumáticos a lo largo de cinco metros.

—Cálmate —dijo George desde el asiento trasero.

—¿George?

—¡Cálmate, maldita sea!

Blaze se tranquilizó.

—¡George! ¡Pasa adelante! ¡Pasa por encima! Espera, me pararé a un lado.

—No —dijo George—. Me gusta ir aquí atrás.

—¿George?

—¿Qué?

—¿Qué vamos a hacer ahora?

—Secuestrar al niño —dijo George—. Como habíamos planeado.

Cuando Blaze salió de la cueva con un salto torpe y puso los pies en el suelo, no tenía ni idea de cuántos hombres le esperaban fuera. Había supuesto que serían docenas. No le importó. La pistola de George se le había caído de la cintura del pantalón, pero eso tampoco le importaba. Avanzó hundiéndose en la nieve y cargó contra el primer hombre que vio. El tipo yacía en la nieve, a poca distancia; se apoyaba sobre los codos y sostenía una pistola con las dos manos.

—¡Manos arriba, Blaisdell! ¡Quédese quieto! —gritó Granger.

Blaze se abalanzó sobre él.

Granger tuvo tiempo de disparar dos veces. El primer disparo impactó en el antebrazo de Blaze. El segundo se perdió en la tormenta de nieve. Entonces Blaze dejó caer sus ciento veinte kilos sobre el tipo que había hecho daño a Joe, y el arma de Granger voló por los aires. Granger gritaba mientras los huesos de su pierna rota chirriaban.

—¡Has herido al bebé! —vociferó Blaze a la cara de Granger mientras sus dedos se posaban en su garganta—. ¡Has herido al bebé, estúpido hijo de puta, has herido al bebé, has herido al bebé!

La cabeza de Granger se aflojó, asentía como si quisiera decir que lo comprendía, que había pillado el mensaje. El rostro se le volvió púrpura y los ojos parecían salirse de las órbitas.

Ya vienen.

Blaze dejó de asfixiar al tipo y miró en derredor. No había nadie a la vista. El bosque permanecía en silencio salvo por el viento y el suave siseo de la nieve al caer.

No, había otro ruido. Era Joe.

Blaze recorrió el terraplén hasta la cueva. Joe estaba revolcándose, gimiendo y golpeando el aire. La esquirla de piedra le había hecho más daño que la caída desde la cuna; tenía la mejilla cubierta de sangre.

—¡Maldita sea! —gritó Blaze.

Levantó a Joe, le limpió la mejilla, lo envolvió con las mantas de nuevo y le puso el gorro. Joe tosió y berreó.

—Tenemos que irnos ya, George —dijo Blaze—. A toda pastilla. ¿De acuerdo?

No hubo respuesta.

Blaze se dirigió hacia el exterior de la cueva abrazando al bebé contra su pecho, hizo frente al viento y comenzó la marcha hacia el camino de tierra.

—¿Dónde lo dejó Corliss? —preguntó Sterling a Franklin.

Los hombres se habían detenido en la linde del bosque; respiraban agitadamente.

Franklin señaló con el dedo.

—Por allí. Puedo encontrarlo.

Sterling se volvió hacia Bradley.

—Avise a su gente. Y al sheriff del condado de Cumberland. Quiero peinar ese camino de tierra desde ambos extremos. ¿Qué hay más allá si se sale del camino?

Bradley ladró una carcajada.

—Nada, salvo el río Royal. Me gustaría verle vadearlo.

—¿Todavía está helado?

—Claro, pero no lo bastante para caminar por encima.

—De acuerdo. Démonos prisa. Franklin, encabece la marcha. Ese tipo es muy peligroso.

Descendieron por la primera pendiente y, cincuenta metros bosque adentro, Sterling hizo una marca azul y gris en el tronco de un árbol.

Franklin iba el primero.

—Corliss —dijo.

—¿Está muerto? —preguntó Sterling al tiempo que se ponía a su altura.

—Oh, sí. —Franklin señaló hacia las huellas; eran poco más que vagas marcas.

—Vamos —dijo Sterling, y esta vez se puso en cabeza.

Encontraron a Granger cinco minutos más tarde. Las señales de su garganta tenían al menos dos centímetros de profundidad.

—Ese tipo es una bestia —dijo alguien.

Sterling señaló hacia la nieve.

—Ahí hay una cueva. Estoy casi seguro. Quizás haya abandonado al niño.

Dos policías estatales avanzaron torpemente hacia el parche triangular de sombra. Uno de ellos se detuvo, se inclinó, recogió algo de la nieve. Lo mantuvo en alto.

—¡Una pistola! —gritó.

Como si fuéramos ciegos, pensó Sterling.

—No nos interesa la puta pistola. ¡Busquen al niño! ¡Y tengan cuidado!

Uno de ellos se arrodilló, enfocó con la linterna y se arrastró tras el haz de luz. El otro se agachó, puso las manos en las rodillas, escuchó y luego se volvió hacia Sterling y Franklin.

—¡No está aquí!

Las huellas que habían dejado desde el camino de tierra hasta la cueva se habían difuminado antes incluso de que los policías salieran de la cueva. No eran más que leves hendiduras en la nieve recién caída.

—No puede llevarnos más de diez minutos de ventaja —dijo Sterling a Franklin. Luego elevó la voz—: ¡Desplieguense! ¡Lo rastrearemos por este camino!

Se pusieron en marcha a toda prisa, Sterling pisando las huellas de Blaze.

Blaze corría.

Avanzaba tropezando, chocando con marañas de arbustos y matorrales mientras intentaba encontrar una salida inclinado sobre Joe para evitar que las afiladas ramas le arañasen. La respiración le rasgaba los pulmones. Oía tenues gritos detrás de él. El sonido de aquellas voces lo llenó de pánico.

Joe gritaba, tosía y se agitaba, pero Blaze lo abrazó con más fuerza. Solo un poco más, un poco más allá, y llegarían al camino de tierra. Allí encontrarían automóviles. Coches de policía, pero eso no le preocupaba. Siempre y cuando hubiesen dejado las llaves en el contacto. Conduciría lo más rápido y lejos que pudiese, luego abandonaría el coche patrulla y buscaría otro vehículo. Un camión estaría bien. Aquellos pensamientos pasaban por su cabeza como enormes dibujos animados.

Tropezó con una zona pantanosa donde el fino hielo que cubría los montículos de alrededor se había descongelado y lo sumía hasta los tobillos en agua helada. Siguió avanzando y llegó hasta una alta pared de zarzas. Se abrió paso a través de ellas, de espaldas para proteger a Joe. Una rama se enganchó en el gorro del niño y salió disparado como por un tirachinas hacia la maleza. No había tiempo para volver a buscarlo.

Joe miraba a todas partes con los ojos llenos de terror. Sin el cálido gorro que evitaba que el aire frío le golpeará la cara, comenzó a gemir más fuerte. Su llanto era más agudo. Detrás de ellos, la sorda voz azul de la ley gritaba algo inaudible. No importaba. Nada importaba, solo llegar al camino.

El terreno comenzó a inclinarse hacia arriba. El avance, en cambio, se hizo un poco más sencillo. Blaze alargó sus zancadas, corría por su vida. Y la de Joe.

Sterling también había acelerado el paso, y había sacado a los demás treinta metros de ventaja. Estaba recuperando terreno. ¿Por qué no? El cabronazo le estaba despejando el camino por él. El *walkie* carraspeó en su cinturón. Sterling lo cogió pero no pudo calmar su respiración, solo pulsó el botón dos veces.

—Soy Bradley, ¿me recibe?

—Sí.

Esto fue todo. Sterling necesitaba todo su aliento para correr. El pensamiento más coherente de su cabeza, superponiéndose a los otros como una película de color rojo brillante, era que aquel jodido asesino había matado a Granger. Había matado a un agente.

—El sheriff del condado ha situado a sus unidades en el camino de tierra, jefe. La policía estatal mandará refuerzos tan pronto como sea posible. Cambio.

—Bien. Cambio y corto.

Echó a correr. Cinco minutos más tarde encontró un gorro rojo tirado en la nieve. Sterling lo guardó en el bolsillo de su abrigo y continuó corriendo.

Blaze se abrió paso a lo largo de los últimos cincuenta metros hasta el camino de tierra, casi sin respiración. Joe ya no lloraba; no le quedaba aliento para el llanto. La nieve se había acumulado sobre los párpados y las pestañas haciéndolos muy pesados.

Blaze cayó de rodillas dos veces, y las dos veces apartó los brazos a un lado para amortiguar el golpe al bebé. Al fin alcanzó la cima de la pendiente. Y bingo. Al menos había cinco coches vacíos de la policía estatal aparcados aquí y allá.

Detrás de él, Albert Sterling salió del bosque y miró arriba, hacia la pendiente por la que Blaze acababa de subir. Demonios, allí estaba. Ahí estaba por fin el cabronazo.

—¡Alto, Blaisdell! ¡FBI! ¡Deténgase y ponga las manos en alto!

Blaze miró por encima del hombro. El poli parecía diminuto desde allí arriba. Blaze se giró y echó a correr hacia el camino. Se detuvo en el primer coche y miró el interior. Una vez más, bingo. Las llaves colgaban del contacto. Estaba a punto de colocar a Joe en el asiento, al lado del taco de multas, cuando oyó un motor. Se volvió y atisbó un pequeño coche blanco que avanzaba hacia él. Miró al otro lado y vio otro coche.

—¡George! —gritó—. ¡Oh, George!

Abrazó a Joe. Ahora la respiración del bebé era muy rápida y superficial, idéntica a la de George después de que Ryder lo apuñalara. Blaze cerró de un portazo el coche de la policía estatal, lo rodeó y se quedó frente al capó.

Un ayudante del sheriff del condado de Cumberland se asomaba por la ventanilla del coche que se aproximaba desde el norte. En una mano enguantada llevaba un megáfono alimentado por baterías.

—¡Quieto, Blaisdell! ¡Se acabó! ¡Quédate dónde estás!

Blaze cruzó corriendo al otro lado del camino y alguien le disparó. La nieve saltó a su izquierda. Joe soltó una serie de gemidos secos.

Blaze se precipitó fuera del camino dando gigantescas zancadas. Otra bala pasó silbando cerca de su cabeza y arrancó astillas y trozos de corteza del tronco de un abedul. Un poco más adelante tropezó con una raíz oculta bajo la nieve reciente. Cayó de bruces en la nieve, con el bebé debajo de él. Se puso en pie penosamente y pasó la mano por el rostro de Joe. Lo tenía cubierto de nieve.

—¡Joe! ¿Estás bien?

Joe respiraba con roncós y convulsos gemidos. Parecía que transcurría una era entre cada uno de ellos.

Blaze echó a correr.

Sterling llegó al camino y lo cruzó. Uno de los coches del sheriff del condado se había detenido después de derrapar en el extremo más alejado del camino. Los agentes se habían apeado y escrutaban el bosque con la pistola en alto.

Las mejillas de Sterling estaban entumecidas y sentía frío en las encías, por lo que supuso que estaba sonriendo.

—Tenemos a ese cabrón.

Echó a correr hacia el terraplén.

Blaze se escabulló a través de un bosquecillo de álamos y fresnos. Al otro lado había campo abierto. Los árboles y la maleza desaparecieron. Había también una amplia quietud blanca: el río. En la otra orilla, una masa verde grisácea de abetos y pinos se recortaba contra el horizonte nevado.

Blaze comenzó a caminar sobre el hielo. Había dado nueve pasos cuando el hielo se resquebrajó. Se hundió en el agua helada hasta los muslos. Luchando por recobrar el aliento, regresó tambaleándose a la orilla y salió del agua.

Sterling y los dos agentes aparecieron desde la última hilera de árboles.

—FBI —dijo Sterling—. Deja al bebé en la nieve y da un paso atrás.

Blaze giró a la derecha y comenzó a correr. Respiraba aceleradamente y le costaba que el aire bajara por su garganta.

Buscó un pájaro, algún pájaro sobre el río, pero no vio ninguno. Fue a George a quien vio. George, de pie a unos ocho metros de distancia más o menos. Estaba

cubierto en su mayor parte por la nieve, pero Blaze vio la gorra, inclinada hacia el lado izquierdo, el de la buena suerte.

—¡Vamos, Blaze! ¡Vamos, lentorro! ¡Enséñales cómo corres! ¡Enséñales cómo hacemos las cosas, maldita sea!

Blaze aceleró. La primera bala le hirió en la pantorrilla derecha. Disparaban bajo para proteger al bebé. No se cayó; ni siquiera sintió el disparo. La segunda bala impactó en la parte de atrás de la rodilla y le voló la rótula en una rociada de sangre y fragmentos de hueso. Blaze no lo notó, siguió corriendo. Sterling afirmaría más tarde que nunca lo habría creído posible, pero el cabrón seguía corriendo. Como un alce con las tripas colgando.

—¡Ayúdame, George! ¡Estoy en apuros!

George ya no estaba allí, pero Blaze oía su afónica y aguda voz; le llegaba a través del viento.

—Lo sé, pero ya casi lo has conseguido. Vamos, chaval.

Blaze hizo un último esfuerzo. Les estaba ganando. Estaba recuperando las fuerzas. Al final, él y Joe conseguirían escapar. Por los pelos, pero todo iba a terminar bien. Miró el río con los ojos entornados, intentando ver a George. O a un pájaro. Un solo pájaro.

La tercera bala impactó en su glúteo derecho, en ángulo, destrozándole la cadera. La bala también se hizo añicos. El trozo más grande de su cadera sobresalía un poco y le había rasgado el intestino grueso. Blaze se tambaleó, casi cayó, luego siguió corriendo.

Sterling apoyó una rodilla en el suelo y agarró la pistola con ambas manos. Apuntó rápidamente, casi sin miramientos. El truco era no pensar demasiado. Confiar en la coordinación mano-ojo y que esta hiciera su trabajo.

—Jesús, hágase tu voluntad —dijo.

La cuarta bala —la primera de Sterling— impactó en la parte baja de la espalda de Blaze y le rompió la médula espinal. Sintió como si lo hubiese golpeado una mano enorme con un guante de boxeo justo encima de los riñones. Cayó al suelo, y Joe voló de sus brazos.

—¡Joe! —gritó, y comenzó a arrastrarse sobre los codos.

Los ojos de Joe estaban abiertos; lo miraban fijamente.

—¡Va a por el niño! —chilló uno de los agentes.

Blaze extendió la mano y alcanzó a Joe. La mano de Joe buscaba algo a lo que asirse y la encontró. Sus delgados dedos rodearon el pulgar de Blaze.

Sterling, de pie al lado de Blaze, jadeaba. Habló en voz baja, para que los agentes no pudieran oírle.

—Esto es por Bruce, cielo.

—¿George? —dijo Blaze.

Entonces Sterling apretó el gatillo.

Extracto de una conferencia de prensa mantenida el 10 de febrero:

R: ¿Cómo está Joe, señor Gerard?

Gerard: El doctor dice que se pondrá bien, gracias a Dios. Está débil y permanecerá ingresado un tiempo, pero la neumonía ha remitido. No hay duda de que es un luchador.

R: ¿Algún comentario sobre el modo en que el FBI ha llevado el caso?

Gerard: Por supuesto. Han hecho un gran trabajo.

R: ¿Qué van a hacer ahora usted y su esposa?

Gerard: ¡Iremos a Disneylandia!

[Risas].

R: En serio.

Gerard: ¡Casi es en serio! Cuando el doctor le dé el alta a Joey, nos iremos de vacaciones. A algún sitio cálido, con playas. Luego, en casa, trabajaremos duro para olvidar esta pesadilla.

Blaze fue enterrado en el sur de Cumberland, a menos de quince kilómetros de Hetton House y más o menos a la misma distancia de la casa donde su padre lo lanzó escalera abajo. Como la mayoría de los indigentes de Maine, fue enterrado en el pueblo. Aquel día no salió el sol, ni acudieron dolientes. Salvo los pájaros. La mayoría, cuervos. Siempre hay cuervos cerca de los cementerios. Llegaron, se posaron en las ramas, y luego volaron a dondequiera que los pájaros vayan.

Joe Gerard IV yacía tras las paredes de cristal de una cuna de hospital. Ya estaba recuperado. Su madre y su padre se lo llevarían de regreso a casa ese mismo día, pero él no lo sabía.

Tenía un nuevo diente, eso lo sabía; dolía. Tumbado boca arriba, miraba los pájaros sobre la cuna. Colgaban de cables, y volaban siempre que un soplo de aire los ponía en movimiento. En ese momento no se movían, y Joe empezó a llorar.

Un rostro se inclinó sobre él y una voz lo arrulló. Era el rostro equivocado, y Joe lloró más fuerte.

El rostro frunció los labios y sopló hacia los pájaros. Los pájaros volaron. Joe dejó de llorar. Miraba los pájaros. Los pájaros le hacían reír. Olvidó los rostros equivocados, y olvidó el dolor de su nuevo diente. Miraba los pájaros volar.

(1973)

MEMORIA

Por Stephen King

Los recuerdos son caprichosos; si dejas de perseguirlos y les das la espalda, a menudo regresan por sí mismos. Eso es lo que Kamen dice. Yo le aseguro que nunca perseguí el recuerdo de mi accidente. Algunas cosas, digo yo, están mejor en el olvido.

Quizá, pero tampoco importa. Eso es lo que Kamen dice.

Me llamo Edgar Freemantle. Solía realizar grandes negocios en el mundo de la construcción. Eso fue en Minnesota, en mi otra vida. En ella era un genuino triunfador americano, me abrí camino como un hijo de puta y, para mí, todo salió bien. Cuando Minneapolis-St. Paul prosperaba, también lo hacía la Compañía Freemantle. En épocas de vacas flacas, nunca trataba de forzar las cosas. Pero seguía mis corazonadas, y la mayoría de ellas salían bien. Cuando cumplí los cincuenta, Pam y yo poseíamos una fortuna de cuarenta millones de dólares. Y lo que hubo entre nosotros aún funcionaba. Miraba a otras mujeres de tanto en cuanto, pero nunca me aparté del buen camino. Al final de nuestra particular Edad Dorada, una de nuestras hijas estaba en Brown y la otra enseñaba en un programa de intercambio extranjero. Justo antes de que las cosas empeoraran, mi mujer y yo estábamos planeando ir a visitarla.

Tuve un accidente en una obra. Eso es lo que ocurrió. Me hallaba en mi camioneta. El lado derecho de mi cráneo quedó aplastado. Mis costillas se rompieron. Mi cadera derecha se hizo añicos. Y aunque conservé el sesenta por ciento de la vista en el ojo derecho (más en un día bueno), perdí casi todo el brazo derecho.

Se suponía que iba a perder la vida, pero no fue así. Después se suponía que me convertiría en un Simpson Vegetal, un Homer Comatoso, pero eso tampoco ocurrió. Cuando recobré el conocimiento era un americano confundido, pero lo peor había pasado. Para entonces, mi mujer también había pasado. Ahora está casada con un tipo que es dueño de una cadena de boleras. A mi hija mayor le gusta. La más joven cree que es un salido. Mi mujer dice que ya se le pasará.

Quizá sí, quizá no. Eso es lo que Kamen dice.

Cuando digo que estaba confundido, quiero decir que al principio no reconocía a la gente, o no sabía qué había sucedido, o por qué notaba un dolor tan terrible. Ya no puedo recordar la cualidad y el grado de aquel dolor. Sé que era insoportable, pero eso es bastante abstracto. Como la fotografía de una montaña en la revista *National Geographic*. En aquel momento no era abstracto. En aquel momento se parecía más a escalar una montaña.

Quizá lo peor fuera el dolor de cabeza. No remitía. Tras mi frente siempre era medianoche en la mayor relojería del mundo. Como mi ojo derecho estaba jodido, veía el mundo a través de una película de sangre, y apenas sabía lo que era el mundo. Pocas cosas poseían nombre. Recuerdo un día que Pam estaba en la habitación (todavía me encontraba en el hospital, esto fue antes de la clínica de reposo), junto a mi cama. Yo sabía quién era, pero estaba sumamente enfadado porque ella seguía de pie cuando había una de esas cosas sobre las que apoyas directamente el culo.

—Acerca el amigo —dije—. Siéntate en el amigo.

—¿Qué quieres decir, Edgar? —preguntó.

—¡El amigo, el compinche! —grité—. ¡Acerca el puñetero colega, zorra estúpida!

Mi cabeza me estaba matando y ella empezó a lloriquear. La odié por eso. No tenía motivos para ponerse a llorar, no era ella la que estaba en la jaula, observándolo todo a través de un borrón rojo. Ella no era el mono en la jaula.

—¡Acerca el camarada y siéntete, por el amor de Dios!

Era lo más cercano a *silla* a lo que llegaba mi retumbante y jodido cerebro.

Estaba enfadado todo el tiempo. Había dos enfermeras viejas a las que llamaba Coño Seco Uno y Coño Seco Dos, como si fueran personajes de un sucio relato de Dr. Seuss. Había un voluntario al que llamaba Pastillas, no tenía ni idea de por qué, pero aquel apodo también encerraba algún tipo de connotación sexual. Al menos para mí. A medida que recuperaba las fuerzas, trataba de pegar a la gente. En dos ocasiones intenté apuñalar a Pam, y la primera vez tuve éxito, aunque fue con un cuchillo de plástico. Aun así tuvieron que ponerle puntos en el antebrazo. En cuanto a mí, aquel día tuvieron que atarme.

Esto es lo que recuerdo más claramente de aquella parte de mi otra vida: una calurosa tarde hacia el final de mi estancia en la cara clínica de reposo, el aire acondicionado estropeado, atado en la cama, un culebrón en la televisión, mil campanas repicando en mi cabeza, el dolor que abrasaba el lado derecho de mi cuerpo como un atizador, el picor de mi brazo perdido, el temblor de mis dedos perdidos, el dosificador de morfina junto a la cama soltando un apagado DONG que significaba que no podía tener más durante un rato, y una enfermera que sale

nadando de lo rojo, una criatura acercándose a mirar al mono de la jaula, y la enfermera dice:

—¿Está preparado para hablar con su mujer?

Y yo digo:

—Solo si ha traído una pistola con la que dispararme.

Crees que esa clase de dolor no pasará, pero lo hace. Me mandaron a casa, el rojo empezó a escurrirse de mi vista, y apareció Kamen. Es un psicólogo especializado en hipnoterapia. Me enseñó algunos trucos ingeniosos para controlar los dolores y picores fantasmas de mi brazo perdido. Y me trajo a Reba.

—Esta no es una terapia psicológica adecuada para el tratamiento de la ira —dijo el doctor Kamen, aunque supongo que tal vez mintió para hacer a Reba más atractiva.

Me explicó que debía darle un nombre odioso, así que le puse el de una tía mía que cuando era pequeño me pellizcaba los dedos si no me acababa la verdura. Entonces, menos de dos días después, olvidé su nombre. Solo podía pensar en nombres de chico, cada uno de los cuales me ponía más furioso: Randall, Russell, Rudolph, incluso el jodido River Phoenix.

Llegó Pam con mi comida y pude ver que se armaba de valor para hacer frente a uno de mis arrebatos. Pero aunque había olvidado el nombre de la esponjosa muñeca rubia de trapo, recordaba cómo se suponía que debía usarla en esa situación.

—Pam —dije—, necesito cinco minutos para recuperar el control. Puedo hacerlo.

—¿Estás seguro...?

—Sí, simplemente llévate ese codillo de jamón de aquí y retócate el maquillaje. Puedo hacerlo.

No sabía si podría o no, pero eso era lo que se suponía que debía decir: «Puedo hacerlo». Era incapaz de recordar el puto nombre de la muñeca, pero recordaba el «Puedo hacerlo». Una cosa clara sobre la parte convaleciente de mi otra vida es el modo en que seguía diciendo «Puedo hacerlo» incluso cuando sabía que estaba jodido, doblemente jodido, jodido como un muerto bajo un aguacero.

—Puedo hacerlo —repetí, y ella se retiró sin una palabra, con la bandeja todavía en las manos y la taza repiqueteando contra el plato.

Cuando se hubo marchado, sostuve la muñeca frente a mi rostro, mirando sus estúpidos ojos azules mientras mis dedos desaparecían en su estúpido cuerpo flexible.

—¿Cómo te llamas, puta cara de murciélago? —le grité.

Nunca se me ocurrió que Pam estuviera escuchando a través del intercomunicador de la cocina, ella y la enfermera de la mañana. Pero aunque el aparato hubiera estado estropeado, habrían podido oírme a través de la puerta. Tenía buena voz aquel día.

Sacudí a la muñeca con violencia. Su cabeza se movía de un lado a otro y su pelo de pega volaba. Sus ojos de cartón parecían decir: «¡Aayyy, hombre malo!».

—¿Cómo te llamas, zorra? ¿Cómo te llamas, hija de puta? ¿Cómo te llamas, sinvergüenza barata? ¡O me dices tu nombre o te mato! ¡O me dices tu nombre o te mato! ¡O me dices tu nombre o te saco los ojos y te arranco la nariz y te corto las...!

Entonces mi mente sufrió un cortocircuito, algo que todavía me pasa hoy día, cuatro años más tarde, aunque con mucha menos frecuencia. De repente estaba en mi camioneta, con el sujetapapeles traqueteando contra mi vieja fiambrra de acero en el hueco para los pies, bajo la guantera (dudo que fuera el único millonario trabajador en América que llevase una fiambrra, pero probablemente podrían contarse por docenas), y el PowerBook a mi lado, en el asiento. Y en la radio una voz de mujer gritó con fervor evangélico: «¡Era ROJO!». Solo dos palabras, pero con dos bastaba. Era esa canción acerca de una pobre mujer que mete a su bonita hija a prostituta. «Fancy», de Reba McIntire.

Apreté la muñeca contra mí.

—Te llamas Reba. Reba-Reba-Reba. Nunca más lo olvidaré.

Sí lo olvidé, pero la siguiente vez no me enfadé. No. La sostuve contra mí como a una pequeña amante, cerré los ojos, y visualicé la camioneta destrozada en el accidente. Visualicé mi fiambrra de acero traqueteando contra el sujetapapeles, y la voz de la mujer salió de la radio una vez más, exultante, con el mismo fervor evangélico: «¡Era ROJO!».

El doctor Kamen llamó a aquello un gran avance. Mi mujer parecía mucho menos entusiasmada, y el beso que posó en mi mejilla fue de la variedad obligada. Aproximadamente dos meses después me dijo que quería el divorcio.

Por entonces el dolor había disminuido considerablemente o mi mente realizaba ciertos ajustes cruciales a la hora de tratar con él. El dolor de cabeza siempre volvía, pero con menos frecuencia y raramente con tanta violencia. Siempre me encontraba más que preparado para tomar la Vicodina a las cinco y la OxyContina a las ocho (hasta que me los tomaba apenas podía andar con mi muleta canadiense de color rojo brillante), pero mi cadera reconstruida empezaba a soldarse.

Kathi Green, la Reina de la Rehabilitación, venía a Casa Freemantle los lunes, miércoles y viernes. Antes de nuestras sesiones se me permitía tomar una Vicodina extra, y aun así, cuando terminábamos con el ejercicio de doblar las

piernas, que era nuestro apoteósico número final, mis gritos inundaban la casa. La habitación de juegos que había en el sótano se había convertido en una sala de terapia, contaba incluso con una bañera de hidromasaje en la que podía entrar y de la que podía salir por mí mismo. Tras dos meses de fisioterapia (esto sería unos seis meses después del accidente) empecé a bajar allí yo solo por la noche. Kathi dijo que si hacía ejercicio un par de horas antes de acostarme liberaría endorfinas y dormiría mejor. No sé nada acerca de las endorfinas, pero empecé a dormir un poco más.

Fue durante uno de aquellos entrenamientos vespertinos cuando la que había sido mi mujer durante un cuarto de siglo bajó por la escalera y me dijo que quería el divorcio.

Dejé lo que estaba haciendo (abdominales) y la miré. Estaba sentado en una colchoneta. Ella estaba al pie de la escalera, prudentemente al otro lado de la estancia. Podría haberle preguntado si hablaba en serio, pero allí había bastante luz (aquellos fluorescentes alineados) y no fue necesario. De todas formas, no creo que sea la clase de cosas con la que las mujeres bromean seis meses después de que sus maridos casi hayan muerto en un accidente. Podría haberle preguntado por qué, pero lo sabía. Podía ver la pequeña cicatriz blanca de su brazo en el lugar donde la había apuñalado con el cuchillo de plástico de la bandeja del hospital, y eso era realmente lo de menos. Pensé en cuando le dije, no hacía tanto, que se llevara el codillo de jamón y se retocara el maquillaje. Pensé en pedirle que lo meditara, pero la ira regresó. En aquellos días, lo que el doctor Kamen llamaba «ira inapropiada» volvía a menudo. Y lo que sentía justo en ese momento no parecía en absoluto tan inapropiado.

No tenía puesta la camisa. Mi brazo derecho terminaba nueve centímetros por debajo de mi hombro. Lo sacudí hacia ella (eso era lo mejor que podía hacer con el músculo que quedaba).

—Este soy yo mostrándote un dedo —dije—. Lárgate de aquí si es lo que quieres. Lárgate, zarza traidora.

Las primeras lágrimas habían empezado a deslizarse por su rostro, pero trató de sonreír.

—Zorra, Edgar —dijo—. Lo que quieres decir es zorra.

—La palabra es la que yo digo que sea —contesté, y comencé a hacer abdominales de nuevo. Hacerlos cuando te falta un brazo es duro de la hostia; tu cuerpo quiere empujar y hacerte girar hacia ese lado—. Yo no te habría dejado a ti, esa es la cuestión. No te habría dejado. Habría aguantado la mierda y la sangre y las meadas y la cerveza derramada.

—Es diferente —dijo ella. No hacía ningún esfuerzo por enjugarse las lágrimas—. Es diferente y lo sabes. Yo no podría partirme en dos si me diera un

ataque de furia.

—Sería un trabajo de la hostia partirte en dos con un solo bazo —dije; hacía los abdominales más deprisa.

—Me clavaste un cuchillo.

Como si ese fuera el motivo.

—No era más que un rodillo de plástico, estaba medio fuera de mí, y tus últimas palabras en tu jodido lecho de muerte serán: «Eddie me contrató un rodillo de plástico, adiós mundo cruel».

—Intentaste estrangularme —dijo ella en un tono de voz que apenas pude oír.

Dejé de hacer abdominales y la miré boquiabierto.

—¿Que yo te estrangulé? ¡Nunca he intentado estrangularte!

—Sé que no lo recuerdas, pero lo hiciste.

—Cállate —dije—. Quieres el divorcio, y tendrás el divorcio. Pero vete a hacer el caimán a otra parte. Lárgate de aquí.

Subió la escalera y cerró la puerta sin mirar atrás. Cuando se marchó me di cuenta de lo que había querido decir: lágrimas de cocodrilo. Vete a derramar tus lágrimas de cocodrilo a otra parte.

Oh, bueno. Casi como el rock and roll. Eso es lo que Kamen dice. Y yo fui el que terminó largándose.

Sin contar a Pamela Gustafson, en mi otra vida nunca tuve un socio. No obstante, tenía un contable en el que confiaba, y fue Tom Riley el que me ayudó a trasladar las pocas cosas que necesitaba de la casa, en Mendota Heights, a una pequeña casita que teníamos en el lago Phalen, a treinta kilómetros de distancia. Tom, que se había divorciado dos veces, se mostró preocupado por mí todo el camino.

—No deberías dejarle la casa en una situación como esta —dijo—. No a menos que el juez te eche. Es como entregar la ventaja de campo en los *play offs*.

Kathi Green, la Reina de la Rehabilitación, solo tenía un divorcio bajo su cinturón, pero Tom y ella estaban en la misma longitud de onda. Ella creía que yo estaba chalado por mudarme. Estaba sentada en el porche que daba al lago, llevaba leotardos y tenía las piernas cruzadas, me sostenía los pies y me miraba con adusta indignación.

—¿Solo por haberla pinchado con un cuchillo de plástico de hospital cuando apenas podías recordar tu propio nombre? Tras un traumatismo, los cambios de humor y la pérdida de memoria son normales. Tú sufriste tres hematomas subdurales, ¡por el amor de Dios!

—¿Estás segura de que no es hematomas? —le pregunté.

—Al diablo —dijo—. Y si tuvieras un buen abogado, podrías conseguir que pagara por ser tan blandengue. —Algunos cabellos se habían soltado de su coleta, que la llevaba al estilo de la Gestapo de la Rehabilitación, y se los apartó de la frente con un soplido—. Debería pagar por ello. Lee mis labios, Edgar: «Nada de todo esto es culpa tuya».

—Dice que traté de estrangularla.

—Y aunque así fuera, que te estrangule un inválido manco debe de ser muy sobrecogedor. Vamos, Eddie, haz que pague. Estoy segura de que me estoy extralimitando en mis funciones, pero no me importa. No debería estar haciendo lo que está haciendo. Haz que pague.

No mucho después de que me instalara en la casa del lago Phalen, las chicas (las mujeres jóvenes) vinieron a verme. Trajeron una cesta con la merienda y nos sentamos en el porche que daba al lago y miramos el agua y mordisqueamos los sándwiches. El día del Trabajo ya había pasado, y la mayoría de los juguetitos flotantes se habían guardado para otro año. En la cesta había también una botella de vino, pero solo bebí un poco. Con los calmantes, el alcohol me pega fuerte; una sola copa bastaría para que acabara arrastrándome como un borracho. Las chicas (las mujeres jóvenes) se terminaron el resto entre las dos, y eso hizo que se soltaran. Melissa, de regreso de Francia por segunda vez desde mi desventurada discusión con la grúa e infeliz por ello, me preguntó si todos los adultos de cincuenta tenían esos desagradables interludios regresivos, y que si ella debía esperar lo mismo. Ilse, la más joven, empezó a llorar, apoyada en mí, y me preguntó por qué no podía ser como era, por qué no podíamos nosotros (queriendo decir su madre y yo) ser como éramos.

El mal humor de Lissa y las lágrimas de Ilse no eran lo que se dice agradables, pero al menos fueron sinceras, y reconocí ambas reacciones en todos los años que las chicas habían pasado creciendo en la casa en la que vivía con ellas; aquellas respuestas me eran tan familiares como el lunar en el mentón de Ilse o la apenas visible línea vertical entre los ojos de Lissa, que con el tiempo se hundiría en un surco como el de su madre.

Lissa quería saber qué iba a hacer. Le contesté que no lo sabía, y en cierto modo era verdad. Había recorrido una larga distancia hasta decidir acabar con mi vida, pero sabía que, si lo hacía, debía parecer un accidente. No dejaría que ellas dos, que acababan de empezar su propia vida con entradas nuevas en el cinturón, cargaran con la culpa residual del suicidio de su padre. Ni dejaría una carga de remordimientos en la mujer con quien una vez compartí un batido en la cama, los

dos desnudos y riendo y escuchando a la Plastic Ono Band en el equipo de música.

Después de haber tenido la oportunidad de desahogarse —después de un «completo y total intercambio de sentimientos», en el lenguaje de Kamen—, las cosas se calmaron, y mi recuerdo es que verdaderamente pasamos una tarde agradable, mirando viejos álbumes de fotos que Ilse encontró en un cajón y rememorando el pasado. Creo que incluso nos reímos una o dos veces, pero no se puede confiar en todos los recuerdos de mi otra vida. Kamen dice que, en lo que se refiere al pasado, todos amañamos la baraja. Quizá sí, quizá no.

Hablando de Kamen, él fue la siguiente visita que recibí en Casa Phalen. Debí de ser tres días *más* tarde. O tal vez seis. Como muchos otros aspectos de mi memoria durante aquellos meses postaccidente, mi sentido del tiempo estaba bastante chungo. No le había invitado; tenía que agradecerse a la dominatrix de mi rehabilitación.

Aunque seguramente no tenía más de cuarenta años, Xander Kamen caminaba como un hombre mucho mayor y respiraba con dificultad incluso cuando estaba sentado, espiando el mundo a través de unas gafas de cristales gruesos y sobre la enorme pera que tenía por barriga. Era muy alto y muy afroamericano, con rasgos tan marcados que no parecían reales. Aquellos ojos grandes de mirada fija, aquel mascarón de proa que era su nariz y aquellos labios totémicos eran imponentes. Kamen parecía un dios menor vestido con un traje de Men's Wearhouse. También parecía un candidato excelente a sufrir un fatal ataque al corazón o una embolia antes de su cincuenta cumpleaños.

Rechazó mi oferta de una taza de café o una Coca-Cola diciendo que no podía quedarse, y luego puso su maletín a su lado, en el sofá, como para contradecir lo anterior. Se hundió a cinco brazas de profundidad junto al apoyabrazos (y cada vez más, a medida que pasaba el tiempo; temí por los muelles), me miraba y resollaba con benevolencia.

—¿Qué te trae hasta aquí? —le pregunté.

—Oh, Kathi me ha dicho que estás planeando suicidarte —dijo. Podía haber usado el mismo tono para decir: «Kathi me ha dicho que estás dando una fiesta en el jardín y que hay rosquillas recién hechas»—. ¿Es verdad?

Abrí la boca y luego volví a cerrarla. Una vez, cuando tenía diez años y vivía en Eau Claire, cogí un tebeo del expositor de un supermercado, me lo metí en los vaqueros y lo tapé con la camiseta. Cuando salía por la puerta, creyéndome muy listo, una dependienta me agarró del brazo. Me levantó la camiseta con la otra

mano y dejó a la vista mi malogrado tesoro. «¿Cómo ha llegado eso ahí?», preguntó.

Nunca en los cuarenta años que habían transcurrido desde entonces me había quedado tan completamente paralizado por una respuesta a una pregunta sencilla.

—Eso es ridículo. No sé de dónde puede haber sacado esa idea —dije finalmente, mucho después de que la respuesta tuviera alguna importancia.

—¿No?

—No. ¿Seguro que no quieres una Coca-Cola?

—Gracias, pero paso.

Me levanté y saqué una del frigorífico de la cocina. Metí la botella firmemente entre el muñón y el costado del pecho (posible pero doloroso; no sé lo que puedes haber visto en las películas, pero las costillas rotas duelen durante mucho tiempo), y le quité el tapón con la mano izquierda. Soy zurdo. En eso tuviste suerte, muchacho, como dice Kamen.

—En cualquier caso, me sorprende que la tomaras en serio —dije mientras volvía—. Kathi es una fisioterapeuta de narices, pero no es psicoanalista. —Hice una pausa antes de sentarme—. En realidad, tú tampoco. Técnicamente.

Kamen se llevó la mano detrás de una oreja que parecía más o menos del tamaño de un escritorio.

—¿Oigo... ruido de trinquetes? ¡Creo que sí!

—¿De qué estás hablando?

—Es el encantador sonido medieval que hacen las defensas de una persona cuando se levantan. —Intentó hacer un guiño irónico, pero el tamaño de su cara hacía imposible cualquier ironía; solo podía resultar burlesco. Aun así, capté el significado—. En cuanto a Kathi Green, tienes razón, ¿qué sabe ella? Lo único que hace es trabajar con paraplégicos, tetraplégicos, accidentados con algún miembro amputado como tú, y gente que se recupera de traumas en la cabeza, también como tú. Kathi Green lleva quince años realizando su trabajo, ha tenido la oportunidad de observar a mil pacientes lisiados reflexionar sobre cómo no se puede volver atrás ni siquiera durante un segundo, así que ¿cómo podría ella reconocer los síntomas de una depresión presuicidio?

Me senté en el sillón lleno de bultos que había frente al sofá, inclinándome hacia la izquierda para ayudar a la cadera mala, y le miré de manera hosca. Ahí había un problema. No importaba lo bien que disfrazara mi suicidio, ahí había un problema. Y Kathi Green era otro problema.

Se inclinó hacia delante... pero, dado su contorno, solo pudo avanzar unos pocos centímetros.

—Tienes que esperar —dijo.

Le miré boquiabierto. Era lo último que esperaba.

Asintió.

—Estás sorprendido. Sí. Pero no soy cristiano, mucho menos católico, y en el tema del suicidio tengo una mente bastante abierta. Sin embargo, creo en las responsabilidades, y te digo esto: si te matas ahora... o incluso dentro de seis meses... tu mujer y tus hijas lo sabrán. Por mucha astucia que le pongas, ellas lo sabrán.

—Yo no...

—Y la compañía de tu seguro de vida, que será por una gran suma de dinero, no lo dudo, también lo sabrá. Puede que no sean capaces de demostrarlo... pero pondrán en ello todo, todo su esfuerzo. Los rumores harán daño a tus hijas, por mucho que creas que están blindadas contra esa clase de cosas.

Melissa estaba bien blindada. Ilse, sin embargo, era una historia diferente.

—Y al final, puede que lo demuestren. —Encogió sus enormes hombros—. No me aventuraría a decir a cuánto ascendería el impuesto sobre la herencia, pero sé que podría quedarse con una gran porción del tesoro de tu vida.

Ni siquiera pensaba en el dinero. Pensaba en un equipo de investigadores de seguros olisqueando lo que fuera que hubiera preparado, intentando invalidarlo. Y de repente me eché a reír.

Kamen apoyó sus enormes manos oscuras en sus voluminosas rodillas y me miró con su pequeña sonrisa de «lo-he-visto-todo». Salvo que en su cara nada era pequeño. Dejó que mi risa siguiera su curso y, cuando lo hubo hecho, me preguntó qué era tan divertido.

—Me estás diciendo que soy demasiado rico para suicidarme —respondí.

—Te estoy diciendo que te des tiempo. Tengo una intuición muy fuerte respecto a tu caso, la misma clase de intuición que me llevó a entregarte la muñeca a la que llamaste... ¿qué nombre le pusiste?

Por un momento no pude recordarlo. Luego pensé «¡Era ROJO!», y le dije cómo había llamado a mi muñeca rubia de la ira.

—Sí —asintió—. La misma clase de intuición que me llevó a entregarte a Reba. Mi intuición respecto a tu caso es esta: el tiempo puede calmarte. El tiempo y los recuerdos.

No le contesté que recordaba todo lo que quería. Kamen conocía mi posición en cuanto a eso.

—¿De cuánto tiempo estamos hablando, Kamen?

Suspiró como hace un hombre antes de decir algo de lo que podría arrepentirse.

—Al menos un año. —Estudió mi rostro—. Parece mucho tiempo para ti. Por el estado en el que te encuentras ahora.

—Sí —dije—. Ahora el tiempo es diferente para mí.

—Por supuesto que sí. El tiempo con dolor es diferente. El tiempo en soledad es diferente. Ponlos juntos y tendrás algo muy distinto. Así que finge que eres un alcohólico y haz lo que ellos hacen.

—Día tras día.

Asintió.

—Día tras día.

—Kamen, estás lleno de gilipolleces.

Me miró desde las profundidades del viejo sofá, no sonreía. No podría levantarse de allí sin ayuda.

—Quizá sí, quizá no —dijo—. Mientras tanto... Edgar, ¿hay algo que te haga feliz?

—No lo sé..., solía dibujar.

—¿Cuándo?

Me di cuenta de que desde que asistí a un curso de arte para conseguir créditos extra en la escuela secundaria no había hecho más que garabatos al hablar por teléfono. Consideré la posibilidad de mentir acerca de aquello (me avergonzaba que pareciera que trabajaba como un esclavo), y luego dije la verdad. Los hombres con un solo brazo deberían decir la verdad siempre que fuera posible. Eso no lo dice Kamen; lo digo yo.

—Retómalo —me instó Kamen—. Necesitas cercas.

—Cercas —repetí desconcertado.

—Sí, Edgar. —Parecía sorprendido y un poco decepcionado, como si me costara comprender un concepto muy simple—. Cercas contra la noche.

Puede que fuera una semana después de la visita de Kamen cuando Tom Riley vino a verme. Las hojas habían empezado a cambiar de color, y recuerdo a varias dependientas colgando pósters de Halloween en el Wal-Mart donde compré libretas y varios utensilios de dibujo unos pocos días antes de la visita de mi antiguo contable; no puedo hacerlo mejor.

Lo que recuerdo más claramente de su visita es lo avergonzado e incómodo que Tom parecía. Le habían encomendado un recado que no quería hacer.

Le ofrecí una Coca-Cola y aceptó. Cuando regresé de la cocina, estaba mirando un dibujo que había hecho, tres palmeras recortadas sobre una extensión de agua, y un trozo de tejado sobresaliendo en primer plano a la izquierda.

—Esto es bastante bueno —dijo—. ¿Lo has hecho tú?

—Qué va, los duendes —respondí—. Vienen por la noche. Me arreglan los zapatos y de vez en cuando dibujan algo.

Se rio demasiado fuerte y dejó de nuevo el dibujo en la mesa.

—No se parece mucho a Minnesota —dijo poniendo acento extranjero.

—Lo copié de un libro —aclaré—. ¿Qué puedo hacer por ti, Tom? Si es por el asunto...

—En realidad, Pam me pidió que viniera. —Bajó la cabeza—. No me hacía mucha gracia, pero no podía decir que no.

—Tom, sigue y escúpelo —dije yo—. No voy a morderte.

—Ha contratado a un abogado. Va a seguir adelante con el asunto del divorcio.

—Nunca pensé que abandonaría. —Era la verdad. Todavía no recuerdo que la estrangulara, pero recuerdo el aspecto de su rostro cuando me dijo que lo había hecho. Recuerdo haberle dicho que era una zarza traidora y sentir que si caía muerta en aquel momento, allí mismo, al pie de la escalera del sótano, por mí estaría bien. En realidad, muy bien. Y dejando a un lado cómo me había sentido entonces, una vez que Pam comenzaba a recorrer un camino, rara vez daba media vuelta.

—Quiere saber si vas a utilizar a Bozie.

Ante eso tuve que sonreír. William Bozeman III era el sabueso de la firma de abogados de Minneapolis que representaba a la compañía, y si él supiera que Tom y yo le habíamos estado llamando Bozie durante los últimos veinte años, probablemente habría sufrido una hemorragia.

—No había pensado en ello. ¿Qué pasa, Tom? ¿Qué quiere exactamente?

Se bebió la mitad de su Coca-Cola, dejó el vaso en una estantería, junto a mi dibujo a medio terminar, y se miró los zapatos.

—Dijo que espera que esto no sea desagradable. Dijo: «No quiero ser rica, y no quiero pelear. Solo quiero que él sea justo conmigo y con las chicas, como siempre fue. ¿Se lo dirás?». Y aquí estoy. —Se encogió de hombros, seguía mirándose los zapatos.

Me levanté, me acerqué a la ventana que separaba el cuarto de estar del porche, y miré hacia el lago. Cuando me di la vuelta, Tom Riley no me miraba en absoluto. Al principio pensé que le dolía el estómago. Luego me di cuenta de que hacía esfuerzos por no llorar.

—Tom, ¿cuál es el problema? —le pregunté.

Sacudió la cabeza, intentó hablar, y solo fue capaz de emitir un graznido acuoso. Se aclaró la garganta y probó de nuevo.

—Jefe, no me acostumbro a verte con un solo brazo. Lo siento mucho.

Era ingenuo, natural y dulce. En otras palabras: un disparo directo al corazón. Creo que por un instante los dos estuvimos a punto de ponernos a berrear, como una pareja de Tíos Sensibles en el programa de Oprah Winfrey. Lo único que necesitábamos era al doctor Phil dando su amistosa y paternal aprobación.

—Yo también lo siento —dije—, pero me las voy arreglando. De veras. Y voy a darte una oferta para que se la lleves. Si le gusta, puede pulir los detalles. No necesitaremos de abogados. Es un trato hazlo-tú-mismo.

—¿Hablas en serio, Eddie?

—En serio. Haz una contabilidad exhaustiva para que tengamos un balance final sobre el que trabajar. No escondas nada. Entonces dividiremos el botín en cuatro partes. Ella se llevará tres, el setenta y cinco por ciento, para ella y las chicas. Yo me quedaré el resto. El divorcio en sí mismo..., bueno, en el estado de Minnesota no es necesario probar la culpabilidad; ella y yo podemos ir a comer y luego comprar *Divorcio para idiotas* en Borders.

Tom parecía aturdido.

—¿Existe tal libro?

—No lo he investigado, pero si no existe, me comeré tus camisas.

—Creo que es «cómeme mis calzoncillos».

—¿No es eso lo que he dicho?

—No importa. Eddie, ese tipo de trato va a dilapidar el patrimonio.

—Me importa una mierda. O una camisa^[32], para el caso. Lo único que estoy proponiendo es que prescindamos del amor propio para que los abogados no se coman la nata. Hay mucho para todos nosotros, si somos razonables.

Tom dio un sorbo a su Coca-Cola sin apartar sus ojos de mí.

—Algunas veces me pregunto si eres el mismo hombre para el que trabajaba —dijo.

—Aquel hombre murió en su camioneta —contesté.

Si has estado imaginándote mi lugar de reposo como una casita junto a un lago, totalmente aislada al final de un solitario camino de tierra en los bosques septentrionales, deberías reconsiderarlo; estamos hablando de las afueras de St. Paul. Nuestra casa junto al lago se halla al final de Áster Lane, una calle pavimentada que corre desde East Hoyt Avenue hasta el agua.

A mediados de octubre, seguí por fin el consejo de Kathi Green y empecé a pasear. Solo eran pequeñas excursiones hasta East Hoyt Avenue, pero siempre regresaba con la cadera mala implorando misericordia y a menudo con lágrimas en los ojos. Aunque casi siempre también regresaba sintiéndome como un héroe conquistador (sería un mentiroso si no lo admitiera).

Volvía de uno de aquellos paseos cuando la señora Fevereau atropelló a Gandalf, el agradable Jack Russell terrier de la niña que vivía en la puerta de al lado.

Había recorrido las tres cuartas partes del camino de vuelta a casa cuando la Fevereau me adelantó con su ridículo Hummer de color mostaza. Como siempre, tenía su teléfono móvil en una mano y un cigarrillo en la otra; como siempre, iba demasiado deprisa. Apenas me fijé, y ciertamente no vi a Gandalf corriendo hacia la carretera y concentrado únicamente en Monica Goldstein, que bajaba por el otro extremo de la calle con su uniforme completo de girl-scout. Yo estaba pendiente de mi cadera reconstruida. Como siempre, cerca del final de aquellos cortos paseos esta maravilla médica parecía llena de aproximadamente diez mil minúsculos fragmentos de cristales rotos. Lo que más claramente recuerdo antes del chirrido de los neumáticos del Hummer es estar pensando en que las señoras Fevereau del mundo vivían entonces en un universo diferente al que yo habitaba, un universo donde todas las sensaciones eran la mitad de intensas.

Luego los neumáticos aullaron, y el grito de una niña pequeña se les unió.

—¡GANDALF, NO!

Durante un momento tuve una clara y sobrenatural visión de la grúa que casi me había matado entrando por la ventanilla derecha de mi camioneta, el mundo en el que siempre había vivido repentinamente devorado por un amarillo más brillante que el del Hummer de la señora Fevereau, y letras negras flotando en su interior, creciendo, aumentando de tamaño.

Entonces Gandalf también gritó, y el flashback (lo que el doctor Kamen sin duda habría llamado un «recuerdo recobrado») desapareció. Hasta aquella tarde de octubre de hace cuatro años no sabía que los perros pudieran gritar.

Eché a correr tambaleándome como un cangrejo y aporreando la acera con mi muleta de color rojo. Estoy seguro de que a cualquier espectador le habría parecido ridículo, pero nadie me prestaba atención. Monica Goldstein estaba arrodillada en mitad de la calle, junto a su perro, que yacía delante de la alta rejilla cuadrada del Hummer. Su rostro estaba blanco; de su uniforme verde caqui colgaba una banda con insignias y medallas. El extremo de la banda estaba empapado en un creciente charco de sangre procedente de Gandalf. La señora Fevereau había medio saltado, medio caído, del ridículamente alto asiento del Hummer. Ava Goldstein venía corriendo desde la puerta delantera de la casa de los Goldstein gritando el nombre de su hija. Llevaba la blusa a medio abotonar e iba descalza.

—No lo toques, cariño, no lo toques —aconsejó la señora Fevereau. Todavía sostenía su cigarrillo y le daba nerviosas caladas—. Podría morderte.

Monica no le prestó atención. Tocó el costado de Gandalf. Cuando lo hizo, el perro gritó de nuevo (era un grito) y Monica se cubrió los ojos con las manos. Empezó a sacudir la cabeza. No la culpé.

La señora Fevereau alargó una mano hacia la chica, y luego cambió de idea. Dio dos pasos atrás, se apoyó contra el elevado costado de su ridículo medio de transporte amarillo y dirigió la mirada hacia el cielo.

La señora Goldstein se arrodilló junto a su hija.

—Cariño, oh, cariño, por favor no...

Gandalf empezó a aullar. Yacía en la calle, en un charco creciente de sangre, aullando. Y en ese momento pude recordar también el sonido que había hecho la grúa. No el miip-miip-miip que se suponía que debía hacer, porque la alarma de marcha atrás se había averiado, sino el retumbante tartamudeo del motor diésel y el sonido de las gomas de los neumáticos comiéndose la tierra.

—Llévatela adentro, Ava —dije—. Llévala a casa.

La señora Goldstein pasó un brazo alrededor del hombro de su hija y le rogó que se levantara.

—Vamos, cariño. Vamos adentro.

—¡No sin Gandalf! —gritó Monica. Tenía once años, y era madura para su edad, pero en aquellos momentos había regresado a la edad de tres años—. ¡No sin mi perrito!

Su banda, ahora con más de siete centímetros empapados en sangre, se deslizó por el costado de su falda y la sangre le salpicó la pantorrilla y dejó una mancha alargada.

—Entra y llama al veterinario —le aconsejé—. Di que un coche ha atropellado a Gandalf. Di que tiene que venir ahora mismo. Yo me quedaré con él.

Monica me miró con unos ojos más que horrorizados. Locos. Sin embargo, no me costó sostenerle la mirada; la he visto bastante a menudo en mi propio espejo.

—¿Lo prometes? ¿Lo juras? ¿Por tu madre?

—Lo juro, por mi madre —dije—. Anda, ve, Monica.

Se fue, antes de subir los escalones de su casa lanzó una última mirada hacia atrás y profirió un último gemido desconsolado. Me arrodillé junto a Gandalf sujetándome al guardabarros del Hummer y agachándome como siempre hacía, con una fuerte y dolorosa inclinación hacia la izquierda tratando de doblar la rodilla derecha solo lo absolutamente imprescindible. Aun así, solté mi propio gritito de dolor, y me pregunté si sería capaz de volver a levantarme sin ayuda. No cabía esperarla de la señora Fevereau; caminaba hacia el lado izquierdo de la calle, con las piernas rígidas y separadas, luego se dobló por la cintura, como si hiciera una reverencia a un rey, y vomitó en una alcantarilla. Mientras lo hacía, mantuvo la mano en la que sostenía el cigarrillo apartada a un lado.

Volví mi atención hacia Gandalf. Había recibido el golpe en los cuartos traseros. Tenía la espina dorsal machacada. Sangre y mierda rezumaban

lentamente entre sus fracturadas patas traseras. Sus ojos se giraron hacia mí y vi en ellos una horrible expresión de esperanza. Sacó la lengua y me lamíó la muñeca izquierda. Estaba seca como una alfombra, y fría. Gandalf iba a morir, pero quizá no con la suficiente rapidez. Monica regresaría pronto, y yo no quería que él siguiera vivo y lamiera su muñeca.

Comprendí lo que tenía que hacer. No había nadie que pudiera verme. Monica y su madre estaban dentro. La señora Fevereau todavía me daba la espalda. Si otros en ese extremo de la calle se habían acercado a las ventanas (o salido a sus jardines), el Hummer les impediría verme sentado junto al perro con la pierna mala torpemente extendida. Tenía algo de tiempo, pero muy poco, y si me paraba a considerarlo, perdería la oportunidad.

Así que agarré a Gandalf con el brazo bueno y sin una pausa estoy de vuelta en la obra de Sutton Avenue, donde la Compañía Freemantle se dispone a construir un edificio de oficinas de cuarenta plantas. Estoy en mi camioneta. Pat Green suena en la radio, canta «Wave on Wave». De repente me doy cuenta de que la grúa hace un ruido muy fuerte, aunque no he oído ningún aviso de marcha atrás, y cuando miro a mi derecha el mundo en esa ventanilla ha desaparecido. El mundo en aquel lado ha sido reemplazado por el amarillo. Flotan letras negras: LINK-BELT. Están creciendo, giro el volante de la Ram hacia la izquierda, hasta el tope, sabiendo que ya es demasiado tarde cuando comienzan los gritos del metal que se arruga, ahogando la canción de la radio y encogiendo el interior de la cabina de derecha a izquierda porque la grúa está invadiendo mi espacio, robándome el espacio, y la camioneta se está inclinando. Estoy tratando de salir por la puerta del conductor, pero es inútil. Debería haberlo hecho antes, pero el tiempo se ha esfumado realmente rápido. El mundo delante de mí desaparece cuando el parabrisas se convierte en una imagen lechosa a través de un millón de grietas. Entonces el edificio en obras regresa, aún girando sobre una bisagra mientras el parabrisas estalla hacia fuera, vuela hacia fuera doblado por el centro como un naípe, y yo estoy golpeando el claxon con ambos codos, mi brazo derecho está haciendo su último trabajo. Apenas puedo oír el claxon por encima del motor de la grúa. LINK-BELT aún sigue moviéndose, empujando la puerta del lado del pasajero, cerrando el hueco para los pies frente al asiento, devorando el salpicadero, astillándolo en irregulares trozos de plástico. La porquería de la guantera flota alrededor como confeti, la radio muere, mi fiambarrera está vibrando contra el sujetapapeles, y aquí llega LINK-BELT. LINK-BELT está justo encima de mí, podría sacar la lengua y lamer ese jodido guión. Empiezo a gritar porque ahí es cuando empieza la presión. La presión empuja primero mi brazo derecho contra el costado, luego se extiende, luego raja. La sangre rocía mi regazo como

un cubo de agua caliente y oigo cómo algo se rompe. Probablemente mis costillas. Suena como los huesos de pollo bajo el tacón de una bota.

Sostuve a Gandalf contra mí y pensé: *¡Trae el amigo, siéntate en el amigo, siéntate en el puñetero COLEGA, zorra estúpida!*

Ahora estoy sentado en el compinche, sentado en el puñetero colega, estoy en casa pero todos los relojes del mundo suenan todavía en el interior de mi cabeza fracturada y no puedo recordar el nombre de la muñeca que Kamen me dio, lo único que recuerdo son nombres de chico: Randall, Russell, Rudolph, incluso el jodido River Phoenix. Cuando ella llega con la comida que no quiero, le digo que me deje solo, que me dé cinco minutos para recuperar el control. «Puedo hacerlo», digo, porque es la frase que Kamen me ha dado, es la vía de escape, es el miip-miip-miip que dice cuidado, Pamela, estoy dando marcha atrás. Pero en vez de marcharse, coge la servilleta de la bandeja de la comida para limpiarme el sudor de la frente y, mientras lo hace, la agarro por la garganta porque en ese momento me parece que es culpa suya que no pueda recordar el nombre de mi muñeca, todo es culpa suya, incluyendo LINK-BELT. La agarro con la mano buena, la izquierda, en eso tuviste suerte, muchacho. Durante unos pocos segundos quiero matarla, y quién sabe, quizá casi lo hago. Lo que sé es que preferiría recordar todos los accidentes del mundo que la mirada de sus ojos mientras lucha por soltarse como un pez que ha mordido un anzuelo. Luego pienso: *¡Era ROJO!*, y la dejo marchar.

Sostuve a Gandalf contra mi pecho como antaño sostuve a mis hijas cuando eran bebés y pensé: «Puedo hacerlo. Puedo hacerlo». Notaba cómo la sangre de Gandalf me empapaba los pantalones como agua caliente y pensé: *Vamos, puto triste, sal del Dodge.*

Sostuve a Gandalf y pensé en lo que se siente cuando te aplastan vivo mientras la cabina de tu camioneta se come el aire alrededor de ti y el aliento abandona tu cuerpo y la sangre sale de tu nariz y tu boca y esos sonidos secos mientras la conciencia huye, esos son los huesos rompiéndose en el interior de tu cuerpo: tus costillas, tu brazo, tu cadera, tu pierna, tu mejilla, tu puto cráneo.

Sostuve al perro de Monica y en una especie de triunfo miserable pensé: *¡Era ROJO!*

Por un momento me hallé en la oscuridad con aquel rojo, y sostuve el cuello de Gandalf con la parte interior del codo de mi brazo izquierdo, que estaba ahora haciendo el trabajo de dos, y muy fuertes. Flexioné el brazo tanto como pude, lo flexioné como cuando hacía flexiones con las pesas de cinco kilos. Entonces abrí los ojos. Gandalf estaba mudo, miraba más allá de mi cara y más allá del cielo.

—¿Edgar? —Era Hastings, el viejo que vivía dos casas más arriba de la de los Goldstein. Había una expresión de consternación en su rostro—. Déjalo ya. Ese

perro está muerto.

—Sí —contesté, relajando mi presión sobre Gandalf—. ¿Me ayudas a levantarme?

—No estoy seguro de que pueda —dijo Hastings—. Seguramente acabaríamos los dos en el suelo.

—Entonces vete a ver a las Goldstein.

—Es su perro —dijo—. No estaba seguro. Esperaba... —Sacudió la cabeza.

—Es su perro. Y no quiero que ella lo vea así.

—Por supuesto que no, pero...

—Yo le ayudaré —anunció la señora Fevereau. Parecía un poco mejor, y se había desprendido del cigarrillo. Agarró el muñón del brazo derecho, luego vaciló—. ¿Le dolerá?

Dolería, pero menos que si me quedaba como estaba. Mientras Hastings subía por el camino de entrada de los Goldstein, me agarré al parachoques del Hummer. Juntos conseguimos que me levantara.

—Supongo que no tendrá nada con lo que cubrir al perro, ¿no? —pregunté.

—De hecho, hay una manta vieja en la parte de atrás. —Empezó a rodear el vehículo (sería un largo recorrido, dado el tamaño del Hummer), y luego se volvió—. Gracias a Dios que murió antes de que la pequeña regresara.

—Sí —asentí—. Gracias a Dios.

—Aunque... nunca lo olvidará, ¿verdad?

—Bueno —dije—, en cuanto a eso, está preguntando a la persona equivocada, señora Fevereau. Soy un contratista retirado.

Pero cuando le pregunté a Kamen, se mostró sorprendentemente optimista. Dice que son los malos recuerdos los que primero se desgastan. Luego, dice, se rasgan y dejan pasar la luz. Le dije que estaba lleno de mierda, y simplemente se rio.

Quizá sí, quizá no.

Fin



RICHARD BACHMAN. Pseudónimo de Stephen King.

Stephen Edwin King nació en Portland (Maine), el 21 de septiembre de 1947.

Cuando tenía dos años de edad, sus padres se separaron y su madre que tuvo que salir adelante con él y su hermano mayor, con grandes problemas económicos. Empezó a escribir desde muy pequeño. Ya en el colegio, escribía cuentos que vendía a sus compañeros de clase. Cuando tenía 13 años, descubrió un montón de libros de su padre, lo que le animó a seguir escribiendo y a mandar sus trabajos a diferentes editoriales aunque sin mucha suerte.

Con 24 años se casó con una compañera de la facultad, Tabitha Spruce, que también llegaría a escribir libros. Vivieron en un remolque durante un tiempo y tuvo que trabajar en diversos oficios para salir adelante. Publicó algunas historias cortas en revistas, pero pronto comenzó a tener problemas de alcoholismo. De todas sus experiencias tomaría buena nota que quedarían reflejadas en futuras historias.

Una de sus primeras novelas fue la de una joven con poderes psíquicos que no terminó y desanimado la tiró a la basura. Su mujer rescató el trabajo y lo animó a terminarlo. Esa novela se titularía *Carrie* y sería la primera que vendiera. Unos años más tarde escribiría otra de sus famosas novelas *El Resplandor*. Para escribir esta novela le sirvió de inspiración su propia experiencia: problemas con su trabajo de profesor de inglés le llevaron a aceptar un trabajo de cuidador de un

hotel que cerraba en invierno, mientras aumentaban sus problemas con el alcohol y las drogas. De ambas novelas se hicieron sendas películas millonarias en taquilla.

Han adaptado libros suyos directores tan prestigiosos como Stanley Kubrick, Brian de Palma o John Carpenter. En muchas de las películas ha aparecido haciendo pequeños cameos.

En 1999, Stephen King fue atropellado por un conductor borracho y consigue salvar la vida de manera milagrosa. Este grave accidente que le mantuvo durante años con graves secuelas, fue el embrión de novelas como *Buick 8: Un coche perverso*. En ella uno de los protagonistas muere en un accidente de coche. En el séptimo tomo de *La torre oscura* vuelve a utilizar el accidente en la trama. Incluso en la serie para TV *Kingdom Hospital*, un escritor sufre un accidente exactamente igual al suyo.

Escribió algunos libros bajo el seudónimo Richard Bachman, hasta que fue reconocido y decidió matar a su otro yo y realizar un funeral para él. Muy disciplinado, Stephen King lee cuatro horas al día y escribe cuatro horas al día, necesarias según él para poder ser un buen escritor.

En 2000 publicó una novela a cuya lectura solo se podía acceder a través de Internet o en descarga para libros electrónicos: *Riding the Bullet*. Ese mismo año, otra novela *The plant* se podía descargar desde su página oficial en Internet, mediante un sistema de pago voluntario, pero se estanca en el capítulo sexto pues el experimento no sale como King esperaba.

Su estilo, efectivo y directo, y su capacidad para resaltar los aspectos más inquietantes de la cotidianidad, han convertido a Stephen King en el especialista de literatura de terror más vendido de la historia, contando con más de 100 millones de libros vendidos. Entre sus más conocidas novelas podemos encontrar *Carrie* (1974), *El resplandor* (1977), *La zona muerta* (1979), *It* (1986), *Los ojos del dragón* (1987), *Misery* (1987), *Dolores Claiborne* (1993), *Insomnia* (1994), *El retrato de Rose Madder* (1995), *Buick 8: un coche perverso* (2002), *Cell* (2006) y la serie de *La Torre Oscura*, que consta de 7 volúmenes.

Notas

[1] Digo esto porque doy por hecho que eres como yo y difícilmente te sentarás frente a una comida —aunque se trate de picar algo— sin tener un libro al lado.

<<

[2] Con una salvedad: Bachman, bajo el seudónimo de John Swithen, vendió un solo relato policíaco, «El quinto fragmento». <<

[3] Ahora descatalogada, y eso es bueno. <<

[4] *Maleficio* fue la siguiente novela de Bachman, y no fue ninguna sorpresa que me descubrieran, ya que fue realmente Stephen King quien la había escrito; la foto de autor falsa de la contraportada no engañaba a nadie. <<

[5] Creo que soy el único escritor de la historia de la literatura en lengua inglesa cuya carrera se basó en compresas; esa parte de mi legado literario parece estar a salvo. <<

[6] He tenido la misma reacción hacia *Elegía* de Philip Roth, *Jude el oscuro* de Thomas Hardy, e *Hija de la memoria* de Kim Edwards; en algún punto, mientras leía estos libros, empecé a reírme, agité las manos y grité: «¡Adelante el cáncer! ¡Adelante la ceguera! ¡Aún no han llegado!». <<

[7] Pero no en un baúl de los de ahora, sino en una caja de cartón. <<

[8] Una dama con los ojos repletos de problemas. Y, presumiblemente, éxtasis en sus pantalones. <<

[9] También tuvo que ver la mala época que pasaron los libros de bolsillo, ahora que lo pienso. <<

[10] A lo largo de mi carrera he logrado conservarlo todo salvo dos buenas novelas en proceso de creación. *Under the Dome* tenía cincuenta páginas cuando desapareció, pero *The Cannibals* tenía casi doscientas páginas cuando se perdió en combate. No había copias. Eso fue antes de los ordenadores, y nunca usaba papel carbón para los primeros borradores. <<

[11] Y, por supuesto, es un homenaje a *De ratones y hombres*, no lo olvidemos. <<

[12] Púrpura [*purple*], pulsaciones [*pulsing*] y jadeos [*panting*]. <<

[13] Para saber más acerca de The Haven Foundation, puedes visitar mi web www.stephenking.com. <<

[14] No me gustaba la idea de que Clay Blaisdell creciera en la América posterior a la Segunda Guerra Mundial. Todo eso hubiera parecido exageradamente antiguo; sin embargo, parecía (y probablemente era) correcto fechar la historia en 1973, cuando mi esposa y yo vivíamos con dos hijos en una caravana. <<

[15] Si la hubiera escrito en la actualidad, los teléfonos móviles y los GPS hubieran tenido que ser tenidos en cuenta necesariamente. <<

[16] «The Village Blacksmith», poema de Henry Wadsworth Longfellow. (*N. del T.*) <<

[17] Juego de palabras basado en la semejanza fonética. El autor juega con las palabras *stroke* (apoplejía) y *stork* (cigüeña). (N. del T.) <<

[18] Verso de la canción tradicional «Clementine». (*N. del T.*) <<

[19] Centro penitenciario Shawshank, del relato de Stephen King titulado *Ryta Hayworth y la redención de Shawshank*. (N. del T.) <<

[20] Bomba atómica es el modo en que el personaje se refiere a la cadena perpetua.
(*N. del T.*) <<

[21] Loon Cut significa Paso del Bobo. (*N. del T.*) <<

[22] En español y con mayúscula en el original. (*N. del T.*) <<

[23] Kleen Kloze es la forma fonética de *Clean [your] clothes* (lavar la ropa). (N. del T.) <<

[24] Boggy Stream Road es Camino del Arroyo Pantanoso. (*N. del T.*) <<

[25] Bumpnose Road significa Camino Narizotas. (*N. del T.*) <<

[26] Stinkpine Road significa Camino del Pino Apestoso. (*N. del T.*) <<

[27] Toe-Jam alude a la mugre que aparece entre los dedos de los pies. (*N. del T.*)

<<

[28] Sweet Baby Turn significa Curva del Bebé Adorable. (*N. del T.*) <<

[29] Lord Baden-Powell, británico fundador de los Boy-Scouts. (*N. del T.*) <<

[30] Loon Cut significa Paso del Bobo. (*N. del T.*) <<

[31] *Pisser* significa «meón». (*N. del T.*) <<

[32] Juego de palabras basado en el parecido entre *shit* (mierda) y *shirt* (camisa).
(N. del T.) <<

Índice

No le vuelvas loco

Plena revelación

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Memoria

Sobre el autor

Notas